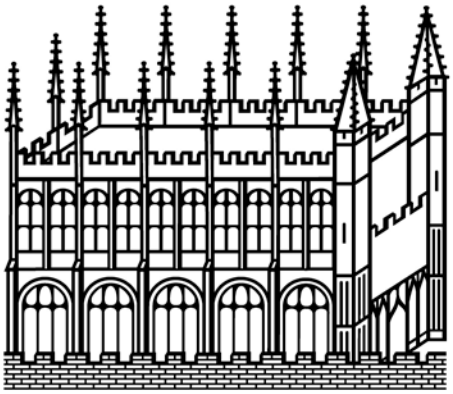


Bodleian Libraries

UNIVERSITY OF OXFORD

This book is part of the collection held by the Bodleian Libraries and scanned by Google, Inc. for the Google Books Library Project.

For more information see:

http://www.bodleian.ox.ac.uk/dbooks

This work is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial-ShareAlike 2.0 UK: England & Wales (CC BY-NC-SA 2.0) licence.

~~178 b. 6~~
REP. S. 1009

~~ASM 4566 A.1~~

~~337 F. 7~~

Marcos de Obregón

POR

ES PROPIEDAD.

71

VIDA DEL ESCUDERO

MARCOS DE OBREGÓN

POR EL MAESTRO

VICENTE ESPINEL.

ILUSTRACIÓN DE

JOSÉ LUÍS PELLICER

Grabados en boj por Paris, Martin, Carretero y Pannemaker y en zinc por Verdaguer

SEGUNDA EDICIÓN

BARCELONA

BIBLIOTECA «ARTE Y LETRAS»

Administración: Ausias March, 95

1883

Establecimiento tipográfico-editorial de FRANCISCO PÉREZ.

VICENTE ESPINEL Y SU OBRA.

I.

La nueva edición de las *Relaciones de la vida del escudero Marcos de Obregón*, del maestro Vicente Espinel, que, ilustrada por el lápiz de Pellicer y el buril de Paris, Martín, Carretero y Pannemaker, ofrece hoy al público curioso la empresa que saca á luz en Barcelona la Biblioteca apellidada Arte y Letras, ocupa el número onceno en el orden cronológico de las que de esta obra, también inmortal española, se han hecho hasta ahora en castellano, desde los felices días de su ingenioso autor. La primera, la más clásica de todas por el lujo y tono de sus formas tipográficas, fué la de Juan de la Cuesta, dada en Madrid á la estampa á principios de 1618. Es libro tan perfecto, que ni una sola errata halla en sus páginas el más prolijo corrector. Juan de la Cuesta, al final de la *Segunda parte de las comedias de Lope de Vega Carpio*, publicada en el mismo año, y en nota relativa al auto del Consejo de Castilla, prohibiendo introducir en el reino las ediciones fraudulentas de los libros castellanos que, al punto que en Madrid aparecían, eran reimpresos en la capital de Cataluña, en la de Aragón y aun en Navarra, hizo constar que por esta sola licencia había dado al autor cien escudos de oro: precio por aquel tiempo desconocido para una obra de imaginación. El acuerdo del Consejo no evitó que en el mismo año se hicieran en Barcelona otras dos ediciones del libro de autor á la sazón tan famoso; las de Jerónimo Margarit y Sebastián de Cormellas: patentizando del mismo modo la inmensa reputación literaria que Espinel disfrutaba por Europa la traducción francesa que Vital de Audiguier, señor de la Menor, en Rovergue, se apresuró á arrojar en París á las prensas de Petitpas, el mismo año de 1618, según Brunet (1). No terminó el siglo xvii sin otras dos distintas ediciones castellanas: la cuarta, que Pedro Gómez de Pastrana costeó en Sevilla en 1641, y la quinta, dedicada en Madrid por el impresor Gregorio Rodríguez en 1657, al Sr. D. Juan Bautista Berardo, Tesorero general del Real Consejo de las Indias.

---

(1) «Manuel du livraire et de l' amateur de livres:» ed. de 1861. — Tom. ij. folio 1062.

Rivera Valenzuela en los *Diálogos de memorias eruditas para la historia de Ronda*, no sólo manifestó que en su concepto se habían agotado ya hasta su tiempo doce ediciones españolas del *Marcos de Obregón*, sino recordó haber oído á su padre D. Bartolomé, cuya vida corrió desde 1685 á 1746, que en su primera edad todos los niños llevaban este libro á las escuelas (1). Confieso no haber sido tan feliz como el autor referido en el numeroso hallazgo de tan profusas ediciones; y aunque á la segunda parte de lo que Rivera afirma, conspira á dar cierta probabilidad de certeza la circunstancia de ser muchos los ejemplares antiguos, principalmente de la edición de Juan de la Cuesta, encontrados con rótulos manuscritos que acreditan haber pertenecido á personas que al poseerlos se hallaban recibiendo alguna instrucción, con todo ni las tiradas por aquel tiempo eran tan abundantes, ni las ediciones tan repetidas, que se brindasen á aceptar lo propuesto por Rivera Valenzuela como artículo de fe. En la Biblioteca Nacional de Madrid consta un ejemplar que, después de haber pertenecido á Jerónimo de Salazar en el siglo XVII, era en 29 de Noviembre de 1743 propiedad de Enrique Ruíz, *paje de S. M.* Otro que posee en su rica colección el librero Murillo, en esta corte, lleva también el reclamo manuscrito de su dueño, del mismo oficio que el anterior. No obstante manténgome en mi opinión, en la cual me corrobora el hecho de que durante todo el siglo XVIII, el *Marcos de Obregón* no fué reimpreso sino una sola vez, en Madrid, en 1744 (2).

Desde la séptima edición inclusive, todas las restantes son del presente siglo. Abrió la marcha en 1804 la salida en Madrid de las oficinas de D. Mateo Repullés, cuando con motivo de las *Observaciones sobre el Gil Blas* presentadas á la Academia francesa por el español Llorente (3), discutióse con cierto calor por toda Europa y aun por el lado de la América del Norte (4) acerca de la originalidad de la obra de Mr. Lesage y de los plagios hechos por el escritor transpirenáico á las de ESPINEL. Sobre esta edición, que circuló mucho por aquel tiempo, se empeñó el Sargento Mayor Algernon Langton en su traducción inglesa, publicada en Londres en 1816 (5), y el erudito Ludwig Tieck en la alemana, que apareció en Breslau en 1827 (6). La octava española es la de 1851 y está contenida en el tomo XVIII de la *Biblioteca de Autores Españoles* de D. Manuel Rivadeneira, habiendo sido en él coleccionada por el diligente académico don Cayetano Rosell juntamente con el *Quijote* de Avellaneda, *El Es-*

(1) Cuaderno iij. — pág. 24.

(2) Carece esta edición del nombre del impresor.

(3) « Observations critiques sur le roman de Gil Blas de Santillana : on y fait voir que Gil Blas n' est pas un ouvrage originale, mais un demembrement des Aventures du bachiller de Salamanque, ms. espagnol inédite. » — Paris : imp. de Moreau.

(4) H. A. EVERET : « North-American Review : » (oct. 1827) — Essais de critique et mélange. » Boston : 1845.

(5) No he podido hacerme de ejemplar ninguno de esta traducción, de que dan sucinta noticia TICKNOR « History of spanish Litterature « y « The Encyclopœdia Britannica », edición de ADAM AND CH. BLAK de Edimburgo : año de 1875. — Vol. viij. — pág. 548.

(6) « Leben und Begebenheiten des Escudero Marcos de Obregon : Oder Autobiographie des Spanischen Dichters Vicente Espinel : aus dem Spanischen zum erstenmale in das Deutsche übertragen und mit Anmerkungen und einer vorrede begleitet von Ludwig Tiek. » — Breslau im Verlage bei Josef Max und Komp. 1827.

pañol Gerardo y la *Fortuna varia del soldado Pindaro*, de Céspedes y Meneses, *Los tres maridos burlados*, de Tirso de Molina, y *El donado hablador*, de Jerónimo de Alcalá. Finalmente los editores de las *Obras, en prosa, festivas y satíricas de los más eminentes ingenios españoles*, publicaron en las máquinas de Narciso Ramírez, en Barcelona, en 1863, otra vez más la producción de VICENTE ESPINEL, y aun otra últimamente en Madrid, en 1868, la empresa de la Biblioteca escogida, titulada *Tesoro de autores españoles*, con prólogo y biografía de D. Juan Cuesta Ckerner.—Tales son las diez ediciones españolas de las *Relaciones de la vida del escudero Marcos de Obregón*, y aun las tres extranjeras, que conozco y preceden á la actual.

II.

Los elogios de este libro han sido siempre idénticos: pues cuantos antes y después, y dentro y fuera de España, se han ocupado de él, le han reconocido una misma importancia en nuestra bella literatura del siglo de oro bajo el cetro de los Austrias. Los primeros en encomiarlo fueron los contemporáneos del autor, aunque el *Marcos de Obregón* fué de las pocas producciones literarias que se dieron á luz en el siglo XVII sin precedencias de versos laudatarios, como entonces estaba al uso sin duda para que los prosélitos de ultratumba que aun dos años después de su muerte conservara Cervantes,—el cual se había mofado en las entradas del *Quijote* de aquella obsequiosa costumbre de la amistad ó de la admiración,—viesen que la obra de ESPINEL bastábase á sí misma para su propio crédito. No obstante, al censurarla de oficio, si el abad de San Bernardo, observando que tenía doctrina moral y pintaba con deleite, auguraba sería libro de mucho provecho y gusto, y el vicario y doctor D. Diego Gutierre de Cetina se extasiaba con su mucha moralidad y entretenimiento, Fray Hortensio Félix Paravicino, que también la graduó por orden del Consejo, no titubeó en declarar explícitamente que «de los libros de este género, que pa»rece de entretenimiento común, el *Marcos de Obregón* es el »que con más razón debe ser impreso, por tener el provecho »tan cerca del deleite, que sin perjudicar enseña y sin divertir »entretiene.» En cuanto al estilo, la invención, el gusto de las cosas y la moralidad que deduce de ellas, el reverendo fraile trinitario calzado, natural de Madrid, aunque hijo del milanés D. Mucio, tesorero general de aquel Estado, entendía argüir bien la pluma que los había escrito «tan justamente celebrada en todas las naciones.» Por último el padre maestro Paravicino concluía diciendo: «Á mí, á lo menos, de los libros de este ar»gumento me parece la mejor cosa que nuestra lengua ten»drá.» (1)

Bien que en el *Indice expurgatorio* de 1667 se mandase tachar y se tachara, en efecto, un breve pasaje perteneciente á la Relación tercera, Descanso quince, del *Marcos de Obregón* (2), la

(1) Aprobaciones á la edición de Juan de la Cuesta: Madrid: 1618.

(1) Dice así lo mandado tachar: —«Pegóseme un clérigo de un pueblecillo de por «allí cerca, y yendo caminando iba rezando sus horas en voz que le pudieran oir los

opinión sobre las excelencias de la obra de VICENTE ESPINEL perseveró conforme durante todo el siglo XVII. En ella insistió, entre otros, el canónigo magistral de la santa Iglesia de Barcelona D. Luís Pujol, cuando el obispo de aquella diócesis, D. Luís Sanz, le dió comisión de examinarla de nuevo para las reimpresiones de Margarit y de Cormellas. A Pujol pareció este libro «lleno de mucha gravedad de sentencias, con apacibles cuentos »para un honesto y provechoso entretenimiento.» La escrupulosa estrechez de miras de la comisión eclesiástica encargada del *Indice expurgatorio* nos es hoy bien conocida, y á ningún autor ha dañado á la larga el peso de sus censuras. Á Miguel de Cervantes se le mandó borrar del capítulo XXXVI de la segunda parte del *Quijote*, la sencilla proposición de que «*Las obras de caridad que se hacen flojamente no tienen mérito, ni valen nada.*» En el *Indice* de 1667 aparecen prohibidas las ediciones del *Lazarillo de Tormes*, anteriores á 1573, la *Letanía moral* de Andrés de Claramonte, la *Cárcel de amor* de Diego de San Pedro, todas las obras de Fernán Pérez de la Oliva, la traducción castellana de los *Triunfos* de Petrarca, toda la edición de la *Historia Pontificial* de Gonzalo de Illescas, hecha en 1573, el libro de la *Veneración* de Miser Garpar Gil Polo, las novelas de Bocaccio, el tratado manuscrito del P. Juan de Mariana titulado *De regimine societatis*, el *Ramillete de flores divinas* de Fráy Pedro de Padilla y otras obras semejantes; á más del inmenso catálogo de las que se acordó cercenar. Por último en el ejemplar de las *Rimas* de ESPINEL, que, habiendo pertenecido al erudito Bölh de Faber, poseyó la Biblioteca Nacional de Madrid, donde fué por mí examinado hacia 1865, y que ha desaparecido después, se encontraba al fol. 105 una nota manuscrita, letra de últimos del siglo XVI, en que á la cabeza de la epístola al marqués de Peñafiel, se leía: «*Vedado por la Inquisición y descomunión á quien lo leyere.*» Y sin embargo, examinada aquella poesía, nada se encuentra en ella, como no se encuentra nada en el pasaje del *Obregón* que fué tachado, que repugne á la religión y á las costumbres, ni que veje la fama del poeta.

El editor anónimo del *Marcos de Obregón*, en 1804, se propuso un doble objeto con la reproducción que llevó á cabo, procurando á la vez refrigerar en nuestro público la afición y el gusto hacia las obras de lo que podemos llamar en la literatura española nuestra antigüedad clásica. Nuestra literatura venía estando plagada desde hacía un siglo, de traducciones francesas. Volver por los fueros del idioma patrio, tan humillado y

---

» alcornoques y robles: de suerte que nos interrumpia la conversacion, y él cumplia » mal con su obligacion. Preguntóle el oidor: —¿No se podria dejar eso para la no- » che, para que se hiciese con el silencio y devocion que se requiere?— ¡Oh! señor, » respondió el clérigo, diónos la Iglesia esta pension que, aun caminando, hemos de » rezar. ¿Por qué no ordenara que yendo un clérigo cansado y pensando en sus ne- » gocios y en el fin que han de tener, no rezara caminando? — Respondió el oidor:— » Porque la Iglesia no cria á los clérigos para correos, sino para rezadores. — Bien » respondido está, dijo el clérigo; ¿pero podria yo caminando rezar esta noche todas » las horas de mañana y cumplir con mi conciencia? — Preguntóle el oidor al clérí- » go:— Si os debieran cien ducados para el dia de san Juan, ¿tomaríadeslos la víspe- » ra? —Respondió el clérigo: Sí, por cierto.— Pues lo mismo hace Dios, dijo el oidor: » que en las cosas de obligacion y merecimiento adelantallas es querer cumplir cada » uno con su obligacion, y Dios es tan buen pagador que tambien adelanta la paga.— » Quedó con esto muy satisfecho el sacerdote.»

maltrecho después de tanto tiempo en que la esterilidad y el vasallaje literario nacional habían reducido nuestra capacidad á la mera tarea de importar al castellano todos los productos, buenos ó malos, de otra literatura exótica, aunque á la sazón tan en boga, y detener el torrente de las ideas ahora frívolas, ahora depravadas, ó cuando menos peligrosas, que por este medio se nos ingerían, pervirtiendo así los sentimientos puros y las costumbres sanas, como la imaginación por la inercia aletargada y el habla por los extranjerismos corrompida, eran los dos dignos móviles de aquella publicación. «Reune este libro en mi »entender, —el editor á este respecto decía, — las circunstan» cias del precepto de Horacio, que es mezclar dulzura con uti» lidad, y además de contener graves sentencias de la mejor doc» trina, expresadas con gracia y elegancia y con aquella pureza » de lenguaje y castidad de conceptos, que él mismo recomien» da, es un dechado de la vida humana para todas las situacio» nes en que podamos hallarnos con ejemplos curiosos de sus » propios sucesos y de sus contemporáneos.»

La crítica sobre la obra de ESPINEL, aunque sin salir nunca del terreno de la retórica y de la moral, no ha dejado de tener sus progresos, como lo justifican las consideraciones hechas sobre el *Marcos de Obregón* por el Sr. Rosell en la edición de Rivadeneyra y aun por el Sr. Cuesta Ckerner en la de 1868. Rosell compara el plan del *Obregón* con el del *Lazarillo de Tormes* y el del *Guzmán de Alfarache*, y encuentra su acción más completa que la del primero y más nutrida y rápida que la del segundo. Sin embargo, para este analista el mayor mérito está en que, corriendo la narración de la fábula inventada por ESPINEL sobre los sucesos de su propia vida, hasta el punto de que los más la confunden con una *autobiografía*, pudiera hacer abundar en ella los brillantes recursos de la imaginación y del ingenio, y lograr revestir con los insinuantes atractivos de la poesía la materialidad prosáica de una existencia real. Por otra parte Rosell conviene con todos los críticos en que «el *Escudero Marcos* » *de Obregón* es una obra magistralmente escrita, llena de sa» bias máximas y advertencias morales, que aunque muy repe» tidas, gracias á su oportunidad y á la manera ingeniosa con » que están amenizadas, se reciben y escuchan con agrado. El » lenguaje, añade el académico analista, es puro y sencillo, y » en las escenas que se describen no se advierte, como en otros » escritores, el empeño de apurar ciertas situaciones peligrosas: » lo cual, unido á un plan hábilmente dispuesto, y á una acción » animada, que camina sin entorpecimiento, justifica los elogios » que en todos tiempos se han hecho de esta composición.»

La opinión de los comentaristas de ESPINEL, sobre el mérito del *Marcos de Obregón*, casi es menos importante que la de los que estudiándole en horizonte más amplio, en el del desenvolvimiento histórico de la literatura nacional, y relacionando con éste al autor y su obra, han tenido que darles dentro del vasto cuadro el verdadero término y relieve que á uno y á otra corresponde. Puede á la cabeza de estos ponerse el discreto Gil y Zárate, el cual colocando la obra de VICENTE ESPINEL entre las novelas picarescas y de costumbres, no encontró otra de este género que se le adelantase en mérito, sino el *Lazarillo de Tormes*, siendo muy superior á esta misma y á todas las demás, en que el *Obregón* ofrece menos truhanadas de las que constituyen la especialidad característica de este linaje de libros; en que

abunda en buena moral, y en que á veces el autor introduce á su público en una sociedad más escogida que la que presta su escenario al mismo *Lazarillo*, al *Guzmán de Alfarache*, al *Gran Tacaño* y las demás producciones de esta índole. Gil y Zárate halla además amenizada la narración del *Marcos de Obregón* con cuentos y novelitas agradables, siendo su estilo puro, natural, fácil y correcto, sin resabios de afectación ni mal gusto, por lo que aprecia á ESPINEL por uno de nuestros primeros prosistas (1). El norte-americano Ticknor dedicó también al autor y á la obra noticia bastante individual, tanto por el mérito de uno y otra, cuanto por la grande atención que confiesa llamó á los contemporáneos de ESPINEL la aparición de su escrito. La síntesis de su juicio puede, sin embargo, condensarse en los siguientes conceptos: — « Contiene el *Obregón*, dice, bastantes reflexio- » nes morales, cansadas y fastidiosas, aunque bien escritas, lo » cual hace que la narración de los engaños, maldades y picar- » días del héroe resalte más; pero aunque inferior al *Guzmán de* » *Alfarache* y al *Lazarillo* en dicción y estilo, les aventaja en » acción y movimiento; los sucesos marchan con mayor rapidez » y terminan de un modo más regular y acertado (2).» En otra historia literaria de España, su autor, Eugenio Baret, profesor de literaturas extranjeras en la facultad de letras de Clermont-Ferrand, considera las *Relaciones de la vida y aventuras del escudero Marcos de Obregón* como obra superior á las de Hurtado de Mendoza, Alemán y Vélez de Guevara en el género picaresco, pues halla en las de ESPINEL más plan, más arte, mayor decencia y mayor gusto literario que en las de sus competidores (3). Por último los escritores alemanes, que habían seguido las impresiones de Bouterweck (4), habiendo modificado sus juicios después de los trabajos de Tieck, de Malsburg y otros, han rectificado algunos de los errores en que hasta llegó á incurrir en su *Lexicón* el sabio y concienzudo Ebert, y haciendo justicia al mérito del autor español, han proclamado el *Marcos de Obregón* por una de las más bellas producciones de la literatura española, aunque se hayan señalado algunos de sus lunares. Entran en este número la forma desigual con que, en sentir de Tieck, la obra está escrita; la conclusión que no corresponde á las esperanzas que el principio suscita, y finalmente el prurito que el autor muestra en convertir cada episodio de su novela en artículo de moral, á fin de evitar que el público crea que el escritor no se cuida sino de divertir á las gentes.

III.

Los defectos de que trata la crítica alemana, principalmente el último, nacían de la propia condición de toda nuestra literatura de aquel siglo. Bajo el cetro de Felipe II, en que floreció el genio, todo en la sociedad española estaba predispuesto al orden, bajo el rudo principio de la disciplina, que es el carácter

(1) « Resumen histórico de la literatura española : » part. iij. cap. 13.
(2) « History of Spanisch Litterature : » t. m. iij. cap. 34.
(3) « Histoire de la Littérature de l' Espagne : » pág. 503.
(4) « Gesen. der schónen Wissenschaften : » t. iij. pág. 451.

más relevante del progreso y de la educación pública, y de la autoridad y de la subordinación, que estrechan los vínculos de la nacionalidad. Dominaba en la literatura Horacio, que era la autoridad clásica, la autoridad tradicional, la autoridad de los antiguos; para las investigaciones de la moral y de la metafísica, reinaba la autoridad de los textos sagrados, de la Escritura y de los Santos Padres; para la política, el rey. No era solamente la Inquisición la que imponía trabas á las licencias de la imaginación y del pensamiento, sino el sentido público, las costumbres generales que prohibían á la mente humana dilatarse en aquellos asuntos que no se podrán nunca examinar sin peligro. Sin embargo, no promovían quejas semejantes limitaciones, que se respetaban sin esfuerzos, tanto más cuanto que no por eso faltaba á la fantasía y aun á la reflexión seria y madura, extenso campo donde vaciar sus obras, como lo justifican las de nuestros filósofos y místicos, juristas é historiadores, médicos y matemáticos, novelistas y poetas. ¿No es, por ventura, completo en todas sus partes el cuadro de nuestro movimiento intelectual en la monarquía de Felipe II? Aquella literatura, diametralmente opuesta en sus tendencias y caracteres á la del día, era propia de una sociedad tranquila y sana y de unos escritores probos é ingenuos, que no proponiendose por tema constante de sus producciones hacer la felicidad pública, ni dirigir los gobiernos y los pueblos, como hoy acontece en el libro, en el teatro, en la cátedra, en el foro, se contentaba únicamente con *deleitar sin corromper*. ¿Llena este objeto la donosa narración de las *Aventuras del Escudero Marcos de Obregón?* La opinión unánime de los críticos, que dejo apuntada, elocuentemente lo acredita.

Pellicer en la *Vida de Cervantes* ha querido encontrar el origen del *Marcos de Obregón* en un movimiento de emulación del anciano maestro hacia el genio divino del autor inmortal del *Quijote*. Preciso es confesar que el diligente biógrafo no ha dado pruebas bastantes de lo que aseveraba, sino meras conjeturas que bien pudieran estrellarse en la noción que tenemos de la amistad y el respeto recíproco que en vida uno y otro se profesaban. En el *Canto de Caliope*, en el *Viaje* y en la *Adjunta al Parnaso* no sólo había Cervantes celebrado el raro estilo en que Espinel llevaba el cetro, y su envidiable capacidad ya con la pluma, ya con la lira, sino que haciendo mérito de los viejos afectos que con él le unían en la *Adjunta* cariñoso exclamaba:—«Al famoso Espinel dará vuesa merced mis encomiendas, como »á uno de los más antiguos y verdaderos amigos que yo tengo.» —A su vez Vicente Espinel en la *Casa de la Memoria*, le había rendido análogo tributo, reconociendo que ni la desgracia, ni el mar, ni el cautiverio pudieron evitar al vuelo colosal de Cervantes tocar las altas cimas de la gloria. Por otra parte, en las realidades de la vida, los dos simultáneamente confluían á la protección misericordiosa del cardenal arzobispo de Toledo, D. Bernardo de Sandoval y Rojas, de quien Salas Barbadillo en la dedicatoria de *La Estafeta del dios Momo* descubrió recibían uno y otro pensión continua «para que pasasen su vejez con menos incomodidad.» ¿Es presumible siquiera que Espinel pretendiera aquel favor por el camino de una envidiosa rivalidad, como Pellicer deja entrever en la alusión á los escuderos pedigüeños y habladores de que en la dedicatoria al prelado hablaba cuando decía:—«No será Marcos de Obregón el primer escudero »hablador que ha visto V. S. Ilma., ni el primero que con humil-

» dad se ha prostrado á besar el pié de quien tan bien sabe dar » la mano para levantar caídos?» Por Zoilo que Espinel fuese, y en que Cervantes lo estimara, lícito es creer que Pellicer necesitó una gran fuerza de sutil suspicacia para notar la malicia en las palabras apuntadas, y mucho más para sorprender una alusión del escudero Marcos de Obregón al escudero Sancho Panza. ¡Eran muy distintos escuderos! Además cuando Espinel ponía su dedicatoria á los piés del cardenal Sandoval, hacía tiempo que acerca de lo de Zoilo inválido, Lope de Vega ya había escrito al Duque de Sesa, su Mecenas:— Merece Espinel » que V. E. le honre por hombre ingenioso en el verso latino y » castellano, fuera de haber sido único en la música: que su con- » dición ya no será áspera, pues la que más lo ha sido en el » mundo, se templa con los años ó se disminuye con la fla- »queza.»

Espinel fué el primero en descubrir lealmente el fin que se había propuesto para escribir su *Obregón*: —«El intento mío, » dice, fué ver si acertaría escribir en prosa algo que aprove- » chase á mi república, deleitando y enseñando, siguiendo aquel » consejo de mi maestro Horacio; porque han salido algunos li- » bros de hombres doctísimos en letras y opinión, que la abra- » zan tanto con sola la doctrina que no dejan lugar por donde » pueda el ingenio alentarse y recibir gusto, y otros tan enfras- » cados en parecerles que deleitan con burlas y cuentos entre- » mesibles, que después de haberlos leído, revuelto, aechado » y aun cernido, son tan fútiles y vanos, que no dejan otra cosa » de sustancia ni provecho para el lector, ni de fama y opinión » para sus autores.» Por si esto no es bastante, Espinel añade: —« Yo querría en lo que he escrito que nadie se contentare con » leer la corteza, porque no hay en todo mi escudero hoja que » no lleve objeto particular, fuera de lo que suena.»—Difícil es apreciar, con tres siglos de distancia por medio y una absoluta carencia de toda historia literaria, todo lo que mediante esta advertencia haya en el *Marcos de Obregón* de circunstancial, local y adecuado á la época en que se dió á la estampa. La crítica no puede ya apreciarlo, desprovista de los necesarios antecedentes, sino en lo que la obra de Espinel tiene de universal, de perenne, de eterno. Reducirla al estrecho círculo de las circunstancias en que apareció, no es ya posible, cuando con bizarro empuje ha logrado dominar los límites del tiempo, abrirse paso en la atención de otras generaciones y difundirse hasta romper las barreras de los idiomas extraños. Es preciso, pues, considerarla, y así los analistas precedentes la han considerado, como monumento de una literatura universal.

¿Yquién duda que llena todas sus condiciones de una manera brillante? No es el *Marcos de Obregón* una novela moderna que analiza, sino una narración por exceso subjetiva, en que el autor, haciendo el protagonista, aunque con supuesto nombre, desarrolla la trama indeclinable de una existencia real luchando con la naturaleza, con la sociedad y los obstáculos civiles. En vano será buscar en ella esa variedad de caracteres que el arte agrupa con maña, no como los produce la naturaleza; en vano las agitaciones de la pasión que la musa trágica del drama exalta y acumula para producir los cuadros de negra tristeza que dan á la vida un tinte patético de desesperación y romanticismo: ni siquiera el autor se propone sistematizar la desgracia, de manera que persiguiendo sin descanso y bajo todas las formas á

una misma víctima, resulte la existencia sometida al despótico yugo de una ley fatal, eterna é inexorable. El escudero *Marcos de Obregón* es un tipo común, que en medio de la sociedad tradicional antigua, se adelanta á la figura del hombre de nuestras democracias modernas, donde los triunfos sobre las adversidades contingentes de la vida real se gradúan por los triunfos que sobre cada individuo alcanza su propia voluntad, su propio albedrío, sin necesidad de sacarle de otra escena que de la ordinaria en que la existencia se desenvuelve, ni de hacerle remontar con plumas de Icaro á las cimas de mitológicos heroísmos. Gira, pues, el interés de la obra entre la observación constante de la vida y la lección fecunda de la experiencia; no estudia al hombre, como debe estudiarle quien se propone dictar preceptos; tiende en su fondo y en su forma á una continua perfección, hasta hacer desear la paz de una existencia laboriosa, modesta y solitaria; de este modo, siendo una narración, aunque ingeniosa, siempre sencilla, hallándose sus episodios todos solícitamente sometidos á la enérgica ley de la realidad, pasma y asombra la portentosa flexibilidad de un talento que ha sabido bordar de pensamientos profundos las fruslerías pueriles del estudiante sin libros, las trivialidades inocentes del calavera sin aventuras, las empresas solitarias del soldado sin batallas y los egoísmos sin objeto del corazón sin hogar y del espíritu sin familia. ESPINEL quiso en el *Marcos de Obregón* realizar una obra superior á los ensayos brillantes de su juventud, y no puede negársele la categoría de un talento original. Por eso cuando algunos creyeron pudiera incurrir en el hastío de tantas insípidas producciones, como diariamente acometían los serviles imitadores del *Lazarillo de Tormes* y del *Guzmán de Alfarache*, viósele elevarse con propio vuelo sobre el nivel de sus rivales, y la crítica de su siglo, representada por la voz pujante del reverendo Padre Maestro Fráy Hortensio Félix Paravicino, declaró, como antes he consignado, que de los libros de este argumento, las *Relaciones de la vida del escudero Marcos de Obregón* son la mejor cosa que nuestra lengua tendrá. Esta opinión persevera insistente después de tres siglos, y en ella estriba la secreta razón de por qué se ha propagado por uno y otro continente, se ha traducido al francés, al inglés, al alemán y se han multiplicado hasta aquí y aún se multiplican hoy día sus ediciones.

IV.

Bajo otro aspecto ha sido considerado también este libro, cuya importancia no declina: como probable auto-biografía de ESPINEL, sobre el cual la biografía hasta ahora no ha prodigado sino atroces temeridades. Los primeros errores que se cometieron en este punto los inspiró el celo excesivo del buen deseo. Casi á fines del siglo último la vida de ESPINEL era absolutamente desconocida hasta por sus más entusiastas admiradores. No se tenía ningún dato seguro sobre el lugar y la fecha de su nacimiento. Se ignoraba dónde, en qué año, de qué edad, en cuál grado de la fortuna había muerto; todo el resto de su vida se ocultaba en el misterio. Una frase de Lope de Vega en el *Laurel de Apolo* le hizo concebir nonagenario y pobre. Un rondeño dis-

tinguido, Cristóbal de Salazar Mardones, secretario del Consejo de Italia en la sección de Sicilia, no había podido hacerse en 1642 de un ejemplar de las *Rimas*, impresas en 1591. Nicolás Antonio, en su *Bibliotheca Hispana nova*, equivocó en diez años la fecha de su fallecimiento. Otro rondeño antes citado, Rivera y Valenzuela, en 1766, fué cómplice de don Cristóbal de Medina Conde en retrasar otros seis años la de su venida al mundo, y á la vez propagó una porción de datos no menos inciertos, que sin embargo se tomaron después por base de la biografía. Tratando de trazarla López de Sedano en 1770, en el tercer tomo del *Parnaso Español*, poco dijo, y ese poco plagado de inexactitudes, por osar deducir *ad libitum* los datos históricos de Espinel de la lectura poco meditada de sus obras poéticas. Más crasos errores, y con no menos buena intención divulgó de 1787 á 1799 López de la Torre Ayllón y Gallo, primero en su correspondencia con el presbítero de Ronda, don Jacinto José de Cabrera y Rivas, y después con el bosquejo biográfico que insertó en la *Colección de españoles ilustres*, pretendiendo formar también el pedestal de la figura del escritor sobre las revelaciones literales del *Marcos de Obregón*, de donde surgió y se arraigó la idea de que ésta era la auto-biografía antedicha. Entre tanto los historiadores y los críticos así propios como extraños, tomando por puntuales las noticias autorizadas desde publicaciones casi oficiales, extendieron la fábula como noción de la verdad tocante á la vida del poeta, y fábula es cuanto acerca de ella se lee en Sedano y Burgos, Quintana y Gil y Zárate, Silvela y Castro, entre los nacionales, y en Sismondi, Buvterweck, Ticknor, Tieck, Algernon Langton, Baret, Michaud, Weiss, Bouillet, Höffer y por último en todos los *Diccionarios biográficos*, entre los extranjeros.

No puedo hacer aquí *in extenso* el trabajo documental que reservo para más propicias circunstancias: permítaseme, sin embargo, diseñar un simple bosquejo de la vida del maestro Vicente Espinel sobre la fe de mis investigaciones de veinte años y de los documentos reunidos por mi constancia y diligencia. El nombre del lugar de su nacimiento, Ronda, él lo acreditó en las portadas de sus libros, en las *canciones á su patria* y en las referencias directas del *Obregón* á su persona. En el libro II de bautismos de la parroquial de Santa Cecilia, al folio 36 vuelto, consta la fe de su bautismo en 28 de diciembre de 1550, siendo sus padres Francisco Gómez y Juana Martín. Jacinto Espinel Adorno, en *El premio de la constancia ó pastores de Sierra Bermeja*, testifica que ésta fué de familia de conquistadores. El mismo Vicente Espinel hace al primero oriundo de las montañas de las Asturias de Santillana, y añade que aunque con alguna hacienda la perdió en negocios infortunados. También dice él mismo que su primera instrucción la recibió en Ronda, en las aulas del bachiller de la gramática Juan Cansino, el cual le enseñó á traducir no mal un epígrama latino y á componer otro, y con esto, un poco de música y saber callar, ya estuvo dispuesto en las primeras mocedades para que su padre, tratando de sacar fruto del talento que precozmente revelara, pusiérale al cinto una espada de Bilbao, en la maleta un ferreruelo de ventidoceno de veinte ducados, y con su bendición y lo que pudo, que no debió de ser mucho, enviárale con un arriero á Salamanca, donde se hiciera famoso en los estudios. La salida de Espinel de Ronda para la Universidad maestra, coincidió con el segundo levantamiento

de los moriscos de la sierra de Istán y los alistamientos y la leva de hombres, desde los 18 hasta los 30 años, que juntó para calmarlo el duque de Arcos, don Rodrigo Ponce de León: de este deber sólo estaban exentas las gentes de iglesia y los estudiantes.

La aparición del nuevo escolar en Salamanca la acreditan los libros de matrícula correspondientes á los cursos de 1570 á 1571 y de 1571 á 1572, en los cuales se registra inscrito en la facultad de Artes. Las notas que obtuviera se han perdido con los libros de pruebas en donde constasen. En los grados no se encuentra su nombre. En las inscripciones de matrículas se le nombra: VICENTE MARTÍNEZ ESPINEL, *natural de Ronda, diócesis de Málaga*. En el *Obregón* no se da ciertamente ESPINEL aires de opulento, ni aun de adelantado en sus estudios en la Universidad. Acerca de estos él mismo dice en el descanso XII de su primera relación: — « Yo confieso de mí, que la inquietud natural mía, junta con la poca ayuda que tuve, me quebraron las fuerzas de la voluntad, para trabajar tanto como fuera razón. » Respecto á los medios de su vida, añade en el mismo lugar: — « Estábamos » después de esto, tres compañeros en el barrio de San Vicente, » tan abundantes de necesidad, que el menos desamparado de » las armas reales era yo, por ciertas lecciones de cantar que yo » daba; y aun las daba, porque se pagaban tan mal, que antes » eran dadas que pagadas, y aun dadas al diablo. » Aun así tuvo en 1572 que interrumpir los estudios, á consecuencia de haber cerrado y dispersado la Universidad el corregidor D. Enrique de Bolaños, por los disturbios y encuentros de estudiantes que promovieron los bandos formados á causa de la prisión y proceso del sabio maestro Fráy Luís de León. Tenía á la sazón ESPINEL veintidos años, y emprendió *á la apostólica*, como él mismo dice, aquella peregrinación hacia Ronda, su patria, visitando y deteniéndose en Madrid y en Toledo, recibiendo en Ciudad Real los regalos y socorros de la monja D.ª Ana Carrillo, señora muy principal de los Villaseñores de Murcia y de los Maldonados de Salamanca, y tocando y descansando en varios lugares ricos de Andalucía.

Pocos meses después de la llegada de ESPINEL al hogar paterno, unos parientes de estos, algo hacendados, Bartolomé Martínez Labrasola y Catalina Martínez, cónyuges, y la última hermana de Juana Martín, se resolvieron á fundar capellanía de una parte de sus bienes, « nombrando por primer capellán á su so- » brino VICENTE MARTINEZ ESPINEL, hijo de Francisco Gómez, » porque es mancebo virtuoso de buenos padres y confiamos de » su persona y virtud que la servirá muy bien, » según textualmente reza la escritura de fundación, cuya copia tengo á la vista, y que fué otorgada ante el escribano público Juan Gil Acedo en 3 de Agosto de 1572. Cónsistían los bienes de esta fundación en unas casas que los Martínez Labrasolas poseían en Ronda, barrio del Mercadillo, arrabal de la Puente y calle de las Peñas, con expresión de ser once moradas lindando unas con otras y en unas viñas de cuatro aranzadas del pago del mismo Mercadillo, *cerca de la torrecilla de la dehesa*. Tenían estos bienes un gravamen censual de 30,000 maravedís de principal en favor de D. Pedro Ponce de León, de la casa ducal de Arcos, y después de imponer al capellán ciertas obligaciones de su ministerio, se determinó el orden de la sucesión en ellos, debiendo recaer en el convento y religiosos de la Merced, cuando concluyeran estos llamamientos, como en efecto se acabaron en 1666.

Influyó en 1572 en todas estas disposiciones un religioso de la redención de cautivos, montañés de origen, como el padre de ESPINEL, hombre en su siglo de sumos respetos así por sus grandes dotes personales, como por su mucho influjo y el de sus parientes en la corte de Felipe II, y que frecuentemente hacía largas residencias en el convento de Ronda, situado á la sazón en el lugar aun llamado *la cruz de San Jorge*, bien próximo por cierto á las moradas en donde ESPINEL debió nacer y su familia habitar. Llamábase este religioso Fray Rodrigo de Arce, y ESPINEL en sus *Rimas* le dedicó luégo una de sus más bellas canciones. En las redenciones de África tenía una inmensa reputación, y á Ronda trajo convertido desde Argel al hijo de Bocazán-bey, que tomó en la pila el nombre de D. Diego de Arce, y que disfrutó de por vida una pensión que le señaló el rey Felipe II, según refieren Fráy Alonso Remón y Bernardo de Vargas, cronistas de la orden á que Fráy Rodrigo perteneció.

Tal vez el favor de éste colmó de valiosas recomendaciones á ESPINEL en su segunda expedición á Salamanca. Aunque el poeta declara que esta vez pasó tres ó cuatro años (sólo fueron dos) en esta ciudad, y de que se le dió una plaza en los verdes de San Pelayo, hallándose de escolares en este colegio el que luégo fué obispo de Valladolid, D. Juan Vigil de Quiñones, y el consejero de la Inquisición D. Juan de Llanos y Valdés, la circunstancia de no aparecer más el nombre del poeta ni en las matrículas de la Universidad ni en los registros de San Pelayo, hace sospechar sobre la condición de *la plaza* que en este colegio se le dió, de seguro más humilde que la posesión de una beca. Sin embargo, si hemos de creer á Lope de Vega en el *Papel sobre la nueva poesía*, de esta época datan las relaciones de amistad y compañerismo que ESPINEL mantuvo toda su vida con el marqués de Tarifa, primogénito del duque de Alcalá de los Gazules, con otros títulos y grandes, como los Alba y los Girones, con Pedro de Padilla, caballero del hábito de Santiago, con Luís Gálvez de Montalvo, que lo era de la orden de San Juan de Jerusalén, con D. Luís de Vargas Manrique, con los Argensolas, con Pedro Liñán de Riaza, con Pedro Laínez, con Marco Antonio de la Vega, con el doctor Garáy y últimamente con el joven don Luís de Góngora y Argote, recién llegado de Córdoba. De estos, los que no presumían de caballeros, teníanse por hidalgos de renta y caudal, aunque estudiantes y poetas todos. ¿Fué que con ellos solamente lo introdujo su superioridad en la poesía, ó su habilidad, que Lope llamó repetidas veces *única*, en la música y el canto? Estas facultades le abrieron la casa de D.ª Agustina de Torres, en la cual, según López Maldonado, en la *Elegía de su muerte*, se reunían los más famosos músicos de la ciudad, el gran Matute, el celebrado Lara, el divino Julio, Castilla y otros.

V.

La ambición y el amor sacáronle de Salamanca á vida más activa. Por orden del rey Felipe II formábase en el otoño de 1574 armada de más de trescientas velas y veinte mil hombres en el puerto de Santander. Por capitán general de ella iba el más intrépido marino que á la sazón tenía España. Pero Menéndez de Aviles, el famoso adelantado de la Florida. Su misión permane-

cia secreta y reservada; bien que todo el mundo creyera fuese la primera *invencible* de Felipe II contra Isabel de Inglaterra. Era el almirante don Diego Maldonado, caballero de bonísimo gusto, de los de esta casa en Salamanca y algo pariente de linda moza que acaso á la sazón ESPINEL platónicamente cortejaba. Por todos estos merecimientos dióse al novel estudiante alférez la bandera del segundo capitán. Mas aquella escuadra portentosa no llegó á cumplir su destino. La peste la asedió en el mismo puerto, destruyéndola sus hombres, y entre otros cabos que murieron, hizo la muerte presa también del bizarro caudillo que había de mandarla. Un viento de dispersión sopló por los escasos restos de los que habían quedado, y ESPINEL, aunque convaleciente de unas fiebres malignas, cedió á la inquieta condición de su carácter, no tomando la vuelta hacia Salamanca, sino escapando por Laredo y Portugalete á la capital de Vizcaya; desde Bilbao á Vitoria, donde lo hospedó y mimó, un gran caballero y amigo suyo, don Felipe de Lezcano; desde Álava á Navarra, por visitar al condestable de la casa de Alba, de la cual ya comenzaba á recibir protección; de allí á Zaragoza, donde le obsequiaron los Argensolas y otros ingenios amigos, durante su larga estancia en la capital de Aragón; y después de haber trasfagado toda la Rioja, y visitado á Burgos, vino á recaer en Valladolid y en el escuderaje del egregio conde de Lemos, don Pedro de Castro, gran amigo de la gente alegre de bizarro ingenio.

Cerca de cuatro años consumiéronse en esta vida, que á aquél robusto amparo tal vez se hubiera prolongado, sin la ocasión de la infortunada empresa del rey D. Sebastián de Portugal, á Africa, á donde fueron 5000 españoles en las 50 galeras con que le auxilió el rey Felipe II, á quien Lemos á su llamamiento acudió presuroso para servirle. «Víneme de Valladolid á Madrid, dice »el mismo ESPINEL, y siguiendo la variedad de mi condición y »la opinión de todos, fuíme á Sevilla con intención de pasar á »Italia, ya que no pudiese llegar á tiempo de embarcarme para »Africa.» En efecto, no llegó; quedóse en Sevilla al abrigo de ilustres camaradas, y en el largo año que residió en la ciudad del Guadalquivir hizo de su vida una continua tempestad de desvanecimientos juveniles. Arrastró su musa por el lodo de la obscenidad y del sarcasmo; su vivo ingenio y sus músicas habilidades disipáronse entre los lupanares de Baco y Venus; púsose espada al flanco; echóla de valiente; suscitó pendencias; anduvo á cuchilladas y al ojo de la justicia y, como él mismo dice, comenzó á alear más de lo que le estaba bien, y aun tanto que el marqués de la Algaba, D. Luís de Guzmán, que le amparaba, llegó á mostrarse rehacio en su refugio, viéndole empeñado en tales causas que tuvo que tomar sagrado tal vez para evitar mayores inconsideraciones. No por eso faltáronle amigos: por tal se le declaró un jóven príncipe, tan gallardo de presencia, como amable de carácter, que vino por aquel tiempo á Sevilla á visitar á su tío el arzobispo D. Cristóbal de Rojas y Sandoval: llamábase él D. Francisco Gómez de Sandoval: llevaba por título el de marques de Denia, y estaba destinado á representar en la política y el gobierno de España el papel más importante, bajo el de duque de Lerma, con el que reconoce la historia al poderoso valido del rey Felipe III. Influía en la borrascosa conducta de ESPINEL por aquel tiempo la fiebre del despecho á causa del desengaño sufrido en aquellos amores puros, juveniles, risueños que comenzara en Salamanca, y Denia descendió

á mitigar aquel violento estado, favoreciendo á ESPINEL en sus necesidades y allanándole los obstáculos para alejarle del lugar de los combates de su espíritu, haciendo descubrir ante su mente aventurera los poéticos horizontes de Italia, sonrosados con la compañía y el favor inmediato del Duque de Medina-Sidonia, D. Alonso Pérez de Guzmán, á quien acababa de darse el gobierno de Milán, para donde él ya disponía el envío de ajuares y criados en un galeón *arragonés* (1), que se hacía á la vela para el golfo de Génova.

Surge, durante esta navegación, una cuestión histórica, que hasta ahora ningún biógrafo se ha atrevido á abordar para darle una explicación definitiva. ESPINEL, refiriendo los azares de aquel viaje, dice que habiéndose refugiado el galeón á la isla Cabrera y habiendo saltado alguna gente á tierra en busca de agua, fué con otros sorprendido por unos piratas africanos que los llevaron cautivos á Argel: narra luégo prolijamente la vida y las vicisitudes del cautiverio, y por último, después de mil lances novelescos la manera cómo preso el galeón de su amo cerca de las aguas de Mallorca por las galeras de Génova que gobernaba el Sr. Marcelo Doria, fué primero maltratado teniéndole por renegado también, luégo reconocido por Francisco de la Peña, uno de los músicos de á bordo, presentado al general más tarde, y remediado y conducido á Génova, á casa del embajador Julio Espínola, que él había tratado como amigo en Valladolid, y que juntamente con Marcelo Doria, le proveyó de dinero y cabalgadura para que se trasladase á Milán. O hay que aceptar como cierto en el *Marcos de Obregón* este episodio autobiográfico de ESPINEL, ó hay que negarlos todos. En ninguno el autor pone entre él y el lector mayor número de testimonios vivos: él cita las personas con abundancia, y es uno de los pasajes en que casi descubre que el nombre de *Marcos de Obregón*, adoptado por el protagonista de su obra, no es sino el pseudónimo bajo el que oculta el suyo verdadero. La glosa de las octavas cantadas á bordo y á cuya música suspiró, son de las más conocidas de sus canciones; él dice además: cantaron *unas octavas mías*. Peña lo denunció después al general como *autor de la letra y de la sonata*. Y cuando el general le preguntó: *¿Cómo os llamáis?* y él le respondió: *Marcos de Obregón;* Peña se apresuró á rectificar diciendo:—FULANO (es decir ESPINEL) *es su verdadero nombre, que por venir tan mal parado debe de disfrazarlo.*

Cotejando los hechos en que ESPINEL refiere haber intervenido con las fechas de estos acontecimientos históricos, preciso es confesar que existe una perfecta, absoluta correspondencia sin que jamás se le sorprenda en el menor desliz: de modo que lo que narra lo cuenta, no como el contemporáneo que recuerda lo que ha oído, sino como el testigo que tiene presente y muy presente hasta el menor detalle de lo que ha visto. A fines de 1578, en efecto, desembarcó en Génova; por Alejandría de la Palla, de donde era gobernador D. Rodrigo de Toledo, pasó á Milán, donde esta vez no se detuvo, continuando su marcha á Flandes, y yendo á parar al ejército que mandado por Alejandro Farnesio, príncipe de Parma, desde la muerte de D. Juan de Austria, disponíase á dar el Asalto general de Maestrich, uno de los hechos de armas más grandiosos de aquella época militar.

(1) De Ragusa.

Allí encontró á D. Hernando de Toledo, *el tío*, y á D. Pedro de Toledo, marqués de Villafranca, en quienes, como en todos los de la casa de Alba, la amistad á ESPINEL era cosa como del hogar ó de la sangre; allí al ingenuo caballero D. Alonso Martínez de Leiva, á quien el mar de Irlanda en 1588 abrió la tumba, al más dulce prodigio de las musas; allí, por último, á aquel bizarro príncipe Octavio de Gonzaga, casado con D.ª Sicilia de Médicis, en cuya morada en Milán y Mantua el poeta de Ronda habría de hallar luego la hospitalidad más noble y la protección más espléndida. Con sólo repasar el libro de las *Rimas* se viene en conocimiento de lo que fueron estos príncipes para ESPINEL. A D. Hernando de Toledo, el tío, dedicada está aquella *Egloga* sublime, resumen de la historia de sus amores con doña Antonia de Calatayud (1), en Salamanca y Sevilla; en las dos *Canciones* á los jóvenes consortes Gonzaga y Médicis, de la casa ducal de Mantua, se expresa la abundante felicidad que aquellos ilustres magnates derramaron con su favor en el alma de ESPINEL. Desde la rendida fortaleza del Brabante el poeta siguió á Octavio de Gonzaga en la vuelta para Milán, y aquí el generoso príncipe, con ocasión de la muerte y los funerales de la reina doña Ana de Austria, que en la capital de Lombardía se lloró con soberbias exequias, colmóle de honor, haciendo que á ESPINEL se le designase para las leyendas en verso castellano y latino que habían de adornar el túmulo levantado en la incomparable catedral para la fúnebre solemnidad en que él mismo celebró después haber oído la palabra inspirada del santo arzobispo, Carlos Borromeo, en el elogio póstumo de tal reina. También los versos castellanos que entonces ESPINEL compuso forman parte de sus *Rimas* desde el folio 100 al 103.

Aunque en los tres años, próximamente, que residió el poeta en Lombardía, quéjase de no haber disfrutado salud, ni de haber hecho en ellos cosa alguna literaria de importancia « por lo »poco que entre soldados se ejecutan los actos del ingenio,» casi todas las composiciones que escogió después para coleccionarlas, fueron escritas en Italia. Concurriendo allí diversas naciones de franceses, alemanes, italianos y españoles, él mismo confiesa que hubo de escoger el latín para entenderse. Por último en el descanso V, de la Relación III, dice que en Milán concurría á casa de D. Antonio de Londoño, presidente de aquel magistrado (2), muy sabio en las artes filarmónicas, en cuya morada había siempre junta así de excelentísimos músicos, como de voces y habilidades, donde se hacía mención de todos los hombres eminentes de la facultad. « Tañían, añade ESPINEL, vihuelas de arco con grande destreza, tecla, arpa, vihuela de mano por excelentísimos varones en toda clase de instrumentos.» Todo esto revela que la permanencia de VICENTE ESPINEL en Italia, lejos de ser perdida, fuéle muy provechosa, pues allí pudo perfeccionarse y perfeccionó de hecho sus facultades, como se notará más adelante, cuando en ellas veámosle encontrar el más sólido refugio de su vida. No dejó de luchar, sobre todo con la escasez,

(1) Su verdadero nombre era doña Antonia Maldonado y Calatayud; era de los Maldonados de Salamanca y casó en Ocaña con D. Rodrigo de Céspedes, el mayor de los hijos del capitán Alonso de Céspedes, llamado «el bravo.»

(2) En 1580, época á que ESPINEL se refiere, D. Antonio de Londoño, D. Pedro de Lunato y D. Jorge Manrique formaban el «Consejo secreto de Milán».

que fué el torcedor perpetuo de sus gustos mientras vivió; y en su propio testamento, hecho cerca de medio siglo más tarde, todavía debía acordarse de los apuros que pasó en Milán, cuando dictaba al escribano Juan Serrano:—«Item, declaro que debo en la ciudad de Milán, en Lombardía, veinte ducados á un mercader que se llama Ludovico Mato de Recto, de un ferreruelo de gorguerán que me vendió habrá tiempo de treinta y seis años, los cuales quiero que se le paguen, y si fuese muerto á sus herederos, y caso que no los haya el señor Maestro Franco se los diga de misas para sus almas.»

Cansado de la vida militar, puesta la vista en el porvenir y viéndose en el promedio de la vida sin puerto de salvación para la vejez, trató de regresar á España, mas no sin visitar á Pavía, Turín, Venecia y otras ciudades italianas de gran fama. D. Hernando de Toledo, el tío, le tomó luégo muy alegremente en Saona en sus galeras hasta desembarcarle en Barcelona. Pasó á Madrid, donde muchos le conocieron en 1584 y á poco tomó la resolución de volver á Andalucía, decidido ya á echar la llave al ardor juvenil y á recogerse al amparo de aquella carrera en la que todavía le brindaba algún descanso la próvida fundación de 1572.

VI.

Todos los actos eficaces de la vida del hombre y del poeta comienzan desde esta época. De sus mal perjeñados apuntes y papeles, y del rico arsenal de su memoria, procuró entresacar aquellas obrillas líricas de la juventud, que formaban el bello ramillete del ingenio y del corazón en la risueña edad de sus alegres mocedades. Enviándolas á la censura de D. Alonso de Ercilla, que confesaba ser de los mejores versos líricos que él había visto (1), desde la primera página declaró Espinel el objeto que se proponía al intentar publicarlos, con aquel bello soneto, que le sirvió de introducción y es sin duda uno de los mejores que hay escritos en castellano.

Dice así:

Estas son las reliquias, fuego y hielo,
Con que lloré y canté mi pena y gloria,
Que pudieran ¡oh España! la memoria
Levantar de tus hechos hasta el cielo.
Llevóme un juvenil, furioso vuelo
Por una senda de mi mal notoria,
Hasta que, puesto en medio de la historia,
Abrí la vista, y ví mi amargo duelo.
Mas retiréme á tiempo del funesto
Y estrecho paso do se llora y arde,
Ya casi en medio de las llamas puesto:
Que, aunque me llame la ocasión cobarde,
Más vale, errando, arrepentirse presto,
Que conocer los desengaños tarde.

(1) Esta censura lleva la fecha de 7 de Enero de 1587: las «Rimas» no se publicaron hasta 1591.

Tal vez á su regreso de Italia, ESPINEL había ya perdido sus padres en Ronda. Ello es que al volver á Andalucía, no se dirigió desde luégo á la ciudad que le vió nacer sino á Málaga, á echarse en brazos de su antiguo amigo y camarada don Francisco Pacheco de Córdoba, que desde 1575 ocupaba la mitra de esta diócesis, y desde Málaga, por la costa de Marbella, á la Sauceda de Ronda, en una de cuyas pequeñas poblaciones de la propiedad del duque de Arcos, Casares, á la orilla derecha del Guadiaro, residía aquel Pedro Ximénez de Espinel, hermano de Juana Martín, madre del poeta, de quien éste hace la descripción, presentándolo como el hombre perfecto de la filosofía natural en la sencillez de su trato, en la templanza de sus costumbres, en la prudencia de su consejo y en la modestia y rectitud de su sano discurso. Ciertamente aquellas dos visitas fueron para nuestro protagonista del mayor interés, pues por los hechos posteriores resulta como indudable que si con la primera se allanó el camino para su ingreso al sacerdocio, con la segunda debieron removerse cualesquiera clase de obstáculos que para el disfrute de la desamparada capellanía hubieran surgido desde 1572. No obstante, es de presumir que, conocidas sus intenciones en Ronda por las emulaciones y envidias que en el país natal levanta siempre toda capacidad que sabe elevarse sobre el nivel común, se trató de suscitarle inconvenientes, cuyas asperezas ESPINEL procuró limar mediante aquella *canción á su patria*, uno de los poemas más ardientes que brotaron de su lira, y en que humilde, modesto, postrado, pidió á su cuna nuevo amoroso regazo y á sus compatricios benevolencia y protección. También se duda de que nunca las obtuviera, pues por aquel tiempo dirigió á su nuevo Mecenas, el obispo de Málaga, Pacheco de Córdoba, la enérgica *Epístola*, donde sin declinar nada de las licencias de su juventud, apostrofaba á sus enemigos y condenaba la ruindad de las pasiones que contra él concitaban, con el vigor y la elocuencia propias de su pluma varonil abandonada á los arrebatos de su altivo corazón. Hé aquí algunos de estos robustos tercetos:

Bien sé que, yendo la razón delante,
De virtuoso no merezco el nombre,
Más que de docto y sabio un ignorante;
Bien sé que no soy ángel, sino un hombre,
Y no quizá de inclinación tan buena,
Que de Florencia y de Turín se asombre.
Tuve en la juventud, de abrojos llena,
Virtudes pocas, abundantes vicios,
Que me amenazan con ardiente pena.
De la templanza traspasé los quicios:
De Baco y Ceres ocupé el regazo;
Y en Chipre hice alegres sacrificios.
De mal sufrido tuve mi pedazo;
Y al maldecir de la figura muda
Levanté contra el cielo rostro y brazo.
Acostumbré, con libertad desnuda,
Decir mi parecer al más pintado
En torpe estilo ó con razón aguda;
Algo fuí maldiciente y confiado;
Juez severo; en alabar remiso;
A todos los extremos inclinado;
Tal vez Gorgonio fuí, tal vez Narciso;

Y para no cansaros ni cansarme,
Dejé el humor correr por donde quiso.
Yo lo confieso: pueden condenarme
Por mi dicho, mejor que por mi dicha:
Que ni quiero, ni quieren perdonarme...

Tras esta confesión leal é ingenua, aunque valiente, el poeta revuelve, como quien de su superioridad tenía tan hecha la conciencia, contra sus detractores, y así los apostrofa:

¿De qué le sirve aquel andar compuesto
Al virtuoso, trafagando el mundo,
Á mil peligros y borrascas puesto;
Andar surcando el ancho mar profundo,
Seis dedos de la muerte, en pino y brea,
Sujeto al soplo de Eolo furibundo;
Atravesar de la biforme y fea
Scila y Caribdis el estrecho seno,
Por ver el monte dó llegar desea;
Si un torreznero, de malicias lleno,
Y de cecina y nabo el tosco pancho,
De ciencia falto y de virtud ageno,
Se ha de poner repantigado y ancho
Á escudriñar las cosas reservadas
En su estrecha pocilga y bajo rancho?
Oscuras sabandijas levantadas
Del polvo de la paja, y de la escoria
De las putrefacciones engendradas!
¿Podréis meter la mar en una noria;
Tener el viento en un costal atado;
Cubrir el sol, privarnos de su gloria?
Ni más ni menos estará encerrado
En vuestro pecho aquel profundo abismo
De la virtud, á pocos reservado.
Entre la discreción y el barbarismo,
¿Qué parentesco dáis? ¿Qué descendencia
Entre la ciencia y vuestro ingenio mismo?
Entre la necedad y la prudencia
¿Qué símbolos hallăis: que á tanto llega
De un atrevido pecho la insolencia?
¡Oh carcoma infernal! ¡oh envidia ciega,
Rabioso cáncer que en el alma imprime
Gota coral que al corazón se pega!
Envidia es ocasión que no se estime
Al virtuoso, y que le dén de codo,
Y que, olvidado, á la pared se arrime.
Envidia es ocasión, en cierto modo,
Que no esté puesto en el lugar más alto,
Quien vos sabéis, y sabe el mundo todo...

En medio de estas adversidades, tal vez inesperadas, ESPINEL completó sus estudios de moral en Ronda, y llegó de una en otra á todas las órdenes del sacerdocio en Málaga. Es lástima que en los archivos de aquella mitra el desorden y el saqueo hayan hecho total estrago de muchos papeles interesantes para la historia, pues contra la desaparición absoluta de todos los que conciernen al registro de órdenes de aquel tiempo han te-

nido que estrellarse los esfuerzos de mi querido hermano el licenciado don Leonardo Pérez de Guzmán, mi colaborador asiduo con su inteligencia, su saber y sus recursos en las investigaciones sobre ESPINEL, y á quien yo dí el encargo de buscar el modo de puntualizar las fechas que á esta parte de la vida de nuestro protagonista corresponden. Este silencio de los documentos textuales, por fortuna no se prolonga; pues el Archivo general de Simancas, ya desde 1587 nos suministra nuevos instrumentos diplomáticos desde el primer caso eclesiástico que desempeñó ESPINEL. Fué éste un medio beneficio en Ronda, el cual hasta aquí se había atribuído también al favor del obispo Pacheco, cuando este prelado se hallaba ya en posesión de la sede de Córdoba, estando vacante la de Málaga, como se advierte por el siguiente documento que traslado íntegro. Dice así:

A SU MAGESTAD

Del Dean y cabildo de la Yglesia de Málaga: 4 de Mayo 1587. Nominacion de medio beneficio de Ronda,

a VIZENTE SPINEL.

« Señor: en la yglesia de la çiudad de Ronda está vaco vn medio beneficio, » por asçension que dél hizo á vn beneficio entero en la misma yglesia el bachiller » Joan Reynaldos; para el qual se pusieron edictos, y de las personas que se oppu- » sieron al dicho beneficio se hizo exámen de la çiencia, vida y costumbres y lim- » pieça, como V. Mag.d por sus çédulas tiene ordenado y mandado, y juntos en » nuestro cabildo, sede vacante, llamados para la elecçion del dicho beneficio: *en* » *el primer lugar*, por la mayor parte, salió nombrado VICENTE ESPINEL, vezino » de dicha çiudad de Ronda: es clérigo presuítero, buen latino y buen cantor de » canto llano y de canto de órgano. — En el segundo lugar salió nombrado, por la » mayor parte de los Capitulares, GONÇALO GIL GINETE, beneficiado del burgo, » vezino asimismo de la dicha çiudad de Ronda: es clérigo, presuítero; dió buena » quenta de la gramática y de sacramentos; canta con buena voz. — En el Terçero » lugar salió nombrado, por la mayor parte de los Capitulares, BARTOLOMÉ XIME- » NEZ, clérigo presuítero, vezino asimismo de la dicha çiudad de Ronda y benefi- » ciado de Villaluenga: Tiene Tres cursos de Cánones; canta medianamente. — » Todos estos tres asi nombrados Tienen buena opinion de vida y costumbres y son » limpios christianos viejos. Vuestra Magestad hará merçéd á aquella su Yglesia » que con breuedad se prouea este beneficio por la falta que en ella ay de ministros. » Dios guarde la cathólica persona de Vuestra Magestad, de Málaga á quatro de » Mayo de 1587 años. — EL LICENCIADO DON BARTOLOMÉ ABRIO *dean*. — Su rú- » brica. — DIEGO FERNANDEZ, *racionero*. — Su rúbrica. — Por el Dean y Cabildo » de la Santa yglesia de Málaga, FRANCISCO PIÑOSO BARRANTES, *secretario*. — » Su rúbrica. — Al márgen hay un decreto que dice: — *Dese al primero*. — Hay una » rúbrica (1).»

Insoportable debió ser para ESPINEL la monótona vida de Ronda, bien que por aquel tiempo se hubieran calmado algo las tempestades que la envidia le levantó á su vuelta. Así al menos lo corroboran la *Epístola dedicatoria* de sus *Rimas* á su joven alumno don Antonio Alvarez de Beaumont y Toledo, duque de

(1) « Archivo gral. de Simancas:» Patronato Eclesiástico. — leg. 21.— 1.º

Alba y de Huéscar, su amigo y su Mecenas; otra *Epístola* que desde Granada escribió también á su no menos estrecho camarada don Juan Téllez Girón, marqués de Peñafiel, primogénito de don Pedro Girón, tercer duque de Osuna, tan afecto á poetas como el anterior, y á quien Juan de la Cueva de Gazoza, Luís Barahona de Soto y otros ingenios, dedicaron obras inmortales. Por último, hay otra tercera carta de ESPINEL en tercetos al doctor Luís de Castilla, mayordomo del joven duque de Alba, en el mismo sentido que las dirigidas á los dos mencionados egregios magnates. ESPINEL probablemente pasó á Granada á fines del año de 1589, con ánimo de tomar el grado de *bachiller en artes*, que desde entonces va junto á su nombre en algunos documentos públicos. En su *Epístola al marqués de Peñafiel* describe con minuciosidad pasmosa de brillantes detalles, el incendio de la casa de un polvorista en Granada, junto á la iglesia de San Pedro y San Pablo, y cuyo fuego propagándose en breve, llevó su horrible estrago hasta el palacio árabe, cuyos destrozos reconoció en 18 de febrero de 1590, de orden del alcaide de la Alhambra, don Miguel Ponce de León, el aparejador de las obras reales del alcázar, Juan de Vega.

Todas estas tres cartas están llenas de desaliento y de tristeza, y sobre todo del hastío del suelo patrio. A Peñafiel ESPINEL le escribía:

La destemplanza de este invierno frío,
Y entre estos riscos el levante y cierzo
Encojerán al más lozano brío.
Estoy cual sapo ó soterrado escuerzo,
Cual el lagarto ó rígida culebra
La cerviz corva, sin valor, ni esfuerzo.
Voy á escribir, y el brazo se me quiebra:
Si quiero asir el hilo antiguo roto,
Tiembla la mano al enhilar la hebra.
Ya, gallardo marqués, estoy remoto
De mí: que la inclemencia de este cielo
Tiene el ingenio remontado y boto.
Dicen algunos que antes este suelo
Por la extrañeza de estos altos riscos.
Dará ocasión bastante al dios de Delo.
¡Mirad qué gusto ofrecerán lentiscos,
Chaparros y torcidas cornicabras
Entre enconosos, fieros basiliscos!
Que aquí todo el lenguaje y las palabras
Es cochinos, bellota, ovejas, roña;
Cultivar huertas y ordeñar las cabras;
Si crece el pan; si el alcacel retoña;
Si Abbu-Hassen promete viento ó pluvia;
Y todo el resto es vértigo y ponzoña...

Entretanto, procurando mejorar de posición, y habiendo quedado vacante en Santa María la Mayor un beneficio de los enteros, por muerte del bachiller Alonso Gómez, su último poseedor, aspiró á él, presentándose en Coín á las oposiciones ante el obispo de Málaga, D. García de Haro, que sucedió á su favorecedor Pacheco. A 4 de agosto de 1591 se elevó la propuesta del prelado á la resolución del Rey. Ocupaba el primer lugar en la terna Alonso Domínguez, bachiller en cánones por Osuna y

beneficiado de Marbella, el cual antes había sido durante once años cura y vicario de Ronda. Otro beneficiado de Santa Cecilia, que también había desempeñado los curatos de Júzcar, Faraján, Cortes y Jimera, y el del Espíritu Santo en la ciudad natal, Juan Pérez, iba en el segundo, y en el tercero ESPINEL, sin mas títulos que el de bachiller en artes, el de su medio beneficio en la Iglesia de Santa María, su conocimiento en el latín y en el contrapunto y su destreza en canto, *ansi llano, como de órgano.* Esta vez el bachiller Domínguez fué más afortunado, y ESPINEL, que acababa de publicar sus *Rimas*, no se detuvo desde Málaga hasta Madrid. No fué estéril su viaje. Había en Ronda un Hospital Real, llamado de Santa Bárbara, fundado y dotado desde el tiempo de la reconquista por los señores Reyes Católicos Don Fernando y Doña Isabel. Disfrutaba pingüe renta con los acrecentamientos que después se le habían ido agregando, y tenía un capellán de nombramiento real y con consignación no escasa para los ministerios espirituales. El licenciado Francisco Díaz Gil, había sido el primero en este oficio que sirvió por espacio de más de treinta años desde 1520, en que el emperador Carlos V organizó aquella fundación. Sucedióle hasta edad muy avanzada el licenciado Pedro Díaz Cansino, y á su muerte, ocurrida en la primavera de 1591, la ciudad nombró capellán interino entretanto que S. M. resolvía. No se allanó á aprobar esto el obispo de Málaga, y en tal disputa ESPINEL, presentándose en Madrid, obtuvo que en él se resolviese la cuestión. Mal sentó en la ciudad su nombramiento; pero él quiso salvar el conflicto, quedándose personalmente en Madrid á caza de pretensiones más ventajosas y nombró para el Hospital Real de Ronda sustituto en el licenciado Gabriel Espinosa de los Mossos, beneficiado de la Mayor y Comisario del Santo Oficio. Desde entonces comenzó en Ronda una nueva y cruda guerra contra ESPINEL, de quien se pretendía nada menos que renunciara el cargo. En 12 de enero de 1594 la ciudad elevó un papel al Rey, en el cual le exponía que el Hospital se hallaba abandonado, que el beneficiado VICENTE ESPINEL, á quien dió el Rey su capellanía, «está »en essa corte y no la a ydo ni ba a servir, de que a auido algu»nos ynconvenientes», y por último solicitaba mandase «al »dicho UIÇENTE ESPINEL la baya a seruir dentro de vn mes, don»de no que V. mag.d mande nombrar otro capellan, pues no es »justo que los pobres padezcan por no querer y a cabo de tanto »tiempo.» Por cédula de S. M. mandóse á ESPINEL fuera á residir su destino; pero él halló medio de excusarlo presentando en 28 de abril instancia acompañada de una información de médicos hecha ante el vicario de Madrid, Alonso Serrano, canónigo de Toledo, en la cual el doctor Maximiliano de Céspedes y el licenciado Baltasar de León declararon que, á causa del mal de orina y carnosidad que ESPINEL padecía, á ponerse en camino sin curarse, quedaba su vida en peligro. A pesar de todo, no fué posible prolongar mucho tiempo este estado, y al cabo, en la primavera de 1595, hizo el poeta su cuarta y última expedición á su patria.

¿Volvió verdaderamente en ella á los desenfrenos de su juventud? ¿Fueron todo armas de enemistad y venganza contra él? En 1596 por gestiones de Ronda se le quito el medio beneficio de Santa María, y luégo se redactó en su daño una información sobre su vida y costumbres desarregladas que el corregidor de Ronda, Alonso de Espinosa Calderón, elevó al Rey en

24 de octubre de 1597. Habiendo sido remitida de orden de Felipe II al vicario de aquella ciudad, se ha perdido este documento y no consta por lo tanto en la copiosa colección diplomática de Simancas. Sería curioso verlo. Lo que consta en cambio son ciertas cartas del corregidor citado y de la ciudad en pleno, fechas de 24 de octubre de 1597 y de 18 y 27 de enero de 1598, con las sentidas quejas que las produjeron. Espinosa Calderón acusó á ESPINEL de que con la renta del Hospital «lo pasa muy »bien, sin que en ninguna cosa se ocupe en el servicio de »V. mag.d como fundador dél, ni en munchas cosas a questá »obligado del seruicio de dios, nuestro señor;... y apurando al »capellan lo haga, se escusa con dezir no está obligado, ni a »otra cosa alguna, ni lo haze mas de tirar la rrenta.» No tuvo efecto este aviso, y entonces se escribió otro, en que se agravaban los cargos y se decía:—«a el presente sirue el dicho os»pital VIÇENTE ESPINEL. Este capellan es hombre de tales cos»tumbres, trato y manera de bibir, que paresce por la ynfor»macion que va con esta por sus vicios y culpas y excessos y »neglixençias y cobdiçia, conviene al seruiçio de dios, nuestro »señor, y de Vuestra Mag.d que se sirua Vuestra Mag.d de »mandar proueer rremedio, mandando nombrar otro capellan »qual convenga, porque con rreprehencion ni castigo entende»mos no podrá auer rremedio contra lo ques condiçion propia y »costumbres antiguas.» A esta representación, además de la del corregidor, acompañaban las firmas de los caballeros regidores Diego Ximenez Bustos, Don Bartolomé de Villalón, Rodrigo Espinosa de la Rúa, Martín González Gil, D. Gutierre de Escalante y D. Gaspar Vázquez de Mondragón. No obstante el castigo para ESPINEL no debió ser muy duro, pues se satisfizo con nombrar un nuevo sustituto, que lo fué hasta su muerte, en la persona del beneficiado José Ruíz Parra, y en volverse él á la corte á su vida brillante de las letras y del arte que profesaba.

VII.

A 13 de setiembre de aquel año de 1598 murió en el Escorial el rey Felipe II, y no fué antes llegar á Ronda la noticia, que disponer su vuelta á la corte el inquieto capellán de Santa Bárbara. Al principio de 1599 entró en Madrid, y para mayo del mismo año ya se le había dado colocación permanente en uno de los cargos que más podían halagar la idea que él mismo tenía de sus propias habilidades. La facultad y los conocimientos musicales de ESPINEL, y su invención de la quinta cuerda de la guitarra española, mas bien han sido considerados hasta aquí, como adorno de su persona y perfección de su ingenio, que como progresos positivos en una profesión, que á él le valió en vida tanta dignidad como el sacerdocio. El papel que en el arte divino ha representado siempre la guitarra, no ha sido por otra parte el más adecuado para conceder importancia á los adelantos reflejados sobre este instrumento. Sin embargo en el acto I, escena 8.ª de la *Dorotea* hace Lope de Vega decir á Gerarda:—«A peso de oro avíades vos de comprar un hombron de hecho y »de pelo en pecho, que la desapasionase de estos sonetos y de «estas nuevas décimas ó espinelas que se usan; perdóneselo

»Dios á VICENTE ESPINEL, que nos trujo esta novedad y *las »cinco cuerdas de la guitarra con que ya se van olvidando los »instrumentos nobles.*»

El doctor Cristóbal Suárez de Figueroa en su *Plaza universal de todas las ciencias* en 1615, llamó á ESPINEL, *autor de las sonadas y cantar de sala*, al tratar de los tañedores insignes de guitarra como Benavente, Palomares, Juan Blas de Castro y otros. El portugués Nicolas Doyzi de Velasco, músico de S. M. y del Sr. Infante Cardenal D. Fernando, en su *Nuevo modo de cifra para tañer la guitarra* que publicó en 1630 en Nápoles, hallándose al servicio del virey duque de Medina de las Torres, dijo que en Italia, en Francia y las demás naciones llevaba la guitarra el nombre de *española*, desde que ESPINEL, á quien conoció en Madrid, la aumentó la quinta cuerda, á que llamamos *prima*, con lo que quedó tan perfecta como el órgano, el clavicordio, el arpa, el laúd ó la tiorba, y aún más abundante que estos instrumentos. De la misma invención de ESPINEL dedujo la perfección que la otorga el licenciado Gaspar Sanz en su *Instrucción de música sobre la guitarra española*, que publicó en 1674 en Zaragoza y dedicó á D. Juan José de Austria, el bastardo de Felipe IV. El mismo Lope de Vega, apenas nombra una sola vez á ESPINEL en alguna de sus obras, y lo nombra en muchas, sin celebrar al músico tanto como al poeta. En su dedicatoria de *El caballero de Illescas* dice á ESPINEL que el bello arte »no olvidará jamás en los instrumentos el arte y dulzura de »vuesa merced.» En la dedicatoria de *La viuda valenciana*, á D.ª Marta de Nevares, haciendo encomios de las bellas prendas que adornaban á esta señora, dijo Lope de Vega también: «si »toma en las manos un instrumento, á su divina voz é incom»parable destreza *el padre de la música*, VICENTE ESPINEL, se »suspendiera atónito.» Que esta era opinión común entre los contemporáneos, no es preciso acreditarlo con los pasajes del *Marcos de Obregón* que á ello se refieren: basta registrar los libros dogmáticos ó rituales de la música de aquel tiempo, y muchos son los que entre sus precedencias contienen la autorizada firma de ESPINEL en el catálogo de sus censuras. Sabido es que estas no se confiaban sino á personas competentes en lo que habían de examinar. Sirvan de ejemplo los *Tres cuerpos de música*, compuestos por Juan Gil de Esquivel Barahona, racionero y maestro de capilla de la catedral de Ciudad Rodrigo, los cuales son misas, magnificat, himnos, salmos y motetes y otras cosas tocantes al culto divino, todo conforme al rezo nuevo, que por mandado del Sr. D. Martín de Córdova, presidente del Consejo de la santa Cruzada, aprobó ESPINEL en diciembre de 1611, hallando en ellos «muy apacible consonancia y gentil artificio y »música de muy buena casta así en lo práctico, como en lo teó»rico.»

Sería un error creer que ESPINEL no sacara el debido provecho de esta tan educada capacidad que poseía; así se le vió en 1599, salir de Madrid para Alcalá de Henares, en cuya Universidad se graduó aquel año de *Maestro en artes*, y desde la regia academia, fundada por el cardenal Ximenez de Cisneros, dirigirse á la *Capilla del obispo de Plasencia*, cuyo protector D. Fadrique de Vargas Manrique le tenía reservada una plaza de capellán con 30,000 mrs. anuales de emolumentos y 12,000 más como Maestro de la linda capilla de música de que estaba dotada aquella fundación y por enseñar á los seizes. Nada más curioso

que registrar en los libros de cuentas de aquel tiempo las partidas otorgadas á ESPINEL por gastos de su ministerio en la capilla del obispo. En el libro II de dichas cuentas, á la primera vista que por ellas se pasa en las de 1599, al fol. 29 vto. se tropieza con esta partida: «Item, da por descargo (el capellán ma» yor licenciado Alonso Hernández) 46 rs. que pagó por un li» bro de las *Magnificas*, para la dicha capilla, como pareció por » certificacion del maestro de capilla ESPINEL.» — En las de 1601, al fol: 45 vto. también se le aprobó al mayordomo y capellán, Juan de Arganda, el siguiente capítulo: «Item: se le re» ciben y pasan en cuenta 3 rs. de una mano de papel que dió al » Maestro ESPINEL para los villancicos.» En la capilla del obispo VICENTE ESPINEL perseveró hasta el término de sus días, y aunque algunos meses antes de su muerte ascendió por antigüedad al cargo de capellán mayor, que era el último grado de los que en ella se obtenían, nunca dejó el de maestro de la de música, pues todavía en las cuentas de 1622 y de 1623, se hallan capítulos como los siguientes: — 1622 — «Recíbense en cuenta al » dicho mayordomo (Gabriel del Espinar) 8000 mrs. por tantos » que pagó al maestro ESPINEL, maestro de capilla, de su sala» rio de ocho meses.» — 1623 — «Mas se le pasan en cuenta al » dicho 4000 mrs, por tantos que pagó al maestro ESPINEL, » maestro de capilla. del salario de cuatro meses.» — ¿No son estas noticias tan auténticas, un solemne mentís contra los que hasta aquí han venido sosteniendo que, pobre é imbele pasó ESPINEL el resto de sus días, recogido en el asilo eclesiástico de santa Catalina de los Donados, que no era sino un Hospicio? Pero con esta ligereza está sostenido en España por los hombres más serios y de reputación mas voluminosa, todo lo que hasta aquí está escrito en materia de biografía y de historia.

La época mas brillante de la vida de ESPINEL, es la que corre por todo este tiempo hasta el término de sus días. Cervantes le llamaba amigo; Lope de Vega maestro, como en nuestro siglo Espronceda, Ventura de la Vega, Pezuela, Pardo, Escosura daban este mismo nombre al venerable Lista. Apenas había solemnidad literaria que ESPINEL no graduara con su presencia, ni producción de ingenio de aquella edad que no se ufanara con su censura. Cuando al estilo de Italia se importaron á España las *Academias poéticas* bajo la protección de los Príncipes y Grandes, la de Madrid y su protector D. Félix Arias Girón, de la casa condal de Puñonrostro, según Lope de Vega en su *Laurel de Apolo*, laurearon con grande aplauso de señores é ingenios á VICENTE ESPINEL, *único poeta latino y castellano de estos tiempos*. Fundóse en 1608 bajo la protección del duque de Lerma, el poderoso favorito de Felipe III, la *Esclavonia del Santísimo Sacramento*, que no era sino una gran comunidad de grandes y gentes de letras, parecida á lo que ahora es un partido político, y en la que Lerma se apoyaba para sostenerse en el poder, y á ella fué la autoridad del nombre de VICENTE ESPINEL, entre los de la flor de la aristocracia de la sangre y de las letras por aquel tiempo. Se canonizó san Isidro, patrón de Madrid, cuyo suceso fué un gran acto de la política de aquel tiempo, y á sus justas y certámenes llevó ESPINEL el óbolo de sus versos, no por la codicia del premio, sino por tributo de altos respetos. Toda Sevilla leyó en 1609 en manos de Rodrigo Caro una carta de Juan Melio de Sandoval en que le decía: — «El discurso de vuesa » merced sobre la definición de la poesía tiene el señor conde de

» Lemos con noticia de su dueño, y ha parecido muy bien: como » al maestro VICENTE ESPINEL la *Canción á las ruinas de Itálica*, » que yo se la mostré en la calle mayor de Madrid, y leyéndola » dijo, antes que le dijéramos cuya era: — *Este es ingénio anda-* » *luz.* — Díjele que sí y el nombre. ¡Bien puede vuesa merced » creer es buena, pues ha sido graduada por tan gran censu- » rante.»

No prodigó ESPINEL entonces, ni nunca, los elogios de su pluma, para las precedencias de libros, aunque tampoco por esto debe creerse fué tacaño de su ingenio en las aras de la amistad. El primer libro que en 1586 se autorizó con sus versos laudatorios, fué el *Cancionero* de López Maldonado. Después escribió en 1599 un epígrama latino para la primera edición del *Guzmán de Alfarache*, de Mateo Alemán. En 1599 también, habiendo hallado en Madrid un antiguo camarada de las mocedades de Sevilla, D. Antonio de Saavedra Guzmán, que á la sazón imprimía su *Peregrino Indiano*, dióle unos sonetos de alabanza. Con otra poesía para las precedencias del *Modo de pelear á la gineta*, obsequió en 1605 á D. Simón de Villalobos y Benavides, su amigo en Bélgica, y con otra, en 1610, al capitán Gaspar de Villagrá, que entonces publicó su *Historia de Nueva Méjico*. Favores idénticos hizo en 1616, 1619 y 1622 respectivamente, á Céspedes y Meneses para su *Español Gerardo*, al padre Fray Hernando Camargo, fraile agustino, para su *Muerte de Dios por vida del hombre* y á Gabriel Pérez de Barrio Angulo para el *Secretario de Señores*. Gabriel Laso de la Vega, cuando publicó en 1601 en Zaragoza los *Elogios en loor de los tres famosos varones D. Jaime de Aragón, D. Fernando Cortés y D. Álvaro de Bazán*, no pidió nuevas obras al numen de ESPINEL, pero tomó de su poema titulado *Casa de la Memoria* los elogios que el poeta habia hecho de Bazan y Cortés. Si el antequerano Pedro de Espinosa proyectaba sus *Flores de poetas ilnstres de España*, tributario hacía á su casi paisano de su interesante *Antología*: del mismo modo que Fráy Diego de san José cuando en 1615 describió las fiestas á la beatificación de Santa Teresa de Jesús, y el licenciado D. Pedro de Herrera al celebrar la reedificación del santo Sagrario de Toledo por el cardenal arzobispo Sandoval y Rojas, cuyas fiestas y regocijos se celebraron con tan espléndido aparato.

Lo mismo se solicitaban sus censuras y aprobaciones. El primero en reclamarlas era el mismo Lope de Vega. En 1615 apareció la *Sexta parte de sus Comedias*, y ESPINEL en su aprobación un año antes, decía solamente que aquel libro era muy digno de imprimirse, para que todos gozaran de sus excelentísimos versos y conceptos. Vino en 1617 la parte séptima, y aquí fué ya más expresivo, contestando puntualmente á los tres extremos que la censura debía abrazar. — «Cuanto á lo primero, decía, no » hallo mal sonante, ni cosa que ofenda á la religión y buenas » costumbres. Cuanto á lo segundo tienen lenguaje muy corte- » sano, puro y honesto: las personas guardan la propiedad del » arte; de manera que ni el señor se humilla al modo inferior » del criado, ni la matrona á la condición de la sierva, y todo con » pensamientos y conceptos ajustados á la materia de que se tra- » ta. Cuanto á lo tercero, si pueden imprimirse, digo, que si hay » permisión y es lícito representarse con los adornos, palabras y » talle de una mujer hermosa y de un galán bien puesto y mejor » hablado; ¿por qué no lo será que cada uno en su rincón pueda » leerlas, donde sólo el pensamiento es el juez, sin los movi-

» mientos y acciones que alegran á los oyentes? ¿Dónde es más » poderosa la vista que el oído? *Signia irritant animos demissa » per aures: quam quae sunt oculis subjecta fidelibus.*» Otra vez en 1617 volvió el Consejo Real á encomendarle el examen de la *Docena parte de las comedias de Lope*, y otra vez él las elogiaba, en lugar de censurarlas, y escribía: — « y porque en esta obra » campea la elocuencia española y el vuelo grande de la retórica » y poesía de su insigne autor, la cual va acompañada con mucha » erudición de lectura y varia, es bien que se imprima, *para que » los venideros escritores tengan que imitar y los presentes que » aprender.* » Para poner cima á la opinión que ESPINEL tenía de Lope, hay que leer todavía la censura del primero á la *Décima quinta parte de las Comedias* del segundo, en 1620. Hé aquí las palabras de ESPINEL: — « Deleita y suspende, dice, con la elegan- » cia, suavidad y pureza del verso; enseña y regala con la abun- » dancia de sentencias morales; edifica con la honestidad y ad- » mira con la multitud *nunca vista*. Es mi parecer, *y de toda la » república*, que será bien recibido que se imprima esto *y cuanto » de sus manos saliere.* » De 1620 á 1622 todavía ESPINEL tuvo del Consejo la comisión de examinar cuatro partes más de estas comedias, desde la décima sexta á la décima nona inclusive. Y por si esto no fuera bastante, también en 1622 se le encargaron las de don Juan Ruíz de Alarcón, de las que aplaudió el gentil estilo y los conceptos honestos y agudos.

Otras obras de diversa índole antes y aun después, hasta 1623, vinieron con este objeto á sus manos; mas por no parecer cansado, solamente citaré la *Patrona de Madrid restituida*, poema de Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo, impreso en 1609; la misma *Historia de la Nueva Méjico* del capitán Gaspar de Villagrá, en 1610: *La Filomena* de Lope de Vega, de 1621; las *Prosas y versos del pastor de Cleonarda*, de Miguel Botello de Carvalho, y *El mejor príncipe Trajano Augusto* del licenciado don Francisco de Barreda, de 1622, y finalmente las *novelas amorosas*, de José de Camerino, y las *Divinas y humanas flores*, de Faria y Sousa, de 1623. Ni es probable que sus dolencias, cada vez más agudas, por la gota que padecía, le dejaran ya en lo corto que le quedó de vida volver á emplearse en ningún género de tareas del ingenio, del juicio ó de la erudición. Céspedes y Meneses en la introducción á la *Fortuna varia del soldado Pindaro*, dice: « era el rigor del más airado y proceloso invierno » que vió nuestro siglo en España, últimos y primeros días de » los años de 1623 y 1624: memorias prodigiosas á la posteri- » dad, pues nunca rodearon nuestra península tan continuas y » perdurables nieves.» Si la edad y los padecimientos no vencieran ya por esta época á ESPINEL, ellas bastaran para agotar la salud, en una naturaleza, toda fogosa, á quien dañaban extremadamente las humedades y los fríos. ESPINEL no pudo resistir la crudeza de aquel invierno. Rodeado en su lecho de muerte por perennes amigos, el primero de febrero de 1624, otorgó su testamento ante Juan Serrano, hallándose presente el padre Fráy Felipe de Madrigal, de la orden de Santo Domingo, Juan Ruíz Aragonés, Francisco Sotomayor, Custodio Sohotes y Martín López. Dejó por albaceas y testamentarios al maestro Franco Alonso, cura de San Andrés y al licenciado Jerónimo Martínez, capellán de la capilla del obispo de Plasencia, de que ESPINEL era presidente. Instituyó su heredero á su sobrino Jacinto Espinel Adorno, que residía en Ronda. Entregóse después á los cuida-

dos del alma, y el día 4 del mismo mes de Febrero de 1624 entregó al Criador su espíritu, en su habitación de la mencionada capilla, siendo enterrado el cuerpo en la bóveda de San Andrés, para cuya fábrica de sepultura consignó en el testamento cuatro ducados.

VIII.

¿Termina verdaderamente con la muerte la biografía de VICENTE ESPINEL? No hay escritor español sobre cuyas obras más se haya discutido. Todo el siglo XVII permaneció ESPINEL en el más profundo olvido, sobre todo desde que con la muerte de Lope de Vega Carpio y de D. Francisco Gómez de Quevedo desaparecieron también sus dos últimos amigos. Desde el primer tercio del siglo XVIII volvió á estar otra vez ESPINEL en moda; pero de la manera más desagradable que pueden ponerse á la polémica del día las obras y el ingenio de un autor. Además de la invención de la quinta cuerda de la guitarra, debíase á nuestro poeta la de una nueva combinación métrica y rítmica en nuestra poesía, combinación de tal llaneza y flexibilidad de estructura, que muy luégo fué aceptada por todos nuestros poetas, inundando el Parnaso con las composiciones escritas en el nuevo metro. Llamóse este, *décima* ó *Espinela*, de su inventor ESPINEL, como los versos sáficos de Safo (1). Aunque esta verdad no admitía réplica y todo el mundo la sabía, la erudición pedante, esa que no se entretiene sino en fatuas fruslerías y que no se pára en deslustrar glorias, con tal de hacer entender que el que hace de ella su profesión posee la quinta esencia de la más sutil sabiduría, trató de arrebatar este parco honor á la memoria del poeta, pretendiendo sostener que las estrofas de diez versos octosílabos eran conocidas y usadas desde mucho antes que ESPINEL viniese al mundo. No era así enteramente: antes de ESPINEL se componían estas estrofas con la reunión de dos *quintillas*, completamente distintas entre sí, en la segunda de las cuales se pareaban indeclinablemente los consonantes de los dos primeros versos. Cualquiera de los poetas de casi todo el siglo XVI nos ofrece abundantes ejemplos de este género de composición. El mismo Miguel de Cervantes Saavedra coetáneo de ESPINEL, las prodigó bastante, antes de conocer la invención de su docto amigo; y he aquí cómo las construía, según se encuentran entre los versos laudatorios que preceden al antes referido *Cancionero de López Maldonado*.

Bien donado sale al mundo
Este libro, dó se encierra
La paz de amor y la guerra
Y aquel fruto sin segundo
De la castellana tierra, —
Que, aunque la da Maldonado,
Va tan rico y bien donado

(1) LOPE DE VEGA: « La Circe.» » No parecía novedad llamar « espinelas» á las « décimas: » que « este en su verdadero nombre, derivado del maestro ESPINEL, su primer inventor, como los « versos sáficos de Safo. »

De ciencia y de discreción;
Que me afirmo en la razón
De decir que es bien-donado.
El sentimiento amoroso
Del pecho más encendido
En fuego de amor, y herido
De su dardo ponzoñoso,
Y en la lid suya cogido; —
El temor y la esperanza
Con que el bien y el mal se alcanza
En las empresas de amor
Aquí muestra su valor,
Su buena ó su mala andanza...

Cito la composición que conozco más perfecta y que más se acerca á la estructura de la *décima* inventada por ESPINEL, por lo mismo que la diferencia que entre una y otra combinación métrica existe, es tan fácil de observar. La *Décima* de ESPINEL constituye una composición tan perfecta como el *soneto*, sin sus pretensiones heróicas, por cuya razón ha sido siempre preferida á éste para expresar un pensamiento completo, aunque más sencillo que el que al *soneto* corresponde. La décima se compone de dos estrofas de cuatro versos octosílabos cada una consonantes del primero con cuarto, y del segundo con tercero, entre las que se introducen otros dos versos octosílabos auxiliares del pensamiento para ligar entre sí la tesis y la conclusión: los consonantes de estos dos auxiliares se ligan el primero con el cuarto y el segundo con el séptimo. La tesis de la composición, en la *décima*, se presenta y desenvuelve en la primera redondilla; el silogismo para la prueba del pensamiento se establece en los dos versos posteriores, y la segunda cuarteta completa con perfección el raciocinio poético. Esto no era lo conocido ni practicado antes de ESPINEL, aparte del elemento armónico en la rima de su nueva composición. ESPINEL sólo nos dejó un modelo de su obra: aquellos versos que comienzan así:

No hay bien que del mal me guarde
Temeroso y encogido,
De sin razón ofendido,
Y de ofendido cobarde.
Y aunque mi queja ya es tarde,
Y razón me la defiende,
Más en mi daño se enciende:
Que voy contra quien me agravia,
Como el perro, que con rabia
Á su propio dueño ofende.
Ya esta suerte, que empeora,
Se vió tan en las estrellas,
Que formó de mí querellas,
De quien yo las forma ahora.
Y es tal la falta, señora,
De ese bien, que de pensallo
Confuso y triste me hallo,
Que si por vos me preguntan
Los que mi daño barruntan,
De pura vergüenza callo...

¡Lástima grande que un nombre tan ilustre como el de D. Gregorio Mayans y Císcar fuese el que se distinguiera más en esta clase de acérrima oposición al mérito de esta invención!

No había de estar, sin embargo, solo entre los impugnadores de las obras del infortunado poeta de Ronda. Al fin de las *Rimas*, impresas en 1591, ESPINEL, que presumía de gran latino y de buen discípulo de Horacio, había publicado una traducción de la *Epístola á los Pisones*, dedicada á D. Pedro Manrique de Castilla, de la casa de los Vargas, que fueron siempre tan favorecedores suyos. Era la primera traducción del *Arte poética de Horacio* que se hacía en castellano y una también de las primeras en las lenguas neolatinas. Comentaristas del preceptista del Lacio los había á centenares dentro y fuera de España; pero estos comentarios estaban escritos en latín bárbaro moderno y abundaban más en audacias pedantescas que en sabia doctrina para la mejor inteligencia del texto. Por último, todos los datos que resultan del examen de la traducción de ESPINEL, y sobre todo el de su defectuosa versificación castellana, inducen á sospechar que esta fué ensayo de sus primeros aleteos poéticos, probablemente practicado en las mismas escuelas rondeñas de Juan Cansino, antes de visitar por vez primera las celebradas aulas de Salamanca. Ni en bien ni en mal se había ocupado la crítica de esta producción, ciertamente la menos pretenciosa de ESPINEL, cuando proyectando D. Juan José López Sedano comenzar la publicación de su *Parnaso Español* en 1768, ocurriósele encabezar su obra con la producción poética del *Arte de Horacio*, hecha por nuestro poeta. Verdaderamente ningún editor que publica un libro, empieza por desacreditarlo; antes bien lo encomia y prepara á fin de que obtenga el favor del público. Esto hizo López Sedano con aquella obrilla, y esto bastó para alborotar los nervios al famoso D. Tomás Iriarte, que no tardó en abrir en las *Gacetas* de la época la polémica más descomunal contra la traducción, contra el editor, contra ESPINEL y contra el *Parnaso*. El secreto de esta contienda estaba en que Iriarte, valiéndose de un inmenso catálogo de traductores y comentaristas, principalmente franceses, posteriores al poeta de Ronda, los más modernos y aun casi modernísimos, había emprendido una nueva traducción del *Arte poética* en verso castellano, y él, como apasionado autor, la creía la mejor cosa que se había hecho en el mundo. Por otra parte con la discusión arrebatada, casi escandalosa, lograba llamar y aun interesar la opinión hacia su nueva obra.

La traducción de Iriarte no oscureció la de ESPINEL, aunque el nombre de éste fué objeto de toda clase de irreverencias, y el migajón de la disputa se contiene en varios folletos de la época, de estéril y cansada lectura. La primera impugnación de Iriarte se halla en el tomo IV de la *Colección de obras en verso y prosa de D. Tomás Iriarte*, (Madrid: impr. de Benito Cano: 1777). Contestó López de Sedano en las *Notas* al tomo IX y último del *Parnaso Español*, (Madrid: impr. de D. Antonio de Sancha: 1778, pág. xlvj á ljv.) Replicó nuevamente Iriarte en el tomo VI de sus obras (1783) con un largo folleto titulado: «*Donde las dan las toman*, diálogo joco-serio sobre la traducción del *Arte poética* de Horacio y sobre la impugnación que de aquella obra publicó D. Juan José López de Sedano al fin del tomo IX del *Parnaso Español*,» y finalmente en dos volúmenes en octavo y bajo el pseudonimo del doctor D. Juan María Chavero y Eslava,

vecino de la ciudad de Ronda, dió López de Sedano en 1785 á las prensas de D. Félix de Casas y Martínez, en Málaga sus « *Coloquios de la Espina* entre D. Tirso Espinosa, natural de la ciudad de Ronda y un amanuense natural de la villa del Espinar, sobre la traducción de la Poética de Horacio hecha por el licenciado VICENTE ESPINEL y otras espinas y flores del *Parnaso Español.*» La disputa fué cansada, larga y fatigosa, y aquí no queda más espacio que para dar la noticia ya apuntada.

Lo mismo casi tengo que hacer con la cuestión más importante que suscita el nombre de ESPINEL, después de la larga y honda polémica de carácter nacional á que han dado ocasión los raptos verificados en sus obras por el novelista francés Mr. Alain René Le Sage y la publicación del *Gil Blas de Santillana.* Dos acusaciones casi simultáneas cayeron en el siglo último sobre el autor francés poco escrupuloso, que ha usurpado á la fama española una de esas reputaciones que en la esfera intelectual los frívolos escritores de Francia deben con suma frecuencia á los robos que practican sobre las literaturas extranjeras. La primera de estas denuncias se hizo en la misma Francia, por uno de los hombres de más verdadero mérito propio que aquel país ha producido; por el mismo Mr. Voltaire, el cual describiendo el siglo de Luís XIV, al llegar á la figura, poco noble por sus escritos de Mr. Le Sage, y al referirse á su novela del *Gil Blas*, que por aquel tiempo alborotaba á la opinión dentro y fuera de su país, decía textualmente: — « *il est entiérement pris du roman espagnol intitulé* LA VIDAD DEL ESCUDIERO DOM MARCOS D' OBREGO. (1)» Cuidaron los franceses, solícitos guardadores del honor patrio, de tener velada esta acusación de Voltaire, la cual no demuestra ciertamente la ligereza que le han atribuído después en su juicio los escritores que por defender el prestigio de la literatura nacional se han puesto del lado del plagiario, sino por el contrario, que aunque Voltaire no se había detenido en hacer un prolijo cotejo capítulo por capítulo entre la obra de ESPINEL y la de LE SAGE, ni una ni otra le eran desconocidas y aun que guardaba bien frescas y puntuales reminiscencias de las dos.

En 1787 apareció en Madrid bajo el pseudónimo de D. Joaquín Federico Is-salps, anagrama del nombre del P. Jesuíta José Francisco de Isla, una traducción española de la obra de Le Sage, que ya había recorrido el mundo, hallando por todas partes aplausos é imitadores, con el título de *Aventuras de Gil Blas de Santillana, robadas á España, y adopladas en Francia por Mr. Le Sage: restituídas á su patria y á su lengua nativa por un español celoso que no sufre se burlen de su nación.* En su *Conversación preliminar* el P. Isla no atribuía á ESPINEL la paternidad de la obra; pero sostenía que había sido sacada de original español. Por último, sin tener conocimiento de las obras, ni mucho menos de los juicios de Voltaire, el diligente vicario de Ronda, secretario que había sido del obispo de Málaga, D. Jacinto José de Cabrera y Rivas, hombre frenéticamente entusiasta del autor de *Marcos de Obregón*, mantuvo de 1793 hasta 1819 frecuente trato literario con D. José López de la Torre Ayllón y Gallo, con el que sostenía que el autor verdadero del *Gil Blas* era VICENTE ESPINEL, en corroboración de lo cual le trasladaba repetidos pasajes de aquella obra y su correspondencia

(1) « Œuvres complètes de Voltaire »: edit. Didot: 1828. — Tom. iij. — Página 2879. col. ij.

idéntida con otros del *Marcos de Obregón*, para que se viera la verdad de lo que aseveraba. No habían dejado de causar impresión por Europa las indicaciones del P. Isla á las que se unieron otros trabajos publicados en París por el escritor español don Juan Antonio Llorente. Entonces á título *de abogado defensor de la nación francesa*, como él mismo se decía, salió á la palestra el conde Francisco de Neufchateau, miembro del Instituto de Francia y Ministro del Interior que había sido, ante cuyo adversario elevando Llorente nuevas *Observaciones críticas* al seno de la misma Academia francesa, generalizó la erudita discusión, logrando tomar parte en ella los literatos de todas las naciones. En esta cuestión, aunque literaria, del mismo modo que en todas cuantas afectan á España, harto visiblemente se han dibujado en el campo de la contienda las simpatías históricas y tradicionales. Quiso hacer la crítica británica alianza con la de Francia, y Walter Scott, hallándose en la cima de su crédito, declaró sin examen, que Le Sage era un escritor completamente original; M. Everet, norte-americano, aspiró á poner la cuestión en la balanza de la justicia; el alemán Ludwig Tieck aplicó á su censura todos los recursos de un análisis concienzudo y demostró que en el *Gil Blas* todo eran raptos de la literatura española, á excepción del estilo ligero, irónico y gracioso del escritor francés. Después de la defensa de Llorente, España no ha vuelto á decir una palabra, y en tal estado se hallaría el asunto, si los escritores franceses viéndose horriblemente cogidos en el doble lazo del análisis y de la crítica, no se hubieran resuelto espontaneamente á transigir. Todos los pasajes hurtados á la novela y á la comedia española por Mr. Le Sage, están ya perfectamente deslindados. Gran parte de ellos, en efecto, corresponden á las *Relaciones de la vida del Escudero Marcos de Obregón* del maestro VICENTE ESPINEL, como Voltaire con gran firmeza de penetración y de criterio aseveró: de modo que la ligereza sólo ha estado en aquellos escritores que sin examen negaran lo que tan fácilmente había de corroborar después el más leve trabajo de comparación. M. Baret en estudios especiales sobre este asunto fija en diez los lugares del *Gil Blas* en que el *Marcos de Obregón* fué traducido por Le Sage; pero en esto no ha hecho sino seguir servilmente lo apuntado por el alemán Tieck, el cual declara en el prólogo de su traducción de la obra de ESPINEL, que por la pérdida de algunos papeles donde conservaba sus apuntes, no ha podido puntualizar todas sus observaciones de la manera que lo había hecho en la idea del prefacio de *Gil Blas* donde se ha tomado la anécdota de los estudiantes de la introducción del *Marcos de Obregón;* en la historia del barbero Diego de la Fuente; en la aventura de la cortesana Camila; en la de la casa de los ladrones; en la de los amores del barbero con D.ª Margelina, etc. Con esto se ha dado por concluído el pleito.

Ciertamente se me tachará de dejar aquí la cuestión incompleta, cuando ningún lugar parece más oportuno para dilucidarla. No puede ser así, sin embargo; trabajos de esta índole para ser completos demandan el auxilio de largos textos, y necesitaría para un cómodo desenvolvimiento de los estudios que tengo practicados, un tomo de mayores proporciones que la suma de todo el actual. No es, sin embargo, obligación que declino, y me reservo llenarla, como antes dije, en coyuntura mejor. Entre tanto no puedo menos de sentirme lisonjeado en haber sido el primero en bosquejar aquí, como ya queda bosquejado,

el rápido cuadro de una vida bastante ignorada hasta ahora por nuestros hombres de letras, y que de todas maneras resulta siempre interesante. Autores que, como VICENTE ESPINEL, tienen la honra de que sus obras periódicamente se reproduzcan y frecuentemente promuevan polémicas como las que dejo reseñadas, son siempre primeras figuras en el vasto teatro de la literatura brillante de su nación. Sus producciones nunca palidecen; y en todo momento en que se impriman de nuevo, su aparición será oportuna. Las ediciones del *Gil Blas de Santillana* no podrían fácilmente enumerarse. Todos los idiomas cultos del mundo han vertido del francés esta novela, y el lápiz y el buril harto se han ensayado en trazar los pintorescos cuadros de sus variados episodios. Nunca alcanzará, sin embargo, esta obra francesa el rango de la inmortal española de MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA. La razón es obvia: el brillante ingenio español del siglo de Felipe II fué el creador sublime de un libro que perpetuamente hablará al corazón y á la mente de todas las generaciones, de todos los hombres, de todos los pueblos. El *Gil Blas de Santillana*, aunque en círculo más estrecho, pues está desprovisto de idealidad, será también un libro universal, pero no su pretendido autor, pues suprimidos diversos ingenios españoles, de quienes tomó las diversas partes de su obra, y muy principalmente VICENTE ESPINEL que en el *Marcos de Obregón* le proporcionó los mejores materiales, queda de todo punto su[illegible] como Voltaire pretendía, el carácter buscón y plagiario del decantado Le Sage.

Juan Pérez de Guzmán.

Madrid 5 de Mayo de 1881.

PRÓLOGO

DEL AUTOR.

Muchos días, y algunos meses y años estuve dudoso si echaría en el corro á este pobre *Escudero*, desnudo de partes y lleno de trabajos, que la confianza y la desconfianza me hacían una muy trabada é interior guerra. La confianza llena de errores, la desconfianza encogida de terrores; aquella muy presuntuosa, y estotra muy abatida; aquella desvaneciendo el celebro, y ésta desjarretando las fuerzas; y así me determiné de poner por medio á la humildad, que no solamente es tan acepta á los ojos de Dios, pero á los de los más ásperos jueces del mundo. Comuniquélas con el Licenciado Tribaldos de Toledo, muy gran poeta latino y español, docto en la lengua griega y latina, y en las ordinarias hombre de consumada verdad; y con el maestro fráy Hortensio Félix Paravesín, doctísimo en letras divinas y humanas, muy gran poeta y orador; y alguna parte de ello con el Padre Juan Luís de la Cerda, cuyas letras, virtud y verdad están muy conocidas y loadas; y con el divino ingenio de Lope de Vega, que como él se rindió á sujetar sus versos á mi corrección en

su mocedad, yo en mi vejez me rendí á pasar por su censura y parecer; con Domingo Ortiz, secretario del Supremo Consejo de Aragón, hombre de excelente ingenio y notable juicio; con Pedro Mantuano, mozo de mucha virtud, y versado en mucha lección de autores graves que me pusieron más ánimo que yo tenía; y no sólo me sujeté á su censura, pero á la de todos cuantos encontraren alguna cosa digna de reprehensión, suplico me adviertan de ella, que seré humilde en recibilla. El intento mío fué ver si acertaría á escribir en prosa algo que aprovechase á mi república, deleitando y enseñando, siguiendo aquel consejo de mi maestro Horacio, porque han salido algunos libros de hombres doctísimos en letras y en opinión, que le abrazan tanto con sola la doctrina, que no dejan lugar donde pueda el ingenio alentarse y recibir gusto: y otros tan enfrascados en parecerles que deleitan con burlas y cuentos entremesiles, que después de haberlos leído, revuelto, aechado y aun cernido, son tan fútiles y vanos, que no dejan cosa de sustancia ni provecho para el lector, ni de fama y opinión para sus autores. El padre maestro Fonseca escribió divinamente del amor de Dios, y con ser materia tan alta, tiene muchas cosas donde puede el ingenio espaciarse y vagarse con deleite y gusto, que ni siempre se ha de ir con el rigor de la doctrina, ni siempre se ha de caminar con la flojedad del entretenimiento: lugar tiene la moralidad para el deleite, y espacio el deleite para la doctrina; que la virtud (mirada cerca) tiene grandes gustos para quien la quiere; y el deleite y entretenimiento dan mucha ocasión para considerar el fin de las cosas.

En tanto que no tuve determinación (así por la persecución de la gota, como por la desconfianza mía) para sacar al teatro público mi *Escudero*, un caballero amigo me pidió unos cuadernillos de él, y llegando á la noticia de cierto gentilhombre (á quien yo no conozco) aquella novela de la tumba de San Ginés, pareciéndole que no había de salir á luz, la contó por suya, diciendo y afirmando que á él le había sucedido; que hay algunos espíritus tan fuera de la estimación suya, que se arrojan á entretener á quien los oye, con lo que se ha de averiguar no ser suyo.

Si á alguno se le asentare bien tratar de personas vivas, y

alegar con sujetos conocidos y presentes, digo que yo he alcanzado la monarquía de España tan llena y abundante de gallardos espíritus en armas y letras, que no creo que la Romana los tuvo mayores, y me arrojo á decir que ni tantos ni tan grandes. Y no quiero tratar de las cosas que los españoles han hecho en Flandes tan superiores á las antiguas, como escribió Luís de Cabrera en su *Perfecto Príncipe*, sino de los que nuestros ojos han visto cada día, y nuestras manos han tocado, como los que hizo Don Pedro Enríquez, conde de Fuentes, con tan increíble ánimo; la toma y saco de Amiens, que escribió en sus *Comentarios* Don Diego de Villalobos, donde fué valeroso Capitán de lanzas é infantería, que con un carro de heno y un costal de nueces, seis capitanes tomaron una ciudad tan grande, plataforma y amparo de toda Francia; la felicidad y determinación con que acuden al servicio de su rey los españoles, poniendo sus vidas á peligro de perderlas, como se vió ahora en lo de la Mamora, que anduvieron nadando toda la noche, no hallando bajel ni tierra donde ampararse, sobrepujando con valor á su fortuna, cosas que no se vieron en la Monarquía romana. ¿Qué autores antiguos excedieron á los que ha engendrado España en los pocos años que ha estado libre de guerras? ¿Qué oradores fueron mayores que Don Fernando Carrillo, Don Francisco de la Cueva, el Licenciado Berrio y otros que con excelentísimos y levantados conceptos persuaden á la verdad de sus partes? De no leer los autores muertos, ni advertir los vivos los secretos que llevan encerrados en lo que profesan, nace no darles el aplauso que merecen; que no es sólo la corteza lo que se debe mirar, sino pasar con los ojos de la consideración más adentro. Ni por ser los autores más antiguos son mejores, ni por ser más modernos son de menos provecho y estimación. Quien se contenta con sola la corteza, no saca fruto del trabajo del autor; mas quien lo advierte con los ojos del alma, saca milagroso fruto.

Dos estudiantes iban á Salamanca desde Antequera, uno muy descuidado, otro muy curioso: uno muy enemigo de trabajar y saber, y otro muy vigilante escudriñador de la lengua latina; y aunque muy diferentes en todas las cosas, en una eran iguales, que ambos eran pobres. Caminando una

tarde de verano por aquellos llanos y vegas, pereciendo de sed, llegaron á un pozo, donde habiendo refrescado, vieron una pequeña piedra, escrita en letras góticas ya medio borradas por la antigüedad, y por los piés de las bestias, que pasaban y bebían, que decían dos veces: *Conditur unio, conditur unio.* El que sabía poco, dijo: ¿Para qué esculpió dos veces una cosa este borracho? (que es de ignorantes ser arrojadizos). El otro calló, que no se contentó con la corteza, y dijo: Cansado estoy, y temo la sed; no quiero cansarme más esta tarde. Pues quedaos como poltrón, dijo el otro. Quedóse, y habiendo visto las letras, después de haber limpiado la piedra, y descortezado el entendimiento, dijo: *Unio* quiere decir unión, y *unio* quiere decir perla preciosísima; quiero ver qué secreto hay aquí, y apalancando lo mejor que pudo, alzó la piedra, donde halló la unión del amor de los dos enamorados de Antequera, y en el cuello de ella una perla más gruesa que una nuez, con un collar que le valió 4,000 escudos: tornó á poner la piedra y echó por otro camino.

Algo prolijo, pero importante es el cuento, para que sepan cómo se han de leer los autores, porque ni los tiempos son unos, ni las edades están firmes. Yo querría en lo que he escrito que nadie se contentase con leer la corteza, porque no hay en todo mi *Escudero* hoja que no lleve objeto particular, fuera de lo que suena. Y no solamente ahora lo hago; sino por inclinación natural en los derramamientos de la juventud lo hice en burlas y veras; edad que me pesa en el alma que haya pasado por mí, y plegue á Dios que lleguen los arrepentimientos á las culpas.

RELACIÓN PRIMERA

DE LA VIDA DEL ESCUDERO

MARCOS DE OBREGÓN

STE largo discurso de mi vida, ó breve relación de mis trabajos, que para instrucción de la juventud, y no para aprobación de mi vejez, he propuesto manifestar á los ojos del mundo, aunque el principal blanco á que va inclinado es aligerar por algún espacio, con alivio y gusto, la carga que, con justos intentos, oprime los hombros de V. S. I., lleva también encerrado algún secreto, no de poca sustancia para el propósito que siempre he tenido, y tengo, de mostrar en mis infortunios y adversidades cuánto importa á los escuderos pobres, ó poco hacendados, saber romper por las dificultades del mundo, y oponer el pecho á los peligros del tiempo y de la fortuna, para conservar con honra y reputación un dón tan precioso como el de la vida, que nos concedió la divina Majestad para rendirle gracias y admirarnos, contemplando y alabando este orden maravilloso de cielos y elementos, los cursos ciertos é innumerables de las estrellas, la generación y producción de las cosas, para venir en verdadero conocimiento del universal Fabricador de todas ellas. Y aunque me coge este intento en los postreros tercios de la vida, como á hombre que por viejo y cansado se le hizo merced de darle una plaza tan honrada, como la de Santa Catalina de los Donados de esta Real villa de Madrid (donde paso lo mejor que puedo), en los intervalos que la gota me concediere, iré prosiguiendo mi discurso, guardando siempre brevedad y honestidad: que en lo prime-

ro cumpliré con mi condición é inclinación natural, y en lo segundo con la obligación que tienen todos aquellos á quien Dios hizo merced de recibir el agua del bautismo, Religión que tanta limpieza, honestidad y pureza ha profesado, profesa y profesará desde su principio y medio, hasta el último fin de esta máquina elemental. Y con el ayuda de Dios procuraré que el estilo sea tan acomodado á los gustos generales, y tan poco cansado á los particulares, que ni se deje por pesado, ni se condene por ridículo. Y así en cuanto mis fuerzas bastaren procederé deleitando al lector, juntamente con enseñarle, imitando en esto á la próvida naturaleza, que antes que produzca el fruto que cría para mantenimiento y conservación del individuo, muestra un verde apacible á la vista, y luégo una flor que le regala el olfato: y al fruto le da color, olor y sabor, para aficionar al gusto que se coma, y tome de él aquel sustento que le alienta y recrea, para la duración y perpetuidad de su especie. Ó haré como los grandes médicos, que no luégo que llegan al enfermo le martirizan con la violencia del ruibarbo, ni con otras medicinas arrebatadas, sino primero disponen el humor con la blandura y suavidad de los jarabes, para después aplicar la purga, que ha de dejar el sujeto limpio y libre de la corrupción que le aquejaba. Y si bien son muy trilladas estas comparaciones de los médicos, y las medicinas pueden traerse muy entre manos, por ser fáciles é inteligibles, y más yo, que por la excelente gracia que tengo de curar por ensalmos puedo usar de ellos como uso del oficio con tanta aprobación y opinión de todo el pueblo, que me ha valido tanto el buen puesto en que estoy junto con traer unas cuentas muy gruesas, unos guantes de nutria y unos antojos que parecen más de caballo que de hombre, y otras cosas que autorizan mi persona, que estoy tan acreditado, que toda la gente ordinaria de esta Corte y de los pueblos circunvecinos acuden á mí con criaturas enfermas de mal de ojo, con doncellas opiladas ó con heridas de cabeza, y de otras partes del cuerpo, y con otras mil enfermedades, con deseo de cobrar salud; pero curo con tal dulzura, suavidad y ventura, que de cuantos vienen á mis manos no se mueren más de la mitad, que es en lo que estriba mi buena opinión: porque estos no hablan palabra, y los que sanan

dicen mil alabanzas de mí, aunque quedan perdigados para la recaída, que todos vuelan sin remedio. Mas la gente que más bendiciones me echa es la que curo de la vista corporal, porque como todos la mayor parte son pobres y necesitados, con la fuerza de cierta confección que yo sé hacer de atutia y cardenillo y otros simples, y con la gracia de mis manos, á cinco ó seis veces que vienen á ellas los dejo con oficio, con que ganan la vida muy honradamente, alabando á Dios y á sus Santos con muchas oraciones devotas, que aprenden sin poderlas leer.

DESCANSO I.

Estando pocos días há con los ojos altos y humildes al cielo, el rostro sereno y grave, las manos sobre un muy blanco lenzuelo en los oídos del enfermo, y pronunciando con mucho silencio las palabras del ensalmo, pasó cierto cortesano, y dijo: No puedo sufrir los embelecos de estos embusteros: yo callé y proseguí con mi acostumbrada compostura la medicinal oración, y en acabándola me dijo mi compañero: ¿No oísteis cómo os llamó aquel gentil hombre de embustero? Él no habló conmigo, dije yo, y de lo que á mí no se me dice derechamente no tengo obligación de responder, ni hacer caso; y deseo persuadir esto á los que por la poca experiencia ó por la condición alterada y presta que naturalmente tienen, se dan por sentidos de las ignorantes libertades de quien no tiene atrevimiento para decirlas descubiertamente, que ni llevan orden de agravio, ni arguyen ánimo, ni valor en quien las dice: ella es ignorancia grande, introducida de gente que trae siempre la honra y la vida en las manos: que no tengo yo de persuadirme á que pues no me hablan libremente me ofenden, aunque tengan intención de hacerlo: que los tiros que estos hacen son como los de una escopeta cargada de pólvora y vacía de bala, que con el ruido espantan la caza, y no hacen otra cosa. Los agravios no se han de recibir si no van muy descubiertos, y aun de

esto se ha de quitar cuanto fuere posible, desapasionándose y haciendo reflexión en si lo son ó no, como discretísimamente lo hizo Don Gabriel Zapata, gran caballero y cortesano, y de excelentísimo gusto, que enviándole un billete de desafío á las seis de la mañana cierto caballero con quien había tenido palabras la noche antes, y habiéndole despertado sus criados por parecerles negocio grave, en leyendo el billete dijo al que le traía: decidle á vuestro amo que digo yo, que para cosas que me importan de mucho gusto no me suelo levantar hasta las doce del día, ¿que por qué quiere que para matarme me levante tan de mañana? Y volviéndose del otro lado se tornó á dormir; y aunque después cumplió con su obligación, como tan gran caballero, se tuvo aquella respuesta por muy discreta.

Don Fernando de Toledo, el tío (que por discretísimas travesuras que hizo le llamaron el pícaro), viniendo de Flandes, donde había sido valeroso soldado y Maestro de campo, desembarcándose de una salva en Barcelona, muy cercado de Capitanes, dijo uno de dos pícaros que estaban en la playa, en voz que él lo pudiese oir: Este es D. Fernando el pícaro. Dijo Don Fernando, volviendo á él: ¿En qué lo echaste de ver? Respondió el pícaro: Hasta aquí en lo que oía decir, y ahora en que no os habéis corrido de ello. Dijo Don Fernando muerto de risa: Harta honra me haces, pues me tienes por cabeza de tan honrada profesión como la tuya. Así que aun de aquellas injurias que derechamente vienen á ofendernos, habemos de procurar por los mismos filos hacer triaca del veneno, gusto del disgusto, donaire de la pesadumbre, y risa de la ofensa. Que pues procura un hombre entender por dónde camina una espada, los círculos y medios, la fortaleza y flaqueza, la ofensa y la defensa, y lo ejercita con grandísima perseverancia hasta hacerse muy diestro para que no le maten ó hieran, ¿por qué no se ejercitará en lo que estorba á venir á tan miserable estado, que es la paciencia? Que puesta la cólera en su punto y vistas dos espadas desnudas, una con otra han de herir, ó huir; cosa que por tan infame se ha tenido siempre en todas las naciones del mundo; y si con mucho menos trabajo y ejercicio se puede hacer un hombre diestro en la paciencia, que es quien refrena los ímpetus

bestiales de la cólera, la potencia de los poderosos, la braveza de los valientes, la descortesía de los soberbios ignorantes y ataja otros mil inconvenientes, ¿por qué no se procurará esto por no llegar á lo otro? En Italia dicen que la paciencia es manjar de poltrones. Mas esto se entiende de una paciencia viciosa, que el que la profesa por comer, beber y holgar, sufre cosas indignas de imaginar entre hombres. Aquí se trata de la paciencia que acicala y afina las virtudes, y la que asegura la vida, la quietud del ánimo y la paz del cuerpo; y la que enseña á que no se tenga por injuria la que no lo es ni lleva modo de poderse estimar por tal: que en sólo el uso de esta divina virtud se aprende cómo se han de rechazar los agravios paliados, cómo se han de resistir los descubiertos, qué caso se debe hacer de los que se dicen en ausencia, que es otro yerro notable que anda derramado entre la gente que ni sabe sufrir, ni lo quiere aprender, que así se ofenden de un agravio encañado por arcaduces, como de una cuchillada en el rostro, como si hubiese alguno en el mundo (por justo que sea) que tenga las ausencias sin alguna calumnia. Y porque la materia de suyo es algo pesada, quiero aligerarla con decir lo que me pasó sirviendo al más desazonado colérico del mundo: porque tras de muchos infortunios que toda mi vida he sufrido, me vine á hallar desacomodado al cabo de mi vejez; de manera, que porque no me prendiesen por vagamundo, hube de encomendarme á un amigo mío, Cantor de la Capilla del Obispo (que estos todo lo conocen, sino es á sí propios) y él me acomodó por escudero y ayo de un médico y su mujer, tan semejante el uno al otro en la vanidad de valentía y hermosura, que no les quedó que repartir en los vecinos, con los cuales me pasaron lances harto dignos de saberse.

DESCANSO II.

LLAMÁBASE el Doctor Sagredo, hombre mozo, de muy gentil disposición, algo locuaz, y aun loco, más colérico y fácil de enojarse que gozque de panadero, presuntuoso y estimador de su persona, y (para que no se echasen á perder dos casas, sino una) casado con una mujer de su misma condición, moza, y muy hermosa, alta de cuerpo, cogida de cintura, delgada y no flaca, derecha de espaldas, el movimiento con mucho donaire, ojos negros y grandes, pestaña larga, cabello castaño, que tiraba un poco á rubio, briosa, y no muy poco soberbia, vana y presuntuosa.

Llevóme á su casa el buen Doctor, y lo primero que encontré fué una mula muy flaca en una caballeriza, tan ajustada con ella, que si tuviera alas no pudiera caber dentro. Subimos una escalerilla, y representóseme luégo la sala donde estaba la señora Doña Mergelina de Aybar, que así se llamaba, á quien yo miré de muy buena gana, que aunque viejo incapaz de semejantes apetitos, por razón y por edad, la miré como á hermosa, que á todos ojos es la hermosura agradable. Dijo el

Doctor: Véis aquí á quien habéis de servir, que es mi mujer. Yo le dije: Por cierto bien merece tan gentil dama á tal galán.. Ella respondió, como mujer hermosa ignorante, ó por mejor decir, preguntó: ¿Quién os mete á vos en eso? Señora, dije yo, advierta vuesa merced que cuando la llamé gentil no quise decir que no era cristiana, sino que tenía muy gentil talle y cuerpo. Que bien os entendí, dijo ella, sino que no quiero que nadie se atreva á decirme requiebros. Es la honra del mundo, dijo el Doctor, servidla con gusto y cuidado, que yo os lo pagaré muy bien. Miré la casa muy de espacio, aunque se podía ver muy de presto, porque no ví en toda ella sino es un espejo muy grande en un poyo muy pequeño de una ventana, y unas redomillas que lo acompañaban, con un cofrecillo pequeñuelo: y mirando á un rincón, ví á un montante, con ciertas espadas de esgrima, dagas, y espadas blancas, una rodela, y broquel. Díjome el Doctor: ¿Qué os parece de mi recámara? Miradla bien, que en Alcalá era temida aquella espada. No miraba, dije yo, sino á donde estaban los libros, que soy aficionado á ellos. Estos son, dijo, mis Galenos y mis Avicenas, que por la negra y la blanca nadie me igualó en Alcalá; y que no se meneó contra mí hombre de noche que no fuese lastimado de mis manos. Luégo vuesa merced, dije yo, más aprendió á matar que á sanar. Yo aprendí, respondió él, lo que los demás médicos; y por haber poco que vine de mis estudios no me he reparado de libros, que bien parece en los profesores de las facultades tener cada uno los de la suya. Pero dejemos eso, y llevad á vuestra ama á Misa, que es ya tarde. Púsose su manto mi señora Doña Mergelina, y llevéla, ó acompañéla hasta San Andrés, que vivían en la Morería vieja, y en el camino (como es costumbre) muchos de los que la topaban le decían alguna cosa de su buen talle y rostro: á lo cual ella respondía tan aceleradamente que todos iban disgustados de sus respuestas. Yo le decía: Mire, señora, que ya que no responda bien, á lo menos tiene obligación de callar como mujer principal, que en el silencio no puede haber que notar.

No soy yo mujer, decía ella, á quien nadie ha de perder el respeto. Si alguno le decía que era muy hermosa, ella le decía: Y él hermoso majadero. Díjole un día un mozalvillo, no de

mal talle: Así se me tornen las pulgas en la cama; al cual muy de propósito respondió: Debe dormir en alguna zahurda de lechón. Era tan descortés y sacudida, que todos lo iban de sus respuestas, y ella lo quedaba de mis reprehensiones. Á cierto clérigo de San Andrés, pequeño de cuerpo y grande de ánimo, conocido mío, que yendo muy pulido con una sobrepelliz muy blanca, porque le dijo que no se saliese de casa á hacer el oficio de la muerte, le replicó: También habla el escarabajo hinchado, que con aquel sacudimiento tenía mucho donaire y gusto en cualquiera materia. Yo, entre muchas veces que la reprendí su vanidad, me arrojé una á decirle todo lo que me pareció, que aunque ella estaba confiada en su buen parecer, quise ver si podía enmendarla con el mío, y le dije: Vuesa merced usa de su hermosura lo peor del mundo; porque pudiendo ser querida y loada de cuantos andan en él, quiere ser aborrecida de todos: quien dice hermosura, dice apacibilidad, dulzura, suavidad de condición y trato, y mezclándola con soberbia y desapacibilidad, se viene á convertir en odio lo que había de ser amor: que dón tan excelente como la hermosura, concedido por merced de Dios, es razón que tenga alguna correspondencia con el ánimo, que si no parece lo uno á lo otro, arguye mal entendimiento, ó poco agradecimiento á la merced que Dios hace á quien lo da. Hermosura con mala condición, es una fuente clarísima que tiene por guarda una víbora, y es sobrescrito y carta de recomendación, que en abriéndola tiene un demonio dentro. ¿Hay en el mundo quien quiera ser aborrecido? ¿Hay quien quiera ser estimado en poco? No por cierto. Pues quien tiene consigo porque le amen y estimen, ¿por qué quiere que le aborrezcan y menosprecien? ¿Es por fuerza que la hermosura ha de estar acompañada con vanidad, desdorada con ignorancia y conservada con locura? ¿Por qué cuando se mira vuesa merced al espejo no procura que lo interior se parezca al exterior? Pues adviértole que suele el tiempo, y aun Dios, castigar de manera las vanidades, que los montes se allanan, y las torres vienen al suelo. ¿Cuántas hermosuras se han visto y ven cada día en esta máquina ó ejemplo del mundo rendidas á mil desdichas y calamidades, por faltarles el gobierno y cordura? Que aunque la hermosura, el tiempo que

dura, es querida y estimada, en marchitándose no le queda otra prenda sino las que granjeó, y el crédito y amistades que á fuerza de buen término conquistó, cuando estaba en su fuerza y vigor. Y es el mundo de tan baja condición, que á nadie acaricia por lo que tuvo, sino por lo que tiene. ¿Qué hermosura se ha visto que no se estrague con el tiempo? ¿Qué vanidad que no venga á dar en mil bajíos? ¿Qué estimación propia que no padezca mil azares? Cierto, que fuera bien que como hay para las mujeres maestros de danzar y bailar, los hubiese también de desengaño, y que como se enseña el movimiento del cuerpo, se enseñase la constancia del ánimo. Yo digo, y aun aconsejo á vuesa merced, lo que como hombre de experiencia me parece que es razón, y lleva camino. Mire no la castigue su presunción y demasiada estimación de su persona. Estas y otras muchas cosas le dije, y decía cada día; pero ella se estuvo siempre en sus trece, y quien no admite consejo para escarmentar en cabeza agena, serále forzoso escarmentar en la suya, por seguir las inclinaciones propias, como sucedió á la señora Doña Mergelina, teniendo las suyas por ley, y al tiempo por verdugo de ellas, desta manera.

Venía casi todas las noches á visitarme un mocito barbero, conocido mío, que tenía bonita voz y garganta: traía consigo una guitarra con que sentado al umbral de la puerta, cantaba algunas tonadillas, á que yo llevaba un mal contrabajo; pero bien concertada (que no hay dos voces que si entonan y cantan verdad, no parezcan bien), de manera, que con el concierto y la voz del mozo, que era razonable, juntábamos la vecindad á oir nuestra armonía. El mozuelo tañía siempre la guitarra, no tanto para mostrar que lo sabía, como por rascarse con el movimiento las muñecas de las manos, que tenía llenas de una sarna perruna. Mi ama se ponía siempre á escuchar la música en el corredorcillo, y el Doctor, como venía cansado de hacer sus visitas (aunque tenía pocas), no reparaba en la música, ni en el cuidado con que su mujer se ponía á oirla. Como el mozuelo era continuo todas las noches en venir á cantar, si alguna faltaba, mi ama lo echaba de menos, y preguntaba por él, con alguna demostración de gustar de su voz. Vino á parecerle tan bien el cantar, que cuando

el mozuelo subía un punto de voz, ella bajaba otro de gravedad, hasta llegar á los umbrales de la puerta para oirle más cerca las consonancias; que la música instrumental de sala, tanto más tiene de dulzura y suavidad, cuanto menos de vocería y ruido, que como el juez que es el oído, está muy cerca, percibe el mejor y más atentamente las especies que envía al alma, formadas con el plauso de la media voz. El mozuelo dejó de venir cinco ó seis noches, por no sé qué remedio que tomaba para curarse, y en las cosas que son muy ordinarias, en faltando, hacen mucha falta: y así mi ama cada noche preguntaba por él. Yo le respondí, más por cortesía que por falta que le hiciese: Señora, este mozuelo es oficial de un barbero, y como sirve, no puede siempre estar desocupado: fuera de que ahora se está curando un poquillo de sarna que tiene. ¿Qué hacéis, dijo ella, de aniquilarle y disminuirle, mozuelo barbero? Sarna, pues á fe que no falta quien con todas esas que vos le ponéis, le quiera bien. Bien puede ser, dije yo, que el pobrecillo es humilde y fácil para lo que le quieren mandar; y cierto que muchas veces le guardo yo de mi ración un bocadillo que cene, porque no todas veces ha cenado. En verdad, dijo ella, que á tan buena obra os ayude yo: y de allí adelante siempre le tenía guardado un regalillo todas las noches que venía: una de las cuales entró quejándose, porque de una ventana le habían arrojado no sé qué desapacible á las narices: á las quejas suyas salió mi ama al corredor; y bajó al patio, estándose limpiando el mozuelo, y con grande piedad le ayudó á limpiar, y sahumó con una pastilla, echando mil maldiciones á quien tal le había parado.

Fuése el mozuelo con su trabajo, sintiéndolo la señora doña Mergelina, tan llena de cólera como de piedad, y con harta más demostración de lo que yo quisiera, loando la paciencia del mozuelo, y agravando la culpa de quien le había salpicado con tanto extremo, que me obligó á preguntarle por qué lo sentía tanto, siendo sucedido inadvertidamente y sin malicia. Á que me respondió: ¿No queréis que sienta ofensa hecha á un corderillo como este? ¿Á una paloma sin hiel, á un mocito tan humilde y apacible, que aun quejarse no sabe de una cosa tan mal hecha? Cierto que quisiera ser

hombre en este punto para vengarle, y luégo mujer para regalarle y acariciarle. Señora, le dije yo, ¿qué novedad es esta? ¿Qué mudanza de rigor en blandura? ¿De cuándo acá piadosa? ¿De cuándo acá sensible? ¿De cuándo acá blanda y amorosa? Desde que vos, respondió ella, vinisteis á mi casa, que trujisteis este veneno envuelto en una guitarra, desde que me reprehendisteis mis desdenes, desde que viendo mi bronca y áspera condición, quise ver si podía quedar en un medio lícito y honesto, y he venido de un extremo á otro: de áspera y desdeñosa, á mansa y amorosa: de desamorada y tibia, á tierna de corazón: de sacudida y soberbia, á humilde y apacible: de altiva y desvanecida, á rendida y sujeta. ¡Oh, pobre de mí, dije yo, que ahora me quedaba por llenar una carga tan pesada como esta! ¿Qué culpa puedo yo tener en sus accidentes de vuesa merced, ó qué parte en sus inclinaciones? ¿Hay quien sea superior en voluntades agenas? ¿Hay quien pueda ser profeta en las cosas que han de suceder á los gustos y apetitos? Pero pues por mí comenzó la culpa, por mí se atajará el daño, porque no venga á ser mayor con hacer que él no vuelva más á esta casa, ó irme yo á otra: que si con la ocasión creció lo que yo no pude pensar, con atajarla tornarán las cosas á su principio. No lo digo, dijo ella, por tanto, padre de mi alma, que la culpa yo la tengo, si hay culpa en los actos de voluntad: no os enojéis por mis inadvertencias, que estoy en tiempo de hacer y decir muchas: antes os admirad de las pocas que veredes y oyéredes en mí; ni hagáis lo que habéis dicho, si queréis mi vida, como queréis mi honra: porque estoy en tiempo, que con poca más contradicción, haré algún borrón que tizne mi reputación, y la deje más negra que mi ventura; no estoy para que me desamparéis ni para admitir reprehensión, sino para pedir socorro y ayuda. Bien me decíades vos que mi presunción y vanidad habían de caer de su trono; cuanto me podéis repetir y traer á la memoria, yo lo doy por dicho, y lo confieso; favorecedme, y no me desamparéis en esta ocasión; y no me matéis con decir que os iréis de esta casa. Y con esto y otras cosas que dijo, lloró tan tiernamente, cubriendo el rostro con un lienzo, que por poco fuera menester quien nos consolara á entrambos; y si fué grande la reprehensión que le dí por soberbia, mayor fué

el consuelo que le dí por afligida: mas animándome en lo que era más razón, acudiendo á mi obligación, á su consuelo y honra de su casa, le dije con la mayor demostración que pude: ¿Es posible que en tan extraordinaria condición ha podido caber tanta mudanza, y que por ojos tan llenos de hermosura y desdenes hayan salido tan piadosas lágrimas, y que por mejillas tan recatadas haya corrido un licor tan precioso, que siendo bastante á enternecer las entrañas de Dios, se haya derramado y echado á mal par un miserable hombre? ¿Y ya que se había de precipitar y arrojarse, y desdecir de sí propia, no hiciera elección de una persona de muchas partes y merecimientos? Ya que se rinda quien no podía ser rendida, ¿había de ser una sabandija tan desventurada? Que se rinda la hermosura á la fealdad, la limpieza á la inmundicia y asquerosidad, no sé qué me diga de tal elección y tan abominable gusto. ¡Oh, cuán engañados, dijo ella, están los hombres en pensar que las mujeres se enamoran por elección, ni por gentileza de cuerpo ó hermosura de rostro, ni por más ó menos partes, grandeza de linaje, soberbia de estado, abundancia de riqueza (trato de lo que verdaderamente es amor); pues para que se desengañen, sepan que en las mujeres el amor es una voluntad continuada que de la vista crece, y con la comunicación se cría y conserva, sin hacer elección de éste ni de aquél, y la que no se guardare de esto, caerá sin duda: de esta continuación ha nacido mi llama, y con ella se ha criado, hasta ser tan grande, que me tiene ciegos los ojos para ver otra cosa, y las orejas cerradas para admitir reprehensión, y la voluntad incapaz de recibir otro sello. Y cuanto más lo deshacéis y aniquiláis, tanto más se enciende la voluntad y el deseo. ¿Por ventura los barberos son de diferente metal que los demás hombres, para que aniquiléis un oficio que tanta merced hace á los hombres en tornarlos de viejos á mozos? ¿Llamáisle sarnoso por unas rascadurillas que tiene en las muñecas que parecen hojas de clavel? ¿No echáis de ver aquella honestidad de rostro? ¿La humildad de sus ojos? ¿La gracia con que mueve aquella voz y garganta? No me le deshagáis, ni reprehendáis mi gusto, que no está para contradecirlo ni rechazarlo. ¡Ojalá, dije yo, fuera pelota que yo la echara y rechazara! Pero pues ha llegado á tan estrecho paso,

haré con vuesa merced lo que con mis amigos, que es en la elección aconsejarles lo mejor que sé, y en la determinación ayudarles lo mejor que puedo. Díjele esto por no desconsolarla hasta que poco á poco fuese perdiendo el cariño, que pudiera traer la ofensa de Dios y de su marido, y con esto me aparté aquella noche de ella, espantándome de ver cuán poderosa es la comunicación, y considerando cuán mal hacen los hombres que donde tienen prendas que les duela, consienten visitas ordinarias, ó comunicaciones que duren: y cuánto peor hacen los padres que dan á sus hijas maestros de danzar ó tañer, cantar ó bailar; si han de faltar un punto de su presencia, y aun es menos daño que no lo sepan: que si han de ser casadas bástales dar gusto á sus maridos, criar sus hijos y gobernar su casa: y si han de ser monjas apréndanlo en el monasterio; que la razón de estar algunas disgustadas quizás es por haber ya tenido fuera comunicaciones de devociones, que por honestas que sean, son de hombres y mujeres, sujetos al común orden de naturaleza.

DESCANSO III.

El día siguiente vino el mozuelo más temprano de lo que solía, puesto un cuello al uso, como hombre que se veía favorecido de tan gallarda mujer. Sucedió que dentro de tres ó cuatro días vinieron á llamar al doctor Sagredo, su marido y mi amo, para ir á curar un caballero extranjero que estaba enfermo en Carabanchel, ofreciéndole mucho interés por la cura de que él recibió mucho contento por el provecho, y ella mucho más por el gusto. Cogió su mula y lacayo, y un braco, que siempre le acompañaba, y á las cuatro de la tarde dió con su persona en Carabanchel. Ella, visto la buena ocasión, hízome aderezar de cenar lo mejor que fué posible, regalándome con palabras, y prometiéndome obras, no entendiendo que yo le estorbaría la ejecución de su mal intento: vino el mozuelo al anochecer, y comenzando á cantar como solía, ella le dijo que no era lícito, ni parecía bien á la vecindad, estando su marido ausente, cantar á la puerta, y así mandó que entrase más adentro. Mandó sentar al mozuelo á la mesa, deseando que la cena fuese breve, porque la noche fuese larga; pero apenas se comenzó la cena cuando entró el braco haciendo mil fiestas á su ama con las narices y la cola. El doctor viene, dijo ella, desdichada de mí, ¿qué haremos, que no puede estar lejos, pues ha llegado el perro? Yo cogí al mozuelo, y púsele en un rincón de la sala, cubriéndolo con

una tabla, que había de ser estante para los libros, de suerte que no se podía parecer cuando entró el doctor por la puerta, diciendo: ¿Hay bellaquería semejante que envíen á llamar á un hombre como yo, y por otra parte llamen á otro médico? Vive Dios, si en años atrás me cogieran, que no se habían de burlar conmigo. ¿Pues de eso tenéis pena, dijo ella, marido mío? ¿No vale más dormir en vuestra cama y en vuestra quietud, que desvelaros en velar un enfermo? ¿Qué hijos tenéis que os pidan pan? Vengáis muy en hora buena, que aunque pensé tener diferente noche, con todo eso me dió el espíritu que había de suceder esto, y así os tuve, por sí ó por no, aderezada la cena. ¡Hay tal mujer en el mundo! dijo el doctor; ya me habéis quitado todo el enojo que traía. Váyanse con el diablo ellos y sus dineros, que más aprecio veros contenta que cuanto interés hay en la tierra. ¿Cuántos engaños, dije yo entre mí, hay de estos en el mundo, y cuántas á fuerza de artificios y bondad fingida se hacen cabezas de sus casas, que merecen tenerlas quitadas de los hombros? Apeóse de la rucia el doctor, y el lacayo púsola en razón, y fuése á su posada con su mujer, que le daban ración y quitación. Sentóse el doctor á cenar muy sin enojo, loando mucho el cuidado de su mujer. El diablo del braco, que por la fuerza que estos animalejos tienen en el olfato, no hacía sino oler la tabla que encubría al mozuelo, rascando y gruñendo de manera que el doctor lo echó de ver, y preguntó ¿qué había detrás de la tabla? Yo de presto respondí: Creo que está allí un cuarto de carne. Tornó el braco á gruñir, y aun ladrar algo más alto: mi amo lo miró con más cuidado que hasta allí; yo eché de ver el daño que había de suceder si no se remediaba, y conociendo la condición del doctor dí en una buena advertencia, que fué decir que iba por unas aceitunas sevillanas, de que eran muy amigos, y estúveme al pié de la escalerilla esperando su determinación: el braco no dejaba de rascar y ladrar, tanto que mi amo dijo que quería ver por qué perseveraba tanto el perro en ladrar. Entonces yo púseme en la puerta y comencé á dar voces diciendo: Señor, que me quitan la capa; señor doctor Sagredo, que me capean ladrones. Él con su acostumbrada cólera y natural presteza se levantó corriendo y de camino arrebató una espada, poniéndose de dos saltos

en la puerta y preguntando por los ladrones; yo le respondí, que como oyeron nombrar al doctor Sagredo echaron á huir por la calle arriba como un rayo. Él fué luégo en seguimiento suyo y ella echó al mozuelo de casa sin capa y sin sombrero, poniendo el cuarto de carne detrás de la tabla, como ya le había dado la advertencia. Hasta aquí había caminado el negocio; mas el mozuelo iba turbado, lleno de miedo y temblor, que no pudo llegar á la puerta de la calle tan presto que no topase mi amo con él á la vuelta. Aquí fué menester valernos de la presteza en remediar este segundo daño, que tenía más evidencia que el primero, y así antes que él preguntase cosa, le dije: También han capeado y querido matar á este pobre mocito, y por esto se coló aquí dentro huyendo, que de temor no osa ir á su casa: mire vuesa merced qué lástima tan grande; y como es muy de coléricos la piedad, túvola mi amo del mozuelo, y dijo: No tengáis miedo, que en casa del doctor Sagredo estáis donde nadie os osará ofender. Ofender, dije yo; en oyendo nombrar al doctor Sagredo les nacieron alas en los piés. Yo os aseguro, dijo el doctor, que si los alcanzara, que os había de vengar á vos y á mi escudero de manera que para siempre no capearan más. Mi ama, que estaba hasta allí turbada y temblando en el corredor, como vió tan presto reparado el daño, y vuelta en piedad la que había de ser sangrienta cólera, ayudó á la compasión del marido de muy buena gana, diciendo: ¿Hay lástima como esta? No dejéis ir á ese pobre mozo, bástenle los tragos en que se ha visto, no le maten esos ladrones. No le dejaré, dijo el doctor, hasta que le acompañe. ¿Y cómo sucedió esto, gentil hombre? Iba, señor, respondió el mozo, á hacer una sangría por Juan de Vergara, mi amo, á cierta señora del tobillo, y con harto gusto; pero como no duerme este ángel de los piés aguileños, sucedió lo que vuesa merced ha visto. Que no faltará ocasión para hacerla, dijo la señora; sosiéguese ahora, hermano, que en casa del doctor Sagredo está. Subíos acá, dijo el doctor, que en cenando yo os llevaré á vuestra casa. El braco, aunque salió á los ladrones imaginados, no por el ruido dejó de tornar á la tema de su tabla, y si antes la había rascado por el mozuelo, entonces lo hacía por la tentación de sus narices contra la carne: mi amo, como vió perseverar

al braco, fué á la tabla, y halló el cuarto de carne detrás de la tabla, con que se sosegó, loando mucbo el aliento de su perro. Ella, aunque se había librado de esos trances, todavía durando en su intento, me dió á entender que no dejase ir al mozuelo, que era lo que yo más aborrecía.

Cenaron, y el que primero había sido cabecera de mesa, después comió en la mano como gavilán, y no como galán en la mesa, que la fuerza puede más que el gusto. En cenando quiso el doctor llevarlo á su casa, y aunque yo le ayudé, mi ama dijo que no quería que fuese á ponerse en riesgo de topar con los capeadores, especialmente habiendo de pasar por el pasadizo de San Andrés, donde suele haber tantos capeadores retraídos. Y aunque esto, dijo, para vuestro ánimo es poco, será para mí de mucho daño, porque estoy en sospecha de preñada, y podría sucederme algún accidente ó susto que pusiese mi vida en cuidado; que ese mocito podrá dormir con el escudero, que es conocido suyo, y por la mañana irse á su casa. Alto, dijo el doctor, pues vos gustáis de eso, sea en hora buena, yo me quiero acostar que estoy un poco cansado. Fuéronse á la cama juntos (que siempre llevaba la mujer por delante), aunque como ella vivía con diferentes pensamientos, no dió lugar al sueño hasta que dió en una traza endiablada, que le costó pesadumbre y le pudiera costar la vida. La sala era tan pequeña que desde mi cama á la suya no había cuatro pasos, y cualquiera movimiento que se hacía en la una se sentía en la otra; y así no le pareció bien lo que por aquí podía intentar. La mula era de manera inquieta que en viéndose suelta alborotaba toda la vecindad antes que pudiesen cogerla. Parecióle á la señora doña Mergelina que desatándola podría volver á la cama antes que su marido despertase para ir á ponerla en razón, y en el espacio que se había de gastar en cogerla y trabarla, le tendría ella para destrabar su persona. Y como las mujeres son fáciles en sus determinaciones, en sintiendo al marido dormido, levantóse paso á paso de la cama y yendo á la caballeriza desató la mula, entendiendo que pudiera volver á la cama antes que la mula hiciese ruido y el marido despertase, con que tendría lugar para ejecutar su intento. Pero parece que la mula y él se concertaron; la mula en salir presto de la caballeriza ha-

ciendo ruido con los piés, y él sentirlo tan presto que se levantó en un instante de la cama, dando al diablo á la mula y á quien se la había vendido; y si no se entrara la mujer en la caballeriza, topara con ella el marido. Él cogió una muy gentil vara de membrillo y pególe á la mula, que huyendo á su estrecha caballeriza, apenas cupiera, por la huéspeda que halló dentro. Ella no tuvo donde encubrirse por la estrecheza sino con la misma mula, de suerte que alcanzó, como la vara era cimbreña, gran parte de los muchos varazos que le dió con los tercios postreros en aquellas blancas y regaladas carnes. Yo estaba en la escalera como si aguardara al verdugo que me echara de ella, turbado y sin consejo, porque veía lo que pasaba y sin poder remediarlo. El braco, sintiendo el ruido y oliendo carne nueva en mi cama, comenzó á darle buenos mordiscones al mozuelo y á ladrarle, de suerte que la mujer en manos del marido, y el mozuelo en los dientes del braco, pagaron lo que aún no habían cometido. Yo viendo la ejecución de su cólera, sin saber lo que hacía, le dije: Mire vuesa merced lo que hace, que cuantos palos da en la mula los da en el rostro de mi señora, que la quiere de manera por andar vuesa merced en ella, que no consiente que la toque el sol. Agradeced, señora mula, lo que me han dicho de vuestra ama, que hasta la mañana os estuviera pegando. ¿Hay con qué trabar esta mula? Yo respondí: En ese corralillo hallará vuesa merced una soguilla, que yo estoy con un dolorcillo de ijada, y no me atrevo á salir. Así como fué por ella, púseme á la puerta, haciendo pala á la señora, y subióse á su cama callando, aunque lastimada. Yo (como siempre procuré que no llegase la ofensa á ejecución), aunque no iba con mucho gusto para ello; en saliendo el doctor le tomé la soguilla, y enviélo á la cama. Trabé la mula, y subíme á reposar á la mía, donde hallé al mozuelo quejándose del braco, y á ella en la suya llorando tiernamente; y preguntándole el marido la causa, respondió muy enojada: Vuestras cóleras y arrebatamientos, que como tan de repente os alborotastes y yo estaba en lo mejor del sueño, sobresaltada y despavorida, caí detrás de la cama y dí con el rostro en mil baratijas que estaban aquí, con que me he lastimado muy bien. Sosególa el marido lo mejor que pudo, y pudo muy bien, porque las

mujeres honradas cuando tropiezan y no caen en el yerro, caen en la cuenta, que habiendo de ser muy estrecha, es de perdones, y como vió que á tres va la vencida y ella lo quedó saliendo mal de ellas, no quiso probar la cuarta. Al mozuelo con los peligros y los dientes del braco se le quitó el poco amor y desvanecimiento como con la mano.

DESCANSO IV.

Como toda la noche hasta allí había sido tan inquieta y llena de disgustos, pesadumbres y alteraciones, efectos propios de semejantes devaneos, fundados en deshonor, ofensa y pecado, lo que hasta la mañana quedaba se durmió tan profundamente, que siendo yo de poquísimo sueño, no desperté hasta que por la mañana dieron golpes á la puerta, llamando al Doctor para cierta visita muy necesaria. Alcé el rostro y ví que el sol visitaba ya mi aposento, que en mi vida le miré de más mala gana, y llamé al lastimado mozuelo, que más parecía embelesado que dormido, y hallándolo con determinación de no tornar á las burlas pasadas, le dije: Pues el mayor peligro queda por pasar, si no vivís con cuidado y recato, que aunque es verdad que vos actualmente no habéis hecho ofensa en esta casa, y los deseos, ya que manchan la conciencia, no estragan la honra, con todo eso, para la reputación de ella y seguridad vuestra, importa guardar el secreto, que como muchacho de poca experiencia, podíades revelar pareciéndoos que son lances muy dignos de saberse, y que diciéndolos por cifras no se entenderían, que es un engaño en que caen todos los habladores, pues adviértoos que no os va menos que la vida en saber callar, ó la muerte en querer hablar. Ningún delito se ha cometido por callar, y por hablar se cometen cada día muchos: el hablar es de todos los hom-

bres, y el callar de solos los discretos: yo creo que cuantas muertes se hacen sin saber los autores, nacen de ofensas de la lengua: guardar el secreto es virtud, y al que no le guarda por virtuoso, le hacen que le guarde por peligroso: el callar á tiempo es muy alabado, porque lo contrario es muy aborrecido: hablar lo que se ha de callar, nos precipita en el peligro y en la muerte, y lo contrario asegura el daño, y preserva la vida y quietud. Nadie se ha visto reventar por guardar el secreto, ni ahogado por tragar lo que va á decir: las abejas pican á su gusto; pero dejan el aguijón y la vida, y á los que dicen el secreto que les importa callar, les sucede lo mismo. Y en resolución el callar es excelentísima virtud, y tan estimada entre los hombres, que de la suerte que se admiran de ver hablar bien á un papagayo que no lo sabía, se admiran de ver callar bien á un hombre que sabe hablar. Y para no cansaros más, si no calláredes porque es razón, callaréis por el peligro en que os ponéis, tratando de la honra de un hombre tan valiente como el Doctor. Con estas y otras muchas cosas que le dije, lo envié á su casa con más temor que amor, ó más temeroso que enamorado. El Doctor se vistió tan de priesa que no tuvo lugar de mirar el señalado rostro de su mujer, que lo primero que hizo antes de vestirse, y sin aguardar á poner los piés en las mulillas, fué á mirarse al espejo; y viéndose el sobrescrito con algunos borrones, lo sintió de manera, que en muchos días no se quitó del rostro un rebozo (que como era tan apacible y suave) parecía más que le traía por gala, que por necesidad. En estando para poderla hablar me llegué á donde estaba aderezándose el temeroso rostro, y lastimándome de los muchos cardenales que le alcancé á ver (que en personas muy blancas, de cualquier accidente se hacen) le dije, con la mayor blandura que pude y supe: ¿Qué le parece de su buena ventura? Que tal lo ha sido, pues en cuantas veces la ha probado, la ha guardado de que los pensamientos no viniesen á la ejecución de las obras, para que su honra (ya que ha estado para despeñarse) quedase salva en un aprieto tan grande, que arrojándose con tan determinada voluntad, le ha puesto tantos impedimentos para la caída, y tantas ayudas para el arrepentimiento. ¿Si cayera en un río muy hondo, y saliera sin mojarse la ropa, no lo tuviera á

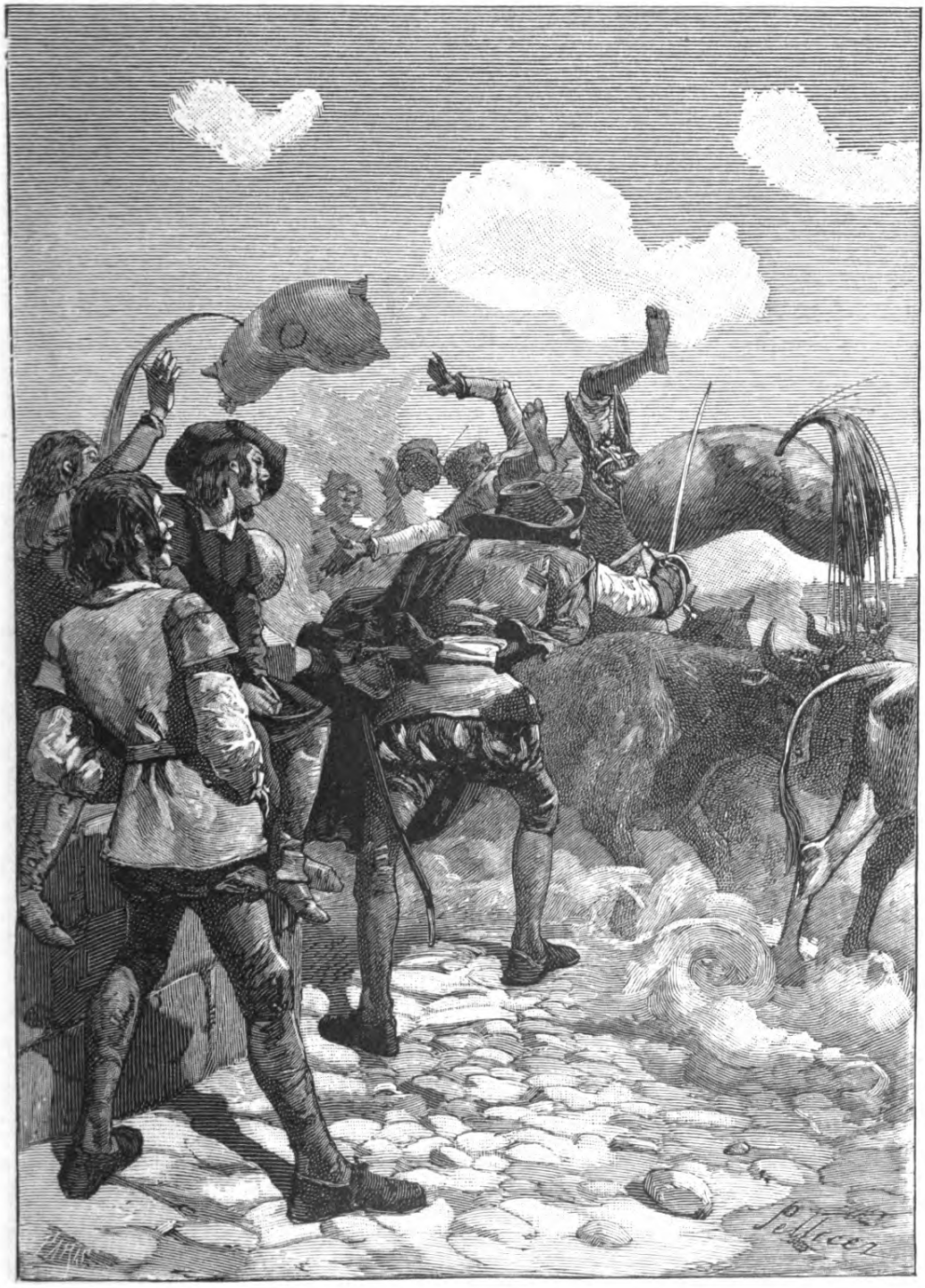
milagro, y cosa nunca vista? ¿Si se arrojara entre mil espadas desnudas sin salir herida, no le parecería obra de la mano de Dios? Pues crea, y tenga por cierto, que ha sido tanta evidencia de la misericordia divina, usada con vuesa merced con su marido, pues de su misma voluntad ha librado: que la más poderosa fuerza que hay con nosotros es la voluntad propia, ella nos rinde, y hace al entendimiento tan esclavo que no le deja libertad para conocer la razón, ó á lo menos para volver por ella; pues la voluntad depravada rindió un pecho tan libre: ella misma con el arrepentimiento y la razón le han de volver á su libertad. El arrepentirse, y volver sobre sí, es de ánimos valerosos: el escarmiento nos hace recatados, como la determinación arrojadizos. Cuando la voluntad nos arroja con atrevimiento, el mal suceso lo remedia con temor: mejor es arrepentirse temprano, que llorar tarde. Un mal principio arrojado, mejora el medio, y asegura el fin: más vale, considerando este mal suceso, detenerse, que perseverando, esperar que se mejore. ¡Dichoso aquel á quien le viene el escarmiento antes que el daño! Los malos intentos al principio errados, engendran recato para los venideros: quien no yerra no tiene de qué enmendarse, mas quien yerra tiene en qué mejorarse: que Dios juzgó por mejor que hubiese males, porque les siguiesen los arrepentimientos, que tener el mundo sin ellos; que más grandeza suya es sacar de los males bienes, que conservar el mundo sin males. ¡Ojalá cuantos males se cometen, tuviesen tan ruines principios como este! Que los males serían menores por el escarmiento. Vuesa merced vuelva en sí, estimando su hermosura, igualmente con su honra, que este daño tengo yo atajado, y le ataré más. Á todas estas cosas que yo le decía, estuvo destilando unas lágrimas tan honestas y vergonzosas por las rosadas mejillas, que enternecieran al más tirano ejecutor del mundo. Mas alzando el temeroso rostro, después de haberse enjugado con un lienzo la humedad que lo había bañado, con voz un poco baja, me dijo lo siguiente: Quisiera que fuera posible sacarme el corazón y ponerle en vuestras manos para que se viera el efecto que ha hecho en él vuestra justa reprehensión, y fuera para mí algún descuento de mis desdichas, si me creyérades como os he creído, no sólo para admitir el consejo, sino para

obedecerlo, y ponerlo en ejecución: que quien oye de buena gana, enmendaráse si quiere.

No digo que totalmente estoy fuera del caso, que como estos accidentes tienen su asiento en el alma, no pueden desampararla tan presto; pero como el amor y desamor nunca paran en el medio, porque en el modo de engañarse van por una misma senda, así yo voy pasando de un extremo á otro; porque después que me ví acardenalada, y lastimado el rostro por quien tanta honra me hace todo el mundo, se me ha revestido un odio mortal contra quien ha sido la causa de ello. Fuera de lo que esta noche, en lo poco que mis ojos descansaron, soñé que estando cogiendo una hermosa y olorosa manzana del mismo árbol, al tiempo que con los dedos la apreté, salió de ella mucho humo, y una culebra tan grande, que me dió dos vueltas al cuerpo por la parte del corazón, y me apretaba tanto, que pensé morir: y como ninguno de los circunstantes se atreviese á quitármela, un hombre anciano llegó y la mató con sola su saliva, echada en la cabeza de la culebra, y que al punto cayó muerta dejándome libre y despierta del sueño. Y haciendo reflexión sobre él, á pocas vueltas le dí alcance, de modo, que con los malos principios y la buena consideración vine á cobrar mi honra y vida, y á tener mi corazón en el extremo de odio, que tenía de amor por vuestros buenos y saludables consejos. Por donde, si hasta aquí habéis sido mi escudero, de aquí adelante seáis mi padre y consejero: y si alguna cosa habéis visto en mí, que sea en vuestros ojos agradable, por ella os pido y ruego que no me dejéis ni desamparéis en esta ocasión, ni en todo el restante que os queda de vida, que el amor que yo tengo á vuestra persona es tan grande como el cuidado que vos habéis tenido con mi honra: el desengaño me ha cogido antes que el gusto me asalariase; aunque la voluntad se dobló, la honra quedó en pié. Si el consentimiento fuera obra, yo confesara mi flaqueza por infamia: quien tiene aliento para asirse tropezando, también lo tendrá para levantarse cayendo: quien se arrepiente cerca está de la enmienda: ni me desanimo por tierna ni me acobardo por derribada. Si está en mí quien pudo derribarme, ¿por qué no lo estará para levantarme? Sin consejo me rendí, pero con él tengo de librarme. Si me dejé

llevar sin persuasión agena, ¿por qué no volveré en mí por la vuestra? Para caer fuí sola, y para levantarme somos vos y yo: más agradece el enfermo la medicina que le cura, que no el consejo que le preserva. ¿No admití primero vuestro saludable consejo, y ahora me rindo al cautiverio de vuestra medicina? Al enfermo que no se ayuda, no le aprovechan los remedios: mas al que se esfuerza y vuelve en sí, todo le ayuda y alienta. La caridad ha de comenzar de sí propia. Si yo no me quiero á mí bien, ¿qué importa que me quiera quien no está en mí? Si yo aborrezco la salud, en vano trabaja quien me la procura. Mas si yo deseo convalecer, la mitad del camino tengo andado. Quien obedece al consejo, acertar desea: y quien no replica á la reprehensión, no está lejos de convertirse. Cuando la culebra despide el pellejo, renovarle quiere: no hay más cierta señal para venir el fruto, que caerse la flor; ni mayores muestras de arrepentimiento, que aborrecer el daño, y conocer el desengaño. Yo lo conozco, padre de mi alma, y estoy con deseo de levantarme, y determinación de no tornar á caer: ayudadme con vuestro consejo y consuelo, para que vuelva en mí, cobre lo perdido, y remedie lo pasado, me anime en lo presente, y arme para lo venidero. Más iba á decir la hermosa escarmentada, sino que por llamar el marido á la puerta fué necesario dejar la más que apacible disculpa, ó enmienda. Entró el Doctor, y ella se fingió de la enojada, cubriéndose el lastimado, aunque bello rostro, haciendo algunos melindres fingidos, para que la desenojase, que amándola tan tiernamente, fácil era el hacerlo. Vióle el rostro, y sintiólo mucho más que ella, y después de haberse blandamente disculpado, le dijo: Amiga, sacaos un poco de sangre. ¿Para qué, dije yo, se ha de sangrar? Respondió el Doctor: Por la caída. Pues cayó, pregunté yo, de la torre de San Salvador, para que se saque la sangre? Sabéis poco, dijo el Doctor, que de aquella contusión del lapso, que habiéndose removido las partes hipocóndricas y renes, podría sobrevenir un *profluvium sanguinis* irreparable, y del livor del rostro quedar una cicatriz perpetua. Y luégo, dije yo, vendrá el arturo meridional á circunferencia metafísica del vegetativo corporal, y evacuarse la sangre del hepate. ¿Qué decís, dijo el Doctor, que no os entiendo? ¿No me

entiende? dije yo; pues menos entiende su mujer á vuesa mercé, que para decir que del golpe de la caída puede venir algún flujo de sangre, y quedar señal en el rostro, se han de decir tantas pedanterías, contusión, lapso, hipocondrios, profluvio, cicatriz, livor. Póngase un poco de bálsamo ó ungüento blanco, ó zumo de hojas de rábano, y ríase de lo demás. Y aun creo que es lo mejor, dijo ella riendo, mas es lo peor que se me ha quitado la gana de comer. Poneos, dijo el Doctor, unos absintios en la boca del ventrículo, y echaos un clistel; que con esto y una fricación en las partes inferiores, junto con la exoneración del ventrículo cesará todo eso. Otra vez dije yo: ¿Que no se podría acabar con los médicos mozos que hablen en un lenguaje que no los entiendan? Pues qué, ¿queréis vos, dijo el Doctor, que hablen los hombres doctos como los ignorantes? Cuanto á la substancia, dije yo, no por cierto; pero cuanto al lenguaje, ¿por qué no hablarán como los entiendan? Al conde de Lemos, Don Pedro de Castro, el de las grandes fuerzas, yendo á visitar su estado á Galicia, como era tan grande y grueso, y muy bebedor de agua, del cansancio del camino le dió una enfermedad que los médicos llaman hemorrois: y como no iba preparado de médico, díjole Diego de Osma: Aquí hay uno que desea tomar el pulso á V. S. días há. Pues llamadle, dijo el Conde; llamáronle, y el buen hombre que supo la enfermedad fué muy reparado de retórica medicinal, pareciéndole que por allí entraría en la voluntad del Conde; y vistiéndose una ropa muy raída entre azul y negra, y una sortija que parecía remate de asador, entró por la sala donde estaba el Conde diciendo: Beso las manos á S. S., y el Conde: Vengáis en hora buena, Doctor. Prosiguió el Médico: Dícenme que su señoría está malo del orificio. El Conde, que tenía extremado gusto de bueno, conocióle luégo, y preguntóle: ¿Doctor, ¿qué quiere decir orificio, platero de oro, ó qué? Señor, dijo el Doctor; orificio es aquella parte por donde se inundan, exoneran y espelen las inmundicias interiores que restan de la decocción del mantenimiento. Declaraos más, Doctor, que no os entiendo, dijo el Conde: y el Médico: Señor, orificio se dice de *os, oris*, y *facio facis*, *quasi os faciens;* porque como tenemos una boca general por donde entra el mantenimiento, tenemos otra



..... y afirmándose contra el novillo le tiró una estocada uñas abajo con que hizo al otro cuero dos claraboyas.

por donde sale el residuo. El Conde, aunque enfermo, pereciendo de risa, le dijo: Pues éste de este modo se llama en castellano (nombrándolo por su nombre): andad, que no sois buen médico, que lo echáis todo en retórica vana. De manera, que por donde pensó acreditarse con el Conde, se echó á perder; él se fué corrido, y el Conde quedó de manera riendo que hacía temblar la cama, y aun la sala: yo creo cierto que es alivio para los enfermos que el médico hable en lenguaje que le entiendan, para no poner en cuidado al paciente. Tienen, fuera de esto, obligación de ser dulces y afables, de semblante alegre, y de palabras amorosas; es bien que les digan algunos donaires y cuentecillos breves, con que los alegren: sean corteses, limpios y olorosos: acaricien tanto al enfermo, que parezca que sola aquella visita es la que le da cuidado: miren si tiene bien hecha la cama, con aseo y limpieza, y hagan lo que el Doctor Luís del Valle, que á todos juntamente con hacerles sacramentar, los alienta con darles buenas esperanzas de salud; que hay algunos tan ignorantes en la buena policía y trato, que sin estar una persona enferma, por encarecer su trabajo y subir su ganancia, dicen al enfermo que está peligroso, para que lo esté de veras: y es bien, que pues se tienen por ministros de naturaleza, lo sean en todo. No digo mil descuidos que hay en el conocimiento de las enfermedades y en la aplicación de las medicinas. Es muy de médicos viejos, dijo mi amo, andar tan de espacio como vos queréis, y en mirar esas niñerías; ya los neotóricos vamos por otro camino, que para lo que es curar tenemos el método purgar y sangrar, con algunos remedios empíricos de que nos valemos. Y aun por eso, dije yo, huyo de curarme con médicos mozos; porque un amigo mío, que lo era en edad y en experiencia, muy gentil estudiante, habiéndose acreditado conmigo con ciertos aforismos de Hipócrates, que sabía de memoria, traídos en buena ocasión, y pronunciados á lo melindroso, me entregué en sus manos la primera vez que me dió la gota, de las cuales salí con veinte y dos sudores y unciones, y me las estuviera dando hasta ahora, si yo propio no me hallara el pulso con intercadencias; y con decir que habíamos errado la cura (como si yo también la hubiera errado) me dejó, y se apartó de mí confuso y corrido: mas

yo, con la recia complexión que tengo, y con gobernarme bien, en convaleciendo me encontré con él en la plazuela del Ángel cara á cara, la suya de color de pimiento, y la mía de gualda, y me hube con él de manera que salió de mi lengua peor que yo de sus manos. Los grandes médicos que yo he conocido y conozco, en llegando al enfermo procuran con gran cuidado saber el origen, causa y estado de la enfermedad, y el humor predominante del paciente, para no curar al colérico como al flemático, y al sanguino como al melancólico; y aun si es posible (aunque no hay ciencia de particulares) saber la calidad oculta del enfermo, y de esta manera se acierta la cura, y se acreditan los médicos. No he visto en mi vida, dijo el Doctor, escudero tan licenciado. Pues más tengo de licencioso, dije yo, porque en viendo una verdad desamparada, me arrojo en su ayuda con la vida y el alma. ¿Qué sabéis vos de intercadencias? dijo el Doctor; ¿qué señales tenéis de gota, pues os habéis escapado de lo uno, y no padecéis de lo otro? Las intercadencias, respondí yo, otras veces las he tenido, que me he visto con enfermedades apretadas; pero no me he desanimado, antes á un médico mozo, y muy galán, que me curó en Málaga, le animé, porque se turbó hallándomelas en el pulso (que en esto yo fuí médico y él paciente); y aunque me digan que es calidad propia de mi pulso, ellas tienen todas las partes de intercadencias. Y habiéndome escapado de esta ardentísima fiebre, de que me curé con un cántaro de agua fría que me eché á los pechos, me quedaron unas grandísimas ventosidades, para lo cual me dió un remedio tudesco, que si yo le guardara hicieran tanta burla de mí los muchachos como yo hice de él; porque á un hombre colérico, y nacido en región cálida, le mandó que en toda su vida no bebiese gota de agua, y de la gota me preservó con un consejo de Cicerón, que dice, que la verdadera salud consiste en usar de los mantenimientos que aprovechan y huir de los que nos dañan; no uso de mantenimientos húmedos, no bebo entre comida y comida, no ceno, bebo agua y no vino, hago todas las mañanas una fricación antes de levantarme de la cama con grande vehemencia desde la cabezo, discurriendo por todos los miembros hasta los piés, y cuando me siento cargado hago un vómito; con esto, y la

templanza en otras cosas, me preservo de la gota. Perdóneme V. S. I. si le canso con estas niñerías que me pasaron con este médico, que las digo porque quizá encontrará con ellas alguno á quien aprovechen. Díjome el Doctor entonces: Por vuestra vida que me digáis ¿si habéis estudiado, y á dónde, que procedéis con tan buena gracia en todo, que me habéis aficionado de manera, que si fuera un gran príncipe no os apartara de mi lado un punto? Lo mismo, dijo ella, os ruego yo, padre de mi vida, y así os la dé Dios muy larga, que nos déis cuenta de vuestra vida, que vos procedéis de modo que será grandísimo entretenimiento al Doctor por el entendimiento, y á mí por la voluntad. Contar desdichas, dije yo, no es bueno para muchas veces: acordarse de infelicidades el que está caído puede traerlo á desesperación. Una diferencia hay entre la prosperidad y la adversidad, que la memoria de las desdichas en la adversidad entristece más; pero en la prosperidad aumenta el gusto. No se le ha de pedir al que todavía está en miserias, que cuente las que ha pasado; porque es renovarle la llaga que ya se iba cerrando, con traerle á la memoria lo que desea olvidar. El que se ha escapado de la tormenta no se contenta con sólo verse fuera de ella, sino con besar la tierra; pero el que está todavía padeciendo el naufragio solamente se acuerda de lo presente, que solicita el remedio; porque aunque yo tengo condición de pobre, tengo ánimo de rico, y si no me desanimo por caído, no tengo de qué animarme por levantado; y no son mis trabajos para contados muchas veces.

DESCANSO V.

Mas como la privación puede tanto con las mujeres, por el mismo caso que yo rehusaba, mi ama procuraba más que lo dijese, que como tenía pecho noble y le parecía que la tenía obligada en alguna manera, sacaba fuerzas de flaqueza y buscaba modos cómo darme á entender que estaba de mí agradecidísima. Que esta diferencia hace un pecho liso y sencillo, á uno de mala raza y cosecha, que el bueno aun el bien imaginado agradece, mas el bronco y desabrido, no solamente no agradece, pero busca modos cómo desagradecer el bien recibido: pero cuanto más mi ama se esforzaba por dar á entender su agradecimiento, tanto más me ofendía yo en que pensase en que había hecho algo en servirla, que el saber flaquezas agenas, que ó todos las cometemos ó estamos naturalmente dispuestos á ello, no ha de ser parte para estimar en menos á aquellos de quien las sabemos: saber el secreto ageno ó es acaso, ó por confianza que hacen de nosotros: si es acaso, la misma naturaleza nos enseña que puede suceder lo mismo por nosotros; y si es por confianza, ya entra en guardarle la reputación del que lo sabe. Encubrir faltas agenas es de ángeles y descubrirlas es de perros que ladran cuando más dañan. Querer saber secretos agenos, nace de pechos sin merecimientos, que lo que no pueden

merecer por sí, quieren merecerlo á costa agena: quien quiere saber faltas agenas, quiere estar mal con todo el mundo, y que se publiquen las suyas. ¡Dichosos aquellos á cuya noticia no han llegado las faltas agenas, que ni ofenderán ni serán ofendidos! Hay algunos ánimos tan fuera del orden natural, que les parece que han alcanzado una gran joya, cuando saben alguna falta de su prójimo: pues no se persuada á entender quien tiene tan abominable costumbre, que no hay contratretas para semejantes desafueros, que todos traen el castigo por sombra; y no hay mala intención que no tenga su semejante, ó peor. Un fraile, aunque no muy docto, bien intencionado, preguntando en un escrutinio si sabía faltas ó descuido de sus compañeros, respondió que no, porque si las había oído, ó no había reparado en ellas, ó las había dejado olvidar, y si venían por relación, no las había oído ó no las había creído. Y otro, habiendo desacreditado á todos los compañeros, por acreditarse á sí en el escrutinio, salió más culpado que todos. Este almacén de palabras he traído para decir el recelo que mi ama debía tener, pareciéndole que podía revelar su secreto, ó que lo menos le quería tener, como dicen, el pié sobre el pescuezo, y así, prosiguiendo en su intento, dijo, que por buen término y trato, quisiera perpetuarme en su casa, para tenerme en lugar de padre, queriéndome casar con una parienta suya, doncella y de muy buena gracia y de poca edad; y declarándose con su marido y conmigo, encareciendo la bondad y virtud de la moza, y cuán bien estaría para el regalo de mi vejez casarme con ella, yo le dije: Señora, no haré eso por todas las cosas del mundo, porque quien se casa viejo, presto da el pellejo: y riéndose ella, proseguí diciendo que en Italia traen un refrancete á este modo, que el que casa viejo tiene el mal del cabrito, ó que se muere presto, ó viene á ser cabrón. ¡Jesús! dijo mi ama, ¿pues eso ha de imaginar un hombre tan honrado como vos? Señora, dije yo, lo que veo y he visto siempre es, que al viejo que se casa con moza, todos los miembros del cuerpo se le van consumiendo, sino es la frente que le crece más. Las mozas son alegres de corazón, y regocijadas en compañía, andan siempre jugando y saltando como ciervas, y los maridos como ciervos, siendo viejos. No es tan perseguida la

liebre de los galgos, como la mujer del viejo de los paseantes: no hay mozo en todo el lugar que no sea su pariente, ni vieja rezadera que no sea su conocida: en todas las iglesias tiene devociones, ó por huir del marido, ó por visitar las comadres: si es pobre el marido, se anda quejando de él: si es rico, á pocas vueltas le deja como el invierno á la cornicabra, con sólo el fruto en la frente. He rehusado en mi mocedad tomar esa carga sobre mis hombros, ¿y la había de tomar ahora sobre mi cabeza? Dios me guarde mi juicio, bien me estoy solo; ya me sé gobernar con la soledad, no quiero entrar en nuevos cuidados, á fuera consejos vanos. Á todo esto el doctor estaba pereciendo de risa, y su mujer pensando en la réplica que había de hacer; y así con muy gran donaire y desenvoltura, dijo á su marido y á mí: Cada día vemos cosas nuevas, bien es vivir para experimentar condiciones: el primer viejo sois que he visto y oído decir que haya rehusado casamiento de niña; todos apetecen la compañía de sangre nueva, para conservación de la suya: los árboles viejos, con un enjerto nuevo los remozan: á las plantas, porque no se hielen, les ponen abrigo: la palma, si no tiene junta á sí su compañera, no lleva fruta: la soledad ¿qué bien puede traer sino melancolía y aun desesperación? Todos los animales racionales y brutos apetecen la compañía. No seáis como aquel bestial filósofo, que habiéndole preguntado cuál era buena edad para casarse, respondió, que cuando era mozo, era temprano, y cuando viejo, tarde. Mirad, que fuera de ser para mí grande gusto, para vuestra comodidad es bien vivir con abrigo. Yo confieso, le dije, que tan elegantes razones, dichas con tanta gracia y estilo, persuadirán á cualquiera que no estuviera con tanta experiencia de las cosas del mundo, y tan hecho á la soledad como yo; pero verdades tan apuradas, no admiten persuasiones retóricas, porque casarse un viejo con una muchacha, si ella es como debe ser, es dejar hijos huérfanos y pobres, y en pocos años venir á ser entrambos de una misma edad, porque naturaleza va siempre tras su conservación, y el viejo conserva la suya consumiendo la juventud de la pobre muchacha; y si no es de esta suerte, tiene puestos los ojos en lo que ha de heredar, y la voluntad é intención en el marido que ha de escoger. Mas, ¿qué tal pare-

ciera yo con mis blancas canas junto á una niña rubia y blanca, bien puesta y hermosa, que cuando alzara los ojos á mirarme el copete lo viera más liso que el carcañal, las entradas como el colodrillo de la ocasión, la barba más crespa y cana que la del Cid? Eso no os dé pena, dijo ella, que Juan de Vergara tiene una tinta tan negra y fina, que á cuantos hombres y mujeres entran en su casa con canas los pone de manera que á la salida no los conocen. Ni aun ellos propios se conocen á sí mismos, dije yo, con un engaño como ese, y creo cierto, que nace esta flaqueza de no conocer nuestra hechura, porque disfrazar y entretener las canas, no sé de qué sirve, sino de una ocupación de zurradores, que no rehusan traer las manos como ébano de Portugal. Y realmente los que lo hacen tienen tanta ventura que á nadie engañan sino á sí solos, porque todos lo saben; de modo, que les añaden muchos más años de los que tienen; y ellos no se desengañan, hasta que por alguna enfermedad dejan de teñirse y se hallan cuando se miran la barba como Urraca ahorcada. Pues si la tinta no acierta á ser del color de la barba, que es muy ordinario, en dándoles el sol hace visos como el arco del cielo. Si con el teñir se reparara la flaqueza de la vista, se supliera la falta de los dientes, se cobrara la fuerza de piernas y brazos, ó se entretuvieran los años para engañar la muerte, todos lo hiciéramos; pero hace la muerte con los teñidos como la zorra con el asno de Cumas, que se vistió una piel de león para espantar á los animales y pacer con seguridad: mas la zorra, viéndole andar tan despacio, miróle las patas, y dijo: asno sois vos. Así la muerte mira los teñidos, y les dice: viejo sois vos. Tíñase quien quisiere que yo tengo por mejor lo claro que lo oscuro, el día que la noche, lo blanco que lo negro. Más quiero parecer paloma que no cuervo, más hermoso es el marfil que el ébano. Si como las barbas que pasan de negras á blancas, pasaran de blancas á negras, ¿cuánto más odiosas fueran por el color tapetado? En fin, la plata es más alegre que el ébano: ¿no bastaba casado sino tiznado? Andad, dijo mi ama, que con eso se disimulan algunos años y sin eso no se pueden negar. Aunque los hombres de bien, dije yo, jamás han de mentir, en todas las cosas del mundo puede aprovechar una mentira, si no es en los años y en el

juego; porque ni los años pueden ser menos por negarlos, ni la ganancia se ha de quitar por confesarla. Pero volviendo á nuestro propósito, que el matrimonio es cosa santísima no se puede negar, ni yo lo niego, que el no apetecerlo yo nace de la incapacidad mía y no de la excelencia suya; apetézcalo quien está en edad y disposición para ello con la igualdad que la misma naturaleza pide, que ni sean ambos niños ni ambos viejos, ni él viejo y ella niña, ni ella vieja ni él niño. Sobre lo cual hay diversas opiniones entre filósofos, y la más cierta es que el varón sea mayor que la mujer diez ó doce años; pero que tenga yo cincuenta años y mi señora mujer quince ó diez y seis, es como querer que un contrabajo y un tiple canten una misma voz, que por fuerza han de ir apartados ocho puntos el uno del otro. ¿Pues nunca habéis sido enamorado? dijo mi ama. Y tanto, dije yo, que he compuesto coplas y tenido pendencias que la mocedad está llena de mil inconsideraciones y disparates. No lo serán, dijo ella, que los hombres de buen discurso sazonan las cosas diferentemente que los demás. Reniego, dije yo, de ejercicio que ha de traer á un hombre hecho lechuza, guardando cimenterios, sufriendo fríos y serenos, incomodidades y peligros tan ordinarios como suceden de noche y aun cosas dignas de callar. El que anda de noche ve los daños agenos y no conoce los suyos, consume presto la mocedad y se desacredita para la vejez: vense de noche cosas que se juzgan por malas, no siéndolo; ¡qué de temores y espantos cuentan los que pasean de noche, que vistos de día nos provocarían á risa! Acuérdome, que teniendo cierto requiebro al barrio de San Ginés, con otro juicio tal como el mío era entonces, martes de carnestolendas por la tarde, me envió á decir la señora que le llevase algo bueno para despedirse de la carne, que en estos días hay libertad para pedirlo y aun para negarlo; pero por usar de fineza, por ser la primera cosa que hacía en su servicio, vendí ciertas cosillas, que me hicieron harta falta, y en acabándose la grita de jeringas y naranjazos, y el martirio perruno, cansado de las mazas (de quien sin saber por qué, huyen hasta reventar) dí conmigo en un tabernáculo de la gula, donde henchí un paño de manos de una empanada, un par de perdices, un conejo y frutillas de sartén, y atándolo muy bien, caminé á

darlo por una ventana á más de las once de la noche; y como el día siguiente, por ser miércoles de ceniza, era día de mucha recolección, aunque todo el pasado había sido alegría para los muchachos y trabajos para los perros, había silencio general; de suerte, que aunque yo iba bien cargado, no me podía ver nadie: llegando á la plazuela de San Ginés sentí que venía la ronda y retiréme debajo de aquel cobertizo, donde suele haber una tumba para los aniversarios y exequias, y antes que pudiesen llegar á mí los de la ronda, metí el paño de manos, atado como estaba, por un agujero grande que tenía la tumba por la parte de abajo, y sacando un rosario, que siempre traigo conmigo, comencé á fingir que rezaba. Llegó la ronda y pensando que fuese algún retraído asieron de mí, preguntando qué hacía allí. Llegó el alcalde, y visto el rosario y poca turbación, que importa mucho en cualquier ocasión no perturbarse el ánimo, dijo que me dejasen y me recogiese: hice que me iba, y trasponiendo la ronda torné por mi paño de manos y cena á la negra tumba, donde lo había dejado, y aunque con un poco de temor por la hora y la soledad, alargué la mano y brazo todo lo que pude alcanzar, y no topé con el paño ni con lo que estaba en él: de lo cual quedé temblando y helado; y es de creer que me causaría horrible miedo una cosa tan espantosa en un cimenterio, debajo de una tumba, á más de las once de la noche, y con tan gran silencio, que parecía se había acabado el mundo; pues junto con esto, sentí dentro en la tumba tan gran ruido de hierro, que se representaron mil cadenas y otras tantas ánimas, padeciendo su purgatorio en aquel mismo lugar. Fué tanta mi turbación y desaliento, que se me olvidó el amor y la cena, y quisiera hallarme mil leguas de allí; pero lo mejor que pude, ó lo menos mal que acerté, volví las espaldas y fuíme poco á poco, arrimándome á la pared, pareciéndome que iba tras mí un ejército de difuntos; pues yendo con esta turbación me sentí por detrás tirar de la capa, desanimándome de manera que dí un golpazo con mi persona en el suelo y con los hocicos en la guarnición de la espada; volví á mirar si era algún cadáver descarnado, y no ví otra cosa sino mi capa asida al calvario que está en aquella pared; con esto respiré un poco, y fuí cobrando aliento y descansando

el temor del clavo y de la capa; pero no el de la tumba.

Sentéme, y miré alrededor á ver si había cosa que pudiese acompañar, y descansé, porque estaba tan cansado que lo hube menester, que no lo estuviera más si hubiera andado cien leguas por los altos y bajos de Sierra Morena. Hice reflexión sobre lo pasado, considerando qué cuenta daría yo de mí el día siguiente, contando lo que había sucedido, sin haber visto cosa que fuese de momento; porque decir un terror tan horrible sin haber averiguado el fundamento, era desacreditarme y quedar en fama de cobarde ó mentiroso: dejar de contarlo era quedar en opinión de miserable con la señora Daifa, habiendo gastado lo que no tenía sin decir el fin que tuvo. Por otra parte veía que si fuera algún difunto no tenía necesidad de mi pobre cena, pues hombre no podía estar tan abreviado que no topara con él cuando extendí el brazo. Al fin hice mi cuenta de esta manera: Si es demonio, mostrándole la señal de la cruz huirá; si es ánima, sabré si pide algunos sufragios; y si es hombre, tan buenas manos y espada tengo como él, y con esta resolución fuíme animosamente á la tumba, desenvainé la espada y rodeando la capa al brazo, dije con muy gentil determinación: yo te conjuro, y mando de parte del cura de esta iglesia, que si eres cosa mala te salgas de este lugar sagrado, y si eres ánima que andas en pena, que me reveles qué quieres, ó qué has menester (y el ruido del hierro con mi conjuro andaba más agudo): una y dos, y tres veces te lo digo y torno á decir; pero cuanto más le decía, tantos más golpes de hierro sonaban en la tumba que me hacían temblar. Visto que mi conjuro no era válido, y que si dejaba enfriar la determinación que tenía, tornaría el temor á desanimarme, púseme la espada entre los dientes, y con ambas manos así de la tumba por el agujero de abajo, y en alzándola salió corriendo por entre mis piernas un perrazo negro, con un cencerro atado á la cola, que huyendo de los muchachos se había recogido á descansar á sagrado; y como después de haber reposado olió la comida, retiróla para sí, y sacó el vientre de mal año; pero con el grande y no pensado ruido que hizo saliendo, fué tanto mi espanto, que como él fué huyendo por una parte, yo fuera por otra, sino por un espinillazo que al salir me dió con el cencerro, de que no me

pude menear tan presto; pero fué tanta la pasión de risa que después de [illegible] el dolor me dió que siempre que me acuerdo de ello, aunque sea á solas y por la calle, no puedo dejar de dar alguna demostración de ello. Fué menester que el Doctor y su mujer acabasen de reir, para proseguir el intento para que truje el cuento; y habiéndolo solemnizado, les dije: No se podrá creer lo que yo me holgué de averiguar aquella duda que en tanta confusión me había de poner para contar lo que había visto, por donde pusiera mal nombre á aquel lugar, como lo han hecho otros muchos, que por no averiguar los temores ó las causas de ellos, desacreditan mil lugares, y quedan desacreditados por temerosos y espantables sin haber causa para ello, más de haber visto alguna extraordinaria cosa, y sin averiguarla van á contar mil deslumbramientos y disparates. Uno dijo, que había visto un caballo lleno de cadenas y descabezado, y era una bestia que venía del prado á su casa, con las trabas de hierro.

Son infinitos los disparates que en esto se dicen; de manera, que no hay población donde no haya un lugar desacreditado por temeroso, y ninguno, si no es burlando ó haciendo donaire, dice la verdad. En Ronda hay un paso temeroso después que se subió de noche una mona en un tejado, que con la maza y cadena atoró, ó encalló en una canal, y desde allí echaba tejas á cuantos pasaban, y todo es de esta manera. Solas dos cosas hallo yo que pueden hacer mal de noche, que son los hombres y los serenos, que los unos pueden quitar la vida y los otros la vista.

DESCANSO VI.

Al tiempo que me iba hallando mejor con el Doctor Sagredo, y mi señora Doña Mergelina de Aybar, por el amor que me tenían, como mi suerte ha sido siempre variable, hecha y acostumbrada á mudanzas de fortuna, y ejercitada en ellas toda mi vida, vinieron á llamar de un pueblo de Castilla la Vieja al Doctor Sagredo con un gran salario, el cual no pudo rehusar por haberlo menester, y para ejercitar lo que había estudiado, que ni la grandeza del ingenio, ni el continuo estudio hacen á un hombre docto, si le falta experiencia, que es la que sazona los documentos de las escuelas, sosiega las bachillerías que hacen al ingenio confiado por las filoterías de la dialéctica, que realmente no podemos decir que tenemos entero conocimiento de la ciencia hasta que conocemos los efectos de las causas que enseña la experiencia, que con ella se comienza á saber la verdad. Más sabe un experimentado sin letras, que un letrado sin experiencia, la cual faltaba al Doctor Sagredo, y así le estuvo bien aceptar aquel partido por esto, y por repararse de las cosas necesarias para la conservación de la vida humana. Aceptado el partido, pidiéronme con toda la fuerza posible que me fuese con ellos, lo cual yo hiciera, si no fuera que no me atreví á los fríos de Castilla la Vieja, que estando un hombre en los postreros tercios de la vida, no se ha de atrever á hacer lo

que hace en la mocedad. El frío es enemigo de la naturaleza, y aunque uno muera de ardentísimas fiebres, al fin queda frío. Las acciones del viejo son tardas por la falta de calor; como la mocedad es cálida y húmeda, la vejez es fría y seca; por falta de calor viene la vejez, y por esto han de huir los viejos de regiones frías, como yo lo hice, que me quedé desacomodado por no ir á donde me acabase el frío en breve tiempo. Fuéronse, y quedéme solo y sin arrimo que me pudiese valer; que los que dejan pasar los verdes años sin acordarse de la vejez, han de sufrir estos y otros mayores daños y trabajos. Nadie se prometa esperanzas de vida, ni piense que sin diligencia puede asegurarla, que hay tan poco de la mocedad á la vejez, como de la vejez á la muerte; no puede creerlo sino quien ha entregado sus años á la dilación de las esperanzas. Cada día que se pasa en ociosidad, es uno menos en la vida, y muchos en la costumbre que se va haciendo. Siendo estudiante en Salamanca el Licenciado Alonso Rodríguez Navarro, varón de singular prudencia é ingenio, le hallé una noche durmiendo sobre un libro, y diciéndole que mirase lo que hacía, que se quemaba las pestañas, respondió, que apelaría para el tiempo que le diese otras; pero que si perdía el tiempo, no tenía para quien apelar sino para el arrepentimiento. Al mismo, preguntándole por qué camino había venido á ser tan bien quisto en su ciudad, que es Murcia, respondió, que haciendo placer, y disimulando desagradecimientos, pero que nunca llegaron á engendrar en su pecho arrepentimientos de haber hecho el bien: que los hombres de bien no han de hacer cosas de que se deban arrepentir; y si el arrepentimiento viene tarde, y es bien recibido, aprovecha para el reparo de la vida, que como el arrepentimiento sigue á los daños sucedidos por propia culpa, viene acompañado con asomos de virtud, nacida del escarmiento y ayudado de la prudencia. Mas no hay arrepentimiento que venga tarde como sea bien recibido.

Cuatro efectos suelen resultar del tiempo mal gastado y peor pasado; dejamiento de sí propio, desesperación de cobrar lo perdido, confusión vergonzosa, y arrepentimiento voluntario; estos dos postreros arguyen buen ánimo, y estar cercanos á la enmienda; pero entiéndese, que como el yerro

fué con tiempo, el arrepentimiento no ha de ser sin tiempo: que si el mucho tiempo se pasó presto, el poco se pasará volando, y llegará tarde el arrepentimiento, como el tiempo que se pasa al descuido con gusto no se cuenta por horas, como el que se pasa trabajando, no se echa de ver hasta que es pasado. Yo quedé solo y pobre, y para reparo de mis necesidades, me topó mi suerte con cierto hidalgo que se había retirado á vivir á una aldea, y había venido á buscar un maestro ó ayo para dos niños que tenía de poca edad, y preguntándome si quería criárselos, le respondí, que criar niños era oficio de amas, y no de escuderos; rióse, y dijo: Buen gusto tenéis, á fe de caballero que habéis de ir conmigo: ¿no os hallaréis bien en mi casa? Yo respondí: Ahora sí, pero después no sé. ¿Por qué? preguntó el hidalgo. Porque hasta tomar el tiento á las cosas, dije yo, no se puede responder afirmativamente; y no se ha de preguntar á los criados si quieren servir, sino, si saben servir, que el querer servir arguye necesidad, y saber servir, habilidad y experiencia en el ministerio que los quieren; y de aquí nace, que muchos criados, á pocos días de servicio, ó se despiden, ó los despiden, porque entraron á servir por necesidad, y no por habilidad, como también en algunos estudiantes perdidos, que en viéndose rematados, entran en religión tan llenos de necedad como de necesidad, y á pocos lances, ó desamparan el hábito, ó el hábito los desampara. Primero se ha de inquirir y escudriñar si es bueno y suficiente el criado para el cargo que le quieren dar, que no si tienen voluntad de servir: porque de tener criados ociosos, y que no saben acudir al oficio para que fueron recibidos, fuera del gasto impertinente, se siguen otros mayores inconvenientes. Aunque cierto Príncipe de estos reinos, diciéndole un mayordomo suyo que reformase su casa, porque tenía muchos criados impertinentes, respondió: El impertinente sois vos, que los valdíos me agradecen y honran; y esotros, pagándoles, les parece que me hacen mucha merced en servirme, y el que no obliga con buenas obras, ni es amado, ni ama, y en las buenas se parece un hombre á Dios. Paréceme, dijo el hidalgo, que quien sabe eso, sabrá también servir en lo que le mandaren, especialmente que mi hijo el mayor os podrá hacer bien en algún

tiempo, que tiene acción y espectativa á un mayorazgo de parte de su madre, que ahora posee su abuela; y del hijo mayor, á quien le viene, no tiene sino dos nietecillos enfermizos; y muriendo ellos y su padre, queda mi hijo por heredero. Eso es, dije yo, como el que deseando hartarse de dátiles, fué á Berbería por una planta de palma y compró un pedazo de tierra en que la plantó, y está esperando todavía que dé el fruto; así yo tengo de esperar á tres vidas, estando la mía en los últimos tercios, para la poca merced que se aguarda de quien aún no tiene esperanza, que como ella vive entre la seguridad y el temor, es necesario que tenga larga vida quien se sustenta de ella; que no hay cosa que más la vaya consumiendo que una esperanza muy dilatada; y es de creer, que el que se va á pasar la suya entre robles y jarales, ni la tiene muy cerca, ni muy cierta, que por no martirizarme con ellos ni verme en los tragos en que ponen á quien los sigue, he tenido por mejor y más seguro abrazarme con la pobreza que abrazarme con la esperanza. Esa, dijo el hidalgo, es la cuenta de los perdidos, que por no esperar ni sufrir, quieren ser pobres toda la vida. ¿Y qué mayor pobreza, dije yo, que andar bebiendo los vientos, echando trazas, acortando la vida y apresurando la muerte, viviendo sin gusto, con aquella insaciable hambre y perpetua sed de buscar hacienda y honra? Que la riqueza, ó viene por diligencia buscada, ó por herencia poseída, ó por antojo de la fortuna prestada: si por diligencia, no da lugar á otra cosa de virtud; y si por herencia, ordinariamente se posee acompañada de vicios ó envidiada de parientes; si por antojo ó arrojamiento de la fortuna, hace al hombre olvidarse de lo que antes era, y de cualquier manera que sea, todos en la muerte se despiden de mala gana de la hacienda y de las honras que por ella les hacían. Una diferencia hallo en la muerte del rico y la del pobre, que el rico á todos los deja quejosos, y el pobre piadosos.

DESCANSO VII.

Parece, dijo el hidalgo, que nos habemos apartado de mi principal intento, que es la crianza y doctrina de mis hijos, en que consiste salir industriados en virtud, valor, estimación y cortesía, que son cosas que han de resplandecer en los hombres nobles y principales. Acerca de la materia de criar los hijos, hay tantas cosas que advertir y tantas que observar, que aun de los propios padres que los engendraron, no se puede muchas veces confirmar la doctrina que ellos han menester; porque las costumbres corrompidas ó mal arraigadas en el principio de los padres, destruyen los sucesores de las casas nobles y ordinarias. Si los antecesores saben los hijos que fueron cazadores, los hijos quieren serlo; si fueron valientes, hacen lo mismo; si se dejaron llevar de algún vicio que los hijos lo sepan, siguen el mismo camino; y para corregir y enmendar vicios heredados de sus mayores, casi es menester, y aun necesario, que no conozcan á los padres, que sería lo más acertado sepultar las memorias de algunos linajes, que por ellos se van imitando lo que oyeron decir de sus mayores, que más valiera que no lo oyeran para que no lo imitaran. Y de aquí nace que suban unos en virtud y merecimientos, no habiendo á quien imitar en su linaje por la educación valerosa que se imprimió en los verdes años, y otros bajen al mismo centro de la flaqueza y miseria humana, degenerando de la virtud heredada, ó por la imitación adulterada de los ascendientes, ó por la depravada doctrina, im-

presa y sembrada en los tiernos años, que es tan poderosa, que de una yerba tan humilde como la achicoria, se viene por la crianza á hacer una hortaliza tan excelente, como la escarola, y de un ciprés tan eminente y alto, por sembrarlo ó plantarlo en una maceta ó tiesto, se hace un arbolito enano y miserable, por no haberlo ayudado con buena educación.

Si á los animales de su naturaleza bravos, nacidos en incultos montes y breñas, como son jabalíes, lobos y otros semejantes, los crían y regalan entre gentes, vienen á ser mansos y comunicables; y si á los domésticos los dejan con libertad irse á los montes y criarse sin ver gente, vienen á ser tan feroces como las mismas naturales fieras. En tiempo del potentísimo Rey Felipe III anduvo una loba en los patios de los Consejos, y jugaban los pajes con ella; y si le hacían mal, se amparaba con llegarse á las piernas de un hombre. Yo la ví echarse á los piés de las criatúras, y porque no la tuviesen miedo, se arrojaba á sus piés. Y en tiempo del prudentísimo Felipe II, en Gibraltar se fué un lechón al monte, que está sobre la ciudad, y vino á ser tan fiero dentro de cuatro ó cinco años que anduvo libre en el monte, que á cuantos perros le echaban para matarle los destripaba: que es tan poderosa crianza que hace de lo malo bueno y de lo bueno mejor: de lo inculto y montaraz, urbano y manso; y por el contrario, de lo tratable y sujeto, intratable y feroz. Bien sé, dijo el hidalgo, que es importantísimo el cuidado de criar bien los hijos, porque de ahí viene la vida y honra suya, y la quietud y descanso de sus padres, que como han de conservar en ellos su mismo sér y especie, al paso que los aman, desean su proceder y término, y la imitación de sus progenitores. Sabemos que dijo aquel Rey de Macedonia, que tenía por tan gran merced del cielo haber nacido su hijo en tiempo de Aristóteles, para que fuese su maestro, como tener quien le sucediese en el Reino. De tal suerte, dije yo, han de ser los maestros ó ayos, que con la aprobación de su vida y costumbres enseñen más que con los preceptos morales, llenos de superflua vanidad; que muchas veces enseña más el maestro por acreditarse á sí, y por mostrar jactancia, que por mostrar virtud, y fundamentar el discípulo en valor,

bondad y humildad: la doctrina llena de este deseo santo á acertar el camino de la verdad, al buen natural perfecciona, y á la mala inclinación corrige. Al hijo del caballero hánsele de enseñar con las letras juntamente virtudes, que refieran aquellas del origen que trae la antigüedad de sus pasados, humildad con valor y estimación sin desvanecimiento, cortesía con el superior, amistad con el igual, llaneza y bondad con el inferior, grandeza de ánimo para las cosas arduas y difíciles de cometer, desprecio voluntario de las que no pueden aumentar sus merecimientos. La zorra un tiempo puso escuela de enseñar á cazar, y como el lobo se hallaba viejo y sin presas, rogóle que le enseñase un hijo, que le parecía que había de ser valeroso para mantenerlo á él y á su madre en su vejez; la zorra hallando en qué vengarse de los agravios que el lobo le había hecho, con mucha presteza y buen gusto recibió el pupilo. Lo primero que hizo fué apartarle de sus atrevidas inclinaciones, que eran de acometer á reses grandes, y enseñarle las raposerías que ella solía usar por su natural instinto; y dióse tan buena maña, que en menos de un año el lobillo salió grandísimo cazador de gallinas. Envióselo al padre por muy hábil y diestro en el oficio: holgóse el padre y la madre pensando que tenían un hijo que había de asolar la campiña de ganado. Enviáronle á buscar la vida para matar la hambre que habían padecido; y habiendo tardado día y medio volvió con una gallina y muchos mordiscones y palos que le habían dado. Viendo el lobo la mala doctrina que había aprendido, dijo: Al fin nadie puede enseñar lo que no sabe. Dejéme engañar de la zorra, por no trabajar con mi hijo, porque la poltronería hace buen rostro á la mentira, y hame salido á los ojos, lo que no miré con los de la consideración. Hijo, andad acá, y mostrándole unas ternerillas cerca de un cortijo, le dijo: Aquella es la caza que habéis de aprender y cazar. Apenas acabó de mostrárselas, cuando inconsideradamente cerró con ellas, porque las madres, que ya los habían olido, en un momento pusieron los hijos en medio, y todas puestas en muela, hicieron trincheras de sus cuernos, y el pobre lobillo, que pensó llevar presa, quedó preso, porque le recibieron con las picas ó picos de su herramienta, y lo echaron tan alto, que cuando cayó, no fué

para levantarse más: el padre que con su ancianidad no pudo vengar la muerte de su hijo, se volvió á su guarida, diciendo: La mala doctrina no tiene medicina: costumbres de mal maestro sacan hijo siniestro. De aquí quedaron los odios para siempre confirmados entre la zorra y el lobo; y así ella no va á buscar la vida sino adonde el lobo no se atreve, que es á las poblaciones, porque allí no pueden encontrarse. Mucho gustara, dijo el hidalgo, ya que habéis traído tan á propósito el cuento, que alargásemos un poco más la materia, para que averigüemos cómo se podría elegir el maestro, que ha de ser el guión del cuerpo y alma del hijo ageno, que ha de criar con más cuidado que si fuera suyo, y enseñarle para conseguir el verdadero camino, que le guíe á la perfección de caballero cristiano, que de caballero solamente ya tenemos entendido el modo que todos siguen. Este modo de caballero, dije yo, está muy cargado de obligaciones, por la significación que trae consigo, de que podrá ser tratar después, si el tiempo nos diere lugar; porque ni la materia quiere brevedad, ni yo tengo espacio para ser largo; y alargando la que tenemos comenzada, digo, que la primera y principal parte que ha de tener el que ha de ser maestro de algún Príncipe, ó gran caballero, es que tenga experiencia, con madurez de edad, que por lo menos tenga los aceros de la juventud gastados: edad en que con dificultad puede ser sabio y prudente un hombre, por faltar el tiempo que nos hace previstos y recatados. Mas si fuere mozo, sea tal, que le alaben los viejos experimentados en ciencia y bondad, aunque la mocedad es tan sujeta á variedades, impaciencias, furores y otros inconvenientes arrebatados, que si no es con mucho valor y entereza de virtud experimentada y conocida, tendría por mejor elegir para maestro un viejo cansado del mundo y con buena opinión, que á un mozo que va entrando en él, y con buenas esperanzas, que al fin se tiene la seguridad que basta, y de éste la confianza que puede mudarse. Ha de ser el maestro lleno de mansedumbre, con gravedad, para que juntamente le amen y estimen, y haga el mismo efecto en el discípulo, no perdiéndole un punto de su vista: si no fuere los ratos diputados para el gusto de sus padres, ó cuando el niño le tuviere con sus iguales: y en el entretenimiento se halle pre-

sente el maestro, alentándole y mostrándole el modo con que se ha de haber en el pasatiempo, no haciendo lo que yo ví hacer á un pedante, maestro de un gran caballero, niño de muy gallardo entendimiento, hijo de un Príncipe, que habiendo concertado con otros sus iguales en edad y calidad un juego de gallos, día de carnestolendas, salió también el bárbaro pedante con su capisayo ó armas de guadamacil sobre la sotana, con más barbas que Esculapio, diciendo á los niños: *Destrorsum heus sinistrorsum*, y desenvainando su alfanje de aro de cedazo, descolorido todo el rostro, iba con tanta furia contra el gallo, como si fuera contra Morato Arráez, diciendo á grances voces: *Non te peto, piscem peto, cur me fugis, galle?* de la cual pedantería él quedó muy ufano y contento, y los que le oyeron llenos de risa y burla. Yo me llegué, y le dije: Mire, señor Licenciado, que por tener poca memoria los gallos se les olvida el latín. Él respondió muy de presto: *Numquam dicerunt, nisi rocantes excitare.* Éste con mil impertinentes bachillerías, llenas de ignorancias gramaticales, dejó al caballero estragado su buen natural: diéronle otro maestro cuerdo, poco ó nada hablador, modesto y de buena compostura, y en pocos días enmendó los borrones que el otro le había enseñado, y con muchas reglas mal sabidas y peor enseñadas, y á veces repetidas le había estragado, y este otro con pocas y muy calladas lo reparó. Parecieron á dos hermanos, el uno muy colérico, y el otro muy reposado y lleno de santimonia, que ganaban la vida con un pollino: el colérico le daba mil voces y palos, y el jumento no por eso hacía más movimiento que antes. El reposado no le decía más que: Arre, válgate Jesús, é hincábale un aguijón de un geme por las ancas, con que le hacía volar. La modestia del maestro, y las otras partes buenas, se imprimen, y son como espejo en que se mira el discípulo, y la imprudencia y poco valor es causa de menosprecio para con el maestro, y de incapaz para con los demás; y así, lo que había de ser doctrina viene á ser pasatiempo, y si se pasa no puede cobrarle, y en este poco se le puede enseñar con brevedad la lengua latina, sin cargarle de preceptos que los mismos maestros, ó no los saben, ó los han olvidado, de suerte, que en sabiendo declinar y conjugar, les lean libros

importantes, así para la lengua latina, como para las costumbres, y todo lo demás tengo por tiempo mal gastado; porque las diferencias ó propiedades de nombres y verbos se pueden declarar en los libros que se fuesen leyendo, sin hacer lo que los cirujanos, que detienen la cura porque dura la ganancia: que en esto realmente son culpados los maestros de lenguas que se aprenden por las reglas, porque faltaron los que las hablan: porque las ordinarias fácilmente se aprenden con oirlas á los que las hablan, y los que las aprenden para saberlas y no para enseñarlas, con que entiendan el libro que les leyeren, sabrán más que sus maestros: y volviendo al ejemplo de la zorra, sea el maestro de tan buen nacimiento ó crianza, templado, vergonzoso, verdadero, secreto, humilde, con valor, callado, no lisonjero, ni hablador, que como dicho tengo, enseñe más con la vida y costumbres que con las palabras, ó á lo menos que se parezca lo uno á lo otro, para que no le abata al discípulo los pensamientos bien heredados á presas mal arraigadas, por la ignorante doctrina, que la virtud ha de crecer con el discípulo, de manera, que con enseñarle modestia, no le enseñan encogimiento que le desjarrete el valor del ánimo con que nació. La educación de los caballeros ha de ser como la de los halcones, que el halcón que se cría encerrado no sale con aquella fineza y aliento con que sale el que se cría donde le dé el aire, como le criaban sus padres. Hase de criar el halcón en lugar alto, en donde gozando de la pureza del aire, pueda ver las aves, á quien después se ha de abatir. El que se cría encerrado, fuera de ser más tardío en el oficio para que le crían, no sale con aquel coraje y determinación que el otro que se crió al aire. Así el caballero que se ha de criar para imitar la grandeza de sus progenitores (aunque se críe lleno de virtud y modestia), aquel recogimiento no ha de ser encogimiento de ánimo, sino, como arriba dije, ha de tener valor con humildad, estimación sin desvanecimiento; cortesía y circunspección en todos sus actos; de suerte, que no le falte cosa para cabal señor; que eso quiere decir caballero, compuesto de esta voz, *cabal* y *hero*, que en latín quiere decir, señor. Así, que caballero es cabal hero, ó cabal señor, que no le falta cosa para serlo, y digan otros lo que quisieren, que la filosofía

cristiana nos da lugar y licencia para dar sentido que tenga olor de virtud. Mucha satisfacción y gusto, dijo el hidalgo, he recibido con el buen discurso que habéis hecho: satisfacción en la doctrina, que realmente va encaminada á la verdad cristiana, y gusto de las ignorancias de aquel pedante. Mas cuanto á la derivación de caballero, es muy sabido que se dice de caballo, porque sustentan caballo, y andan á caballo, y pelean á caballo. Si por esa razón fuera, dije yo, también se llamara caballero el playero ó arriero que trae caballos de la mar, y también se dice el que va en un jumento ó acémila, que va caballero, que realmente no es caballo, y parece que en esa opinión es impropio. También, dijo el hidalgo, llamaron *eques* al caballero, de esta palabra *equus*, que quiere decir caballo. Tampoco, dije yo, concedo lo uno como lo otro; porque los romanos siempre dieron los nombres á las cosas que significasen la misma obra para que las criaban. Como á los cónsules les dieron este nombre de Cónsulo, que quiere decir aconsejar y mirar por el bien de la República. Y así al caballero, no creo que le dieron el nombre de *eques* por caballo, sino de *aequus*, *aequua*, *aequum*, por cosa igual, cabal y justa, como tiene obligación de serlo quien ha de ser cabeza y modelo de las costumbres que han de imitar los miembros inferiores de la República, aunque realmente se van deslizando algunos de sus obligaciones, quizá entendiendo que el caballero quiere decir alcabalero de los mercaderes, sacándolo de su propia significación y de la entereza y firmeza que ha de guardar en todas sus acciones, que por eso al baluarte le llaman caballero, porque ha de estar siempre firme é inmutable á la fuerza de los contrarios, y al ímpetu de la artillería, como el caballero lo ha de estar á resistir las injusticias y agravios que se hacen á los inferiores y oprimidos, y haciendo al contrario van contra su calidad, y contra las obligaciones que heredaron de sus pasados.

DESCANSO VIII.

Toda esta plática ó conversación pasó estando este hidalgo y yo echados de pechos sobre el guardalado de la puente Segoviana, mirando hacia la Casa de Campo, por donde vimos asomar un buen atajo de vacas que nos interrumpió la conversación, y viéndolas, les dije: Aquellas vacas han de pasar por esta puente más apiñadas y más aprisa que vienen por aquella parte, por eso no aguardemos aquí el ímpetu con que han de pasar. No temáis, dijo el hidalgo, que os guardaré á vos y á mí. Guárdese á sí, le dije yo, que á mí aquella pared que baja de la puente al río me guardará, porque yo no me entiendo con gente que no habla, ni sé reñir con quien trae armas dobles en la frente. Fuera de lo que dicen: Dios me libre de bellacos en cuadrilla. Hase de reñir con uno que si le digo teneos allá me entienda; reñir con un animal bruto es dar ocasión que se ría quien lo mira, y cuando salga bien de ello, no he hecho nada. No se ha de poner un hombre en peligro que no le importa mucho; defenderse del peligro, es de hombres, y ponerse en él es de brutos. El temor es guarda de la vida, y la temeridad es correo de la muerte. ¿Qué honra ó provecho se puede sacar de matar un buey, cuando se haga por ventura, sino tener que pagar á su dueño? Si yo puedo estar seguro, ¿por qué tengo de poner mi seguridad en peligro? Con todo esto que yo dije, él se

quedó haciendo piernas, y yo con las mías me puse lo más presto que pude detrás de la esquina. Venía por la puente delante una mula con dos cueros de vino de San Martín, y un negro atasajado en medio de ellos, y aunque venía un poco apriesa delante de los bueyes, con el ímpetu que venían, por la priesa que los vaqueros le dieron, cogieron á la mula en medio al tiempo que llegaron á emparejar con mi negro hidalgo; la mula era maliciosa, y como se vió cercada de cuernos, comenzó á tirar puñadas y coces, de manera que arrojó al negro y á los dos cueros encima de la herramienta de un novillejo harto alegre, y que comenzando á usar de sus armas, arrojó el un cuero por la puente al río en medio de muchas lavanderas. El hidalgo, por librar al negro y defenderse á sí, puso mano á su espada, y afirmándose contra el novillo, le tiró una estocada uñas abajo, con que hizo al otro cuero dos claraboyas que alegraron harto á la gente lacayuna; pero no fué tan de balde, que no le trujese por delante, asido por las cuchilladas de las calzas, que de puro manidas, no pudiendo resistir á la violencia de los cuernos, se rindieron, y él quedó arrimado al guardalado de la puente, con algunos chichoncillos en la cabeza, diciendo: Si trujera las nuevas, buen lance había hecho. En pasando la manada, que fué en un instante, acudieron los gentiles hombres guiones de la gente de á caballo, y acometiendo por los orificios de los ijares al cuerpo sin aliento, en un instante le dejaron sin gota de sangre.

Las lavanderas acudieron al que había caído en el río, cada una con su jarrillo, que llevando uno en las tripas y otro en la mano, le dejaron la boca al aire, y el señor cuero callar; al negro medio deslomado le pusieron sobre la mula, no sé lo que fué de él. Yo acudí á mi hidalgo, no á darle en cara el no haber seguido mi consejo, sino á limpiarle y consolarle, diciendo, que lo había hecho muy como valiente hidalgo: que es yerro al afligido y corrido reprehenderle lo que no tiene remedio: con la reciente pesadumbre á nadie se ha de decir: bien os decía yo; que en el daño hecho es mala la corrección temprana: al que está compungido de su daño, no se ha de dar en cara lo que dejó de hacer, que él se tiene consigo la penitencia de su yerro; y en semejantes sucesos el empacho y

vergüenza son castigos de la confianza. Él se puso muy hueco del consuelo que yo le dí en alabarle de su disparate, aunque se le echó de ver la confusión que tenía en el rostro. Con todo eso me agradeció lo que le dije, y para alegrarlo le mostré el estrago que los lacayos hacían en el cuero, y la alegría de las lavanderas, que le echaban mil bendiciones al novillo, rogando á Dios que cada día sucediese lo mismo. Y en habiendo ellos y ellas concluído con dejar los pellejos sin alma, se tornaron á su costumbre antigua. Los lacayos á decir mal de sus amos y del gobierno de la República, y las lavanderas á murmurar de doncellas y religiosos. ¡Lastimosa cosa, que pasando toda la vida en pobreza, trabajo y miseria, con que pueden ganar á Dios la voluntad, vengan á hallar alivio y descanso en los brazos de la murmuración! Que es tan poco humilde nuestra naturaleza, que ordinariamente la pobreza se rinde á la envidia, como si el arrepentimiento de las partes suspendiese de sola la diligencia humana, sin orden de la voluntad divina, y que se aborrezca por cosa infame, lo que tanto amó el Autor de la vida. Los pobres son piadosos para otros pobres; pero no para los ricos, y si considerasen con los ojos del alma, cuanto más cargados de obligaciones y cuidados están los ricos que los pobres, sin duda no trocarían su suerte por la del rico; que al rico todos procuran derribarle, y al pobre nadie le tiene envidia: y con todo eso su mayor consuelo es murmurar del que ven acrecentado ó en mejor estado que el suyo; pero dejemos ahora á los lacayos gobernar el mundo, y á las lavanderas aniquilar y deshacer lo mejor que hay en él. El hidalgo, aunque algo desabrido del suceso, con grandes veras me comenzó á persuadir que fuése con él, yo á considerar si me estaba bien; porque cuanto á lo primero yo echaba de ver que el andar vagamundo y ocioso era cosa perniciosa para conservar la reputación y sustentar la vida, que aunque es así que la ocupación cansa el cuerpo, y la ociosidad fatiga el espíritu, y el que trabaja piensa en lo que hace de bien, y el ocioso en lo que puede hacer de mal; gracia del cielo es menester para que el ocioso se ocupe en cosas de virtud, y mucha fuerza de mala inclinación, para que el ocupado se ejercite en el vicio. Muchas veces oí decir al Doctor Cetina, gran juez, que aborrecía las

ocupaciones de su oficio, por no saber faltas agenas, y por otra parte las deseaba por no estar ocioso. Cuanto á lo segundo, consideraba que no era cordura salir de Madrid, á donde todo sobra, por ir á una aldea, donde todo falta; que en las grandes Repúblicas el que es conocido, aunque anochezca sin dineros, sabe que el día siguiente no ha de morir de hambre. En los pueblos pequeños en faltando lo propio, no hay esperanza de lo ageno: el perro que no es de muchas bodas siempre anda flaco. Si el conejo tiene dos puertas en su vivar, puede salvarse; pero si no tiene más de una, luégo es cazado. El hombre que no sabe nadar, en un charco se ahoga; pero el que sabe entrar y salir en la mar, no se anega. Lo tercero, veía tan inclinado al buen hidalgo á llevarme consigo, y á mí tan agradecido á quien me quiere bien, que no sabía negárselo, que el agradecer el amor y las buenas obras es de pechos nobles, y la ingratitud de tiranos: el que no agradece no merece tener amigos: nada tienen los hombres que no sea recibido, y así desde nuestro nacimiento habemos de comenzar á agradecer. Tras de todo esto consideré mi estado, y la obligación natural que tengo á mí propio. El buen hidalgo era no muy rico, y de sus acciones descubría estrecheza de corazón; no parecía liberal; pobreza y miseria en un sujeto, aunque son para en uno, no quiero que sean para mí; yo naturalmente soy enemigo de la escasez, y aun creo que la misma naturaleza la aborrece, siendo como es pródiga en dar; y á este hidalgo se le echaba de ver, que no era escaso por pobre, sino por inclinación: pero con todo eso me aventuré á no negarle lo que me pedía. Fuíme con él á casa de cierto título, con quien profesaba parentesco ó amistad; porque él tenía necesidad de algún regalo, por las burlas que le habían pasado con el novillo, y entrando dijo á un despensero de la casa que me regalase: él entendió sin duda que no me regalase, y así lo hizo; de manera, que de pura dieta casi se me vino á juntar el pecho con el espinazo. Era ya tarde, y mostróme el dicho despensero un tinelo donde comían los criados más importantes de la casa, como son gentiles-hombres y pajes. Llegóse la hora de cenar, y el tinelo estaba más escuro que la última cubierta del navío. Entró cierto galancete, aunque no alto de cuerpo, de razonable talle, trigueño de rostro,

ceja arqueada, casi de hechura de mariposa de seda, buena expedición de lengua, pocos conceptos y muchas palabras, más lleno de hambre que de hidalguía: y como vió tan lóbrego el aposento, dijo: Hola, trae aquí velas. Vino un pícaro, con más andrajos que un molino de papel, con un cabo de vela portuguesa, é hincóla en un agujero de la misma mesa tinelar, que si no tuviera nudo la madera, la hincara en la pared. Pusieron en ella unos manteles desvirados, que parecían delantal de zurrador. Sacó aquel galán una servilleta de la faltriquera, no más limpia, pero más agujereada que cubierta de salvadera, y por gran cosa dijo: Más há de veinte años que la tengo conmigo, lo uno por no ensuciarme con estos manteles; lo otro, porque me la dió cierta señora, que no quiero decir más. Pusiéronles á cada uno un rábano, cuyas hojas fueron la ensalada, y el rábano el sello estomatical. Yo les dije que estaban seguros de la fatigosa pasión de orina, así por el uso de las hojas, como por la templanza en la comida, que no les dieron á cenar sino unos bofes salpimentados con hollín y salpimiento. Respondió aquel entonadillo: Siempre en casa de mis padres oí alabar esta virtud de la templanza, y por haberme criado con ella, soy templado en todas mis acciones. Si no es en hablar, dijo otro gentil-hombre. Prosiguió, que los hidalgos tan honrados y bien nacidos como yo, no se han de enseñar á ser glotones, que no saben en lo que se han de ver, en paz ó en guerra.

No se halla que mi padre comiese más de una vez al día, y con mucha templanza (si no era cuando le convidaba el Duque de Alva, grande amigo suyo, que entonces comía más que cuantos había en la mesa); era muy gran cortesano, tan discreto y decidor, que entretenía solo á una sala de gente, pero con todo eso nos dejó muy pobres. No me espanto de esto, dije yo, que el caudal eran palabras y la resulta sería viento: que cuando el hablar no se acompaña con el hacer, como se queda en la primera parte, nunca se ve el fruto de la segunda. La dulzura y gracia de la lengua satisface tanto á su dueño, que todo se va en vanagloria para sí y detracción para los demás. Y en resolución, la lengua es la más cierta señal de lo interior del alma, que la mucha locuacidad no deja cosa en ella que no eche fuera. Á todo esto, yo esperaba

mi cena, que según se tardaba, me parecía que servía ya en palacio. Asomó mi despensero con un platillo de mondongo, más frío que las gracias de Mari Ángela. Tomélo y despedacélo, que no había con qué cortarlo; y al olor que subió de tripa mal lavada, dijo aquel hablador: En viendo este género de comida, siento un olor ambarino que me consuela el alma, porque lo comíamos siempre en mi aldea hecho con las manos de una hermana mía, que si no fuera por unos cabellos más rubios que el oro, que se le caían encima, lo podía comer un ermitaño. Á mí me olió de manera, que deseaba que el pícaro me lo quitara de delante, y convidéle á aquel hidalgo con él, diciendo que había cenado; él lo probó y aprobó, y alabando el picante de la pimienta y cebolla, y la limpieza de las manos que lo habían hecho, se acabó junto con el cabo de vela. Comenzó éste á decir: Pícaro, trae aquí velas. ¿Cuáles velas? preguntó el pícaro, váyase á pasear, y deje las velas. Á fe de hidalgo, dijo aquel gentil-hombre, que os tengo de hacer quitar la ración. Eso fuera, dijo el pícaro, si me la hubieran dado, pero la que no se ha dado, mal se puede quitar; que como sabe, há más de cuatro meses que no se da ración en esta casa. Oh villano, dijo el otro, deshonra buenos; ¿y tal has de decir? Los mal nacidos como éste infaman las casas de los señores, que no saben tener paciencia ni sufrir un mal día; luégo echan las faltas en la cara; no se contentan con el respeto que les tienen por servir á quien sirven; mal calláredes vos lo que yo he callado, y sufriérades lo que yo he sufrido, y hubiérades hecho lo que yo he hecho, supliendo sus faltas, gastando mi hacienda, prestando mi dinero y diciendo muchas mentiras por disculpar sus descuidos. Los bien nacidos tienen consideración á las muchas obligaciones de los señores: si hoy no tienen, mañana les sobra y pagan junto lo que no dan por menudo. Señor, dijo el pícaro, yo no tengo las inteligencias que vuesa merced que se va á las casas de juego. Atajóle de presto el gentil-hombre, diciendo: Es verdad que yo juego de ordinario, que aún no há más de esta tarde, que gané dinero y ciertas joyuelas y una cadenita de oro. ¿Pues cómo no tiene para velas? dijo al pícaro. Porque dí, respondió, todo el dinero de barato. No es mucho, dijo el pícaro, si es verdad esto, que de cuantas veces lo

recibe le dé una. ¿Yo, pícaro? dijo el mozalvillo. Como su padre, respondió el pícaro. Mi padre, dijo el galán, tomábalo, porque se lo daban y lo merecía. Y vuesa merced, dijo el pícaro, porque lo pide y no lo merece. Á toda esta pendencia, y otra que se había trabado entre dos pajes, sobre la antigüedad del asiento, estaba á oscuras el lóbrego tinelo, y yo espantado dije al mozuelo que callase y tuviese respeto, que á los que tienen oficio superior en casa de los señores, no se les habían de atrever de aquella manera. Déjelo vuesa merced, dijo otro gentil-hombre, que si el pícaro habla, por todos habla: que si jugando sentencia una causa que no sea en su favor, luégo dice que lo hace porque le dén barato. Fuera de ser el que nos ponga á todos en mal con el señor, congraciador general, y celebrador y reidor de lo que el señor dice, arcaduz de la oreja, manantial de chismes, estafeta de lo que no pasa en todo el mundo. Si dice algo, él lo celebra y quiere que se lo celebren todos: si otro dice ó hace algo bueno, lo procura derribar y deshacer; si malo, á pura risa lo persigue, y si alguno le parece que se le va entrando al señor en la voluntad, por mil caminos le descompone. Estas y otras muchas cosas le dije yo de mi persona á la suya con cinco palmos de espada. Cuando yo esperaba una grande pendencia, el habladorcillo dió una carcajada de risa, con que el otro se indignó mucho más, y dijo: ¿Luégo no es verdad lo que digo? Y el otro con una risa falsa le dijo: Eso y mucho más es verdad: y vuesa merced sabe poco de palacio, que aquí el doblez y la ficción están en su lugar: no hay verdad, sino lisonja y mentira, y el que no la trata no puede valer en palacio. Desde que nací me crié en él, y aunque mi padre me avisaba de esto mismo, nunca le ví medrar, sino cuando decía mal de algún ausente, que como sea dicho con donaire, como él lo decía, alegra el ánimo, endulza el oído, atrae la voluntad y saca risa de los pechos melancólicos. Y llevárase el diablo, dije yo, á quien lo dice, y á quien escucha, y á quien incita á que se diga, y á quien tiene tan ruín opinión, y á quien lo consiente, pudiéndolo estorbar que no se diga. Y querer nadie hacer ley de su mala condición y costumbre en las cosas de palacio, es yerro notable y digno de castigo, que todos estos son actos que tienen su principal descendencia y origen de la antiquí-

sima casa de la envidia. Pasión infame, engendrada en pechos que piensan que el bien ageno ha de redundar en daño suyo, desnudos de partes y merecimientos, la cual envidia es la más perniciosa de todas; porque como tiene su fundamento en un pesar del bien ageno, todo el tiempo que dura en aquel la prosperidad, dura en este la malicia, y sin tasa ni elección, porque el mismo en quien se halla tan abominable inclinación, en todo se opone: al menor, porque no se iguale, y al igual, porque no le deje atrás, y al mayor, porque no le sujete. ¡Qué templado está á lo viejo! dijo el hablador. ¡Y qué destemplado está él á lo moderno! dije yo. Y prosiguió diciendo: ¿Entre los religiosos y religiosas, puede negarme que no son muy ordinarias las envidias sobre las elecciones de superiores y oficios? Cuando las haya, que pocas veces las hay, dije yo, al fin son sobre cosas honradas, de mucha calidad é importancia para su Religión, y cada uno sigue el bando que más le parece conveniente para cosas de tanta substancia: pero en palacio, ¿sobre qué es la envidia, sino sobre unas calzas viejas que desechó el señor por más que viejas? ¿Ó sobre hacerse secretario de lo que es público en la boca de todos? Pues quiero que entiendan los habladores y zizañeros de palacio, que ya con su argentería falsa pueden traer enlabiado al señor, en tanto que por la tierna edad se deja llevar de congraciadores, que al fin son descendientes de sangres alimentadas con virtud y valor de ánimo, y han de caer en la cuenta mejor que en el yerro, y conocer lo que es bien y mal, y premiarlo conforme á la intención con que ha corrido. Preguntó aquel gentil-hombre: ¿Pues no ha de tener el Príncipe criados, que por la reputación del señor sepan cumplir de palabra con los mercaderes, y entretener los acreedores á quien deben? Eso, dije yo, es lo que menos importa á los señores, porque los tales criados no mienten por entretener las trampas de los señores, sino por dilatar las que ellos hicieron á vueltas de ellos. Mas pregunto, ¿es forzoso que por estar un hombre ocioso y vicioso, ha de servir toda la vida, sujeto á las costumbres envejecidas de los que no pretenden más de vivir y morir, y por levantarse tarde y ejercitar la poltronería, han de estar todo el día arrimados á la pared, como ánima de jigantón en puerta de taberna? Bien sé que

no han de ser todos soldados, ni todos estudiantes, oficiales y sacerdotes, que servirse tienen las gentes de las gentes y los Príncipes de los hombres que sean hombres, que no profesan la adulación por comer y holgar. Estudien, lean, aprendan algo de virtud, que no ha de ser todo congraciarse con el señor, derribando al uno, desacreditando al otro, y amenazando á aquél, y enfadando á todos. Sobre cosas que no tienen más calidad, ni cantidad, que comer y pasearse, y á la vejez contar historias, que ni las vieron, ni las leyeron, ni aun quizá las oyeron, que la necesidad los hace inventores. Ya se me iba desatando el frenillo contra la vida de palacio, como el estómago estaba desocupado y las partes orgánicas obraban más desenvueltamente, cuando entraron hachas encendidas, alumbrando toda la casa, que sirvió la visita de que por una saetía entrase la luz á la mesa de los doce pajes, y acudiendo cada uno á sus obligaciones, quedé tan solo, que pude desamparar las mías en el tinelo, y deslicéme lo más calladamente que pude sin despedirme de nadie, ni hablar palabra, volviendo de cuando en cuando el rostro atrás, por ver si me seguían por la cosa que había hecho en el regalo mondonguil, que no comí, ni comiera, y en verme libre de aquel carnero de huesos mondos, entendí que me había escapado de alguna mazmorra de Argel. Fuíme á mi posadilla, que aunque pequeña, me hallé con una docena de amigos que me restituyeron mi libertad, que los libros hacen libre á quien los quiere bien. Con ellos me consolé de la prisión que se me aparejaba, y satisfice el hambre con un pedazo de pan conservado en una servilleta, y á la dieta con un capítulo que encontré en alabanza del ayuno. ¡Oh libros, fieles consejeros, amigos sin adulación, despertadores del entendimiento, maestros del alma, gobernadores del cuerpo, guiones para bien vivir, y centinelas para bien morir! ¿Cuántos hombres de obscuro suelo habéis levantado á las cumbres más altas del mundo? ¿Y cuántos habéis subido hasta las sillas del cielo? ¡Oh libros, consuelo de mi alma, alivio de mis trabajos, en vuestra santa doctrina me encomiendo! Reposé aquella noche muy poco, porque como el sueño, que se dió para descanso del cuerpo, se hace de vapores cálidos y húmedos que suben del estómago, y manjar al cerebro, y yo estaba casi en ayu-

nas, fué tan poco mi sueño, que á las seis de la mañana estaba ya vestido. Santigüéme, y encomendándome al Autor de la vida, fuíme á un humilladero del bendito Ángel de la Guarda, que está de la otra parte de la puente Segoviana. El día amaneció claro, y el sol grande y de color amarillazo. Fuera de esto en un rebaño de ovejas que encontré cerca de la puente ví que los carneros se topaban unos con otros, y de cuando en cuando alzaban los ojos al cielo; eché de ver la tempestad que amenazaba al día y dime prisa para volver pronto. Fuí á rezar, y en acabando llegó el ermitaño á mí, que me pareció ser hombre de buen discurso, y me dijo: No hará tan buen día como hizo el del bienaventurado San Isidro, si se halló vuesa merced aquí. Si me hallé, dije yo, y he conocido las mismas señales del mal tiempo, por donde este día no se parecerá al otro. Cierto, dijo el ermitaño, que miré desde este alto, y se me representó con la mucha cantidad que había de coches y carros, una hermosa flota de navíos de alto bordo, que me trujo á la memoria algunas que he visto en España y fuera de ella. En el mismo concepto, dije yo, estuve aquel día que venía con un poco de gota, con el espacio y remanso que requiere tal enfermedad, y me acordé de la armada de Santander, que tan hermosa apariencia tuvo, y tan mal se logró. Llegando al medio de la puente me llamaron para subir en un coche dos caballeros del hábito eclesiástico, de muy gallardos entendimientos, acompañados de prudencia y bondad. Subí, y apenas estuve en el coche, cuando se alborotaron los caballos por una superchería que usó un hombre de á caballo con un hidalgo de á pié, de muy buena suerte, sobre haber sido estorbo para no hablar á su comodidad con una cuadrilla de cien mujeres que ocupaban un coche ageno, que en cogiéndole prestado cabe dentro todo un linaje y toda una vecindad. Alborotada la flota carrozal, llegóse cerca de nosotros el autor de la pesadumbre, muy ufano de lo que había hecho. Díjole uno de aquellos dos caballeros, Bernardo de Oviedo: Si fuera lícito á los hombres hacer todo lo que pueden, no se fuera vuesa merced riendo de la sinrazón que ha hecho. Respondió el otro: Vuesa merced no debe de saber qué cosa es ser enamorado. Á lo menos, dijo Bernardo, sé que el amor no enseña á hacer cosas ruines. Pasó acaso por

allí el maestro Franco con su mula, y dijo el agresor: No se desconsuele vuesa merced, que por lo menos ha granjeado la voluntad de doce mujeres, que con esa hazaña y doce pasteles de costa, irán á decir que vuesa merced es un Alejandro y un Scipión. ¿Huélgase conmigo, dijo el valiente? Pues vive Dios que si no fueran clérigos había de pasar el negocio adelante. Pues por eso, dijo el maestro Franco, lo hizo Dios mejor, que sin quedar vuesa merced descomulgado nos ha dado harta materia para reir.

Á todo esto estaba muy colérico cierto gentil hombre que iba allí, de buena conversación y poca substancia, y dijo: ¿Es posible que ha tenido aquel hidalgo paciencia para no vengarse de su agravio, aunque le hicieran pedazos? ¿De cuál agravio? dijo Bernardo. Él anduvo muy bien en no hacer diligencia donde no había de aprovechar, y los agravios que no caen sobre materia, no tocan á la honra, ni aun á la ropa, si bien perturban el ánimo. Jugando suelen decir mil disparates los que pierden, como decir: cualquiera que se huelga que pierda, miente, y es un cornudo. Háse de reir de esto, porque nadie dió materia para la desmentida, y llámase materia la ocasión de agravio hecho con palabras, ó con obras, sobre que caiga la venganza. Si dándole á un jumento de varazos, le alcanzan á dar á un hombre, ó si jugando al mallo ó á los trucos le aciertan á dar un palo, no tiene de qué sentirse, porque aquel agravio no cayó sobre materia, y la paciencia en semejantes casos arguye mucho valor de ánimo. Ea, señor, dijo el otro, que la paciencia en tan notorias injurias descubre pocos hígados en quien ordinariamente la tiene. Por tres cosas, dijo Luís de Oviedo, tiene un hombre paciencia notable, ó por no entender bien las cosas del mundo, ó por templanza natural de condición, ó por virtud adquirida de muchos actos; y el que sin estas tres cosas sufre injurias que no puede remediar, manifiesta invencible ánimo para ellas, y menosprecio para quien las hace. Al tiempo que acababa esta conversación con el ermitaño, ví todo el cielo revuelto y turbado, fuíme á despedir para irme, y él me detuvo diciendo, que antes que acabase de pasar la puente me cogería la borrasca: dentro de poco espacio fué tan grande la tempestad de truenos, relámpagos y rayos, que la creciente en menos de media

hora vino á cubrir los ojos de la puente, y fué forzoso cerrar las puertas del humilladero, que combatidas del aire, hicieron mucho en no rendirse á su violencia. Mejor está vuesa merced aquí, dijo el ermitaño, que no en el camino. Qué mejor, dije yo, que estando en la casa del mismo defensor de nuestras almas y cuerpos, criado para eso de la inefable bondad del Eterno Padre; más bien guardados estamos que fuera de ella. Guarda á quien no solamente la heredad de Dios reverencia y conoce: pero aun la antigüedad, ciega de la lumbre de Fe, tuvo grande veneración, dedicándole templos, y levantándole altares en nombre del genio, que así llamaban los antiguos al benditísimo Ángel Custodio. ¡Jesús, y qué continuos é inciviles truenos! ¡qué gruesa piedra! ¡qué perseverancia tan grande! Desde que yo vine á Castilla, nunca entendí que fuera tan sujeta á tempestades tan desatadas como las que muchas veces he visto, que en mi tierra, por ser llena de grandes montañas muy altas y sujetas á la fuerza de los vientos, no es tan de admirar que se vean estos tan arrebatados turbiones, mezclados con vientos y granizos. ¿De dónde es vuesa merced? dijo el ermitaño. Yo, señor, respondí, soy de Ronda, ciudad puesta sobre muy altos riscos y peñas tajadas, muy combatida de ordinario de ponientes y levantes furiosos: de manera que si fueran los edificios como estos, se los llevaran tormentas. Nunca he sabido hasta ahora, dijo el ermitaño, de dónde fuese vuesa merced, aunque le conocí en Sevilla, y le comuniqué en Flandes y en Italia. Miréle con cuidado, y haciendo reflexión, conocíle que había sido soldado donde dijo; holguéme, y abracélo, y supe de él que se había retirado á la soledad de los montes algunos años á servir á Dios, y por haber enfermado se vino á poblado, ó cerca de él, á pasar la vida eremítica, dándole á Dios lo que le quedaba. Aunque la furia del argavieso no duró más de una hora, el agua que tras él se siguió duró sin cesar hasta el día siguiente, con furia de vientos deshechos. El buen ermitaño se halló con carbón, encendió un brasero, é hízome quedar á comer con él, de lo que Dios le había enviado por mano de gente muy devota, de que hay mucha abundancia en Madrid.

DESCANSO IX.

CERRADAS las puertas del humilladero, para defensa del viento, y encendido el carbón para la del frío, estaba el lugar abrigado y apacible, que el armonía que el aire hace con el ruido de los canales produce una consonancia agradable para las orejas y no para el cuerpo, que en esto se diferencia el oído del tacto, que hay cosas que tocadas son buenas, y oídas son malas, y al contrario. Comimos, y encerrados todo el día con la oscuridad, la noche y día fueron todo noche. Tornó el ermitaño á repetir su primera pregunta, y como estábamos ociosos, y encerrados, sin tener otra ocupación, tratamos de lo que se nos ofreció. Preguntóme dónde había estudiado, y cómo me había divertido tanto por el mundo, siendo de una ciudad tan apartada del concurso ordinario, y que para la cortedad de la vida humana tiene bastantes y sobrados regalos para pasar con alguna quietud. Yo le respondí á todo lo que me preguntó: Aunque aquellos altos riscos y peñas levantadas, por la falta de la comunicación, despertadora de la ociosidad, y engendradora de amistades no son muy conocidos; con todo eso cría tan gallardos espíritus, que ellos mismos apetecen la comunicación de las grandes ciudades y Universidades, que purifican los ingenios, y los hinchen de doctrina, por donde hay vivos en este tiempo

varones, con cuya salud se alegra, con tanta aprobación de hombres doctos, que no tienen necesidad de la mía. Tuvimos allí un gran maestro de gramática, llamado Juan Causino, no de los que dicen ahora Preceptores, sino de aquellos á quien la antigüedad dió nombre de gramáticos, que sabían generalmente de todas las ciencias, doctísimo en las humanas letras virtuoso en las costumbres, dechado que obligaba á que se las imitasen, las cuales enseñó juntamente con la lengua latina en que hacía muy elegantes versos. Era naturalmente manco de ambas manos; pero de los más respetados y temidos á fuerza de virtud propia; lo cual granjeó con enseñar silencio más que hablar, porque decía él muchas veces que el hablar era para las ocasiones forzosas, y el callar para siempre. De esto, y la lengua latina, si no fuí de los mejores discípulos, tampoco fuí de los peores.

Estando yo razonablemente instruído en la lengua latina, de manera que sabía entender un epígrama y componer otro, y adornado con un poco de música (que siempre han tenido entre sí algún parentesco estas dos facultades), por la inquietud natural que siempre tengo y he tenido, quise ir á donde pudiese aprender alguna cosa que me adornase y perfeccionase el natural talento que Dios y naturaleza me habían concedido. Mi padre, viendo mi deseo é inclinación, no me hizo resistencia, antes me habló á su modo con la sencillez que por allá se usa, diciendo: Hijo, mi costilla no alcanza á más de lo que he hecho, id á buscar vuestra ventura. Dios os guíe y haga hombre de bien; y con esto me echó su bendición, y me dió lo que pudo, y una espada de Bilbao, que pesaba más que yo, que en todo el camino no me sirvió sino de estorbo. Partíme para Córdoba, aunque llegué entero, que es donde acude el arriero de Salamanca, y allí vienen de toda aquella comarca los estudiantes que quieren encaminarse para la dicha Universidad. Fuíme al mesón del Potro, donde el dicho arriero tenía posada, holguéme de ver á Córdoba la llana, como muchacho inclinado á trafagar el mundo. Fuíme luégo á ver la Iglesia mayor, para oir la música, donde me dí á conocer á algunas personas, así por acompañar á mi soledad, como por tratar gente de quien poder aprender; que realmente con la poca experiencia y haberme apartado poco

había de mis padres y hermanos, acto que engendra encogimiento en los más gallardos espíritus, viendo que en aquella ausencia era forzoso, y que la fortuna nos acomete en cobardía animéme lo mejor que pude, diciendo: la pobreza me sacó, ó por mejor decir, me echó de casa de mis padres, ¿qué cuenta daría yo de mí si me tornase á ella? Si los pobres no se alientan y animan á sí propios, ¿quién los ha de animar y alentar? Y si los ricos acometen las dificultades, los pobres ¿por qué no acometerán las dificultades, y aun los imposibles, si es posible? Enternézcome con la memoria de mis hermanos; pero esta se ha de olvidar con el deseo de poderles hacer bien; y si no pudiere, á lo menos habré hecho de mi parte lo posible y obligatorio. No se vienen las cosas sin trabajo; quien no se anima de cobarde, se queda en los principios de la dificultad; si no hago más que mis vecinos, tan ignorante me quedaré como ellos; ánimo, que Dios me ha de ayudar. Fuíme á mi posada, ó á la del mesón del Potro, y púseme á comer lo que yo pude, que era día de pescado: en sentándome á la mesa, llegóse cerca de mí un gran marchante, que los hay en Córdoba muy finos, que debía ser vagamundo, y me oyó hablar en la Iglesia mayor, ó el diablo hablaba en él y díjome: Señor soldado, bien pensará vuesa merced que no le han conocido: pues sepa que está su fama por acá esparcida muchos días há. Yo soy un poco vano, y no poco: creímelo y le dije: Vuesa merced ¿conóceme? Y él me respondió: De nombre y fama muchos días há, y diciendo esto sentóse junto á mí y me dijo: Vuesa merced se llama N. y y es gran latino, poeta y músico: desvanecíme mucho y convidélo si quería comer: él no se hizo de rogar y echó mano de un par de huevos y unos peces, y comiólos: yo pedí más, y él dijo: Señora huéspeda (porque no posaba en aquella posada) no sabe vuesa merced lo que tiene en su casa; sepa que es el más hábil mozo que hay en toda la Andalucía: á mí dióme más vanidad, y yo á él más comida, y dijo: Como en esta ciudad se crían siempre tan buenos ingenios, tienen noticia de todos los que hay buenos en toda esta comarca. ¿Vuesa merced no bebe vino? No señor, respondí yo. Hace mal, dijo él, porque ya es un hombrecito, y para caminos y ventas, donde suele haber malas aguas, importa beber vino, fuera de ir vuesa merced á Sala-

manca, tierra frigidísima, donde un jarro de agua suele corromper á un hombre: el vino templado con agua da esfuerzo al corazón, color al rostro, quita la melancolía, alivia en el camino, da coraje al más cobarde, templa al hígado, y hace olvidar todos los pesares: tanto me dijo del vino, que me hizo traer de lo fino media azumbre, que él bebiese, que yo no me atreví. Bebió el buen hombre, y tornó á mis alabanzas, y yo á oirlas de muy buena voluntad, y al sabor de ellas á traer más comida; tornó á beber y á convidar á otros tan desengañados como él diciendo que yo era un Alejandro, y mirando hacia mí, dijo: No me harto de ver á vuesa merced, que vuesa merced es N. Aquí está un hidalgo, tan amigo de hombres de ingenio, que dará por ver en su casa á vuesa merced doscientos ducados.

Ya yo no cabía en mí de hinchado con tantas alabanzas, y acabando de comer, le pregunté quién era aquel caballero. Él dijo: Vamos á su casa, que quiero poner á vuesa merced con él. Fuímos, y siguiéndole aquellos amigos suyos, y del vino, y yendo por el barrio de San Pedro, topamos en una casa grande un hombre ciego, que parecía hombre principal, y riéndose el bellacón, me dijo: Este es el hidalgo que dará doscientos ducados por ver á vuesa merced. Yo corrido de la burla le dije: Y aun por veros á vos en la horca los diera yo de muy buena gana. Ellos se fueron y yo quedé muy colérico y medio afrentado con la burla, aunque dijo verdad, que el ciego bien diera por verme cuanto tenía. Esta fué la primera baza de mis desengaños, y el principio de conocer que no se ha de fiar nadie de palabras lisonjeras, que traen el castigo al pié de la obra. ¡De qué podía yo envanecerme, pues no tenía virtud adquirida en qué fundar mi vanidad! La poca edad está llena de mil desconciertos y desalumbramientos; los que poco saben fácilmente se dejan llevar de la adulación. Yo me dejé engañar con aquello que deseaba hubiera en mí, pero no es de espantar que un hombre sencillo y sin experiencia sea engañado de un cauteloso; mas será digno de castigo si se deja engañar segunda vez. No tenía de qué correrme por lo hecho, sino de qué aprender para adelante á desapasionarme de las cosas del mundo; pero al fin me lastimó la burla de manera, que no siendo amigo de venganzas, quise probar la

mano, á ver si sabría dar una traza para que me la pagase aquel burlador. Había otros estudiantes esperando al mismo arriero, híceme camarada con ellos, y comenzamos á pasear juntos. Yo me quité el vestido de camino y me vestí una sotanilla y ferreruelo negro de muy gentil ventidoseno de Segovia, y trújelo de manera, que los estudiantes lo conociesen bien, y luégo me torné á poner de camino. El bellaco del burlador vino á la tarde, riéndose mucho, y yo más, porque no entendiese que me había corrido; díjele: que quería por mi amigo á hombre de tan buen gusto, y entre los dos y sus amigos reímos el disimulo con que había comido y hablado. Él tenía conocimiento, no muy sencillo, en una casa donde se daba de comer razonablemente, y á precio convenible, y así me dijo, que quería que comiese yo allí siempre, porque nos harían cortesía; yo le dije: Sí haré, con tal que vuesa merced coma conmigo, pero estoy esperando un mercader que acude á las ferias de Ronda, para quien traigo una libranza de cien ducados, y hasta que él venga, no lo puedo pasar muy bien. No le dé á vuesa merced pena, dijo él, pensando que tenía lance, que yo haré que le fíen cuanto quisiere. Eso no, dije yo, que tiemblo de tratar de fiar, ni ser fiado, que por ahí se perdió mi padre. Yo le daré á vuesa merced una muy gentil prenda sobre que nos fíen, hasta que venga este mercader. Sea en hora buena, dijo el buen hombre. Fuíme á mi casa, y doblando muy bien aquel ferreruelo de ventidoseno, llaméle á solas, de que él se holgó mucho, y díselo para que le llevase por prenda; yendo yo con él, vísele dar, y comenzamos á comer sobre él, el bellacón y los dos estudiantes, y yo estuve siempre alerta, que no pudiese entrar sin mí á la casa donde comíamos, porque no me hiciese alguna treta, como lo tenía pensado, que de la mía no tenía sospecha. Vino el arriero de Salamanca, y tratamos de irnos. El redomazo, como no pudo hacer treta con el cuidado que yo tenía, á lo menos pidióle á la buena mujer una docena de reales sobre el ferreruelo, porque dijo que quería ir fuera: no pudo decírselo sin que yo lo entendiese; díjele: Pues se va fuera vuesa merced, dígale á esa señora que si yo viniere por el ferreruelo con el dinero, me lo dé. Y así lo hizo, que su intención era desaparecerse hasta que se hubiese ido el arriero, y quedarse con la prenda. Des-

apareciόse, y yo fuí á un juez, y le dije con gran sentimiento y palabras que pudieran moverle, que como había sido estudiante, era fácil el persuadirle, quejándome: Señor, yo soy estudiante, y estoy de camino para Salamanca; habiendo quince días que estoy aquí esperando al arriero, hanme hurtado un ferreruelo que me llegó á veinte ducados, tengo noticia que está en cierta casa, suplico á vuesa merced porque no me desavíe de ir con el arriero, pues sabe vuesa merced, como tan gran estudiante y letrado, en qué caen estas cosas, me mande con justicia restituir el ferreruelo, que el que lo hurtó guardó al punto crudo, porque me faltase tiempo para cobrarlo, y gozar más de su bellaquería. No le valdrá, dijo el juez, que á semejantes trazas sé yo acudir con justicia y diligencia. ¡ Qué grande maldad que á un pobre estudiante, que quizá no llevaba otra cosa con que honrarse en Salamanca, le querían desaviar quedándose con su hacienda hurtada! Dió luégo á un alguacil y escribano comisión para que hiciese la diligencia. Yo repartí entre los dos ocho reales, con que se les encendió el deseo de cumplir con lo mandado por el juez. Fuí con los dos estudiantes á la buena mujer, Dios me lo perdone, y dejando á la puerta el escribano y alguacil, díjele que me sacase el ferreruelo. Sacólo, viéronlo los estudiantes, y conocieron ser el mío. Entraron el alguacil y escribano, y tomados los testigos, la mujer dijo: que no quería dar el ferreruelo sino á quien se lo había empeñado, que era un conocido suyo, hombre muy honrado. El escribano se hizo depositario de él, y en llegando al juez con la información, mandó entregarme mi ferreruelo, dando mandamiento de prisión contra el bellaconazo, que si antes no parecía por lo que quería hacer, después no pareció por lo que quería hacer con él. Fuímonos con el arriero, y habiendo comido á costa suya, lo dejamos en este trance, con que reímos todo el camino. No alabo yo el haber hecho esta pesada burla, que al fin fué venganza, cosa indigna de un valeroso pecho, y que realmente en esta edad no la hiciera; pero quien hace mal á quien no se lo merece, ¿qué espera sino venganza y castigo? Estos hombres vagamundos y ociosos, que se quieren sustentar y alimentar de sangre agena, merecen que toda la república sea su fiscal y verdugo.

El ocioso siempre piensa en hacer mal, ó en defenderse del

que ha hecho, y en no pensando en esto, está triste y melancólico. La melancolía facilísimamente acomete á los holgazanes. ¡ Qué contento queda uno de estos cuando ha puesto en ejecución una maldad, y qué presto vuelve á estar en su mala intención! La misma vida que trae el ocioso, lo trae arrastrando: por más infelice tengo á un hombre ocioso, que á un enfermo; porque éste tiene esperanza de salud, y la procura con todos los medios posibles; mas los ociosos y vagamundos nunca desean salir de su mal estado: como el que está en galeras muchos años no se halla fuera de aquella miseria, así el ocioso, en ocupándolo, no se halla fuera de su ruín vida. ¡ Qué disgustos pasa cuando juega y pierde! ¡ Qué desesperación siente cuando ve á los virtuosos bien puestos! ¡ Qué carcoma infernal le acomete cuando se ve incapaz de merecer lo que el otro alcanza! Dios nos libre de tan abominable vicio, origen y principio de pobreza, poca estimación, olvido de la honra y ofensa de la Majestad de Dios.

DESCANSO X.

Fuímos caminando con el arriero la mitad del camino al pié de la letra, y la otra como tercios de pescado cuando al arriero se le antojaba; que era mozo resuelto, de condición desapacible, enseñado á perder el respeto á los estudiantes novatos, y así nos quiso hacer una burla en un pueblo pequeño, y en parte la hizo; lo uno por llevar sus mulos descansados, y lo otro porque pensó quedándose solo derribar la fortaleza de una mujercita de buena gracia que iba en nuestra compañía, destituyéndola del arrimo y apoyo que llevaba con cierto oficial que se había de casar con ella. Fingió que le habían hurtado un zurrón de dineros, y que la justicia venía á prendernos á todos para darnos tormento hasta averiguar quién lo tenía: y junto con esto juró que nos había de dejar en la cárcel, y caminar con los mulos lo que pudiese, que para muchachos sin experiencia, cualquiera temor de estos bastaba: creímoslo como si fuera verdad averiguada, y encarecíólo de manera que nos hizo andar toda aquella noche, tras lo que habíamos caminado el día antes, cinco ó seis leguas, y no caminando, sino huyendo por dehesas y montañas fuera de camino, sin guía que nos pudiese alumbrar por donde íbamos; y él se quedó riendo, importunando con requiebros y mal lenguaje á la pobre mujer sola y sin defensa; pero no le sucedió como pensaba,

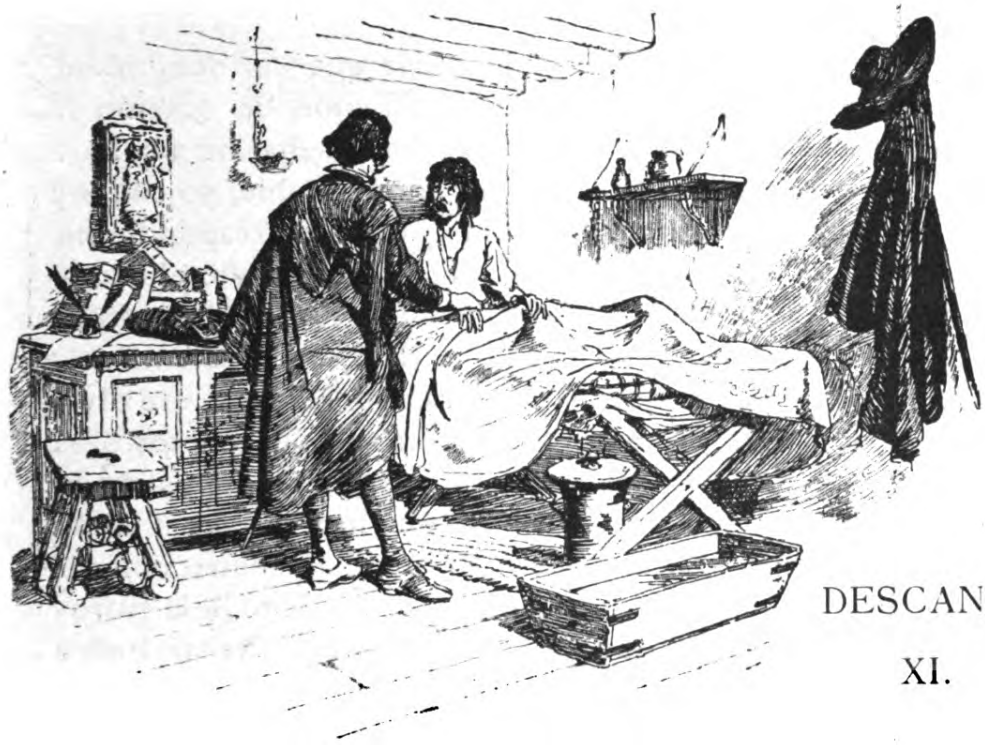
porque el ruido que él había hec[illegible]ido por medio de un alguacilejo amigo suyo: y la [illegible] como valerosa, después de haberse defendido de la violencia, que con ella quiso usar, tuvo modo como escabullirse de él, y yéndose al Alcalde, le dijo con grandísima acción de palabra y sentimiento, que aquel arriero había hecho una estratagema y maraña muy perniciosa, por aprovecharse de ella y quitarle el remedio que consigo traía. Creyólo el buen hombre, así por conocer la desvergüenza y mal trato del arriero, como por atajar el daño, que á la pobre mujer le podía suceder; y afeándole este caso y la inhumanidad que había usado con los estudiantes, le mandó que diese fianzas, que llevaría muy regalada á la mujer, sin hacerle agravio ni ofensa, y que no le castigaba muy gravemente por no desaviar la jornada á los estudiantes: y amonestóle, que mirase cómo procedía, porque le castigaría con todo rigor, sin tener respeto á cosa alguna, si por el camino iba haciendo insolencias, y mandóle con esto que se aviase muy de mañana para recoger á los cansados y hambrientos estudiantes: ¡oh arrieros, impía gente y sin caridad! ¡crueles contra su misma naturaleza! No conocen á nadie más de en cuanto le están quitando el dinero. Y así los castiga Dios, porque tienen muchas posadas y pocos amigos. Todos los géneros de gente aman la piedad, si no son estos. El día que no hacen alguna burla á los caminantes, no están en sí. Tratan con bestias, y así se van convirtiendo en su naturaleza. No se ha visto que llevando bestias vacías aliviasen del trabajo y cansancio del camino á algún miserable; parece que les falta el uso de la razón natural como á éste, que no pudiera uno de ley contraria usar con nosotros más exorbitante bellaquería que hacernos huir de noche, cansados de haber caminado el día antes, sin más ocasión que cometer dos enormes maldades. Íbamos huyendo, y por no ser sentidos, y en tropa, dividímonos cada cual por donde mejor le pareció. Yo seguí una media vereda, que estaba bien cubierta de árboles; hice cuanto pude de mi parte por no quedarme más atrás de los otros, pero mi cansancio era de modo que en poco espacio á ninguno de todos sentía. Puse el oído en la tierra, que de este modo se oyen mejor los pasos aunque estén algo lejos: no sentí cosa que me hi-

ciese compañía. Tardéme un poco, y luégo díme priesa á andar, volviéndome hacia atras, pensando que iba adelante, y así cuanto más andaba y me apresuraba, menos esperanza tenía de alcanzar los compañeros: hacia las espaldas me parecía que oía perros ladrar algo lejos, que como los compañeros iban apriesa alteraban estos animalejos. Como no estaba ejercitado en caminos, y el día antes se había trabajado en eso, el sueño, como descanso general de todos los miembros, solicitaba sus horas diputadas, y no pudiendo ya más conmigo, rendíme al cansancio y al sueño. Topéme con un alcornoque, bien ancho de tronco, y por una parte descorchado, de suerte que formaba un arrimo á modo de alacena, donde pude arrimar y reclinar las molidas espaldas. Dejéme dormir; pero como no se duerme bien sentado, caíme de lado como una cosa muerta. Desperté á cabo de un rato, porque parecía que me andaban hormigas por el rostro, limpiélas con la mano y volvíme del otro lado: torné á recordar, porque sentí lo mismo; pero como el cansancio era tanto, y el sueño tan profundo, aunque algo temeroso de la soledad en que me veía, dejéme caer tercera vez en el mismo lugar No mucho después, aunque el sueño no mide el tiempo, desperté á una tristísima y cansada voz de un ¡ay! que al parecer salía de las entrañas de la tierra, que hizo en las mías tal armonía, que por poco me faltara el aliento y la vida; mas teniendo la respiración, así por el temor como por tornar á escuchar con atención la dolorosa voz, sentí otra más cerca de mí, que como había unas matas un poco altas, no veía el instrumento de donde salía.

Ya yo estaba casi para espirar, ó para hacer alguna flaqueza indigna de hombre de pecho, cuando muy cerca de mí, tanto que veía el bulto, sonó tercera vez la voz diciendo: ¡Ay de mí, más infelice y sola que cuantas padecen cautiverio, servidumbre en las mazmorras de crueles é inclementes moros! ¡Ay de mí, la más desventurada que las que han visto despedazar sus hijos en su presencia! ¡Ay, más sin remedio y consuelo que las ya condenadas por sentencia de rigoroso juez! ¡Oh sitio maldito, árbol descomulgado, testigo de dos muertes, por quien yo diera mil vidas, si las tuviera! ¿Qué exequias hará quien desea morir sin ellas, siendo homicida

de sí propia? ¿Con qué llanto podré entregarme á la rabiosa muerte que tanto huye de mí? ¿Cuántos días y noches vengo á ver si puedo acompañar estos despedazados miembros? Yo me levanté, y estando ella junto á mí, sin hacer movimiento, y yo temblando, me dijo: ¿Eres acaso sombra que vienes enviada de la región de los muertos á llevarme á la compañía de mi esposo y de mi amigo? Si eres de allá, ya sabes que en este mismo lugar adonde estás, mi amante dió la muerte á mi esposo sin consentimiento mío, por gozarme á solas y con libertad, y que en ese mismo árbol el amante, que me había quedado para consuelo, pagó la culpa de su delito. Veslo ahí sobre ti colgado, siendo mantenimiento de aves y animales. Yo, escandalizado, alcé el rostro, y ví, porque ya comenzaba á amanecer, á aquel cuyos gusanos andaban por mi rostro, cuando yo pensaba que eran hormigas: y confieso que con el horrendo espectáculo de la desesperada mujer, y con el hediente espantajo del árbol, si no hubiera luz, me cayera muerto, cortado y sin fuerzas; mas para no hacerlo, me ayudó el oir los cencerros y campanillas de la recua del arriero, que ya salía del pueblo, porque como arriba dije, pensando que iba delante, me iba hacia atrás, y á él le hicieron salir más de mañana que solía, porque fuese á recoger los engañados estudiantes. Y prosiguiendo la miserable mujer, dijo: Y si eres cosa de este mundo, huye de este execrable lugar, y déjame proseguir mis acostumbradas exequias, desesperado mantenimiento con que me desayuno todas las mañanas: y bien pudo dudar la irremediable mujer si yo era fantasma ó visión horrible de los olvidados sepulcros; porque el temor me había chupado los carrillos, alargado el rostro y teñido el color de rojo en pajizo: la falta del sueño me tenía hundidos los ojos á lo último del colodrillo: el hambre prolongado el pescuezo vara y media, y el cansancio desjarretado piernas y brazos; el ferreruelo tenía hecho turbante sobre la cabeza: miren qué figura para no juzgarme por del otro mundo, y no digo lo demás por mi honra. No pude responder palabra, ni ofrecerle ningún favor, porque para mí le había menester. No acertaba á apartarme de aquella más que horrible mujer, de ojos encarnizados y hundidos, nariz prolongada, rostro arrugado y hambriento, dientes amarillos, labios negros,

barba aguzada, el cuello que parecía lengua de vaca: torcíase las manos que parecían dos manojos de culebras, y todo lo demás á esta traza. El temor me tenía trabado el entendimiento, y el entendimiento las demás acciones que podían aprovecharme para partirme de ella; pero alentándome lo mejor que pude, y pude muy mal, fuí moviendo los piés como toro desjarretado, maldiciendo la soledad, y á quien quiere andar sin compañía; considerando qué bien puede traer, si no es estas cosas y otras peores; ¿qué temores no trae? ¿qué imaginaciones no engendra? ¿qué males no causa? ¿qué desesperaciones no ofrece? Los que tienen aborrecida la vida, buscan la soledad para acabarla de presto. Quien huye la compañía, no quiere ser aconsejado en su mal. ¿Hay más apacible cosa que la compañía? ¿ni más odiosa que la soledad? ¿cuántas desdichas, cuántos robos, cuántas muertes suceden cada día por ir sin compañía? ¿cuántas venganzas se ponen en ejecución, que no se pondrían sino por la soledad? Al solo nadie le va la mano en el mal, ni le ayuda en el bien. ¡Ay del solo que si cae, no hay quien le ayude á levantar! Ándese quien quiera solo, que la soledad sólo es buena para santos ó para poetas, que los unos tratan con Dios, que los acompaña, y los otros con su imaginación, que los desvanece.



DESCANSO XI.

Con estas solitarias consideraciones llegué al camino, donde viéndome el arriero, con más blandas palabras que solía, paró la recua, y con cortesía y afabilidad me dijo que subiese, doliéndose mucho de la mala noche que habíamos padecido. Y aun si bien lo supiérades, dije yo, y preguntando á la mujer que venía con él, qué novedad era aquella, respondió lo referido. Los demás, con el marido de la buena mujer, hallámonos ya hartos de dormir y comer: yo, aunque me preguntaron cómo me había quedado atrás, no respondí más de que había errado el camino. Del cuento sucedido no les dije palabra; lo uno por pensar que pudiera haber sido ilusión del enemigo del género humano, lo otro porque las cosas tan extraordinarias hacen diferentes efectos en los que las oyen, y el más cierto es reirse y dar matraca á quien las cuenta. Las cosas en que puede ponerse duda no se han de decir sino á los muy particulares amigos, ó los discretos, que las reciben como ellas son. No todos tienen capacidad para oir cosas graves. Verdades que pueden escandalizar y alborotar los pechos, cuando no es necesario, no se han de decir. Yo reventaba por hablar; pero consideraba que me ponía á

peligro de no ser creído. Más vale callar que dar ocasión de incredulidad ó murmuración. La admiración da ocasión al silencio, y de esta vez quise ver si podía enseñarme á callar. Fuímos nuestro camino sin suceder cosa notable, yo callando, y los demás preguntándome la causa: yo respondía no más de que era condición natural mía: pero en todo el camino no se apartó de mi imaginación la mujer, el árbol, la fruta y la cama llena de gusanos, hasta que llegamos á Salamanca, donde la grandeza de aquella Universidad hizo que me olvidase de todo lo pasado. Alegróse mi alma de ver que los ojos gozasen lo que tenían los oídos y los deseos llenos de la soberbia fama de aquellas academias que han puesto silencio á cuantas ha habido en el mundo. Ví aquellas cuatro columnas sobre quien estriba el gobierno universal de toda la Europa, las bases que defienden la verdad católica. Ví al Padre Mancio, cuyo nombre estaba y está esparcido en todo lo descubierto, y otros excelentísimos sujetos, con cuya doctrina se conservan las facultades en su fuerza y vigor. Ví al Abad Salinas, el ciego, el más docto varón en música especulativa que ha conocido la antigüedad, no solamente en el género diatónico y cromático, sino también en el armónico, de quien tan poca noticia se tiene hoy, á quien después sucedió en el mismo lugar Bernardo Clavijo, doctísimo en entender y obrar, hoy organista de Felipe Tercero. En comenzando á beber del agua de Tormes, frigidísima, y á comer de aquel regalado pan, me cuajé de sarna, como les sucede á todos los buenos comedores, de manera que estudiando una noche la lección de súmulas me comencé á rascar los muslos al sabor de unos carboncillos que tenía encendidos en un tiesto de cántaro, y cuando volví en mí los hallé tan desollados, que con el agua que destilaban me quedé hecho un alquitara, y por quince días me negaron la obediencia y respeto; daño en que ordinariamente caen los principiantes en Salamanca, porque como el pan es blanco, candeal y bien sazonado, y el agua delgada y fría, sin consideración comen y beben, hasta cargarse unos de la perruna, y otros de la gruesa, y así es menester que los que comienzan nuevos en Salamanca, lo uno por la frialdad y sutileza del agua, y lo otro porque los estudiantes van hechos al regalo de sus casas

y de sus padres y tierras, y con la poca edad se recibe más fácilmente el daño; fuera de que entrando con este cuidado, la templanza es la que conserva la salud y aviva el ingenio.

Los repletos de comida y bebida están incapaces de acudir á cosas de entendimiento y prudencia, y realmente la templanza da más gusto á los mantenimientos del que estos en sí tienen, y con ella se templa la lujuria en los mozos; pero yo me hube tan destempladamente con el pan y agua de Salamanca, que por la Natividad de nuestro Redentor me dieron unas grandísimas calenturas; llamé al doctor Medina, Catedrático de Prima, doctísimo de aquella Universidad, y lo primero que hizo fué mandar que me quitasen el agua. Yo le dije que mirase que era colérico, y muy encendido de sangre, y él me respondió, como si dijera una gran hazaña suya: Ya saben que el doctor Medina quita el agua á los enfermos. Creció la calentura, y no el remedio: comenzó á darme unos cordiales, que no aprovecharon cosa, porque la salud de los coléricos con calenturas sólo consiste en darles agua fría á sus tiempos, y sangrías moderadas, y consistiendo la salud mía en no negarme el agua, no me la dejaron en todo el aposento. Diéronme unos baños con veinte suciedades, y dejáronse allí una artesilla en que me los habían dado: yo me ví tan impaciente, y tan acosado de la sed, que me levanté como pude á buscar agua, y como no la hallé, pegué con la artesilla del agua, que estaba fría como un hielo, y á dos golpes que bebí, la dejé en el asiento, y la panza como vela latina con el viento en popa; pero duró poco, porque dentro de un ochavo de hora comenzó el estómago á basquear, y arrojó tanta cantidad de bocanadas, que de vacía la barriga, la doblaba como alforja un lado sobre otro. Vino á la mañana el Doctor y vió el artesilla más llena que la dejó, porque en ella misma descargó el nublado. Preguntóme cómo me hallaba, respondíle que muerto de hambre. Miró el pulso, y hallóle sin calentura: admiróse de ver la mudanza, y dijo: ¡Oh milagroso baño! No se ha inventado tal medicina en el mundo: no le he dado á hombre que no le haga notable provecho. Habránle tomado, dije como yo. Este baño, dijo el Doctor, alienta y refresca, confortando las partes interiores. ¿Y cómo se le da vuesa merced,

dije yo, á los demás? Tibio, respondió él y bañando todo el cuerpo por de fuera. Pues désele, dije yo, frío, y bebido que así lo tomé yo, y les aprovechará mucho más, y contéle el caso; dijo: *rectum ab errore*, repitiéndolo cuatro ó cinco veces, y haciéndose cruces se fué, y me dejó sano. Hay médicos tan crueles, que á un pobre enfermo colérico fogoso le dejan que se le abrase el hígado, y se le sequen los huesos: pareciéndoles que negándole el agua acabarán más presto con la enfermedad y el enfermo. Aquel refrán que dicen: al que es de vida, el agua le es medicina, se ha de entender de esta manera, que aquel *debida* es participio: de manera, que al que es *debida* el agua, y al que se le debe el agua, á éste le es medicina, que no al otro. Y siendo así, ¿á quién se le debe más que á un colérico con calenturas? Y esa otra significación ordinaria la tengo por burla y modo de hablar de gracia. En Ronda conocí un tejero, que había cuarenta y cuatro años que no probaba gota de agua, que decía por donaire que él no había de beber licor donde se ensuciaban las ranas. Vino una vez con tanta sed y cansancio, que para quitarla bebió un jarro de agua fría, que dentro de veinticuatro horas le puso como el barro con quien trataba. Á éste no se le debía el agua. Lo uno por no estar acostumbrado á ella, lo otro porque su estómago no era de hombre colérico y al que es *debida* el agua le es medicina.

DESCANSO XII.

Si los trabajos y necesidades que los estudiantes pasan no los llevase la buena edad en que los coge, no había vida para sufrir tantas miserias y descomodidades como se pasan ordinariamente; pero con ser en la puericia y adolescencia, edad tan quitada de cuidados y sentimientos, se hace gusto del acíbar, risa y pasatiempo de la necesidad, con que se va pasando aquel espacio en que se sazona é hinche de doctrina el entendimiento, que con la esperanza del premio todo se hace sufrible. Ninguno hay que no se prometa grandes cosas en los primeros años, que en comenzando á gustar ó disgustarse de la mala correspondencia, por la tardanza de los arrieros, ó del olvido de los padres y parientes, por la mayor parte se encogen y desaniman, especialmente aquellos que por ser pobres no tienen quien les acuda con lo necesario, ó parte de ello; que cierto desjarreta mucho la necesidad al que con buenos pensamientos comienza los estudios. La falta de mantenimientos, el carecer de libros, la desnudez, la poca estimación que consigo traen estas cosas, tiene muchos y grandes ingenios acobardados, arrinconados, y aun distraídos por la privación de sus esperanzas mal logradas. Yo confieso de mí, que la inquietud natural mía, junta con la poca ayuda que tuve, me quebraron las fuerzas de la voluntad, para trabajar tanto como fuera razón. Y como en esta edad los alientos de

la mocedad están tan dispuestos para el mantenimiento, nunca se ve un hombre harto. Acuérdome, que después de haber comido la ración del pupilaje de Gálvez, me comí seis pasteles de á ocho en una pastelería excelentísima, que había en el desafiadero. Miren qué alientos estos para las necesidades de Salamanca. Estábamos después de esto tres compañeros en el barrio de San Vicente tan abundantes de necesidad, que el menos desamparado de las armas reales era yo, por ciertas lecciones de cantar que yo daba; y aun las daba, porque se pagaban tan mal, que antes eran dadas que pagadas; y aun dadas al diablo. Consolábamonos con la igualdad de la provisión, y aunque parezcan niñerías, indignas de este lugar y aun de acordarse y tratarse, tengo de decir alguna para que no se desanimen los que se vieren con ingenio y pobreza, y con deseo de saber; que haciendo gusto de la necesidad, puede llevarse la penuria que de ordinario se pasa en los estudios: ver pasar á otros mayores trabajos, disminuye la fuerza de los nuestros. Miserias y necesidades agenas (aunque sean contadas para ejemplo) en parte consuela á los afligidos. ¿Qué trabajos puede tener un estudiante, que no los haya mucho mayores? El trabajo y necesidad que toca á muchos, y muchos le llevan, se hace sufrible, aligera y alivia las cargas de todos. Cuanto más, que el que con buen ánimo acomete al trabajo, la mitad tiene hecho, y al fin los valerosos ánimos atropellan las forzosas necesidades. Dígolo, porque las que pasaron mis compañeros y yo fueron de manera, que pudieran consolar á los estudiantes más llenos de miserias del mundo, y entre otras contaré una que puede servir de risa y de consuelo. Hallámonos una noche, entre otras muchas, tan rematados de dineros y paciencia, que nos salimos de casa medio desesperados sin cenar, sin luz para alumbrarnos, sin lumbre para calentarnos, haciendo un frío que en echando el agua en la calle, se tornaba cristal. Yo fuí en casa de cierto discípulo, y dióme un par de huevos y un panecillo: vine muy contento á casa, y hallé á mis compañeros temblando de frío y muertos de hambre (como dicen los muchachos), que no osaban desenvolver un poco de rescoldo que se había guardado para su menester. Dije lo que traía, salieron á buscar algunas serojas para avivar el rescoldo; vinieron presto muy con-

tentos, por haberse hallado un leño bien largo; pusiéronlo al poco rescoldo que había quedado, y soplamos cuanto pudimos todos tres, y el leño no se quería encender: tornamos á soplar una y otra vez; pero quedándose el leño sin encender, se hinchó el aposento de un humo muy hediondo.

Eché un papel en el rescoldo para que diera luz en el aposento, y en encendiéndose, descubrió, que el leño era un muy descarnado zancarrón de un mulo, que por poco nos hiciera reventar de asco; y si antes no cenamos por no tener qué, después no cenamos por eso, y por la náusea de nuestros estómagos, que hubo alguno que purgó por dos partes lo que no había comido, ni cenado, hasta echar sangre por la boca, y el que lo trujo quiso cortarse la mano. Bien confieso que no son estas cosas para contarse; pero como sean para consuelo de afligidos, y mi principal intento sea enseñar á tener paciencia, á sufrir trabajos, y á padecer desventuras, puede llevarse con los demás que no cuento. Todo lo que se escribe, para doctrina nuestra se escribe, y aunque sea de cosas humildes, se ha de recibir para el efecto que se dice. Y habemos de pensar, que ni en los ejemplos de cosas grandes hay siempre provecho, ni que en las pequeñas falta doctrina. Tan bien se reciben las fábulas de Hisopo, como las estratagemas de Cornelio Tácito. Más gusto se halla en un higo que en una calabaza: así conté una niñería como ésta; porque para decir necesidades de estudiante, que son de hambre, desnudez y mal pasar, también las historias ejemplos han de ser de pobreza, para consolar á quien la padece. No paró aquí la mala ventura de aquella noche, porque estando á la puerta de la calle, por no poder sufrir el pestilencial olor del leño mular, pasó rondando el Corregidor (que al presente era D. Enrique de Bolaños, muy gran caballero, cortés, y de muy buen gusto), y nos dijo: ¿Qué gente? Yo me quité el sombrero, y descubrí el rostro, y haciendo una gran reverencia, respondí: Estudiantes somos, que nuestra misma casa nos ha echado en la calle. Mis compañeros se estuvieron con sus sombreros y cebaderas sin hacer cortesía á la justicia. Indignóse el Corregidor, y dijo: Llevad presos á esos desvergonzados. Ellos, como ignorantes, dijeron: Si nos llevaren presos, nos soltarán un pié á la francesa; y asiéronlos, y lleváronlos por la calle de Santa Ana

abajo: yo con la mayor humildad que pude, le dije: Suplico á vuesa merced se sirva de no llevar á la cárcel á esos miserables, que si vuesa merced supiese cómo están, no los culparía. Tengo de ver, dijo el Corregidor, si puedo enseñar buena crianza á algunos estudiantes. A estos, dije yo, con dalles de cenar, y quitalles el frío, los hará vuesa merced más corteses que á un indio mejicano; y junto con esto (viendo que me escuchaba de buena gana) le conté lo pasado de los huevos y de la humarada que procedió del sacrificio acemilar. Rióse del cuento (que tenía mucha apacibilidad), y á costa de ciertas espadas que había quitado á ciertos escolares vagamundos, les hinchó el vientre de pasteles y marrana, y de lo de la tabernilla, y á mí me hizo mucha merced de allí adelante. Díjeles á mis compañeros amigos: Muy mal anduvisteis con el Corregidor. ¿Por qué? preguntaron ellos, ¿es nuestro juez? Respondí yo: Porque á las personas constituídas en dignidad, sean ó no sean superiores nuestros, tenemos obligación de tratarlos con reverencia y cortesía: y no solo á éstos, sino á todos los más poderosos, ó por oficios, ó por nobleza, ó por hacienda, porque siéndoles bien criados y humildes, en cierta forma los igualamos con nosotros, y haciendo al contrario, nos damos por enemigos de los que nos pueden agraviar muy á su salvo. Dios crió el mundo con estos grados de superioridad, que en el cielo hay unos Ángeles superiores á otros, y en el mundo se van imitando estos mismos grados de personas, para que los inferiores obedezcamos á los superiores. Y ya que no seamos capaces de conocernos á nosotros propios, seámoslo de conocer á quien puede, vale y tiene más que nosotros. Esta humildad y cortesía es forzosa para conservar la quietud y asegurar la vida. Es muy gran yerro querer ajustar nuestras fuerzas con las de los poderosos, usar del rigor de nuestra condición con quien es más cierto el perder que el ganar. La humildad con los poderosos es el fundamento de la paz, y la soberbia la destrucción de nuestro sosiego, que al fin pueden todo lo que quieren en la República. En esta vida pasé tres ó cuatro años, hasta que se me dió una plaza en el colegio de San Pelayo, estando entonces allí el Sr. D. Juan de Llanos de Valdés, que cuando esto se escribe es del Consejo Supremo de la Inquisición, en compañía de sus hermanos, tan grandes estudiantes

como caballeros, y el señor Vigil de Quiñones, que á fuerza de virtud y merecimientos es ahora Obispo de Valladolid; donde teníamos conclusiones todos los sábados, y pudiera yo aprovecharme, si la necesidad de mis padres, y el deseo que yo tenía de servirles, no me sacara con una carta suya para ir á heredar cierta hacienda, de que un pariente me quería hacer donación, ó capellanía.

DESCANSO XIII.

Salí de Salamanca sin dinero que bastara para dejar de ser peón, y como era fuerza el serlo, acordándome de la poca población que había en Sierra Morena, por aquella parte de la Hinojosa, que había quince leguas sin poblado, y por no dejar de ver á Madrid, y á Toledo, vine por esta máquina, pasé por Toledo y Ciudad Real, donde una monja muy virtuosa y principal, llamada Doña Ana Carrillo, me regaló y ayudó para el camino. Saliendo de Ciudad Real me encontré con un mozo de muy buen talle, que parecía extranjero: fuímos caminando hacia Almodóvar del Campo, y topamos con dos gentiles hombres en el camino, que llevaban entre los dos un muy gallardo macho, remudando á veces de cuando en cuando. Trabamos conversación con ellos, y parece que se inclinaron á no dejarnos atrás. Colegí de su modo de proceder, que serían lengua de dos mercaderes, que iban á la feria de Ronda con muy gentil dinero, que á mí me dió gusto por ser aquel mi viaje. No me pareció bien, y con gran cuidado les miré á las manos, y las bocas. Entramos en una misma posada, y como yo llevaba tragada la malicia, y andaba sobre aviso, no hablaban palabra que fingiéndome dormi-

do no se la entendiese. El uno de ellos no hacía sino entrar y salir en la posada, hasta que ya topó con la de los mercaderes. En amaneciendo cogió el uno de ellos una cabalgadura, y se partió delante, llevando para cierto efecto una graciosísima sortija (que no pudieron dar la traza, sin que yo la oyese). Fuése aquel delantero, como criado, y quedóse esotro como señor. Muy por la mañana aderezó su macho, y estuvo con mucho cuidado aguardando á que pasasen los mercaderes: en pasando, hízose encontradizo con ellos, y preguntóles con grande comedimiento, adónde caminaban, y respondiéndole ellos, que á la feria de Ronda, hizo grandes demostraciones de holgarse, diciendo: Mejor me ha sucedido que pensaba, en haberme encontrado con tan principal compañía; porque voy á la misma feria, á comprar un atajuelo de doscientas ó trescientas vacas, y por no haber andado este camino, á lo menos de las Ventas Nuevas adelante, iba con algún recelo de mil daños, que suelen suceder á los que llevan dinerillo, y habiendo encontrado con vuesas mercedes, iré muy consolado, así por la buena compañía, como porque vuesas mercedes me encaminarán allá, pues tienen más inteligencia que yo para lo que voy á comprar. Ellos le ofrecieron de ayudarle, y hacerle amistad en la feria, por ser muy conocidos en la ciudad. Estos dos bellacones, que iban en seguimiento de los mercaderes, á lo que después entendí, eran de un género de fulleros, que entre ellos llaman donillelleros: fueron riendo por el camino, porque el fullerazo era grande hablador, y les iba diciendo cuentos, con que los entretenía con mucha gracia y donaire. Yo por no perderlos hasta ver el fin, andaba lo más que podía asiéndome de cuando en cuando al estribo, ó al trancado del macho, que como dije que iba á la feria de Ronda, y era natural de ella, los mercaderes me animaban y esperaban á ratos. Llegando cerca de cierta venta, que la mitad del año está desamparada, puesta en una ladera á mano derecha como subimos, el fullero sacó de la faltriquera ciertos mostachones, que por la mucha especie, llaman la sed á tiro de arcabuz, y dió á cada mercader uno, y como era por el mes de Mayo cuando llegaron á emparejar con la venta, que estaba medio caída y sin gente, iban ya pereciendo de sed, dijo el fullero: Aquí dentro

hay una fuentecita muy fresca, entremos á cumplir c[illegible] los mostachones; y si vuesas mercedes quieren, aquí llevo una bota de muy gentil vino de Ciudad Real, con que podemos hacer satisfacción al llamamiento. Apeáronse, y entró el fullero primero en la venta, llegó á la fuente, y siguiéndole los mercaderes, bajóse á beber, y dijo con grande admiración: ¡Ay! ¿qué es esto que me hallo aquí? Y alzó la sortija que el ladrón de su compañero había dejado en la fuente. ¡Oh qué graciosa sortija! dijeron los mercaderes; sin duda que algún caballero se la quitó para lavarse las manos, y se la dejó olvidada: cada cual se holgará de habérsela hallado. Todos tres, dijo el bellaco del fullero, la hallamos, y de todos tres ha de ser. ¿Pues qué haremos de ella? dijo un mercader. Echarla á una quínola, dijo el fullero, en llegando á la venta, y á quien Dios se la diere, San Pedro se la bendiga. Bien dice vuesa merced, dijeron los mercaderes, y á fe que si la gana cualqüiera de los dos, se ha de emplear muy bien; pero cierto la sortijuela era de mucha codicia, porque al rededor tenía doce diamantes, aunque pequeños, muy finos, y en lugar de piedra un rubí de hechura de corazón, que á cualquiera aficionara, labrado todo con mil donaires. Fueron todos muy codiciosos de ella, tratando por todo el camino los mercaderes del descuido del que la había perdido, y el bellacón del cuidado del que la había dejado, haciendo mil monerías con ella, para ponerles más codicia. Llegaron á Ventas Nuevas, y no parando en la primera, llegaron á la segunda, por hallarse más cerca del puerto. Apeáronse, y el bellacón sacó la bota de vino añejo de Ciudad Real, de más hojas que un Calepino, de que bebieron de muy buena gana. En comiendo un bocado de prisa, por codicia que cada uno tenía de la sortija, que les estaba haciendo del ojo, con el bocado en la boca, preguntaron al huésped, ¿si tenía unos naipes para echar una rifa? Dijo que no, y el ladrón del compañero, haciéndose bobo, dijo: Yo llevo aquí unas no sé cuantas barajas que me encomendaron en mi pueblo, y por las muchas que allá se levantan sobre ellas, no las llevo de muy buena gana. Si sus mercedes me las pagan, yo se las daré. Mostrad acá, dijo el fullero, que estos señores y yo os las pagaremos muy bien. Dióles una baraja hecha á su modo, y como el li-

cor de Ciudad Real se arrima tanto al corazón, y humea para el cerebro, alegráronse, y con mucho gusto echaron la rifa á cuatro quínolas. El fullero les dejó llegar á cada uno á tres sin haber tomado ninguna para sí, y en dos pasantes que echó, una de su mano, y otra del que tenía al lado, hizo las cuatro, y arrebató la sortija, haciendo grandes algazaras con ella. Picáronse de esto, y dijeron: Juguemos dineros. El fullero, con cierta socarronería, negando al principio, dijo, que no quería poner en peligro su dinero ó las vacas que se habían de comprar de él: pero al fin, persuadido, jugó; teniendo más gana él que los otros, que con palabras que tenía hechas á propósito, los iba haciendo picar. Pedía que les diesen de beber de la olorosa bota que estaba metida en parte fresca, y en calentándose las orejas echaban doblas como granizo; de suerte, que se estuvieron toda la tarde jugando, una vez ganando el fullero, y otra dejando ganar á los mercaderes, por disimular la fullería, y quejándose á veces, decía: Vuesas mercedes me han de ganar aquí esta tarde cuatro ó cinco mil escudos, según estoy de picado.

Al tiempo que entramos en la venta el mocito y yo nos dijeron, que allí no se daba posada á gente que no traía cabalgaduras. Recibimos con humildad la notificación, y parámonos á descansar un poco. Mi compañero afligido preguntó: ¿Pues qué habemos de hacer para esperar el fin y suceso de esta grande aventura? Yo le respondí: Dejadme, que yo conjuraré á la ventera, de manera que no nos eche de la venta. ¿Pues es endemoniada, dijo él, ó bruja? Á lo menos, dije yo, parécelo; pero no digo yo, sino con el conjuro general de las mujeres. ¿Cuál es? preguntó el otro. Ahora lo veréis, dije yo. Lleguéme á la ventera, que era una mujer coja y mal tallada: tenía las narices tan romas, que si se reía, quedaba sin ellas: los ojos parecían de capirote de disciplinante: echaba un tufo de ajos y vino por unos dientes entresacados y pardos, bastante á ahuyentar todas las víboras de Sierra Morena; las manos parecían manojos de patatas; sólo tenía que notar la limpieza, que parecía haber salido del naufragio de los Condes de Carrión: con todo esto me llegué á ella, y la dije: ¿Qué desdicha fué la que trujo á estas soledades á una mujer de tan buena gracia como vuesa merced? ¡Qué despacio

está, dijo ella, el señor estudiante! No es cierto, dije yo, sino que desde el punto que llegué aquí, puse los ojos en vuesa merced, para consolarme del cansancio del camino. No haga burla, dijo ella, de las mal vestidas. Yo no hago tal, sino que me parece vuesa merced muy hermosa. Hermosa, dijo ella como gata lagañosa. Parecióme que ya iba creyendo, y díjele: Pues miren con qué gracia y donaire responde. Cierto que es igual el rostro con el habla, y todo es con mucho gusto. Y como Deo gracias, dijo ella: si conociera á una hermana mía que tengo, tabernera en las ventas de Alcolea, dijera eso de veras: que por sólo oirla echar pullas, van á beber á su casa cuantos pasan. ¿Y vuesa merced, dije yo, cómo no se acerca hacia Córdoba? Porque, señor, dijo ella, unas tienen ventura y otras tienen ventrada. ¿Pues es posible, dije yo, que no ha habido quien saque á vuesa merced de tan mal oficio? Y respondió ella: Estáse la carne en el garabato por falta de gato. Pues á fe, dije yo, que si me hallara en disposición que había de hacerlo; porque me da lástima ver entre estos riscos y montañas á una mujer de tan buenas prendas. Pues calle vuesa merced, dijo ella, que mi marido y yo les habemos de quitar el dinero á estos que quedaron con él, y por la mañana haremos lo que nos pareciere; y si acaso mi marido volviere á decir á la noche que se salgan de la venta, váyanse por la puerta trasera del corral, que yo se la dejaré abierta. Fuése, y mi compañero me preguntó: ¿Qué es del conjuro? ¿Qué mayor conjuro queréis, dije yo, que haber llamado hermosa á una bestia, que parecía panza de vaca, con su zumaque y menudillos? Conjuro es este, dijo, que puede servir de malilla en todo el mundo. En tanto que pasamos esta conversación se llegó la noche, y la desesperación de los mercaderes; porque con las trampas que el fullero iba haciendo, y con los tragos de cuando en cuando de Ciudad Real, les fué chupando la plata y oro, y los zurrones en que tenían el dinero. Los mercaderes quedaron dados al diablo, y maldiciendo la venta, y á quien á ella los había traído, se volvieron á dormir á la que habían dejado atrás, con intención de volverse á Toledo. El huésped, que no era lerdo, entendió muy bien la bellaquería: yo estaba para reventar por lo que había oído la noche antes, y por lo que había visto

entonces. Estuve determinado de revelarles la maldad; porque volviéndose los mercaderes, me faltaba el bien que me habían prometido hacer por el camino; pero consideré, que decir el secreto que estaba tan en duda, era desacreditar á los fulleros, y á mí ponerme en peligro; que no siendo una cosa sabida, tenemos obligación de callarla con secreto natural. La seguridad consiste en el silencio, y en estas ocasiones y otras semejantes hase de advertir el peligro de ambas partes. Yo callé contra mi voluntad, y el ventero que era un bellaco redomado, disimuló y calló como yo y el otro. Los señnoes fulleros quedaron muy contentos; pero fueron tan miserables que no dieron barato á nadie, por donde se aumentó en el ventero el deseo de hurtarles la ganancia, y en mí de volvérsela á sus dueños. El ventero que realmente lo sintió, les dió á entender que recibió mucho gusto en ver los mercaderes despojados; y haciéndoles grandes zalamerías, les dió un aposento que tenía aderezado para los mercaderes, donde estaba un arcaz muy grande con tres llaves, que les dió para guardar su dinero y ropa. Era el arcaz de una madera muy maciza y de tablas gruesas, que hacía pared con la caballeriza, que me puso en cuidado, imaginando qué traza podría tener para hurtarles el dinero de un arcaz cerrado con tres llaves, y por ningún camino podía moverse de donde estaba. Habló con la mujer de secreto, mirando con cuidado si los veían hablar. En cenando muy solemnemente los fulleros, habiendo hecho el pancho de perdices y vino de Ciudad Real, se atrancaron en su aposento, y se cerraron de manera que no podía entrarles una bruja. En siendo una hora de la noche, ó poco menos, el ventero dijo: Los que tienen cabalgaduras salgan de la venta, que ya que no hay arrieros, queremos dormir sin cuidados. Salimos aquel mocito y yo, y dando vuelta por las espaldas de la venta, hallamos abierta la puerta del corral, y entramos en el pajar. Yo andaba pensando con cuidado cómo diablos, ó con qué modo ó traza podían hacer tiro á los fulleros. Veía que en el aposento no podían entrar, por estar muy bien cerrados, y el arcaz muy bien guardado. Traer salteadores para el efecto no era negocio seguro, sino muy peligroso; entrar y matarlos no podían, porque eran menos que ellos; pues querer minar el aposento con

pólvora era para todos peligroso. Y no pude dar en el modo hasta que entre once y doce, estando ellos durmiendo el mejor sueño, vinieron el ventero y la ventera muy paso entre paso, alumbrando ella con un cabo de vela: el marido comenzó á desviar con mucho silencio un gran montón de estiércol que estaba en la caballeriza arrimado al aposento de los fulleros.

Á pocas vueltas se descubrió la tabla del arcaz, que servía de pared al aposento. Miré con gran cuidado, y ví que la tabla del arcaz estaba por la parte de arriba asida con tres ó cuatro goznes, y por la parte de abajo con dos tornillos, cada uno en su esquina. Quitó el ventero los tornillos, y en quitándolos, mandó á la mujer que llevase de allí la vela, porque no entrase la luz en el aposento: ella la llevó, y yo fuí muy poco á poco al ventero, al tiempo que tenía la tabla alzada y los zurrones en las manos, y con voz muy baja, ó por mejor decir, entre dientes, le dije: Dad acá esos zurrones, y tornad á poner los tornillos; él me los dió, pensando que era su mujer, y salíme con ellos y con mi compañero por la puerta del corral, que mientras tornaba á poner el montón de estiércol hubo lugar para todo; y anduvimos un ratillo apriesa hacia atrás, cada uno con su zurrón, no por el camino real, sino por un lado á la parte de arriba, con todo el silencio posible. Ya estábamos casi frontero de la otra venta, adonde los mercaderes se habían vuelto á dormir, y nos sentamos á descansar un poco, que el recelo y temor aumentan el cansancio. Yo le dije al compañero: ¿Qué pensais que traemos aquí? nuestra total destrucción, porque á ninguna parte podemos llegar donde no nos pidan muy estrecha cuenta de este dinero, que como él de suyo es goloso y codicioso, ó por la parte que le puede caber, ó por congraciarse, cualquiera dará noticia á la justicia de dos mozos caminantes de á pié, cansados y hambrientos, y con dos zurrones de moneda, y el tormento será forzoso, no dando buena cuenta de lo que se pregunta; pues esconderlo para volver por él, tampoco atinaremos nosotros, como los demás; y andar mucho por aquí dará sospecha de algún daño, y el menos que nos puede suceder es caer en manos de los ladrones, que nos quiten el dinero y la vida: ponerse á peligro por ganar dineros, muchos lo hacen; pero

poner en peligro vida, honra y dinero, ningún hombre de juicio lo ha de hacer: y así mi principal intento fué volver este dinero á sus dueños, para tener tanta parte en él como ellos, sin peligro de las vidas, y sin daño de las conciencias; y aquí viene bien: quien hurta al ladrón, etc. Esta y otras muchas cosas le dije para desarraigarle cierta golosina que se le había pegado, que como lo llevaba á cuestas había contraído no sé qué parentesco con la sangre del corazón: pero al fin le pareció muy bien. Fuímos á la venta, y aunque era muy de madrugada, dimos golpes á la puerta, diciendo que veníamos con un despacho de mucha importancia para unos señores mercaderes de Toledo que estaban dentro. Ellos lo oyeron, y hicieron al ventero que abriese. Encendió luz y entramos en el aposento cargados, y sin hablarles palabra arrojamos los gatos sobre una mesa, que si fueran de Algalia no regalaran tanto las narices como estos regalaron las orejas. ¿Qué es esto? dijeron los mercaderes. Su dinero, respondí yo, que ha vuelto á César lo que era suyo. Contámosles el caso, y díjeles que antes que en la otra venta se levantasen pasásemos por el puerto. De buena ventura mía, venían mulas de retorno hacia Sevilla. Los mercaderes alegres y agradecidísimos del caso, para mí y para el otro mozo tomaron dos mulas y caminando pasamos el puerto sin que lo sintiesen en las ventas. Encumbramos el puerto, y bajamos á otra que está en lo más bajo, no mal proveída, adonde estuvimos todo el día, descansando y durmiendo, por el poco sueño y mucha pesadumbre que les había causado la pérdida de su dinero: y á la tarde supimos que el ventero (como martirizando á su mujer, no supo cosa del hurto, porque no osó decir que nos había dejado dentro) sospechando que los fulleros le habían hecho la treta que él no entendió, fué á dar aviso á la Hermandad, de la vida y trato de aquellos hombres y cómo tenían dos zurrones de dinero mal ganado, y vino la Hermandad, y como no halló los dineros, ni los zurrones que el ventero había dicho en el arcaz, á él por desatinado ó loco ó porque había cargado demasiado, y á los fulleros por gente sospechosa que tan tarde se estaban en la venta y á la mujer por suspensa y callada, que no supo dar razón de sí, les hicieron pagar las costas sin averiguar el secreto. Holgámonos

mucho con el suceso, de manera que los mercaderes lo querían oir por momentos, que según pareció, hallaron más dinero dentro de los zurrones del que habían dejado; y con donaire decía el uno de ellos: No quiera Dios que yo lleve dinero ageno en mi poder, gástese por el camino en perdices y conejos, que no quiero tener que restituir; y así se hizo con beneplácito de todos. Yo consideré á solas conmigo, y aun lo comuniqué con uno de los mercaderes, cuán mal se logra lo mal ganado, y cuánto peor se goza lo adquirido con juegos de ventaja, donde se aventura la reputación, sin asegurar la ganancia, que está sujeta á cuantos la ven, y á cuantos lo imaginan, y á los ausentes á quien toca la distribución de la estafa, que tasadamente les queda para consumir en los tabernáculos de la gula, fiestas de Baco y sacrificios de Venus, sin aprovechar la sumisión y cortesía fingida para engañar al que quieren desollar, ó al que ya tienen desollado; que si bien quisiesen los hombres sencillos advertir á las cautelas, enredos y marañas de estos apacibles lobos, echarían de ver que una cortesía sin tiempo, una amistad sin sazón ni conocimiento, un comedimiento no acostumbrado, unas ceremonias no debidas, traen consigo más daño que provecho para aquel con quien se usan; porque si son los hombres de tan ruín condición que aun á la cortesía debida acuden de mala gana á quien tienen obligación, ¿por qué no se ha de entender que la novedad de cortesías extraordinarias traen consigo algún secreto, especialmente no teniendo partes por donde se le deban? Los fulleros tienen también su materia de estado, porque, ó engañan por sí ó por amigos, que tienen señalados y diputados para el efecto; casas de posadas, ó mesones, donde les dan el soplo de la gente nueva á quien pueden acometer.

Tienen también su libro de caja ó de memoria de todos aquellos que acuden á favorecer su ministerio en todos los pueblos grandes ó pequeños, porque es oficio corriente por toda España, y en las poblaciones de importancia tienen correspondencia y avisos de las zorras comadres, para chupar la sangre á los corderos inocentes. Y aunque son tan grandes los sainetes de estos cautelosos culebrones, para chupar la sangre de los que ven inclinados al juego, que no pueden reducirse á regla cierta, ni guardarse de sus trampas, con

todo eso digo que todo lo que fuere artificio apacible y no usado, se ha de temer aun de los mismos amigos en materia de juego, porque se venden unos á otros. Cuando convida á jugar un conocido á otro, llevándole á parte no sabida, vaya con cuidado, sea en público ó en secreto; y me parece que no será malo este refrancillo para este propósito: *Si bien me quieres, trátame como sueles*. Caminamos con todo el gusto que pudimos mis mercaderes y yo, buscando por el camino ocasiones en que tenerlo: llegamos á la Conquista, que es un pueblecito que se comenzaba entonces, un domingo por la mañana: entramos á oir misa, que la estaba diciendo un clérigo que pronunciaba la lengua latina como gallego. La misa era de *Requiem*, porque habían enterrado aquella mañana un pobre, y ayudábale un sacristán que sobre un sayo pardo muy rozagante traía un sobrepelliz de cañamazo. Acabada la misa, diciendo el responso sobre la sepultura, acabó el clérigo diciendo: *Requiescat in pace, alleluja, alleluja*. El sacristán le respondió con muchos pasos de garganta: *Amen, alleluja, alleluja*. Lleguéme al buen hombre, y díjele: Mire, padre, que en misa de *Requiem* no hay *alleluja*. Respondióme muy confiadamente: Arre allá, señor estudiante; ¿no ve que es entre Pascua y Pascua? Fuímonos cayendo de risa por todo el camino.

DESCANSO XIV.

Como el camino, por bueno que sea, siempre trae consigo un género de soledad, porque ordinariamente se camina ó por necesidad, ó por negocios forzosos, que ocupan la memoria y distraen el gusto, procurábamos tenerle en todas las cosas que encontrábamos. Los mozos de mula acudían á su costumbre, uno á echar pullas, otro á hacer burlas á los caminantes, otro á cantar romances viejos, cual sea su salud: nosotros de lo que se ofrecía á la vista. Encontramos un pastor que pasaba su ganado de un distrito á otro, pereciendo de sed él y los perros; que en Sierra-Morena por mayo y por todo el verano, aunque de noche hace fresco, de día se encienden los árboles de calor: y era tan ignorante el buen hombre, que teniendo sed llevaba los perros atados porque no se le perdiesen. Preguntónos si sabíamos dónde hubiese agua; yo le respondí: ¿Pues llevando perros, preguntáis esto? desatadlos, que ellos hallarán presto el agua. ¿Y es eso así? dijo un mercader. Es cosa muy sabida, dije yo, y muchas veces experimentada. Y dije al pastor: Desatad los perros, ó el uno de ellos, y ponedle un cordelillo largo, con que lo váis siguiendo, que él hallará fuente, arroyo ó laguna: así lo hizo el pastor; de suerte, que dándole larga con el cordel, rompió por una ladera alzando el hocico, y se fué hacia una espesura derecho que había al pié de una peña, donde halló agua, que refrescó

al pastor y satisfizo al ganado. Y contaréles á vuesas mercedes lo que me contó en Ronda un caballero de muy gentil entendimiento, que se llama Juan de Luzón, muy experimentado en letras humanas y divinas. Hay dos pueblecillos en Sierra de Ronda, entre otros muchos, uno llamado Balastar, y el otro (si bien me acuerdo) Chucar, entre los cuales andando un cabrero moro apacentando su ganado, apretándole la sed, y no hallando agua, ni señal donde pudiese haberla, desapareciósele un perro, y á cabo de rato vino mojado todo y muy contento, coleando al amo, y haciéndole muy grandes fiestas. Espantado de aquello el cabrero, le dió muy bien de comer y lo ató, aguardando á que le tornase á aquejar la sed, diligentísima despertadora de la pereza. Atóle un cordelejo largo, y dejóle ir, y siguiéndole el amo, fué saltando matas y peñas, rasgándose las manos y el rostro; y siguióle con todas estas dificultades, hasta que entre unas grandes espesuras, se coló por la boca de una cueva, que por debajo de altos riscos estaba naturalmente hecha, con algunos resquicios, que le daban la luz que había menester. En medio de la cueva nacía un clarísimo arroyo, que se dividía en dos partes: bebió el moro, é hinchó su zaque; y admirado de la novedad dió en una traza, á su parecer buena, que después le costó la vida; y fué, que atajó con unas piedras el un arroyo de aquellos, echando todo el agua por una parte, para ver al día siguiente donde iba á parar. Fuése á su ganado, y averiguó el día siguiente que había faltado el agua en Chucar. El moro que sabía el secreto, fuése al pueblo diciendo, que si se lo pagaban bien les daría su agua, y otra tanta más, y contó el caso como había sucedido. El poco tiempo que les había faltado el agua los necesitó de manera que le dieron doscientos ducados porque les diese su agua y la del otro pueblo. En recibiendo su dinero fué á la cueva, y soltó el agua por aquella parte. Viéndose con su agua tan crecida, conociendo la inconstancia y codicia del cabrero, antes que los de Balastar le corrompiesen con esperanza de mayor interés, acordaron darle garrote, quedándose con el agua toda, y el moro sin vida, sin que hasta hoy se haya sabido en qué parte está el secreto: y hoy se echa de ver señal de que algún tiempo corrió por allí agua, por las guijas y piedras que lo manifiestan. Halló aquella encubierta cueva

el aliento del perro, leal amigo y fiel compañero, descubridor de enemigos de sus amos. Extraña fuerza de aliento, dijo un mercader, que siendo el agua un elemento sin olor, la venga á descubrir un perro con sólo alzar el rostro al aire, principal movedor y embajador del olfato. Que son las calidades de los perros y las excelencias que hay en ellos muy dignas de admiración, no por los cuentos que se dicen de ellos, ni haciendo caso de historias atrasadas, sino por lo que vemos y experimentamos cada día. ¡Qué fidelidad! ¡qué amor! ¡qué conocimiento!

Á lo menos, dije yo, tienen dos admirables virtudes, si se puede dar este nombre en ellos, que si los hombres las tuviesen tan sentadas en el alma como ellos en su natural inclinación, vivirían en perpetua paz, que son humildad y agradecimiento. ¡Oh, bien notado! dijo el mercader: ¡oh qué gallarda consideración! Del bienaventurado San Francisco, que fué hijo de un mercader, se dice que alababa mucho la humildad de los perros, deseando imitarlos en esto, por la mucha que tuvo nuestro Maestro y Redentor Jesucristo. Pues en agradecimiento, dije yo, fuera de lo que la ley natural nos enseña, lo tenemos por precepto suyo que enviando sus santísimos discípulos á predicar por el mundo les mandó que en agradecimiento del bien que les hiciesen en sus posadas curasen los enfermos que en ellas hubiese. ¿Pues hay, dijo el mercader, quien desagradezca, ó quien no sepa agradecer el bien que le hacen? ¿Hay quien no le parezca que no satisface el beneficio recibido? ¿Quién ha de carecer de tan admirable virtud? Yo creo, respondí, que nadie, si no son los avarientos y los soberbios, que son dos géneros de gente pestilencial en la República; los unos, porque no saben usar de caridad, y los otros porque siempre van contra ella. Y pues se ha ofrecido materia tan excelente y divina virtud, como es el agradecimiento, en tanto que llegamos á Adamuz tengo de referir un caso digno de saberse, que le pasó al autor de este libro viniendo de Salamanca, que no hay vida de hombre ninguno de cuantos andan por el mundo de quien no se pueda escribir una grande historia, y habrá para ella bastante materia. En una dispersión que hubo de estudiantes en Salamanca, por cierto encuentro que tuvo el Corregidor D. Enrique de Bolaños con la

Universidad, y no con ella, sino con los estudiantes, gente briosa, y fácil de moverse para cualquiera alteración; como se quedó la ciudad sin estudiantes, el autor también se fué á su tierra como los demás, que las vacaciones estaban ya muy cerca, tiempo deseado para descanso de los estudiantes. La necesidad suya era tanta, que trilló el camino á la apostólica. Llegó un día al anochecer á las ventas de Murga, y no queriéndole dar posada, por el poco provecho que había de dejar en ellas, pasó adelante solo, y cantando por hacerse compañía, que la voz humana tiene propiedad maravillosa para acompañar á quien no lleva dineros que le puedan quitar. Salieron cuatro hombres con cuatro ballestas, y preguntáronle de dónde venía. Él respondió que de Salamanca. ¿Y á quién deja atrás? preguntaron ellos; y él respondió: Antes todos me dejan á mí, porque ando poco. Pues ¿cómo no se quedó en las ventas? preguntaron. Y él respondió: Porque como no llevo dineros, ni cabalgadura que les pudiera dejar provecho, me dieron voces que me saliese de la venta, y yo las voy dando á Dios porque me acompañe, y juzgue la crueldad de estos venteros. Á lo cual dijo el más pequeño de los ballesteros ó ballesteadores: Preguntamos esto, señor estudiante, por ver si queda atrás quien nos pueda comprar caza, de que tenemos mucha abundancia, y pocos compradores. Y volviéndose á los compañeros, dijo: Gran lástima me ha dado el mal trato y crueldad de que estos venteros usan con la gente de á pié. y más la necesidad que he visto en este estudiante. Llevémosle á nuestro alojamiento, que algún tiempo nos valdrá con Dios esta caridad. Harto mejor, dijo uno, será matarlo (después lo supe) porque no diga que nos ha encontrado, y espante á los caminantes. Al fin el mozuelo dió y tomó con ellos hasta que lo llevaron consigo, porque les pareció que era lo más sano para su negocio. Mostróse el mozuelo muy compasivo, que si bien las ruínes compañías hacen prevaricar una buena inclinación, tal vez naturaleza da una sofrenada, para recordación del primer natural, que por más que se olvide, de cuando en cuando torna á su primer principio. Fuése con ellos, ó por mejor decir, se lo llevaron por unas espesuras, oscuridades y escondrijos, llenos de revueltas y dificultades, que como ya era de noche y sonaba en unas profundidades despeñándose

el agua, y la fuerza del viento sacudía los árboles con gran furia, y al estudiante el temor le hacía de las matas hombres armados que le iban á despeñar en aquella infernal hondura, iba con gran devoción mirando al cielo, y tropezando en la tierra; pero con muy buen ánimo, hablando sin muestras de temor. Llegaron al fin á su habitación, que parecía más de zorras que de hombres, y desenvolviendo mucha cantidad de brasa, que parecía ser de muy buena leña de encina, encendieron, para alumbrarse, unas rajuelas de tea, que les daba la luz bastante que habían menester para toda la noche. La cena fué muy buenos tasajos de venado, si no eran quizá de algún pobre caminante. Él no sabía fiestas que hacerles, diciéndoles cuentos, entreteniéndolos con historias, alabándoles el vivir en aquella soledad apartados del bullicio de la gente. Decíales que el ejercicio de la caza era de caballeros y grandes señores, y que sin duda descendían de alguna buena sangre, pues se inclinaban á él. Si algún disparate se les caía, se lo alababa y solemnizaba por muy gran cosa. Al uno decía que tenía buen rostro, al otro que plantaba bien los piés, al otro que tenía buen ingenio, al otro que hablaba con mucha discreción; que en semejantes conflictos la humildad mezclada con la apacibilidad y distracción, á los pechos que de suyo son fieros, y aun de fieras, los vuelven mansos y amigables. La necesidad en los peligros hace sacar fuerzas de flaqueza; y con gente de aquella traza el temor engendra sospecha, y el ánimo arguye sencillez. Turbarse donde (aunque se teme el daño) no estamos en él, es apresurarlo si ha de venir; y ponerlo en duda y sospecha si no se temía. Él se hubo tan bien con los cazadores de gatos muertos y rellenos, que le regalaron y dieron de cenar, y dos zamarros en que durmiese, y antes que amaneciese, porque no saliese con luz, le dieron de almorzar, y sacándolo al camino aquel mozuelo, el menor de los cuatro, le fué diciendo el peligro en que se habría visto si no fuera por él: y en pago le rogaba no dijese á nadie lo que le había sucedido: despidióse de él, y fué su camino, volviendo atrás muchas veces la cabeza, que aun le parecía que no estaba muy seguro de ellos. Si encontraba algún caminante, le decía que no fuese por aquel camino, porque le había seguido una grandísima sierpe, que no osaba decir otra cosa, pareciéndole que

estaban oyéndolo. Al fin, para abreviar el cuento, habiendo peregrinado por España y fuera de ella más de veinte años, redújose al estado que Dios le tenía señalado; fuése á su tierra, que es Ronda, hízose sacerdote, sirviendo una capellanía de que le hizo merced Felipe II, sapientísimo Rey de España. Después del suceso de los salteadores, veintidos y veintitres años, vinieron en busca de tres ladrones famosos, trayendo lengua de ellos, que estaban en Ronda, que para hurtar tenían esta astucia. Las mujeres vendían buhonería (que todos eran casados), entraban en las casas á vender su mercadería, mirábanlas bien, y daban al punto á sus maridos de las señas de toda la casa, y á la mañana amanecía robada. Llegó á Ronda este soplo, dieron con ellos en la cárcel por la orden del licenciado Morquecho de Miranda, que al presente hacía oficio de Corregidor, siendo Alcalde mayor. Y por abreviar el cuento, dióles tormento, y confesaron de plano: pidióle al autor que los confesase, y en entrando representósele la presencia del uno de ellos, que le hizo cosquillas en el alma; y reparando en el sentimiento que había tenido, halló que era el que le había dado la vida en Sierra-Morena: buscando traza cómo agradecer el bien que le había hecho, y pareciéndole que estaba el negocio muy adelante para rogar por un hombre convencido por su confesión, fuése al juez, y díjole que si hacía justicia de aquél, perdía una grande ocasión secreta. El juez dispuso de los otros dos y dejó aquél, para que descubriese una gran máquina que el confesor le había dicho, y apretándolo después á que hiciese con el delincuente que lo confesase, le respondió: Señor, martirizado de la piedad, y movido del agradecimiento, fingí á vuesa merced lo que sabe: este hombre me libró de la muerte, ha venido á mis manos, querría pagarle el bien que me hizo, y á los jueces tan bien los acompaña la misericordia como la justicia: suplico á vuesa merced por las entrañas de Dios que se compadezca del trabajo de un hombre tan piadoso como éste. Respondió: Estoy pensando cómo satisfacer á vuestra demanda y á mi reputación, y al bien de ese hombre, que por piadoso lo merece: él no está ratificado, y en las cosas criminales tenemos ley del Reino que nos da licencia para poder conmutar la pena de muerte en galeras; yo os siento tan ansiado por agra-

decer el bien que os hizo, que quiero aprovecharme de esta ley, pues no hay parte, y echarlo á galeras donde purgue su pecado. Hincóse de rodillas, agradeciendo á Dios y al juez tan piadosa causa: llevó la nueva al casi muerto preso, que respiró, volvió en sí como de la muerte á la vida, y el autor quedó contentísimo de haber mostrado su agradecimiento en tan apretada ocasión, que siempre las buenas obras tienen guardado su premio en este y en el otro mundo. ¡Extraño suceso, y digno de memoria! (dijeron los mercaderes): ¡qué santa cosa es hacer bien! ¡qué cierto la buena obra es la prisión del corazón noble! ¡qué buen fruto coge quien siembra buenas obras! Que como el vestido cubre el cuerpo, las buenas obras son coberturas del alma. ¡Qué contento quedaría ese hombre cuando hizo este bien! Como queda sabroso el brazo cuando acierta un tiro, así lo queda el alma cuando hace una buena obra. En esta conversación, el acabarse el cuento y descubrir á Adamuz, fué á un mismo tiempo; lugar apacible, puesto en el principio ó fin de Sierra-Morena, en jurisdicción del Marqués del Carpio; y al mismo tiempo se descubrieron aquellos fértiles campos de Andalucía, tan celebrada de la antigüedad por los Campos Elíseos, reposo de las almas bienaventuradas. Posamos y reposamos aquella noche en Adamuz.

DESCANSO XV.

El día siguiente, por ciertos respetos, me fué forzoso (por llegar primero á Málaga que á Ronda), apartarme de los mercaderes, tomando la vía del Carpio; y ellos lo hicieron tan bien conmigo, que me dieron uno de los machos en que iban y dineros, fiando de mí que se lo llevaría á la feria á buen tiempo, y ellos se fueron con las mulas de retorno en que yo había venido hasta allí; el macho era endiablado, que ni se dejaba herrar, ni poner la silla, y por momentos se echaba con la carga, aunque con la compañía había disimulado algo de su malicia, y así en saliendo del lugar, por verse solo y por sus ruínes resabios, en el primer revolcadero se arrojó, cogiéndome una pierna debajo, de suerte que si yo no me echara al mismo tiempo del otro lado, recibiera mucho daño; pero con esta precaución pude levantarme, y llevándolo del diestro muy contra su voluntad un ratillo, se me quitó el dolor, sin entrar el frío que pudiera, si no hiciera aquella diligencia. Eché de ver la ruín compañía que llevaba con mi cabalgadura; pero por si otra vez se echaba, cogí un garrote para usar de un remedio que había oído decir á un viejo, que como la experiencia los ha enseñado, saben más que los mozos, y para semejantes actos, que no son de muchos lances, cerrados los ojos se puede seguir su parecer. Fuí con gran cuidado para otra vez que se quisiese echar, y en sintiéndolo

que iba á caer, dile con el garrote entre ceja y ceja con tal furia, que cayendo le ví volver lo blanco de los ojos, bien arrepentido de haberlo hecho, porque realmente pensé que lo había muerto; pero sacando de presto pan, y mojándolo en vino, díselo, y tornó en sí tan castigado, que nunca más se echó, á lo menos llevándome á mí encima, aunque topó arenales donde pudiera hacerlo. Fuí mi camino, y en llegando á un bosquecillo del Carpio, aunque pequeño, abundantísimo de conejos y otras trazas, en la ribera de Guadalquivir, apeéme á cierta necesidad natural y forzosa, y antes que la comenzase espantóse el macho, dió á huir por el ruido que hizo un culebrón y una zorra que salieron de un zarzal y matas muy espesas que había junto al camino, que debían de estar ambos en una cueva, que la culebra con ningún animal hace amistad sino con la zorra. Ella dió por una parte, y la culebra tras el macho, que como supe después, á cuantos pasaban acosaba, porque habían muerto su compañía: arrojéle una piedra, no pensando que sucediera lo que sucedió, que como la piedra iba por el aire, corrió más que la culebra, y dióla en el espinazo, de que volvió con tal furia contra mí, que si no me pusiera de la otra parte del camino, dejando en medio mucha arena, lo pasara mal, que como no se podía aprovechar de las conchillas que le sirven de piés en la arena, como en lo duro y liso, no se atrevió atravesar el camino; pero cuanto yo más corría por la una banda, ella corría por la otra, con más de una vara de cuello alzado de la tierra, vibrando la lengua muy apriesa, y haciendo cinco ó seis de ella.

Iba yo de manera, que ya no sentía la falta del macho, sino la persecución de la culebra, que me tenía sin aliento, lleno de sudor y cansancio. Los silbos no eran formados ni agudos, sino bajos y continuados, casi al modo que pronunciamos acá las xx. Llegué á una parte del camino, á donde había piedras para tirarle. Paréme, así por descansar, como por aprovecharme de las piedras; pero ella viendo mi temor, quiso pasar por la arena para acometerme, por donde tuve yo esperanza de librarme de ella; porque en entrando no pudo aprovecharse de las conchuelas, ni moverse sino muy poco: animándome lo mejor que pude, le tiré tantas piedras, que casi la vine á enterrar en ellas, y acertándole con una, des-

pués de haberle escupido muchas veces hacia la cabeza (que es veneno contra ellas) la acerté con una piedra media vara más arriba de la cola, donde tiene el principal movimiento, de que no pudo menearse más, y acudiendo con otras muchas, le majé la cabeza, y me senté á descansar. Pasaron por allí dos hombres que iban camino de Adamuz, y me contaron lo que arriba dije. Midiéronla, y tenía diez piés de largo, y de grueso más que muñeca ordinaria. Abriéronla, y halláronle dentro dos muy gentiles gazapos, que estas serpientes son muy voraces y poco bebedoras, aunque pasan mucho tiempo sin mantenimiento; y así hacen tarde la digestión, que en el poco movimiento que ella hacía, bien se echaba de ver que estaba pesada. Consideré en el rato que estuve descansando, qué de cosas hay en el mundo que contrastan la vida del hombre. Que hasta un animal sin piés ni alas le persigue, y le comenzó á perseguir desde su principio antes que otro animal ninguno, ó porque no piense el hombre que se le dió el dominio y jurisdicción en la tierra sin pensión ni trabajo, ó porque con la razón sepa distinguir lo malo de lo bueno, y guardarse de lo que le puede dañar; mediante la cual razón conoce y sabe conocer el mantenimiento provechoso, y desechar el nocivo. Huir de los animales bravos y servirse de los mansos; pero los feroces y dañosos avisan del mal que pueden hacer, ó con las uñas, ó con los cuernos, ó con los dientes, ó con los picos. ¡Mas que un animal sin piés, sin uñas, sin cuernos como éste sea tan horrendo y abominable, que atemorice con sólo mirarle! Ordenación fué de Dios, para sujetar la soberbia del hombre y desjarretársela con la misma inmundicia y asquerosidad de la hez de la tierra, que aun muerta la veía, y me daba horror; y confieso de mí, que siempre que veo semejantes sabandijas, engendran en mí nuevo temor y espanto; ¿pero qué no espantará ver, que una cosa que parece cerbatana ó varal, de su propio movimiento corre tanto como un caballo? ¿Y que con hincar la cabeza en el suelo, dé tan grande golpe á un hombre que lo derribe y aun lo mate, acometiendo á traición que no cara á cara? ¿Que sea tan astuto, que se desnude el hábito viejo y se vista de nuevo? ¿Que se cure la ceguera de sus ojos causada de las humedades del invierno con refregarse en el hinojo la prima-

vera? Son tan contrarios á todos los demás animales, que con ninguno hacen amistad, sino con la zorra, ó porque ambas habitan siempre en cuevas de tierra y piedra, ó por buscar abrigo en el pelo de la zorra. Hasta aquí había estado el ermitaño callando, y aquí parecióle preguntar, como hombre que había estado en soledades y entre ásperas montañas, huyendo el concurso de la gente, viviendo y conversando con animales brutos, ¿cuál era la razón porque estas sabandijas sean tan espantables, como son culebras, lagartos, sapos, escuerzos, áspides, víboras y otras semejantes que suelen verse? Respondíle: Lo primero, que todas las cosas que no vemos y tratamos de ordinario, traen consigo este género de admiración. Lo segundo, que por tener tanto de los dos elementos graves, que son agua y tierra, y tan poco de los elementos leves, que son aire y fuego, que casi no tienen parentesco ni semejanza con el hombre; porque éste tiene de lo espiritual, en que se parece á los Ángeles, y de lo corporal, en que se parece á los animales brutos; y estos en aquella parte terrestre, húmeda y fría, tienen semejanza con las sabandijas, y estas consigo solas, y con las entrañas de la tierra. Lo tercero y último, porque todos los animales que no pueden engendrar de la putrefacción de la tierra, sin generación de su semejante, ni pueden ser para el servicio, ni para el gusto del hombre, á quien Dios les manda que obedezcan, y ellos mismos huyen de su presencia, como de señor á quien aborrecen, por la superioridad y dominio que tienen sobre todas, ó por la antipatía natural. Y esto baste, porque la pérdida de mi macho me da pena y cuidado, y priesa que lo busque. Ya que hube descansado y limpiádome el sudor del rostro, que lo de dentro no pude, fuí buscando mi macho, ó por mejor decir, de los mercaderes, por toda la orilla y ribera del Guadalquivir, sin topar á persona que me supiese dar rastro ni nuevas de él yendo, como iba, cargado con ferreruelo, espada, cogín y alforjas, que todo lo echó por alto, sino es la silla, que la llevaba en la barriga; de suerte, que yo me cargué de todo lo que el macho se descargó, y mucho más me cargaban las matracas que me daban los que me topaban hecho caballo de postillón, que por no dejarlo lo sufría todo. Paréme á descansar un ratillo, antes que pasase el río, donde ví tanta

abundancia de conejos, que estaban más espesos á la orilla del río, que liendres en jubón de arriero, que en todo el día no dejan de venir á beber muchas manadas de ellos. Pasé de la otra parte del río, y entréme á descansar á un mesón que está antes de llegar al pueblo, donde tampoco me supieron dar nueva de mi negro macho, aunque prometí hallazgo, haciendo diligencias con las guardas del bosque. Refresquéme lo mejor que pude de mantenimiento y bebida, con la templanza que el cansancio pedía. Púseme á la puerta del mesón, para ver si pasaba el macho ó persona que de él me diese nuevas. Miré aquel pedazo de tierra en el tiempo que allí estuve, que en fertilidad é influencia del cielo, hermosura de tierra y agua, no he visto cosa mejor en toda la Europa, y para encarecerla de una vez, es tierra que da cuatro frutos al año, sembrándola y cultivándola con regadío de una aceña, con tres ruedas, que la baña abundantísimamente, donde algunos años después pasó en presencia mía una desgracia muy digna de contarse; para que se vea cuánta obligación tienen los hijos de seguir el consejo de los padres, aunque les parezca que repugna á su opinión. Y fué, que siendo Marqués del Carpio Don Luís de Haro, caballero muy digno de este nombre, y muy gallardo de persona, y adornado de virtudes y partes muy dignas de estimar, vinieron allí madereros de la sierra de Segura con algunos millares de vigas muy gruesas; y dando el Marqués licencia y lugar para que las pasasen, alzaron la puente de la pesquera, para que toda el agua se recogiese á un despeñadero ó profundidad, por donde los maderos habían de pasar. Los gancheros eran todos mozos, de muy gentiles personas, fuertes de brazos y ligeros de piés y piernas, grandes nadadores y sufridores de aguas, fríos y trabajos. Quisieron hacer al Marqués una fiesta de gansos, poniéndolos atados entre los dos maderos de la puerta de la pesquera, y como iba el madero despeñándose, por la violencia del grande cuerpo del agua, puesto el ganchero sobre el madero hacia la cabeza del ganso, y tirando del pescuezo, se deslizaba de la mano y caía en la profundidad del agua, saliendo lejos de allí nadando, en que pasaron cosas de mucho gusto y risa, aunque no sin peligro de quien la causaba, que siempre las caídas son de gusto para quien las ve, pero no

para quien las da, especialmente en ejercicios tan poco usados como éste.

Entre estos gancheros venía un mozo recio, de muy gentil talle, alto de cuerpo, rubio, y bien hecho de miembros, grande hacedor de su persona, y que entre todos los demás era conocido y respetado como por de tal opinión, y por grandes fuerzas para cualquier ejercicio de hombres. Este pidió licencia á su padre, que venía en compañía de los otros, para ir á quitar el pescuezo á un ganso que estaba recién puesto; la cual el padre le negó, que los padres, ó por tener más experiencia que los hijos, ó por ser hechura suya y conocer sus inclinaciones, ó por haberlos criado, y conocer de qué pié cojean, ó por el amor entrañable que les tienen, son algo profetas de los bienes ó males de los hijos; y así éste por ningún camino consintió que de su voluntad fuése el hijo á la fiesta; pero diciendo él que no quería que lo tuviese por menos hombre que á los demás, con importunaciones alcanzó de su padre que lo dejase ir, aunque de muy mala gana. Y reprehendiéndole algunos porque lo hacía tan forzado, respondió en presencia mía unas palabras llenas de gran sentimiento y dolor diciendo: No sabe nadie lo que es aventurar un hijo criado, y solo. El mozo fué gallardísimamente, teniendo todos los ojos puestos en él, que en asiendo el cuello del ganso, que él pensaba con facilidad arrancar con la fuerza grande que hizo, estúvose casi colgado de las manos hasta que el madero llegaba ya al cabo, en cuyo remate ó cabeza, deslizándosele la mano, cayó, y dió de cerebro, sumergiéndose en el profundo del charco, sin que más pareciese hasta el día siguiente, con grande espanto y compasión de todos los circunstantes, quedando el padre, que lo estaba mirando, en éxtasis. Todos los gancheros nadando le buscaron, y lo hallaron al día siguiente, que pareció en cierta manera castigo de la desobediencia que tuvo al mandamiento del padre, y ejemplo para cuantos le vieron. Fué contra el precepto y consejo paternal, del cual tienen necesidad todos los que desean acertar. Pasó este caso en este mismo lugar, y en presencia del marqués D. Luís de Haro, y de su hijo el marqués Don Diego López de Haro, que cuando esto se escribe están vivos, y más mozos que el autor, en cuya compañía se halló presen-

te á este infelice suceso. Y porque no habrá lugar de contarlo adelante, se dice aquí, por encargar á los hijos que aunque les parezca que saben más que los padres, en razón de la superioridad que Dios les dió sobre ellos, y representando la persona del verdadero Padre, los han de obedecer y respetar y creer que en cuanto á las costumbres morales saben más que ellos ; porque con esto se merece con el universal Padre de todas las criaturas. Y volviendo al estado presente, y la pena que me daba la falta de mi macho, aquella tarde no pude saber de él, y así me quedé aquella noche en el mesón, sin esperanza de poderlo hallar.

DESCANSO XVI.

Amaneció el sol el día siguiente con unos rayos entre verdes y cetrinos, señal de agua, y yo sin macho, ni esperanza de hallarlo. Fuíme al pueblo á las nueve, ó á las diez, y ví que unos gitanos estaban vendiendo un macho, muy hechas las crines y el trenzado de atrás, con su enjalma y demás aderezos, encareciendo la mansedumbre y el paso con mil embelecos de palabras. Hacía el gitano mil jerigonzas sobre el macho, de manera que tenía ya muchos golosos que le querían comprar. Lleguéme cerca, y ví que era del color del mío; pero desconocido en verlo tan manso, seguro, remozado de crines y cola. Ví que se dejaba tocar á todas las partes del cuerpo sin alterarse, y así no me atreví á pensar que pudiera ser el mío. Alzábanle los piés y manos, dándole palmadas en el pecho y en las ancas, estando él con mucha paciencia y mansedumbre: yo estaba desconfiado de que pudiera ser el mío, pero fuíme por un lado disimuladamente, y púseme delante de él, aunque detrás del gitano, y en viéndome amusgó las orejas, por el conocimiento, ó por el temor que me tenía. Espantéme de ver su tan súbita y no esperada mudanza, y ví que realmente era mi macho: mas no pude imaginar cómo le podía cobrar sin dar testigos ó evidencia de cómo era mío; y así no me arrojé á decir que era hurtado,

y decía entre mí: ¿es posible que sean estos gitanos tan grandes embusteros que en menos de veinticuatro horas hayan hecho este macho de enjalma, y le hayan disfrazado de manera que me ha puesto en duda el conocimiento de él, y que lo hayan hecho más manso que una oveja, siendo peor que un tigre, y que no tenga yo modo para cobrarlo manifestando mi justicia? Pero detúveme un poco, y lleguéme con los demás á ver el macho, y alabándole, pregunté si era gallego. Respondió el gitano: Vuesa merced, ceñor, á fe que sabe mucho de bestiaz, y ha conocido bien la bondad de loz mejorez cuatro piéz que hay en toda Andalucía. No ez gallego, mi ceñor, cino de Illezcas, que allí lo truqué por un cuartago cordovez, y aquí traigo el teztimonio. Será levantado, dije yo entre mí, y junto con esto lo mostró. Ofrecióseme traza para cobrarlo fácilmente, y lleguéme á un hidalgo, á quien ví que todos respetaban, que era de los antiguos criados de aquella casa, llamado Angulo, y le dije: Señor, este macho me han hurtado esos gitanos, y aunque trae enjalma, es de silla; y aunque parece que traen testimonio, es falso. Á lo cual me dijo el hidalgo: Mire, señor estudiante, que conocemos este gitano de mucho tiempo acá, y nos ha tratado siempre verdad. Pues ahora, respondí yo, no la trata, y haciendo vuesa merced las dliigencias que yo le suplicaré, se verá con evidencia la verdad que tengo dicha; y vuesa merced está inclinado á comprarlo porque le parece manso, siendo peor que un demonio.

Pues ¿puede ser fingida, preguntó el hidalgo, aquella mansedumbre y bondad? Sí, señor, respondí yo, porque lo han emborrachado; y no hay bestia tan feroz ni maliciosa que echándole de grado ó por fuerza una azumbre de vino en las tripas, no se amanse más que una oveja: y por esto haga vuesa merced lo que yo le suplicaré, y saldrá de este engaño, viendo que el macho es malicioso, y que es mío. Y lo primero digo á vuesa merced que se lo llegue á comprar, y dígale esto y esto, hablándole algo al oído, é informándole de todo lo conveniente. Fuése el hidalgo, después de bien informado, al gitano, y mirando el macho, le dijo: Yo estoy muy contento de esta bestia, y la comprara si tuviera silla y freno, porque tengo de hacer un viaje muy largo. El gitano se

holgó mucho de ello, y trajo la silla y el freno, diciendo que era el mejor caminador del mundo, y que por pensar que para el campo se vendería más presto, le había puesto la enjalma. En viendo el hidalgo la silla y el freno, halló que conformaba con las señas que yo le había dado, y haciendo lo que yo le había dicho al oído, llevólo á su casa, asegurando á los gitanos que lo quería probar; y túvolo hasta tanto que se gastaron los humos del vino encerrado en su casa. Hecho esto llamó al gitano, y díjole que subiese en el macho y caminase un cuarto de hora faera del pueblo. Subió, aunque era muy suelto, con mucha dificultad, por la poca seguridad del macho, que gastada la suavidad del vino, tornó á su ruín natural, y caminando como un viento, en saliendo de las casas, con la misma furia que llevaba dió consigo y con el gitano en tierra, y cogiéndole una pierna debajo, se revolcó de manera, que fué bien necesaria la ligereza del gitano para que no se la quebrase. Acudió aquel hidalgo desengañado ya de la bellaquería, y le dijo riéndose: ¿Qué desgracia es esta, Maldonado? Señor, dijo el gitano, como está holgado, y mal herrado, se echa con la carga. Y riéndose más el hidalgo, dijo: Pues alzadle los piés, veamos si há menester herradura. Alzóle un pié, y dióle una patada en el carrillo izquierdo, con que le dejó señalada la herradura y los clavos; díjole el hidalgo: Mal se conoce lo que no se ha criado, hermano Maldonado; si vos hubiérades tratado y conocido esta bestia, ni os engañárades, ni nos engañárades. En lo ageno dura poco la posesión: íbades con aquel refrán: quién no te conoce te compre. ¿Por qué pensábades que os preguntó el dueño si era gallego, sino porque como tal os había de dar la coz que os dió? Vos queríades herrarlo; mas él no se os herró á vos? ¿cogistes ayer el macho, y queríades hoy venderlo? Huélgome de saber que también sois nigromántico, pues desde ayer habéis venido de Illescas. Señor, dijo el gitano, yo hice como gitano, y su merced ha de sufrir como caballero; bien eché de ver que este señor sabía de bestias. Descubierto el hurto con la evidencia posible, me dieron mi macho, y me avié camino de Málaga, pasando por Lucena, donde llegando un poco tarde, reposé y comí un bocado, y pensando llegar aquella noche á Benamejí, cuyo camino yo no sabía, partíme

con la relación que me dieron. Las leguas son más largas de lo que yo me pensaba; el camino estaba lleno de lodo, porque la noche antes había llovido muy bien. Yo por priesa que me dí con mi macho, me anocheció una legua antes de llegar á un riachuelo que está entre Lucena y Benamejí. Halléme confuso, por ser la noche oscura, y caminar sin guía, sin encontrar á quién preguntar por el camino, que era domingo en la noche, cuando todos los labradores están en sus casas. Al fin poco á poco, muchas veces tropezando, y algunas cayendo, llegué al río, y en pasando no hallé camino por la otra parte, por una costumbre que tienen los labradores en aquella tierra, que es para desviar los caminantes, para que no les entren por el sembrado, cavar por aquella parte por donde suelen hacer senda los caminantes. Salió del río mi macho lo mejor que pudo, y echó á mano derecha por un cerro que tenía muchas sendas de ovejas, ó de cabras. Llegó á lo más alto que pudo, y estaba tan empinado el cerrillo, que en acabándose la senda ni pude ir adelante, ni volver atrás. Víme en un gran peligro, porque si quería bajar con el pié derecho había de rodar por la sierra abajo hasta llegar á un arroyo salado, donde cuando bien librara llegara la cabeza llena de chichones. Roguéle al macho con mucha humildad que me hiciese la merced de estarse quedo mientras bajaba al revés; pero al tiempo que le mandé que volviese por la sendilla que había subido, él iba tan cansado que se echó, y echándose, como el cerro estaba tan empinado rodó hasta el arroyo salado; yo volví por la senda, hasta llegar al arroyo, y fuí á mi desdichado macho, y lo que pude, ayudéle á levantar, que estaba tan molido que fué menester animarle con sopa en vino, y llevándole del diestro lo más poco á poco que pude, fuí considerando que todo aquello me sucedía por no haber tenido respeto á la fiesta, caminando y haciendo el viaje que se pudiera hacer otro día; que al fin como las fiestas son para dar gracias á Dios y no para hacer jornadas, no puede haber quietud para hablar con Dios despacio. Que trabajando en los días que la Iglesia tiene dedicados para Dios, no solamente no aumenta el provecho, pero por mil caminos viene el daño, como me sucedió esta noche, que yendo con mi macho á mano izquierda por una ladera arriba,

yendo yo por la parte de abajo por animarlo, deslizó, y cogióme debajo; aunque no fué mucho el daño, porque pude fácilmente salir, y dándole sopa en vino pudo subir hasta que descubrí en lo alto del cerro un cortijo, donde me llegué con toda la humildad del mundo; y aunque dí muchos golpes no me respondían, porque había mucha gente, que se había juntado allí aquella noche por ser día de fiesta. Al fin, dí tantos golpes, que me respondió un mozo, y diciéndole con la necesidad que venía, respondióme que me fuese en hora buena; y tornando á llamar, acudió el aperador del cortijo, que en todas sus acciones pareció ser muy hombre de bien, y abriéndome la puerta acudió á mi necesidad y al cansancio de mi macho, y díjome: Perdone vuesa merced, que por estar dando voces sobre una serilla de higos que estos mozos me habían hurtado, no pude responder tan presto. Pues si no es más de por eso, dije yo, no le dé pena, que yo le diré quién se la hurtó. Ángel será vuesa merced, respondió él, y no hombre, si me dice eso. Déjeme reposar, dije yo, y se lo diré. Descansé un rato, y mi macho cenó lo mejor que pudo; yo cené un muy gentil gazpacho, que cosa más sabrosa no he visto en mi vida, que tanto tienen las comidas de bueno, cuanto el estómago tiene de hambre y de necesidad. Fuera de que el aceite de aquella tierra y el vino y vinagre es de lo mejor que hay en toda la Europa. Habiendo cenado, y estando todos los mozos alrededor, le dije al aperador: Este dornajo en que habemos cenado ha de descubrir el hurto de los higos. Dijo uno entre dientes: aún sería el diablo la venida del estudiante. Pedíle al buen hombre un poco de aceite y almagre, y sin que los mozos lo viesen unté el suelo del dornajo con una mezcla que hice del aceite y almagre, y pedíle un cencerro de las vacas, y poniéndolo debajo del dornajo dije, con voz que lo oyeron todos, habiendo puesto el dornajo más adentro, donde estaba el pajar: Pasen todos uno á uno, y dén una palmada en el suelo del dornajo, y en pasando el que hurtó los higos sonará el cencerro. Fueron todos uno á uno, y dió cada uno su palmada en la almagre, y no sonó el cencerro que es lo que todos esperaban. Llaméles á todos, y díjeles que abriesen las palmas de las manos, las cuales tenían todos enalmagradas, si no era él uno de ellos; y así les

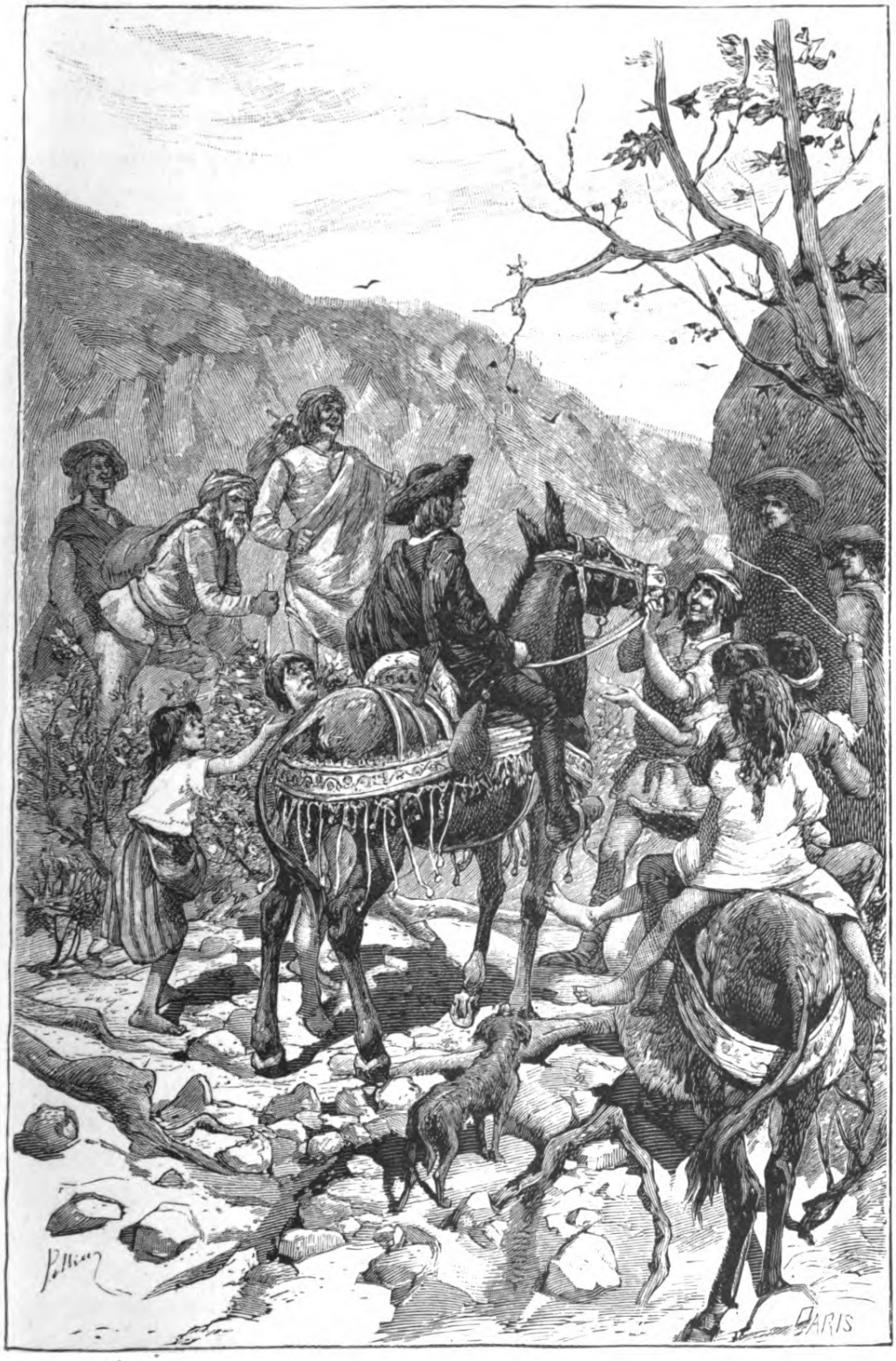
dije á todos: Este gentil hombre hurtó los higos, que porque el cencerro no sonase no osó poner la mano en el dornajo. Él se puso colorado como un escaramujo, y los demás estuvieron toda la noche reventando de risa y dándole matraca, y el aperador muy agradecido de haber hallado sus higos, y yo muy contento del buen acogimiento: y por el buen hospedaje dejéle dos cuchillos damasquinos, con que por poco le corta las orejas al ladrón de los higos.

DESCANSO XVII.

HABIENDO descansado aquella noche lo que parecía que bastaba para los trabajos de mi macho, fuí á rogarle que se animase, y gruñendo alzó la pata, y al mismo tiempo díle un palo, con que se le acordó el trabajo pasado. Sosegóse luégo, y echéle la silla; caminé á Benamejí, que estaba muy cerca, y aunque quise pasar sin que me viese el señor Benamejí, el bellaco del macho se arrojó en su casa, y fué forzoso descansar allí un rato. Al fin, por abreviar el cuento, llegué á Málaga, ó por mejor decir, paréme á vista de ella en un alto que llaman la cuesta de Zambara. Fué tan grande el consuelo que recibí de la vista de ella, y la fragancia que traía el viento, regalándose por aquellas maravillosas huertas cubiertas de todas especies de naranjos y limoneros y llenas de azahar todo el año, que me pareció ver un pedazo de paraíso, porque no hay en toda la redondez de aquel horizonte cosa que no deleite los cinco sentidos. Los ojos se entretienen con la vista de mar y tierra, llena de tanta diversidad de árboles hermosísimos como se hallan en todas las partes que producen semejantes plantas; con la vista del sitio y edificios,

así de casas particulares como de templos excelentísimos, especialmente la iglesia mayor, que no se conoce más alegre templo en todo lo descubierto. Á los oídos deleita con grande admiración la abundancia de los pajarillos, que imitándose unos á otros, no cesan en todo el día y la noche su dulcísima armonía, con un arte sin arte, que como no tienen consonancia ni disonancia, es una confusión dulcísima que mueve á contemplación del universal Hacedor de todas las cosas. Los mantenimientos abundantes y sustanciosos para el gusto y la salud. El de la gente muy apacible, afable y cortesano, y todo es de manera que se pudiera hacer un grande libro de las excelencias de Málaga, y no es mi intento reparar en esto. Negocié á lo que venía en aquella santa iglesia, de donde se pueden sacar muchos sujetos para obispos y oidores, y para gobernar el mundo, entre los cuales hallé un prebendado amigo mío, hombre bien nacido, de grandes y superiores partes, muy digno de estimarse, apasionado, porque sin razón le ofendían las ausencias, hombres que por ningún camino podían correr parejas con él. Que de la misma manera que la envidia no se halla ni se cría sino en pechos olvidados de la buena educación y partes, así acomete siempre á los que las poseen, y resplandecen en actos de ciencia y virtud. Que les parece que reconocer superioridad y ventaja á quien se la tiene es perder el derecho que tienen á la descortesía, á quien se crían subordinados, por falta de buen entendimiento y sobra de mala voluntad. Quejábase que habiendo hecho grandes bienes á un hombre que siempre había tenido pocos ó ningunos, y habiéndole librado de cosas de que él por ningún camino tuviera trazas ni modo para librarse, no sólo no le agradecía, pero buscaba caminos por donde pudiese oscurecer las buenas obras recibidas. Vílo con determinación de volver la hoja, y vengarse de él por la mejor vía que pudiese; pero atajéle con advertirle que arrepentirse del bien que había hecho no cabe en ánimos nobles.

Pues hacer mal, dije, al quien hicistes bien, arguye poca firmeza y constancia en el valor del ánimo. Vengaros por tribunales es yerro notable, porque nunca las ofensas manchan, hasta que lleguen á tan miserable estado; especialmente que si vos me decís que es hombre desadornado de partes



—Ya ha cerrado, mi ceñor. — Cerrada, dije yo entre mí, tengas la puerta del cielo, ladrón, que tal susto me has dado.

heredadas ó adquiridas, ¿qué agradecimiento os ha de tener á vos, si no agradece á Dios haberle puesto en el estado que no merecía, ni pensó merecer? Y pregúntoos, ¿quién hizo mal, él ó vos? Respondióme: Claro está que él. Pues enójese él, dije yo, que hizo tan gran maldad, como no agradecer; que vos que no hicisteis mal, no tenéis de qué sentiros, sino de que estar muy contento. Y no queráis desmerecer con Dios la buena obra que hicisteis. Consolóse de manera que si había sido mi amigo hasta allí, por este consejo creció mucho más la admistad. Y realmente, la quietud del ánimo no admite alteraciones advenedizas de pechos, é intenciones, en quien se asienta mal la paz y tranquilidad del alma. Hanse de huir semejantes recuentros, por el mejor medio que fuere posible; y si es forzosa la comunicación, como sucede en comunidades, usar de ella en sólo aquello que no puede excusarse, llevando siempre por guía la justicia y la verdad, de manera, que los que viven con cuidado .de hallar en qué tropezar, se corran y confundan; y cuando no sucediere como se desea y como sería razón, á lo menos quedará muy seguro en su conciencia y desapasionado quien así lo hubiere hecho. Que el hombre constante, y de ánimo quieto, á sí propio se ha de temer y guardarse de sí más que de los contrarios. Si le ofenden con razón, calle por sí propio, y enmiéndese de la culpa; si le murmuraren sin ella, consuélese, viendo que está libre de calumnia. De suerte, que por todos caminos, el silencio es refugio y acogida de los agravios con malicia. Pero tornando á lo primero, ¿por qué pensáis, le dije, que dicen ordinariamente: nunca falta un Gil que me persiga? que no dicen un don Francisco, ni un don Pedro, sino un Gil, es porque nunca son perseguidores sino hombres bajos como Gil Manzano, Gil Pérez; ni para verdugos y comitres buscan sino hombres infames y bajos, enemigos de piedad, bestias crueles, sin respeto ni vergüenza, inclinados á perseguir á la gente que ven levantarse en actos de virtud, como este miserable de quien os quejáis. De estos la comunicación por ningún camino es buena, porque no son capaces de hacer bien, ni pueden dejar de hacer mal; lo cual se ataja, no conociéndolos para que no lo hagan. Pues suele pasar, dijo, por cerca de mí, sin quitarme el sombrero. Eso, dije yo, ó será por

descuido, ó por descortesía. Si por descortesía, enójese como tengo dicho consigo propio, porque ha hecho mal, y no os enojéis vos por los pecados del otro, que fué descortés y mal criado. Que vos no os habéis de alterar, no habiendo cometido culpa: y si se hace por descuidado, consigo trae la disculpa; porque los que caen en esta inadvertencia, no podemos juzgar si van pensativos, ú ocupados por imaginaciones de negocios que pueden suceder por muchas cosas, é inculpados, de que no podemos ser jueces, no tener ciencia, ni razón de sentirnos y alterarnos. Y en esto de las cortesías, no tenemos de qué enfadarnos. Lo uno, porque el no usarla con nosotros, no es por culpa nuestra. Lo otro, porque quien da, no da más de lo que tiene, y quien no tiene cortesía, no es mucho que no la dé, y la regla general es, que en ninguna manera habemos de tomar fastidio de lo que no sucede por culpa nuestra, que los descorteses su castigo tienen acerca de quien los conoce.

DESCANSO XVIII.

Saliendo de Málaga, me paré entre aquellos naranjos y limoneros, cuya fragancia de olor con gran suavidad conforta el corazón; y púseme á mirar la excelencia de aquella población que así por la influencia del cielo, como por el sitio de la tierra, excede á todas las de Europa en aquella cantidad que su distrito abraza. Y estando en esta contemplación, ví venir hacia mí una cosa que parecía hombre sobre una mula hablando entre sí á solas, con un movimiento de brazos, meneo de rostro y alteración de voz, como si fuera hablando con alguna docena de caminantes. Volví la rienda á mi macho, picándole con toda la priesa posible, antes que pudiese llegar á mí, porque le conocí la enfermedad; que para huir de un hablador de estos querría tener, no solamente piés de galgo, sino alas de paloma; y si ellos supiesen cuán odiosos son á cuantos los oyen, huirían de sí propios. Que la locuacidad, fuera de ser enfadosa y cansada, descubre fácilmente la flaqueza del entendimiento, suena como vaso vacío de sustancia, y manifiesta la poca prudencia del sujeto, y tiene tan buena gracia con las gentes, que jamás son creídos en cosas que digan, porque aunque sea verdad, va tan derramada, ahogada y desconocida entre tantas palabras, como el olor de una rosa entre muchas matas de ruda: son estos

habladores como el helecho, que ni da flor ni fruta: son el raudal de un molino, que á todos los deja sordos y siempre él está corriendo. No hay toro suelto en el coso que tanto me haga huir como un palabrero de éstos, y en resolución no hay buen rato en ellos sino cuando duermen, como me sucedió en éste, que por mucha priesa que me dí á huir, me alcanzó y saludó como el verdugo por las espaldas, y apenas le hube respondido, cuando me preguntó adónde iba, y de dónde era. Á lo primero le respondí, mas á lo segundo no me dió lugar á que le respondiese, y prosiguiendo me dijo: Pregunto de dónde es vuesa merced porque yo soy del reino de Murcia, aunque mis padres fueron montañeses, de un linaje que llaman los Collados. Á lo menos no callados: miréle mientras iba hartándose de hablar (si pudo ser) que tenía razonable cuerpo y talle, aunque era con un gran defecto que era zurdo, y quería parecer derecho. Que aunque la fealdad del zurdo es grande, tengo por peor la del que disfraza, ó quiere disfrazar la falta natural, porque arguye doblez y artificio en lo interior de la condición; y siendo este género de hombres tan conocidos por este defecto, como los eunucos por el de las barbas, así quieren persuadir á que no lo son, como estotros á que no han llegado á edad de barbar, y los unos y los otros con querer negarlo, ó disimularlo, dan á entender cuán grande falta es, pues la niegan.

Este buen hombre, jugando de una y otra mano, y arqueando las cejas, que tenía grandes, con dos rayas entre ellas profundas, ojos aunque no pequeños, cerrados siempre que hablaba, como si con los ojos se oyera, y todo el rostro acabronado, quiero decir, libre, alto y desvergonzado; dijo mil disparates, á que yo nunca estuve atento, porque le conocí luégo. Contó valentías suyas, á las cuales yo estuve tan atento como á todo lo demás, de suerte que nunca me dió lugar para responderle á lo que me había preguntado, hasta que habiendo andado dos leguas, como de tanto hablar había gastado la humedad del cerebro, labios y lengua, en una venta que llaman del Pilarejo, pidió un jarro de agua, y en comenzando á beber le respondí á su pregunta, diciendo: De Ronda. Quitóse el jarro de la boca, y díjome: Huélgome, porque voy hacia allá, de llevar tan buena compañía. Tornó el jarro á la boca,

y mientras acabó de beber, le dije: Antes es la peor del mundo porque no hablaré palabra en todo el camino. ¿Esa virtud del silencio, dijo, tiene vuesa merced? Será prudente y estimado de todo el mundo, que del poco hablar se conoce la prudencia de los sabios, que es una virtud con que un hombre asegura los daños que por su causa sola pueden venir. Yo no soy amigo de hablar: cuando dan tormento á alguno si no habla ni confiesa, lo tienen por valeroso, por haber callado lo que le había de dañar. En un banquete, los callados comen más y mejor que los otros, y hablan menos, porque oveja que bala bocado pierde, aunque yo no soy amigo de hablar. El sueño tan importante para la salud y vida, ha de ser con silencio. Cuando uno está escondido, como suele suceder, en casa agena, por callar se salva, aunque se le salga algún estornudo. Que el silencio es virtud sin trabajo, que no es menester cansarse con libros para callar. El callado está notando lo que otros hablan, para echárselo después en cara. Yo no soy amigo de hablar. Con estos disparates y otros tan materiales, iba alabando el silencio, y cansándome á mí y prosiguiendo con su inclinación, dijo: Yo no soy amigo de hablar, sino por entretener en el camino á vuesa merced que me parece hombre principal, voy aliviando el cansancio. Yo busqué mil invenciones para librarme de él, y seguir mi camino á solas; pero no fué posible dejarlo, y al fin le dije: Señor, yo tengo necesidad de apartarme á la mano izquierda, y pasar este río, porque tengo qué hacer en Coín. ¿Pues por tan desconversable me tiene vuesa merced, dijo él, que no le había de acompañar? Él prosiguió, y como no salió bien lo primero, fuíme divirtiendo con los ruiseñores, que nos daban música por el camino, admirándome de ver con cuánto cuidado se van poniendo delante de los hombres para que oigan la melodía de su canto, á veces llevando el canto llano con la quietud del tenor, y luégo con la disminución del tiple, convidando al contrabajo á que haga el fundamento, sobre que van las voces saliendo á veces sin pensar con el contralto. Concierto no imitado de los hombres, sino enseñado á los hombres, á quien sirven con gran cuidado de darles gusto, pues en la orilla de aquel río, y en cualquiera parte que los haya, tanto con más excelencia usan de su armonía, cuanto más cerca se

hallan de los hombres. Con esto pude disimular, y sufrir algún tanto la gotera y continuación de este impertinente hablador, hasta que llegamos á una venta, donde fué forzoso comer. En acabando yo me hice enfermo, por quedarme sin él, mas él dijo: Juntos salimos de Málaga, juntos habemos de llegar á Ronda; que como yo callaba y él hablaba cuanto quería, le parecí bien para compañía. Víme cansado, atajado y molido; porque aunque confieso de mí que sé usar de la paciencia en muchas cosas, sé que no la tengo para oir hablar mucho y prolijamente, y así me determiné á usar del remedio contra los habladores, que es hablar más que ellos. En acabando de comer el buen hombre, extendiendo los brazos con un gran bostezo, comenzó á decir: Por aquí pasó el Rey Don Fernando y su gente, cuando después de ganada Ronda vino sobre Málaga, y habiéndole faltado recursos por los muchos gastos que se le habían recrecido, y por haber acosado á los pueblos circunvecinos con los continuos rencuentros, trazas y estratagemas de que había usado por ganar á Ronda, estuvieron dos ó tres días los soldados sin recibir mantenimiento, por donde pensaron perecer de hambre. Yo le atajé con gran furia, diciendo: Y aun yo me acuerdo que lo oí contar á mi bisabuelo, que había traído de la campiña de los pueblos circunvecinos de cristianos de Ronda una gran manada de ganado de cerda, de que ahora hay más abundancia que en toda España para mantenimiento del real: como se hubiese acabado ya todo el ganado vacuno, y quedasen algunos cochinos, mandó el Rey Católico que le guardasen una docena de ellos, y que por ningún camino tocasen á ellos, por ser grandes y largos para casta. Como los soldados, gente sin paciencia, se veían perecer de hambre, y la provisión que esperaban se tardaba, aunque estaban atrincherados, y cercados de enemigos de toda la Hoya de Málaga, donde por fuerza habían de vivir con recato, vieron dos ó tres camaradas que se habían desmandado los puercos hacia la espesura de estos árboles, por la ribera del río, que como llevaban seguridad y salvo-conducto, nadie tocaba á ellos. Acudió un arcabucero de la camarada, y por entre las ramas le encerró dos balas en el cuerpo á un cochino de aquellos. ¡Arma, dijeron todos, arma, enemigos, arma! Púsose todo el real en arma;

los soldados arrastraron el puerco hacia su tienda, y metiéronlo entre la ropa de un baúl. Acudieron á todas las partes por donde se podía temer flaqueza ó peligro, porque en semejantes ocasiones ninguno sino los centinelas pueden disparar un arcabuz; y como hallaron seguridad, mandóse que se hiciese pesquisa por un sargento mayor adónde y por qué se había disparado el arcabuz: echóse de ver que había sido por la muerte del cochino. Los tres soldados con los piés borraron el rastro de la sangre, y envolviéndole entre sus vestidos y camisas, lo encerraron en el suelo del baúl, que le sirvió de sepulcro hasta que llegó el sargento mayor, é informándose de tienda en tienda. Llegando á la de los soldados, negando ellos lo del cochino, llegó el sargento mayor á mirar detrás del baúl, y en meneándolo, el cochino de lo entrañable de las tripas en contrabajo dió un profundo gruñido, porque no era muerto, y secundó con otro más recio.

El sargento mayor, que se enteró del caso, y padecía tanta hambre como ellos, mirólos sin hablar palabra. Ellos erizado el cabello, temblándoles las manos, y confuso el rostro, cuando entendieron que los había de ahorcar ó hacer otro castigo muy grave, el sargento mayor, poniendo el dedo en la boca, les dijo: Envíenme mi parte, y comamos todos. Con mucha disimulación tornó á su pesquisa de tienda en tienda, y cuando llegó á la suya, halló entre unos drapos sucios la parte del cochino, que le pareció había venido del cielo. Entonces dijo el hablador: Pues á propósito de esto contaré; y al momento atajéle con decir: Pues no paró aquí, ni he contado la mitad del cuento, y diciendo mil disparates, semejantes á los pasados, lo rendí de manera que cogió su mula y se fué camino de Alora sin despedirse, y yo me quedé en la venta de Don Sancho, descansando de lo mucho qne había hablado y había sufrido hablar, que con ser el medio con que se entienden los hombres unos con otros, la demasía destruye el buen fin para que fué concedido á los hombres, y no á los demás animales; la comunicación del hablar, y la dulzura de la lengua que tantas excelencias tiene, y que ella es el intérprete del alma, satisfactoria á lo que le preguntan, exhortadora al bien, consoladora en el mal, relatora fiel de las sentencias, medianera en las amistades, agradable para el oído, en la

soledad compañera, declamadora para persuadir, y voz para comunicarnos. Dejo otros muchos provechos, que aunque son materiales, son muy necesarios, como es traer la lengua el mantenimiento de una parte á otra, para que si está muy caliente se temple, y si está frío se acaliente, y baje al estómago, de manera que lo abrace bien. Mas, ¡qué asquerosa y babosa fuera la boca, si no hubiera lengua que recogiera la saliva que sin licencia se destila del celebro, y sube del estómago? ¿Cómo se pudiera arrancar la flema del pecho si no ayudara la lengua? ¿Quién negará la gracia que tiene para pedir, y la desgracia para despedir? Maravillosas propiedades tiene para lo material.

DESCANSO XIX.

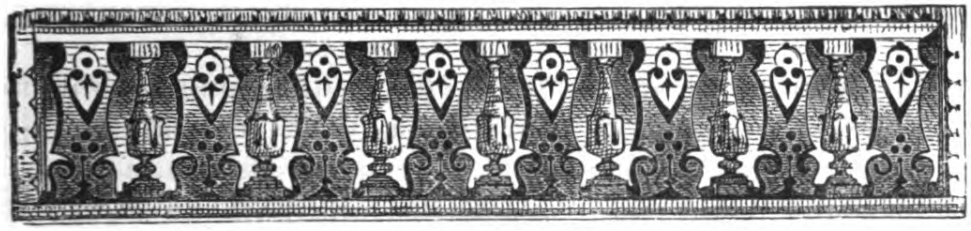
PERO ¿quién, ó cómo podrá decir las calidades de la lengua, aunque ella propia tuviese su libre albebrío sin tener dependencia de otra parte, para hablar de sí? Dicen algunos que es de hechura de hierro de lanza, y engáñanse, porque ni es tan ancha por lo ancho, ni tan puntiaguda por el remate. Á mí me parece que tiene hechura de cabeza de culebra; y quien quisiere advertir en ello, véala mirándose á un espejo, y hallará lo que digo: verá el fácil movimiento que tiene, más veloz que todos los demás miembros del cuerpo, como de su movimiento propio se alarga y se encoge, se angosta y ensancha, con qué ligereza sube á lo alto de la boca, y baja á lo bajo, y se mueve al un labio y al otro, cómo sale afuera, y vuelve adentro, sin ver con qué se alarga, ni dónde se encoge: y mirándolo con todos estos accidentes parece víbora que está á la boca de su cueva para salir ó no salir. Y en fin sale, teniendo en su guarda y defensa los dos adarves de dientes y labios, que le estorban la libertad del hablar, pero no por eso deja de hablar cuanto le mandan, y algunas veces mucho más de lo que le mandan. Vicio infame, y que ordinariamente se halla en gente muy humilde, como

pescaderas y lavanderas; y si son hombres, son semejantes en nacimiento y costumbres, que si pensasen cuánto importa para la quietud de la vida y seguridad de la muerte, antes querrían ser mudos que hablar tanto y tan mal. Mil veces he pensado por qué llaman á estos deslenguados, teniendo tan larga la lengua. Y dejadas otras razones, digo que como hablan tanto, y tan mal, parece que han de tener la lengua gastada y consumida de hablar; y por eso les llaman deslenguados, siendo lenguados, y aun acedías, pues tantas engendran en quien los sufre. Y dije que parece la lengua cabeza de culebra, porque tan dispuesta se halla para picar ó morder, como para alabar ó persuadir. Mas ¡cuán dulce cosa es decir bien! ¡Qué de amigos se granjean por ello, y qué de enemigos por lo contrario! En cuantas pesadumbres suceden en el mundo habría templanza y moderación, si la hubiese en la lengua, que por ella se traban cuantas pendencias suceden en las comunidades ó cabildos. ¡Qué fácil cosa es conceder una verdad, y qué dificultoso contradecirla! Pues al fin no se ha de dar razón conveniente para derribarla. El contradecir la verdad, por salir (como dicen) cada uno con la suya, bien se echa de ver que es estimarla en poco, y su misma reputación. Que aunque por algunos respetos le dejan salir con su intención, al fin todos echan de ver la vanidad que sustentaba, y él queda corrido y arrepentido; y á todos los que se aprovechan mal de la lengua les viene luégo el pesar al pié de la obra. Tristes de aquellos que ponen su justicia en la confianza de su ruín lengua, que si por ese camino la alcanzan, toda la vida pasan con escrúpulo, y la muerte sin restitución (quizá me engaño). Todas las heridas que un hombre da con el brazo paran allí donde se recibe el daño. Si ofende con la pisada no pasa de allí el daño. Pero la herida que hace la lengua (como dice el doctísimo Pedro de Valencia) va cundiendo y extendiéndose de la misma manera que el movimiento que hace una piedra en un charco de agua, que á todas partes se va extendiendo, ó como la voz que se da al aire, que á todas partes corre, y va creciendo, que la palabra una vez echada no sabe volverse á su dueño, ni es señor de lo que pudo retener en sí y lo dejó ir. Llaman satírico de pocos años á esta parte al que tiene ruín lengua; mas impropia-

mente, que no tiene lo uno parentesco con lo otro; porque las sátiras no nacen de la ponzoña de la lengua, sino del celo de reprehender un vicio, que por ser insensible él en sí, se reprehende en quien lo tiene. Mas la hambre y sed de la ruín lengua no tiene discurso como el que compone la sátira; y si lo tuviese, ó espacio para pensar los inconvenientes, no se arrojaría tan fácilmente contra la honra del prójimo. Aquel filósofo que preguntándole cuál era el animal más ponzoñoso en la mordedura, respondió que de los bravos el maldiciente, y de los mansos el lisonjero, no declaró cuál se llama verdaderamente lisonjera, que realmente la lisonja es una mentira dicha con blandura en alabanza del presente: como si á un hombre ignorante le llamasen sabio, ó á la mujer fea la llamasen hermosa.

Esta es realmente adulación y conocida lisonja, y es grande maldad decirla, y mayor ignorancia consentirla; pero no se llamará lisonja á la mujer que es medianamente hermosa y parece bien, llamarla muy hermosa, ni al hombre que tiene razonable talle, decirle que es gentil hombre; ni lo será al que canta á gusto de quien lo oye, decirle que es un Orfeo, ni al que es muy razonable poeta decirle que es un Horacio, que algo se ha de añadir para que los ánimos se alienten á pasar adelante con los actos de virtud; porque si la honra es el premio de la virtud (como lo es) ¿cómo sabrá el virtuoso la opinión que tiene en el pueblo si no se lo dicen en su cara, y le animan para que prosiga en merecer más y más cada día? Así que decirle bien de sí propio al que tiene en qué fundarlo no es lisonja, sino dejarlo sabroso para que no cese en su propósito; y el que lo dice, sabiéndolo decir, se acredita de afable, y de juez que conoce lo que se debe á las buenas partes. ¿Quién será tan inhumano que tenga por lisonja decirle á Lope de Vega que no ha habido en la antigüedad más excelente ingenio por el camino que ha seguido? ¿Ni tan bruto que porque el otro sabe echar cuatro pullas con donaire, diga que es gran poeta? Todos estos son oficios de la lengua, que si es como la de aquel hablador, todo lo destruye y todo lo daña, así solapando el mal, como desacreditado el bien; porque en la demasía es imposible caber los actos de justicia, y más si el hablar mucho cabe en una mujer ignorante y her-

mosa, que para un hombre de recogimiento y estudio hace más ruido y ocupa más en una casa que un corral de doscientas gallinas. El hablar mucho está lleno de mil inconvenientes, y pocos habladores ó ningunos he visto enmendados; porque cuanto más viven y duran, crece más la licencia del hablar y el parecerles que lo pueden hacer. El hablar con moderación regala el oído, cría voluntad y amor en quien lo oye, y hace una armonía en el oyente, que no hay cuatro voces concertadas que así lo suspendan. Mas, ¿qué fuera de la música de voces si no hubiera lengua que pronunciara las sílabas y formara los puntos? Parecieran los músicos vacas en acequias, ó azudas en procesión. Y aunque yo use mal del precepto que doy en hablar poco, no puedo dejar de condenar un género de gentes que en comenzando á hablar son como rueda de cohetes, que hasta que ha despedido toda la pólvora no pára. Son descorteses si no oyen lo que les responden, y se hacen odiosos á todo el mundo. Hase de hablar lo ñecesario, respondiendo y dando lugar á que se responda con silencio justo, ó ajustado con la conversación, si pudiere ser con agudeza y donaire, si no á lo menos con cordura, moderación y aplauso, no pensando que se lo han de hablar todo. Como divinamente hace Doña Ana de Zuazo, que usa de la lengua para cantar y hablar con gracia, concedida del cielo para milagro de la tierra. Ó como Doña María Carrión, que si no fuera con tantas ventajas hermosa, con sola la cordura y gracia de su lengua pudiera ser estimada en el mundo. No quiero traer en consecuencia de esto á los grandes oradores, como es el Maestro Santiago Pico de Oro, al Padre Fráy Gregorio de Pedrosa, al Padre Fráy Plácido Tosantos, y el Maestro Ortensio, divino ingenio, el Padre Salablanca, tan semejante en la vida á la excelencia de sus palabras, y otros excelentísimos sujetos, que parece que hablan con lenguas de ángeles más que de hombres. Pero para reprehender el mucho hablar he yo hablado demasiado, por persuadir á quien tiene esta falta que se reforme en ella. Aquella noche descansé en un pueblo que está cerca del camino que llaman Cazarabonela, abundantísimo de naranjas y limones, con muchas aguas y frescuras, aunque al pié de muy altas peñas.



DESCANSO XX.

Por la mañana tomé el camino por entre aquellas asperezas de riscos y árboles muy espesos, donde ví una extrañeza entre muchas que hay en todo aquel distrito, que nacía de una peña un gran caño de agua, que salía con mucha furia hacia afuera, como si fuera hecho á mano, mirando al oriente, muy templada, más caliente que fría, y en volviendo la punta del peñasco salía otro caño correspondiente á éste, muy helado, que miraba al poniente; en lo primero el romero florido, y á dos pasos aun sin hojas, y todo cuanto hay por ahí es de esta manera. Unas zarzas sin hojas, y otras con moras verdes, y poco adelante con moras negras. Todo cuanto mira á Málaga muy de primavera, y cuanto mira á Ronda muy de invierno, y así es todo el camino. Por entre aquellos árboles muy lleno el camino de manantiales y aguas, que se despeñan de aquellas altísimas breñas y sierras, por entre muy espesas encinas, lentiscos y robles; y como sólo imaginando en las extrañas cosas que la naturaleza cría, cuando sin pensar dí con una transmigración de gitanos, en un arroyo que llaman de las Doncellas, que me hiciera volver atrás si no me hubieran visto, porque se me representó luégo las muertes que sucedían entonces por los caminos, hechas por gitanos y moriscos; como el camino era poco usado, y yo me ví solo y sin esperanza de que pudiera pasar gente que

me acompañara, con el mejor ánimo que pude, al mismo tiempo que ellos me comenzaron á pedir limosna, les dije: Esté en hora buena la gente. Ellos estaban bebiendo agua, y yo les convidé con vino, y alarguéles una bota de Pedro Jiménez de Málaga, y el pan que traía, con que se holgaron; pero no cesaron de hablar y pedir más y más. Yo tengo costumbre, y cualquiera que caminare solo la debe tener, de trocar en el pueblo la plata ú oro que há menester para el espacio que hay de un pueblo á otro, porque es peligrosísimo sacar oro ó plata en las ventas, ó por el camino, y trayendo en la faltriquera menudos, saqué un puñado, con que les dí y repartí limosna (que nunca la dí de mejor gana en toda mi vida) á cada uno como me pareció. Las gitanas iban de dos en dos, en unas yeguas y cuartagos muy flacos; los muchachos de tres en tres, y de cuatro en cuatro, en unos jumentos cojos y mancos. Los bellacones de los gitanos á pié, sueltos como un viento, y entonces me parecieron muy altos y membrudos, que el temor hace las cosas mayores de lo que son; el camino es estrecho y peligroso, lleno de raíces de los árboles, muchos y muy espesos, y el macho tropezaba cuanto podía; dábanle los gitanos palmadas en las ancas, y á mí me pareció que me las querían dar en el alma; porque yo iba por lo más bajo y angosto, y los gitanos por los lados superiores á mí, por veredillas enredadas con mil matas de chaparros y lentiscos, que cada momento me parecía que me iban ya á pegar; y en medio de esta turbación y miedo, yendo mirando con cuidado á los lados, moviendo los ojos, sin mover el rostro, llegó un gitano de improviso, y asió del freno y la barbada del macho, y queriéndome yo arrojar en el suelo dijo el bellaco del gitano: Ya ha cerrado, mi ceñor. Cerrada, dije yo entre mí, tengas la puerta del cielo, ladrón, que tal susto me has dado. Preguntaron si lo quería trocar, y habiéndome atribulado del trago pasado, y de lo que podía suceder; mas considerando que su deseo era de hurtar, y que no podía echarlos de mí sino con esperanzas de mayor ganancia, con el mayor semblante que pude, saque más menudos, y repartiéndolos entre ellos, dije: Por cierto, hermanos, sí hiciera de muy buena gana, pero dejo atrás un amigo mío mercader, que se le ha cansado un macho en que trae una carga de

moneda, y voy al pueblo á buscar una bestia para traerla. En oyendo decir mercader solo, macho cansado, carga de moneda, dijeron: Vaya su merced en hora buena, que en Ronda le serviremos la limosna que nos ha hecho. Piqué al macho, y le hice caminar por aquellas breñas más de lo que él quisiera. Ellos quedaron hablando en su lenguaje de jerigonza, y debieron de esperar ó acechar al mercader para pedirle limosna, como suelen, que si no usara de esta estratagema, yo lo pasara mal. Sabe Dios cuántas veces me pesó de haber dejado la compañía del hablador, cuando hablara mucho y me enfadara, mas al fin no me pusiera en el peligro en que estuve. Que realmente para caminar, por enfadosa que sea la compañía tiene más de bueno que de malo, y aunque sea muy ruín, la puede hacer buena el buen compañero, no comunicándole cosas que no sean muy justas. Y para tratar de lo que se ofrece á la vista, por el camino es buena cualquiera compañía. Que bien nos dió á entender Dios esta verdad cuando acompañó un brazo con otro, una pierna con otra, ojos y oídos, y los demás miembros del cuerpo humano, que todos son doblados sino la lengua, para que sepa el hombre que ha de oir mucho y hablar poco. Iba volviendo el rostro atrás, para ver si me seguían los gitanos, que como eran muchos, podían seguirme unos y quedarse otros; pero la misma codicia que cebó á los unos detuvo á los otros, y así me dejaron de seguir. Llegué al pueblo más cansado que llegara si no fuera por miedo de los gitanos. Después ví en Sevilla castigar por ladrón á uno de los gitanos, y una de las gitanas por hechicera en Madrid; pero después que estuve sosegado y sin alteración, se me representó en aquellos gitanos la huída de los hijos de Israel de Egipto. Iban unos gitanillos desnudos, otros con un coleto acuchillado, ó con un sayo roto sobre la carne: otro ensayándose en el juego de la corregüela. Las gitanas, una muy bien vestida, con muchas patenas y ajorcas de plata, y las otras medio vestidas y desnudas, y cortadas las faldas por vergonzoso lugar: llevaban una docena de jumentillos cojos y ciegos, pero ligeros y agudos como el viento, que los hacían caminar más que podían. Dios me ofreció y deparó aquella estratagema, porque los gitanos eran tantos que bastaban para saquear un pueblo de

cien casas. Reposé y comí en aquel pueblo, y á la noche llegué á Ronda, donde hallé á mis mercaderes muy deseosos de verme y muy adelante en su trato. Lo que allí me pasó no es de consideración, porque en una feria tan caudalosa son tantos los enredos, trazas, hurtos y embelecos que pasan, que para cada uno es menester una historia. Yo no iba á tratar ni á contratar, sino á negocios de mis estudios, y visitar mis parientes; pero servíles á los mercaderes de gozquecillo, para mostrarles algunas cosas muy notables y dignas de ver que tiene aquella ciudad, así por naturaleza, como por artificio, como es el edificio famoso de la mina por donde se proveía de agua siempre que estaba cercada de contrarios.

Esta ciudad fué reedificada de las ruinas de Munda, que ahora llaman Ronda la vieja: ciudad donde tan apretado se vió César de los hijos de Pompeyo, que confiesa él mismo que siempre peleó por vencer, y allí por no ser vencido. Está edificada sobre un risco tan alto, que yo doy fe que haciendo sol en la ciudad, en la profundidad, que está dentro de ella misma, entre dos peñas tajadas, estaba lloviendo en unos molinos y batanes, que sirven á la ciudad, de donde subían los hombres mojados; y preguntándoles de qué, respondían que llovía muy bien entre los dos riscos que dividen la ciudad del arrabal. Dígolo á fin de que cuando esta ciudad se edificó, por la falta que había de fuentes arriba les fué forzoso hacer una mina, rompiendo por el mismo risco hasta el río, que no hay en toda ella cosa que no sea de la misma dureza de la piedra, en que hay cuatrocientos escalones, poco más ó menos, por donde bajaban por agua los míseros esclavos cautivos, en el cual trabajo morían algunos; y se tiene por tradición antigua que una cruz que yo he visto al medio de la escalera, la hizo un cristiano, que del mismo trabajo reventó, con la uña del dedo pulgar, tan honda, que fuera menester más que punta de daga para hacerla. Es de la misma grandeza de rayas que un Cristo que está en la iglesia antigua de Córdoba, hecho por manos de otro santo cautivo, y con el mismo trabajo. Algunos han dicho que tan insigne obra no pudo ser hecha sino de romanos. Pero hay en contrario una piedra grande que está en el fundamento de la torre que llaman del homenaje, que está escrita de letras latinas, y

están vueltas hacia abajo, que si supieran leerlas no las pusieran al revés. Fuera de que las calles son todas angostas, y las casas, que se heredaron de la antigüedad bajas, muy fuera de la costumbre de los romanos y españoles. Sea como fuere, el edificio de la mina es hecho con mucho trabajo y cuidado, y de las más memorables obras que hay de la antigüedad en España; y que esta ciudad fuese edificada de las ruinas de Munda, en mil piedras que allí hay se echa de ver, y en algunos ídolos que hay, entre los cuales son excelentes dos que hay de muy maltratados, de alabastro, en las casas de Don Rodrigo de Ovalle, en que ahora vive, heredadas de sus padres y abuelos á quien yo conocí: y aunque yo no hago oficio de historiador, no puedo dejar de decir de paso, que engañado Ambrosio de Morales por la semejanza del nombre, dijo que Munda había sido un lugarcillo edificado á la falda de Sierrabermeja, que se llama Munda, que si hubiera visto esta tierra no lo dijera. Porque á lo que dice Paulo Hircio que hay desde Osuna á Munda, concierta esta verdad, y con estar vivo hoy el coliseo grande, y que muestra haber sido colonia de romanos, que yo ví años de ochenta y seis. Junto con esto me acuerdo que oí decir á Juan Luzón, caballero de muy gentil entendimiento y buenas letras, y un hidalgo, nieto é hijo de conquistadores, que se llamaba Cárdenas, que en un cortijo suyo que está en el mismo sitio de Munda, arando unos gañanes, hallaron una piedra en que estaban estas letras: *Munda Imperatore Sabino*. Junto con esto le oí decir á mis abuelos, que eran hijos de conquistadores, y tuvieron repartimiento de los Reyes Católicos. Y esto digo, porque como se van acabando los que lo saben, quede esta verdad asentada para la posteridad. Tiene aquella ciudad naturalmente cosas que se pueden ir á ver, por monstruosas de muchas leguas, por la extrañeza de aquellas altas peñas y riscos. Es abundantísima de todo lo necesario para la vida, y así salen pocos hombres de ella para ver el mundo; pero los que salen, así para soldados como para otras profesiones, prueban muy bien en cualquiera ministerio, y porque no haga oficio de historiador, paso fácilmente por estas verdades. Yo mostré á los mercaderes lo que pude, y los dejé con intento de ir á las Indias occidentales.

DESCANSO XXI.

Yo negocié á lo que iba, y vine á Salamanca, donde estuve hasta que se hizo una armada en Santander, de donde fué general Pedro Meléndez de Avilés, adelantado de la Florida, muy gran marinero, que por ser para navegar se la encomendaron. Yo con el deseo que tenía de ver mundo desamparé los estudios, y me acogí en compañía de un amigo capitán, que iba haciendo gente para la dicha armada, que quien viera la gente que se juntó en ella de Andalucía y Castilla, juzgara que para todo el mundo bastaba: pero como la mano de Dios lo gobierna todo, y sin su incomprehensible voluntad, ni el poder de los reyes, ni el valor de los generales, ni la furia de los grandes soldados es bastante para derribar la flaqueza de un miserable hombre, tuvo infelicísimo fin aquel poderoso ejército: no en batalla, porque no llegó á ese punto, sino que se cundió una enfermedad en los soldados, de que casi todos murieron sin salir del puerto. Embarcóse lucidísima gente moza y robusta, con muy grandes esperanzas que el gallardo brío les prometía. Yo me embarqué en una zabra con la compañía en que fuí, aunque con diferente capitán, porque hubo reformación, y de este segundo fuí yo alférez en armada, de quien se dijo: Desdichada la madre que no tuvo hijo alférez. Era almirante don Diego

Maldonado, caballero de bonísimo gusto, en cuya gracia yo caí, y en su desgracia nunca, por cuyo respeto me dió su bandera el segundo capitán. Diéronme unas tercianas dobles que andaban fuera y dentro del mar; y como nunca las cosas, por poco prósperas que sean, se poseen sin envidia, dió en tenerla de mí un hidalguete de la misma compañía que traía ocho ó diez camaradas que procuraban con grandes veras derribarme del oficio de alférez; pero cuanto más ellos ocasiones me daban para su intento, tanto más me apartaba yo de tomarlas; porque puesto un hombre en ellas, mal sabe resistirse, y no hay remedio tan excelente para huir los males, como no aceptar el envite de las ocasiones, particularmente en la edad robusta que yo entonces tenía, que aunque no era muy mozo, era muy colérico, y la enfermedad me hacía andar desgraciado. Por apartarme de este hidalguete me estuve en tierra algunos días sin entrar en el navío, que todo esto se ha de hacer por evitar pesadumbres: y una huéspeda mía me curaba las calenturas con darme á beber vino de Rivadavia con suciedad de ratones, que los enfermos todo lo creen, como vaya en orden de darles salud. Como yo era fogoso, más se encendían las calenturas, y más se encendía el odio del envidioso; de suerte que por su causa me mandaron que fuese al navío: hícelo, y aun estando con mi calentura; y como él estaba puesto en su malicia, determinó con sus camaradas, con quien el pobre gastaba lo poco que tenía muy bien, de darme la ocasión á manos llenas. Yo sabía nadar, y él no; fué tanta la ocasión, que me obligó á responder: estando él y sus camaradas al bordo del navío, me desmintió. Ofrecióseme de improviso si le daba un bofetón, que me ponía en peligro que los camaradas me diesen de puñaladas; y así, sin hablar palabra, me abracé con él, y me arrojé en el mar, y dándole cuatro coces donde los camaradas no podían ayudarle, echélo á fondo, y dando dos braceadas, asíme al bordo de la chalupa. El pobre, habiendo tragado algunos cuartillos de agua, salió hacia arriba; y lo primero que encontró con qué asirse fué una pierna mía, que agarró tan fuertemente, que con muchas coces que le dí con la otra, no fué posible hacer que la soltase. Los bellacones, en cuyo favor y ánimo él se había fundado para atreverse, en lugar de favo-

recerle á él y á mí, estaban al bordo del navío pereciendo de risa de verlo asido de mi pierna, y á mí asido de la chalupa. Yo dí voces á los marineros, porque él no podía hablar, que echasen un cabo: echáronle y bajaron dos de ellos, y como si fuéramos dos atunes, dieron con nosotros en la chalupa, aunque á mí sólo me estorbaba para salir no dejar el otro mi pierna; pero él, como se vió en elemento que no conocía, salió medio ahogado: subidos arriba, le dieron al otro ciertas coces en la barriga, con que vomitó el agua mala, y yo me enjugué de la que había cogido en el vestido: de suerte, que para la vida le aprovechó más al pobre una pierna del enemigo, que doce brazos de sus amigos; que ordena el cielo de manera las cosas, que las amistades y favores fundados en malos intentos, no aprovechen para el mal fin. Nadie se fíe en lo que no fuere suyo, que es fácil el prometer ayuda y dudoso darla, que cada uno en la ocasión mira su daño, y no la obligación en que le pusieron. Dábale osadía el desprecio mío con el favor de los otros, y en ese mismo desprecio halló la vida que por el favor tuvo en duda. Yo con mi determinación deshice mi agravio, ahuyenté la calentura y dí que reir á toda la armada. En confianza de ageno favor nadie se atreva á hacer cosas mal hechas. Súpolo el adelantado, que rió mucho de ello. Vino á vernos el almirante por saber que había sido conmigo la pesadumbre, y diciendo con grandísima gracia: Estas amistades pasadas por agua y hechas por Neptuno, yo como almirante las confirmo; y pues saben, señores soldados, que debajo de bandera no hay agravio, al que lo hiciere se le darán tres tratos de cuerda, y al que lo sufriere le tendrán por muy honrado soldado, considerado y cuerdo. Regaló al medio muerto de temor, y á mí me llevó á comer consigo, diciendo mis disparates á cuantos encontraba de la armada, que fué tan desdichada, que de casi veinte mil soldados que se embarcaron muy gallardos, sólo trescientos quedaron de provecho, que llevó el capitán Vanegas á donde le mandaron, que no bastó la diligencia del conde de Olivares, excelentísimo ministro, capaz para gobernar un mundo, discreto, sagaz y sabio en todas materias. Murió allí el adelantado, y otros grandes ministros de S. M., con que aquella gran máquina se acabó de deshacer. Yo disparé como

los demás que quedaron á reparar la salud con la convalecencia: que realmente todos los que no murieron cayeron enfermos: y entendióse que se hizo algun daño en los mantenimientos. Salí de Santander, y tomé mi derrota por Laredo y Portugalete: llegué á Bilbao, donde me siguió mi fortuna, como suele. Aunque no iba muy recio ni convalecido, llevaba algunas galillas de soldado; y como aquella armada había dado tan grande tronido, todos gustaban de ver soldados de ella. Las mujeres particularmente, como más noveleras, salían á ver cualquiera soldado que venía.

Estando en una Iglesia de Bilbao, puso los ojos en mí una vizcaína muy hermosa, que las hay en extremo de lindísimos rostros; yo correspondí de manera, que antes que saliese, dijo, despues de haber hablado un gran rato, y dádo y tomado sobre cierta inclinación que tenía de venir á Castilla, que pasase aquella noche por su casa, y que hiciese una seña. Yo la dije: que señas ordinarias son muy sospechosas, y así, que en oyendo el ruido de un gato, se pusiese á la ventana, que yo sería. Túvele en cuidado, y á las doce de la noche, cuando me pareció que no había gente, fuí arrimado á una pared que hacía sombra, y con mucho silencio me puse en un rinconcillo que estaba debajo de su ventana, donde por la sombra no podía ser visto, y entonces hice la seña gatuna, á cuyo ruido se alborotaron los perros, y un jumento soltó su contralto. Andaba de la otra parte un hombre también haciendo hora, y como oyó al gato y los perros, estando yo muy atento á la ventana á ver si se asomaba, cogió una piedra, y dijo en vascuence: Valga el diablo los gatos, que han venido á alborotar los perros, y jugando del brazo y piedra, tiró á bulto donde había oido el gato, y dióme en estas costillas una pedrada, pensando espantar el gato. Callé, y llevé lo mejor que pude mi dolor, con que me quitó la atención de la ventana, y aun el amor de la moza, porque me acordé que Dios lo había permitido por el poco respeto que había tenido en la Iglesia, concertando en ella lo que había de ser ofensa suya; que en los lugares sagrados el temor y la vergüenza han de ser freno para no hacer semejantes atrevimientos; que si los templos son para ofrecer á Dios sacrificios y pedirle mercedes, ¿cómo las concederá,

teniéndole poco respeto en su casa? Y quien no tiene temor y respeto en semejantes lugares, arguye ánimo desvergonzado; porque el temor del hombre viene á redundar en honra de Dios, y quien no lo tuviere, tampoco vendrá á tener fortaleza. Nadie siga mujeres en la Iglesia; pues hay harto espacio para verlas fuera, que se han visto muy grandes castigos en hombres que no han tenido respeto á los templos, y muy grandes mercedes en quien ha temblado de hacer descortesías en ellos; y nó solamente en la verdadera religión, pero aun en el culto de los falsos dioses ha permitido el verdadero muy grandes males en los tales; porque ya que engañados del demonio piensan que van acertados, son sacrílegos de lo que tienen por bueno. Retiréme por el mal suceso, y porque las cosas que se han comunicado poco no dan mucha pesadumbre en dejarlas; pero como ella tenía gana de venir á Castilla, tuvo modo para enviarme á decir con una amiga suya, tan cerrada en la lengua castellana, como yo en la vizcaína, que ya que no quería pasar por su casa para hablarla, me fuése á la salida de Bilbao para Victoria, que allí me hablaría. Y los hombres que en pueblos no conocidos, y de cuyas costumbres no tienen noticia, se atreven á hacer su voluntad, merecen verse en el peligro en que yo me ví. No hay confianza que no esté sujeta á algún peligro: y es grande ignorancia tenerla en lo que no se tiene experiencia. Quien dice en Castilla vizcaíno, dice hombre sencillo, intencionado; pero yo creo que Bilbao, como cabeza de reino, y frontera ó costa, tiene y cría algunos sujetos vagamundos, que tienen algo de bellaquería de Valladolid y aun de Sevilla.

Yo fuí al puesto un poco tarde, y hallé á la señora vizcaína con una amiga ó compañera suya: fuímonos hablando, y á ratos ella cantando en vascuence, porque la otra no sabía una palabra en castellano, y con la materia que ella iba tratando de su ida á Castilla, divertímonos de manera que anocheció algo lejos de la ciudad. Volvímonos, y llegando á un molino, encontramos cuatro hombres perdidos que salían de una taberna, no de sidra, sino de muy gentil vino, que las hay por aquellos molinos arriba. Y viendo con un castellano dos vizcaínas, gobernáronse por sus cabezas, como estaban entonces, pusiéronse dos de ellos de un lado, y dos de otro,

y puesta mano á sus espadas, me comenzaron á acuchillar: yo no fuí señor de mí, porque de la una parte estaba un cerro bien alto, y de la otra una pared bien alta, que bajaba á un caz de un molino.

Las vizcaínas huyeron, y yo hice todo cuanto fué posible por cogerlos delante, por verme con ellos mejor: pero los bellacos eran matantes, y sabian cómo se había de hacer una bellaquería. Yo, visto que por fuerza había de peligrar, no pudiendo tomar la delantera, ni subir por el cerro, ni por los lados, arremetí con los dos para cogerles la delantera, y al mismo tiempo todos juntos cerraron conmigo, y me arrojaron en el caz de aquel molino, y fué tan cerca del rodezno; que la corriente furiosa del agua me llevaba á hacer pedazos, si no me asiera de una estaca ó maderilla que estaba hincada, aunque poco fuerte, cerca de la puerta que atajaba el agua para que fuese al rodezno; pero era tan cerca de él, y la estaca poco fuerte, que se doblaba con el peso, y yo me iba acercando más á perdición; los bellacos se fueron siguiendo las mujeres en viéndome caído abajo, y como los peligros imprevistos carecen de consejo, yo no le tenía para valerme: la estaca se iba rindiendo, y yo llegándome hacia el rodezno. Volví el rostro hacia el lado izquierdo, y ví un arbolillo pequeño, que se criaba de la humedad del agua, que pensé que tuviera más fuerza que la estaca, mas no tenía fortaleza. Porque la corriente no hiciese su oficio, fuí cobrando espíritu, dejé la mano derecha en la estaca, y alargué la izquierda al arbolillo, y pude asirlo de una rama. Repartido el peso entre las dos, aunque no podía resistir á la inmensa furia del agua, por estar casi llegando con los piés al rodezno, pude mejor sostenerme, pero no volver arriba, hasta que sacando la pierna izquierda, que estaba más arrimada á aquel lado que al derecho, topé en la paredilla con una piedra, en que pude estribar muy bien, y haciendo fuerza con ella, ayudándome de la de los brazos, mejoréme, hasta poder asir el madero, en que estaba asida la puerta del desaguadero, y encomendándolo á la mano izquierda, saqué con la derecha la daga, y metiendo el brazo debajo del agua, apalanqué con la daga, y alcé la puerta tanto, que se coló la mitad del agua, y segundando, como pude, con toda la mano derecha, la levanté de manera, que con la misma fu-

ria que iba al rodezno, toda el agua se despeñó por su natural corriente, con que yo pude valerme de mis piés, y subir por toda la acequia, asiéndome á las estacas que ayudaban á la presa del molino, y como el que ha resucitado de muerte á vida, sin capa y espada ni sombrero, iba mirando si era yo el que se había visto en tan evidente peligro: iba corriendo por aquellos molinos abajo, como el que se había soltado de la cárcel, por llegar presto donde me alentase y mudase el vestido, porque no se me entrase aquella humedad de la ropa en las entrañas. Los que me encontraban me hablaban en vascuence, debían de preguntar si estaba loco, yo no respondía palabra, por no me poner á resfriar.

Cuando llegué á mi posada llevaba la muñeca de la mano derecha más gorda que el muslo, del golpe que había dado. Estúveme en la cama ocho ó diez días, restaurando la batería que había hecho en mí el espanto de la ya tragada muerte, que fué el mayor peligro de los que yo he pasado, por ser con quien no sabe hablar, sino hacer y callar. Admiréme de ver que entre gente que tanta bondad y sencillez profesan, se criasen tan grandes traidores, sin piedad, justicia y razón. En el tiempo que estuve en la cama me tomaba cuenta á mi propio, diciendo: Señor Marcos de Obregón, ¿de cuándo acá tan descompuesto y valiente? ¿qué tiene que ver estudio con bravezas? Muy bien guardáis las reglas de vivir, ¿qué os enseñó vuestro padre? ¿no os acordáis que el primer precepto que os dió fué que en todas las acciones humanas tomásedes el pulso á las cosas antes que las acometiésedes? y en el segundo, que si las acometíades, mirásedes si podía redundar en ofensa agena? y el tercero, que con vos mismo consultásedes el fin que pueden tener los buenos ó malos principios? Muy bien os aprovecháis de ellos: ¿mas qué bien parece pasar de estudiante á soldado, profesiones tan honradas, y después de soldado á molinero, y no á molinero sino á molido? ¡Qué poca pena le diera al bellaco del rodezno hacerse verdugo y descuartizarme! Tentábame mis piernas y mis brazos, y como los hallaba, aunque cansados, buenos, daba mil gracias al bendito ángel de la guarda, que él por su bondad es la prudencia de los hombres, que la nuestra no basta para librarnos de los trabajos y adversidades: pero bastara para no poner-

nos en ellos; sino que se adquiere esta divina virtud tan tarde y con tanta experiencia de trabajos y vejez, que cuando les viene á los hombres parece que ya no la han de menester: y la juventud está tan llena de variedades y mudanzas naturalmente, que apetece más arrojarse á la fortuna y suerte, que obedecer á la Providencia. Y confieso, que la poca que yo tuve, me trajo á punto de perecer miserablemente, donde había de ser manjar, aun no de peces, sino de gusarapos, si no era que los perros del molino querían hacer algún banquete antes que viniera á noticia del amo. Yo pasé mi trabajo lo mejor que pude, y pude muy mal, porque en la soldadesca no había mucho dinero, aunque se hacen en ella los hombres experimentados para estimar la paz, y animosos para ejercitar la guerra.

DESCANSO XXII.

Salí de Vizcaya, echándola mil bendiciones, lo más presto que pude para llegar á Vitoria, donde hallé un gran caballero amigo mío que se llamaba D. Felipe Lezcano, y él me hospedó y regaló de manera que pude repararme del trabajo pasado : y por no dejar de verlo todo fuí de allí á Navarra, siendo Condestable de ella un hijo del gran Duque de Alba D. Fernando de Toledo; pero con gran cuidado de no arrojarme á cosa que no fuese muy bien pensada ; porque como en cada reino, ciudad y pueblo hay diversas costumbres, el que no las sabe, con vivir bien y quietamente cumple con la obligación natural; y con aquel primer documento que me dió la aflicción del molino, procuré valerme siempre, sino era cuando me olvidaba de él, que como mozo tropezaba de cuando en cuando, principalmente en aquellas cosas que sólo la edad puede madurar. Cuanto más que, es tan poderoso el hacer costumbre en las cosas, que ellas mismas se facilitan con el uso: y cuando no repugnan á la razón, no se han de dejar sino pide otra cosa la fuerza. Al fin me valí por Navarra y Aragón de manera que adquirí muchos amigos. Y en llegando á Zaragoza, ciudad y cabeza del antiguo reino de Aragón, que entonces no tenía tan buena fama como mereciera, hallé tantos amigos, y tan buenos, que más parecí natural que forastero en el amor que me tenían; pero yo

fuí siempre con cuidado de no mirar á ventana, que son celosísimos los de aquel reino, no tomar pesadumbre con nadie, ni asir de palabras de poca importancia, que es de donde se traban las enemistades y odios. Honróme en su casa por el tiempo que allí estuve un gran Príncipe muy amigo de música y de todos actos de ingenio y de virtud, honrándome y acudiéndome á las necesidades de naturaleza; y fué tanto el favor que me hizo, que me divertí más de lo que fuera razón, en juegos, que hasta entonces no había dado en ellos; que fué bastante para distraerme, y dar en aquel vicio que me trajo más inquieto. Que como en palacio la ociosidad es tanta y el ejercicio en letras y uso de las ciencias tan poco favorecido, dí en lo que todos daban. Vicio contra caridad, lleno de ira insolente en el que gana, y de humildad forzosa en el que pierde, y que arrastra de manera á quien lo sigue, que no le deja voluntad para otra cosa. Cuál antepone el juego á la honra; cuál deja mujer é hijos perecer de hambre, y estos son daños muy ordinarios; que hay muchos que ni se pueden ni se sufren decir. Un hidalgo de muy buen entendimiento se vió tan lleno de trampas por el juego, y tan sujeto á la costumbre, y convertido ya el uso en naturaleza, que reprehendiéndole su misma madre, y rogándole que dejase el juego, y ella le alargaría toda su hacienda, que no era poca, respondió, que estaba como hombre que tiene atravesada una daga, que vive mientras la tiene, y en sacándola muere, y que en quitándole el juego se había de morir. Pero es tanta la golosina del que gana, y tan grande la desesperación del que pierde, que ni el uno reposa hasta perderse, ni el otro vive hasta desquitarse. El uno se inquieta con la ganancia, el otro se ahoga con la esperanza de ganar, y ambos fácilmente mudan de estado; pero no duran en él de costumbre, ni se puede creer el odio infernal que tiene el que pierde con el que le gana, aunque más y más disimule, que parece que en aquel punto le falta el conocimiento de la primera causa, nacido de no poderse vengar de su enemigo: quien quisiere meter cizaña entre dos grandes amigos, haga que jueguen el uno contra el otro, que no ha menester más fuerza el diablo para hacerles grandes enemigos; tal es la fuerza del odio que se cobra en el juego: ¡qué de muertes infames hechas con

supercherías y traiciones, robos y mentiras nacen del juego! No quiero que se me represènten las cosas que he visto suceder en el juego y por el juego; sólo quiero decir, que es tan poderoso que un hombre que trata de recogimiento, ó por escribir, ó por leer, ó por otros actos de virtud, si juega una vez y pierde, ha menester ayuda del cielo para tornar á añudar el hilo por donde lo había quebrado. Yo me divertí en esta materia y la dí á entender á amigos que trataban este infame ejercicio, con uno de los cuales me pasó una cosa muy vergonzosa, para mí, y de risa para quien lo supo. Fué, que una noche me pidió que le acompañase porque iba á hablar con cierta persona, y quiso llevarme para que le guardase la suya. Yo me puse como de noche con una espada y broquel, unos calzones ó zaragüelles de lienzo, un capotillo de dos faldas, y otras cosas de disfraz, conque fuímos adonde me llevó, que era una casa que tenía un poyo á la puerta. Dió las once el reloj, y después las doce, que era la hora que tenía aplazada, y díjome que lo esperase sentado en aquel poyo, que luégo saldría. Sentéme bien rellanado, y musitando entre dientes comencé á entretener el sueño lo mejor que podía, que ya era hora de ello. El día siguiente era día solemnísimo de los Apóstoles: oí las dos y luégo las tres, que el buen hombre no podía salir, porque hubo estorbo para ello; yo me caía de sueño: dí en pasearme y en rezar, entendiendo que aprovecharía para no dormirme, siendo cosa que más concilia el sueño de cuantas hay en el mundo. Torné á sentarme, porque me cansaba de tanto pasear, y como había digerido ya la cena gran rato había, por más que me refregaba los ojos con saliva, no pude valerme hasta que no sé cómo ni de qué manera, sin querer, me quedé dormido sobre el poyo, donde estuve, hasta que tañendo á Misa mayor el día siguiente, con el ruido de las campanas de la fiesta y de la mucha gente, pasando unas señoras por allí, dijeron: ¡ Qué bien lo ronca el cochino! y mandaron á un escudero que me despertase. Despertóme, y alzando los ojos con un gran bostezo ví el sol en medio de la calle, y oyendo la armonía de las campanas, arrebocéme un capotillo que llevaba, dí á correr no hacia mi posada, sino hacia la placeta de Médicis, siguiéndome más de trescientos perros; y á la vuelta de una esquina

topé con un ciego que llevaba una docena de huevos en el seno, y al mismo compás que le topé volvió el báculo, y alcanzóme en el hombro izquierdo, y como le destilaba lo amarillo de la tortilla, decían que le había quebrado la hiel en el cuerpo, y ya que con mi huída llegaba cerca de la casa donde me había de acoger, con la priesa que llevaba y la que me daban los perros tropecé, y tendíme á la puerta de esta señora tan buena de nacimiento, que habiéndole yo enviado dos perdices para que se regalase con ellas, las echó en una necesaria, porque venían lardeadas con tocino.

Parece que con estas menudencias se desautoriza la intención que se lleva en este discurso; pero mirando bien, para eso mismo lleva mucha substancia, que aquí no se escriben hazañas de príncipes y generales valerosos, sino la vida de un pobre escudero que ha de pasar por estas cosas y otras semejantes, y por reprehender una inadvertencia tan grande como la que hizo aquel amigo y la que hice yo. Llevar compañía de noche quien va á cosa hecha, téngolo por yerro; porque si va adonde no tiene peligro, no ha menester llevar testigo de sus mocedades; y si va con sospecha de algún peligro, claro está que no ha de querer infamar una casa, y por fuerza se ha de retirar; y para huir más desembarazado, mejor va solo que acompañado, porque al fin no lleva consigo quien diga que huyó. Y aunque es lo más sano y seguro no hacerlo, si se hiciere sea á solas, no acompañado, porque las amistades de hombre se acaban, y luégo se revelan los secretos. Pues la fineza que yo usé en esperarle y guardarle el cuerpo, ¿quién dirá que no fué disparate? Pasaban dos horas, y acercándose el día, ¿qué necesidad tenía yo de ponerme á padecer tormento de sueño? ¿Qué fortaleza de Rey me había mandado que guardase, sino la que era de un hombre perdido, para ponerme á peligro, demás de la verguenza que pasé? Cuando se ha de poner un hombre á tan grandes riesgos, ha de ser por conocer un evidente peligro en alguna persona de vida ó de honra, ó por obedecer el mandamiento de algún gran príncipe, ó república. Pero que me ponga yo á los sucesos de fortuna por quien está muy contento, sin tener más cuidado de mi cuerpo que de su alma, téngolo por fineza impertinente. ¿Qué honra ó hacienda perdiera yo cuando me

fuera á tomar el reposo y descanso que naturaleza pide para su conservación? Si me culpara en haberlo dejado, le preguntara yo si le dejaba en alguna mazmorra, de donde lo podía sacar con la mano, ó si me dejó él á mí en mi lecho reposado, ó si quedaba entre enemigos de la fe, como quedaba entre enemigos de guardarla. Siempre oí decír que el que fuere compañero en los trabajos también lo ha de ser en los gustos; pero aquí la parte del trabajo era para mí, y la del gusto era para él. La conclusión es, que tengo por yerro llevar compañía, porque á la primera ocasión huye, y lo deja en manos de enemigos que él no tenía ni temía. Y mire cada uno, si le sucediere, que es participante del daño que el otro hiciere en ofensa agena. Yo me reparé de vestido y de sueño, aunque había dormido lo bastante para un hombre de bien, en aquella misma casa donde llegué, y á donde hallé un vecino suyo muy lleno de melancolía, y tanta, que me vió dar con mi persona en el suelo, con la espada á una parte y el broquel á otra; no conocí en él accidente de risa, como en cuantos me vieron caer, que una caída es ocasionada por mucho disgusto de quien la da, y mucha risa de quien la ve. Con todo se llegó este buen hombre estando ya puesto de rúa en casa de aquella mujer, amiga del tocino; y pareciéndole que yo estaba disgustado, llegó como á consolarse conmigo, diciéndome que todos los hombres del mundo padecen trabajos, y que él estaba tan dentro de ellos como todos cuantos vivían en él. Yo le pregunté, qué eran sus males que tan triste lo traían, porque siempre he sido compasivo; y él me respondió en una palabra: Zelos. ¿Ese mal tiene? le dije yo; no quiero preguntarle si son averiguados, ó si es sospecha; pero quiero decirle que es enfermedad de mozos de poca experiencia, que si la tuviesen, sabrían que los mismos tienen unos de los otros. Y si advirtiesen que el otro de quien yo los tengo anda rabiando de ellos por mí, consolaríame con su daño y con verle padecer, y consumirse con un perpetuo desasosiego. ¿Qué mayor consuelo puedo tener yo que ver á mis enemigos padecer, y reirme de ellos? Porque pensar que una mujer divertida en estos tratos se ha de contentar con lo que uno le da, es pensar que un fullero ha de andar bien puesto con sola la ganancia que hace á un cuitado. Los zelos

tienen al diablo en el cuerpo del que los tiene, y parece que lo trae consigo, pues á nadie hacen mal sino á quien los mantiene, y cuanto más se callan más crecen. Su remedio está en tan ruín fundamento, que con averiguar la verdad, ó se mueren, ó se halla ocasión para perderlos, poco á poco, apartándose de quien los causa. Yo aseguro que son más de cuatro los zelosos, sin saber unos de otros en esa misma ocasión, y crea que se usa esto. Si son zelos de la mujer propia, es agravio que se le hace, que la más baja mujer del mundo estima en más la sombra de su marido que á todo lo restante de él.

Un príncipe de esta ciudad dijo muy bien quién son los zelos, y materia tan odiosa no se ha de traer á la memoria, sino consolarse con lo que tengo dicho de ver que padecen por mí lo que yo padezco por otros: que han venido las mujeres á tan infeliz estado, que han privado á su misma naturaleza del gusto que ella les concedió, porque lo han puesto en sólo hurtar y robar las haciendas, fingiendo querer á los que desean desollar, por sólo igualarse en galas á las que de su nacimiento por herencia de patrimonio nacieron nobles y honradas, ricas y principales, que les parece no ha de haber diferencia y desigualdad en la tierra de mujeres á mujeres, como en el cielo la hay de ángeles á angeles. He mezclado de esta materia con esotra, porque de la perdición de esto viene la comunicación de muchos, para que todos anden zelosos: y con tener cada una su docena de ángeles de guarda, pasan por moneda corriente y honrada. Despedí al buen hombre algo consolado, y fuíme á mi posada, y dentro de pocos días me fuí á Valladolid, después de haber visto á Burgos y toda la Rioja. Provincia fértil, de bonísimo temperamento, y que parece en algo al Andalucía.

DESCANSO XXIII.

En Valladolid serví al Conde de Lemos, D. Pedro de Castro, el de la gran fuerza, caballero de excelentísimo gusto y bondad muy suya, sin la heredada que era y es, cuando menos, descendiente de la sangre de los Jueces de Castilla, Nuño Rasura y Laín Calvo, junta con la de los Reyes de Portugal. Entré en su gracia, é hice muy poco, porque tenía el Conde un pechazo tan generoso, manso y apacible, que con poca diligencia se entraba en las entrañas de quien le quería. Con todo no me hallé muy bien á los principios, porque me faltaba lo que es menester para servir en palacio, que es decir con gracia una lisonja, salpimentar una mentira, traer con blandura y artificio un servil chisme, fingir amistades, disimular odios, que caben mal estas cosas en los pechos ingenuos y libres. Dejo aparte el rigor y majestad de los porteros, que ordinariamente tienen una gravedad más seca que sus personas, y ellos lo son tanto como sus palabras.

Aunque eché de ver que lo que más importa es, que en presencia del señor el criado tenga el rostro alegre, y en las cosas que le mandan, y aunque no se las manden, será menester ser diligente y solícito, y cumplir cada uno puntualmente con su ministerio. En lo primero, que es traer el rostro alegre, mal lo puede hacer un melancólico; pero para esto hay un remedio, que es no ponerse delante del señor, sino

cuando estuviere el criado de buen humor: que la alegría de los criados, fuera de hacer su negocio, ayuda á vivir al señor y si no la muestra, piensa que está disgustado en su servicio, y así durará poco con él. Aunque este príncipe mostraba tan buen pecho con sus criados, que él mismo los obligaba á andar muy contentos, y servirle con muy apacible semblante: porque haciendo todo lo que podía, tenía obligación de hacer, los honraba donde quiera que se hallaba. Y siempre en esta antiquísima casa han llevado y llevan esta grandeza de ánimo y cortesía, como se ha parecido y parece en el que ahora lo posee D. Pedro de Castro, que desde niño tierno descubrió tanta excelencia de ingenio y valor, acompañado de ingenuas virtudes, que habiéndolo puesto su rey en los más preeminentes oficios y cargos que provee la monarquía de España, ha sacado milagroso fruto á su reputación, siendo muy grato á su rey, muy amado de las gentes subordinadas á su gobierno y muy loado de las naciones extranjeras. Estando en esta casa y en Valladolid, se descubrió aquel gran cometa, tantos años antes pronosticado por los grandes astrólogos, amenazando á la cabeza de Portugal. Hubo tan grandes juicios sobre ella, y algunos tan impertinentes, que dieron harto que reir, entre los cuales hubo uno que decía, que las cosas grandes habían de descrecer, y las pequeñas habían de crecer: llegó este juicio al de un hombrecico pequeño, que también en esto lo era, que estaba muy mal contento de verse con tan aparrada presencia, que trayendo unos pantuflos de cinco ó seis corchos, aun no podía lucir entre la gente. Andaba siempre pulido y bien puesto, enamorado y bien hablado, y aun hablador no sin afectación. En las conversaciones procuraba, no que sus conceptos llegasen á igualarse con los otros, sino que sus hombros se ajustasen con los de la rueda, y como no podía ser, pensando que era la culpa de las agujetas, meneaba un lado y otro, hasta que crujían todas. Pues como llegó á su noticia la interpretación del cometa, que las cosas pequeñas han de crecer, se le encajó que se decía por él. Que fácilmente nos persuadimos á creer lo que deseamos, aunque sea tan gran disparate como éste. Dijéronle que yo era nigromántico, y que si yo quería, podía hacerle dos ó tres dedos ó más; pero que había de ser muy secreto, porque no se supie-

se que yo sabía tal arte diabólica. Pasando por la plaza, haciendo mil escuderajes con los demás gentiles-hombres de casa, me señalaron con el dedo para que me conociese. Sin haberme avisado los que le tornaban loco, se llegó á mí con una retórica bien pensada, ofreciéndome amistad y hacienda y favor para toda la vida, y el fin de todo fué decir: Ya vuesa merced ve el agravio que naturaleza hizo á un hombre de mis partes, en dar á tan altos pensamientos tan pequeño cuerpo: yo sé que si vuesa merced quiere, puede suplir esta falta, con que tendrá un esclavo para siempre jamás. Eso, dije yo, sólo Dios puede hacerlo, que es superior á la naturaleza, y si vuesa merced quiere creer por los piés, póngase más corchos de los que trae; y si del pecho arriba, con ahorcarlo, crecerá tres ó cuatro dedos. Oh señor, dijo él, ya venía informado que vuesa merced no me había de negar este bien, por amor de mí que se disponga á ello, y en lo demás corte por donde quisiere. Veíalo tan rematado en su disparate, que lo hube de reducir á la obra de naturaleza, diciéndole: Señor, vos váis tras de un imposible, que no solamente no es hacedero, pero os tendrán por loco cuantos supieren que dáis en ese error. Las obras de naturaleza son tan consumadas, que no sufren enmienda: nada hace en vano, todo va fundado en razón, ni hay superfluo en ella, ni falta en lo necesario; es naturaleza como un juez, que después que ha dado la sentencia, no puede alterarla, ni mudarla, ni es señor ya de aquel caso, sino es que apelen para otro superior.

En formando naturaleza sus obras con las calidades que les da, ya no es señora de la obra que hizo, sino que Dios, como superior, quiera mudarlas; si hace grande, grande se ha de quedar; si chico, chico se ha de quedar; si monstruo, así ha de permanecer. Ni hay para qué cansarse nadie pensando imposibles. Á esto replicó diciendo: ¿Pues no es más dificultoso hacerse un hombre invisible, y hay quien lo hace? No es, dije yo, sino facilísimo, que con ponerse un hombre detrás de una tapia, queda invisible, ó encubriéndose con una nube. Y vos os haréis invisible con sólo poner delante de vos un mosquito. Gentil consuelo, dijo, he hallado, en quien pensé tener todo lo que he deseado toda mi vida. ¿Qué consuelo ha de hallar, dije, quien quiere ir contra las obras de la mis-

ma naturaleza, que es la que nos representa la voluntad del primer movedor y autor de todas las cosas? Que aunque crió á todos los hombres iguales, no fué en los actos exteriores, sino en la razón del alma. Y esta es la que hace al hombre superior á todos los demás animales, que no el ser grande ó pequeño. Si naturaleza os hubiera criado desigual de miembros, como habiéndoos dado esa de gozque, tener unos brazos de gigante, ó en esa carilla de mandrágora os hubiera puesto unas narices trastuladas, pudiérades os quejar, pero no enmendar. Mas al fin, si sois pequeño, sois tan bien hecho y tan igual de miembros, como que tenéis las orejas mayores que los piés: y quien tiene andada la mitad para una de las más importantes virtudes que resplandecen en los hombres, por qué ha ha buscar quien le haga crecer? ¿Qué virtud? preguntó él. La humildad, respondí yo, que para alcanzar tan divina virtud, tenéis andada la parte del cuerpo, que parece que estáis siempre de rodillas, y con humillar el ánimo, la tendréis alcanzada toda. Si naciérades en tiempo de los gentiles, que se usaban transformaciones, la naturaleza enojada con vos, por no contentaros con ella, y por soberbia os hubiera transformado en renacuajo, por humillar la soberbia del ánimo, y cercenar la cantidad del cuerpo. Á todo cuanto le dije calló, y dijo por último: Aténgome á la significación de la cometa, que dice, que los pequeños han de crecer, y los grandes han de disminuirse; pero ya que vuesa merced se ha holgado dándome matraca, obligación tiene de ponerme en estado, que no me la dén otros: que quien sabe decir lo uno, sabrá hacer lo otro, y eso de ser humilde, guárdelo para sí, que yo tengo porque estimarme en mucho, que soy hijo-dalgo de parte de mi abuela, que antes que se casase con mi abuelo, había sido casada con un hidalgo muy honrado, y tiene hoy la ejecutoria de él guardada y á buen recaudo. ¿De suerte, dije yo, que de ahí os viene la vanidad, y no querer ser humilde? Seréis como los que lucen y se arreglan con hacienda agena. Ahora digo que no me espanto que seáis soberbio, teniendo mucha razón de ser humilde, y rendiros á la humildad, virtud que jamás tuvo émulos ni envidiosos: que todas las partes que adornan á un hombre, padecen esta mala ventura, sino es la humildad y la pobreza, tan aborrecida de los

hombres, y tan amada del Autor de la vida: pero si la humildad nace del conocimiento de sí propio, y esto os falta á vos, ¿por qué habéis de ser humilde? Yo no vine, me dijo, á oir virtudes, sino á probar encantamientos ó cosas sobrenaturales para conseguir mi intento. Fuése el buen hombre, y luégo llegaron á mí cuatro amigos de buen gusto y no poca malicia, preguntando si había venido á mis manos con aquella demanda: respondíles que sí, y que lo había desengañado de aquel disparate y deslumbramiento tan grande. Por vida vuestra, dijeron, que le hagamos una burla, porque es tan gran loco, que se persuade á que pueda crecer y le sacaremos una muy gentil merienda riéndonos un rato á costa suya. Eso, respondí yo, no lo haré por todas las cosas del mundo, porque burlas de que puede resultar escándalo general y daño particular, ni son lícitas, ni se permite por camino alguno. Sabed, dijeron, que es la misma avaricia y miseria, y habemos dado en esto por hacerle gastar que lo sentirá en el alma. Si esa condición tiene, dije yo, no le sacarán de ella aunque le hagan llegar á la Giralda, que los avarientos y los borrachos nunca se ven hartos de lo que desean, ni apagan la sed que traen. Acuérdome que por hacerle gastar á un hombre ciertos maleantes, se pusieron á trechos, diciéndole que estaba enfermo, de suerte que cuando llegó al último ya lo estaba de veras, por el caso que había hecho la imaginación; y fué menester llevarle á su casa medio muerto, y de quererle hacer burla tan pesada nació el arrepentimiento tardío para todos ellos y grave daño para el paciente. Y en este caso sería mayor, cuanto es más impasible la obra, que para persuadir una cosa tan contra la misma naturaleza, se han de hacer grandes embelecos, y no pueden ser sin grande daño del pobre ratón, que ni ve su cuerpo ni conoce su ignorancia.

Porfiaron todavía que le hiciésemos un engaño que pareciese cosa de encantamiento. Cuando eso se hiciese, pregunté yo, ¿quién quedará más confuso, él en recibir este engaño, después de descubierta la verdad, ó yo en haber sido autor de él? En todas las cosas se ha de considerar el fin que pueda tener, y esa ficción y engaño no puede estar mucho encubierta: y para mí tengo por mejor y más seguro el estado del engañado, que la seguridad del engañador: porque al fin, lo

uno arguye sencillez y buen pecho, y lo otro mentira y maldad profunda. Yo no puedo tragar una mentira ni engaño, porque se arremete á desdorar la opinión de quien se tiene por hombre de bien. Las burlas han de ser pocas y sin daño de tercero, y tales, que el mismo contra quien se hacen guste de ellas. No sabemos la capacidad de cada uno, que la burla llevadera para uno, será para otro muy pesada; y las burlas no se han de juzgar por malas ó peores de parte de quien las hace, sino de parte de quien las recibe; y si él las tomare bien, serán de sufrir; y si las tomare pesadamente, serán pesadísimas. Dábanle matraca á cierto ordenante por una necedad que había dicho, y cuando estuvo harto de sufrir, dijo: Que quería que pecase mortalmente quien más se la diese. Que de burlas pesadas vemos cada día resultar agravios que no se pensaron. Este miserable no tiene talento para llevar una burla tan pesada como esta que por fuerza lo ha de ser. Yo me tengo de oponer en eso, porque iría contra mi propia opinión, que es justo y mal hecho: y no me espantaré del que se deja engañar por lo que desea, pero espantaríame de quien le quisiere engañar, sin esperar de ello más gusto que hacer mal. Fuéronse, y al fin le hicieron una burla muy pesada, dándome á mí por autor de ella. Pusiéronle en estrecho de ayunar tres días con cuatro onzas de pan y dos de pasas y almendras, y dos tragos de agua, y primero le tomaron la medida de su cuerpo en una pared muy blanca, poniendo para señal de su altura un clavito pequeño ó tachuela. Hizo su dieta; unas hermanas suyas le fregaban los brazos y piernas todas las noches y mañanas, por consejo de los maleantes: preguntábanle las pobres después de cansadas: ¿Hermano, para qué hace esto? Y él las respondía: Bárbaras, no os entremetáis en las cosas de los hombres. Todos estos tres días de la dieta y las fricaciones, se subía á una azotea en amaneciendo, y se ponía hacia el nacimiento del sol, haciendo ciertas señales que le habían mandado contra las nieblas de Valladolid, que él hizo muy puntualmente como todo lo demás. Cumplidos los tres días, y lleno el celebro de nieblas, vino á los bellacones con tanta cara como una calavera de mandrágora, que como estaba tan chupado y flaco, parecía más alto. Fué uno de ellos á la pared blanca donde se había

metido, y mudó el clavito dos dedos más abajo, y tapó el agujero con un poco de cera blanda, que era en la cerería recién hecha, blanca y muy lisa. Enviáronle á medirse, y como topó con el colodrillo en el clavito, quedó fuera de sí de contento, entendiendo que él había crecido lo que el clavo había bajado. Vino con la boca llena de risa, que parecía mico desollado, y fuése á echar á los piés de quien le había hecho crecer: ellos le dijeron que callase, porque sino se descrecería lo crecido, y que lo dificultoso quedaba por hacer. Él dijo que aunque fuera bajar al infierno, lo haría por no descrecer. Pues no es menos, dijeron ellos, y aquella noche le mandaron que entre las once y las doce de la noche entrase en cierto aposento por un callejón muy estrecho, que estaba debajo de unas casas lóbregas y obscuras, solo y sin luz, y que allí le dirían lo que había de hacer. Él se turbó todo con la dificultad que le pusieron, pero al fin dijo, con todo el miedo posible: Sí haré, sí haré. Fuése á la noche entrando por un callejón, espeluzado el cabello, cortado de brazos y piernas, sin oir perro ni gato que le pudiese hacer compañía, y en llegando al aposento, salieron por las cuatro esquinas debajo la cama cuatro carátulas de demonios, con cuatro candelillas en la boca, que con el temor que había concebido, se le representó el infierno todo; porque todos los hombres muy crédulos son también temerosos; y como se fueron alzando los demonios, él se fué quedando, y sin saber de sí, ni poder moverse de donde estaba, cayó en el suelo, dándole tan gran corrupción, que no se le pareció haber tenido dieta, que la cólera había desbaratado cuanto las almendras y pasas habían detenido. Él caído, y ellos turbados y aun arrepentidos, no supieron qué hacer, sino dejarlo y acogerse. Él volvió á cabo de rato en sí, y hallóse revolcado en su sangre, de que anduvo muy corrido, y de manera enfermo, que fué menester de veras valerse de las pasas y almendras para no morirse, y ellos anduvieron escondidos y ausentes. Yo me sangré en salud, refiriéndole el cuento al Conde, que le solemnizó mucho con su buen gusto, y tomó á su cargo las amistades, contando lo pasado á cuantos entraban en su casa. Sosegóse el negocio con la autoridad de un tan gran príncipe, aunque ellos anduvieron hartos días in-

quietos: porque el hombrecito se quejó á todo el mundo, y á quien podía castigar la burla. Yo los cogí cuando hubo oportunidad, y les dí á entender con la verdad, cuánto importa no hacer mal, tanto en burlas como en veras, que de haberle dado la vaya sobre su ruín talle y cuerpo, vino á buscar tan pesado remedio, que nadie quiere oir faltas, y por más que se hagan sufridores y finjan risa, no hay á quien no le pese en el alma oir mal de sí propio: y tanto más, cuanto más parece verdad lo que se dice: que aun cuando no lo es ni lo parece, se le abrasa el corazón á quien se dice, ora sea por dar pesadumbre, ó sea por chisme, de que era tan enemigo este príncipe, que en trayéndole alguna novedad de palacio, llamaba á aquel de quien se decía, y delante del parlero se lo reprehendía: si se encogía de hombros el otro negándole, decía el Conde: Pues véis aquí á fulano que me lo dijo: y así andaban todos ajustados con la lengua y con el Conde.

DESCANSO XXIV.

Y porque no habrá otra ocasión en que contarlo, digo que era Príncipe tan enemigo de chismes y parlerías, que en presencia mía vino cierto congraciador á decirle, que estaba tratando mal de su persona un hidalgo de Valladolid: y encareciendo mucho esta insolencia, le preguntó el Conde: ¿Y vos qué hicisteis? Yo, dijo el buen hombre, vine luégo á avisar á V. E., porque al pié de la obra le enviase el castigo que merecen ofensas hechas á tan grande señor. Vos tenéis razón, dijo el Conde; hola, dadle á este gentil-hombre una libranza de media docena de palos muy bien dados. Pues á mí, ¿por qué? dijo el buen hombre. No son para vos, respondió el Conde, sino para que los llevéis al que dijo mal de mí: porque como me trujisteis lo que yo no sabía, le llevéis á él lo que no sabe. Y dijo á un paje: Bermúdez, corre y dí á fulano que cuando hubiere de decir mal de mí, no sea delante de tan ruín gente que me lo venga á decir luégo, y que para castigo suyo basta que sepa él que yo lo sé. Ambos quedaron muy bien pagados, como merecían, que aunque no se dió la libranza, quedó el pobre espantado de la merced. El ermitaño á todo comenzó á dar cabezadas y bostezar muy á menudo, como hombre que está de mala gana en locutorio de monjas.

porque después de la comida todo había sido hablar al són de las canales, que aunque pocas, con el ruido y fuerza del aire, hacían su figura de manera, que se echó de ver que había música para toda la noche. Cenamos lo que tenía el buen hombre, que por poco que fué, ayudó para reposar y darle al sueño bastante lugar, no solamente para hacer la digestión, pero para soñar disparates, conforme á lo que se había cenado, y al tiempo borrascoso que hacía, que realmente, aunque más anden desvaneciéndose y buscando interpretaciones de los sueños algunos amigos de adivinación, ellos andan conforme á los tiempos y á los mantenimientos, y obedeciendo al humor predominante, que es lo más ordinario; es grande ignorancia ponerse á interpretar lo que procede de humores calientes ó fríos, húmedos ó secos. Y si alguna cosa sucediere que sea verdad en los sueños, ó será acaso ó representación de Ángeles buenos ó malos; y no hay para qué divertirnos en probar la verdad de esto, que tan manifiesta y clara la conocemos.

RELACIÓN SEGUNDA

DE LA VIDA DEL ESCUDERO

MARCOS DE OBREGÓN

Aunque amanecía el día con acabarse la furia del agua, que toda la noche había combatido la ermita ó humilladero, era tanta la abundancia que el río había recogido, que sobrepujando la puente, ni de la una parte ni de la otra se podía pasar, ni pasaron, hasta que se fué avadando el día siguiente. Yo quisiera irme, por parecerme que ya el ermitaño estaba harto de oirme hablar relaciones de mi vida; y como yo naturalmente, ni soy inclinado á hablar, ni oir hablar mucho, parecióme que el demasiado sueño del ermitaño nacía del enfado de oirme: y como los habladores, gente sin memoria de lo que está por venir, son para mí tan odiosos, no quería caer en la culpa que reprehendo, que los que tienen esta falta, aunque por sobra de palabras sin sustancia, son ordinariamente cizañeros, congraciadores, chismosos, que á trueque ó fin de hablar no reparan en falso ó verdadero, ni saben distinguir la mentira de la verdad, y de la misma manera que lo dicen lo desdicen; amigos de averiguar un chisme, y de traer y de llevar adelante su opinión, soldando un yerro con otros ciento, y el menor daño que hacen es ser grandes aduladores: no se asientan ni reposan en cosa con la facilidad que proceden, ni temen caer en falta, ni cobrar mala opinión, que realmente he visto que á este vicio le siguen otros muy peores. Huyendo yo de no caer en fama de habla-

dor me quise despedir del ermitaño, si bien el tiempo aún no daba lugar para ello; pero él me porfió que no le dejase solo, por una grande melancolía que le había dado un sueño aquella noche, que afirmativamente decía: que estando más dispierto que dormido, le había hablado un muerto, en cuya muerte se había hallado en Italia. Reíme, y lo mejor que pude procuré deshacerle aquella imaginación. Preguntóme de qué me reía. Ríome, respondí, de que la aprehensión de los sueños sea tan poderosa con algunas personas, que les parece que es verdad lo que sueñan, cosa tan reprobada por el mismo Dios en muchos lugares del Testamento viejo, y recibido en el nuevo, siendo todo vanidad del cerebro, y ahora de la melancolía que ha causado la esperanza del tiempo; que junta con el poco y no buen mantenimiento, causara ese efecto y otros más ridículos. Digo, respondió el ermitaño, que aún ahora me parece que le tengo presente. Reíme mucho más que antes; replicóme: ¿Luégo no suelen venir los muertos á hablar con los vivos? No por cierto, respondí yo, sino cuando por algún negocio de mucha importancia les da Dios licencia para ello, como en aquel caso tan estupendo y digno de saberse que le pasó al Marqués de las Navas, que habló con un muerto á quien él había quitado la vida; pero vino á cosas que le importaban para la quietud y reposo de su alma. Es caso que todos los que vemos en los libros antiguos no tienen tan asentada verdad como éste, reservando aquellos de que las divinas letras hacen mención, porque pasó en nuestros días, y á un tan gran caballero, y tan amigo de verdad, y en presencia de testigos, que hay algunos vivos ahora, que ni á él, ni á ellos, aun siendo verdad, les importa nada confesarlo. ¿Á cuál Marqués? preguntó el ermitaño. Al que es ahora vivo, respondí yo, D. Pedro de Ávila. Si no se cansa vuesa merced dijo el buen hombre, y aunque se canse, cuéntelo cómo pasó, que cosa tan espantosa y de nuestros días es bien que todos lo sepan. Bien divulgada está, dije yo; pero porque no se quede en el sepulcro con el muerto es bien decirla, y hacer particular memoria de cosa que tanta apariencia tiene de verdad; y no me afirmara en ella, si no la hubiera oído de la boca de un tan gran caballero como el mismo Marqués, y á su hermano el señor D. Enrique de Guzmán, Marqués de Po-

bar, gentil hombre de la Cámara del potentísimo Rey D. Felipe III de las Españas, en cuyo palacio nunca ha hallado lugar la adulación ni mentira. El caso fué de esta manera:

Estando el Marqués preso por mandado de su Rey en San Martín de Madrid, monasterio de la Orden de San Benito, y visitándole sus amigos grandes caballeros, muchas veces ó siempre se quedaban de noche acompañándole, particularmente el Sr. D. Enrique, Marqués de Pobar, su hermano, y el Sr. D. Felipe de Córdoba, hijo del Sr. D. Diego de Córdoba, Caballerizo mayor de Felipe II, y una noche, entre muchas, dióles gana de irse á pasear al Marqués y á D. Felipe; fueron hacia el barrio de Lavapiés, y estando hablando por una ventana, dijo el Marqués: Esperadme aquí, que voy á aquella callejuela á cierta necesidad natural; halló en ella dos hombres en las dos esquinas, que no le dejaron pasar. El Marqués dijo: Vuesas mercedes sepan que voy con esta necesidad, y fué á pasar contra su gusto. Arrojóle uno de ellos una estocada, y el Marqués otra á él propio; cada uno pensó que dejaba muerto al otro. Con el mismo movimiento que le sacó el Marqués la espada, que tenía la guarnición en el pecho, le dió al otro una cuchillada, con que le abrió la cabeza. Quedáronse los dos que no pudièron moverse; el de la estocada muerto, aunque en pié, el de la herida fuera de sí. Fuése el Marqués y llamó á D. Felipe, y fuéronse á San Martín. Estando allá, pareciéndole que dormir sin averiguar bien lo que había pasado era yerro, contóselo, y los dos determinaron de ir. Fué el Marqués con ellos, que no quiso que fuesen sin él, y hallaron alborotado el barrio, diciendo que habían muerto allí dos hombres. Volviéronse sin hallar en el sitio donde habían pasado otra cosa sino dos lienzos ensangrentados. El que había quedado con la herida fuése á Toledo, y desde allí envió á saber si el Marqués era muerto, que lo había conocido cuando le dió la estocada, y curándose lo mejor que pudo, vino á morir de la herida: hizo testamento antes, y como supo que el Marqués no había recibido daño, porque la estocada había sido al soslayo, dejólo por su testamentario. Supo el Marqués esto por relación de un Religioso, que se lo vino á decir quién era el que lo dejaba por testamentario. Dentro de cinco ó seis días, después de muerto este hombre, estando el

Marqués acostado en su cama, y D. Enrique su hermano, y Don Felipe de Córdoba en el mismo aposento en otra cama, cerrada la puerta para dormir, llegaron y le quitaron la ropa de la misma cama. El Marqués dijo: Quitaos allá, D. Enrique, y respondió la persona que era con una voz ronca y llena de horror: No es D. Enrique. Escandalizado el Marqués se levantó muy de priesa, y desenvainando la espada que tenía á la cabecera, tiró tantas cuchilladas, que preguntó D. Felipe: ¿Qué era aquello? El Marqués mi hermano es, respondió Don Enrique, que anda á cuchilladas con un muerto. Él dió cuantas pudo, hasta que se cansó, sin topar en cosa, sino algunas en las paredes.

Abrió la puerta, y tornó á verlo fuera, y con la misma priesa fué dando cuchilladas, hasta que llegó á un rincón donde había oscuridad, y entonces dijo la sombra: Basta, señor Marqués, basta, y véngase conmigo, que le tengo que decir. El Marqués le siguió, y á él los dos caballeros, su hermano y Don Felipe. Bajóle abajo, y diciendo el Marqués qué le quería, respondió, que mandase los dejasen solos, que no podía hablar delante de testigos. Él, aunque de mala gana, les dijo que se quedasen; mas ellos no quisieron. Al fin la sombra se entró en cierta bóveda donde había huesos de muertos: entró el Marqués tras de ella, y en pisando los huesos le fué discurriendo por los suyos tan grande temor, que le fué forzoso salir fuera á respirar y cobrar aliento, lo cual hizo por tres veces. Lo que le quería, y pudo el Marqués con la turbación percibir, era que en pago de la muerte que le había dado, le hiciese aquel bien de cumplir lo que en su testamento dejaba, que era una restitución, y poner una hija suya en estado. Hubo en esto dares y tomares entre el Marqués y la sombra, según dijeron los testigos. Y confiesa el Marqués, que siendo tan hermoso de rostro, blanco y rojo, como sus hermanos, desde esta noche quedó como está ahora, sin ningún color y quebrantado el mismo rostro. Dice que le vino á hablar otras veces, y que antes que le viese le daba un frío y temblor, que no podía sustentarse. Al fin cumplió lo que le pidió, y nunca más le apareció. Si fué el mismo espíritu suyo, ó del ángel de su guarda, ó ángel bueno ó malo, dispútenlo los señores teólogos, que para mí bástame

el haberlo oído de la boca de un tan gran caballero como el Marqués y D. Enrique su hermano, para tener el caso por más cierto; y que por cosas tan particulares, que importan la salvación de un alma, suele el Señor del cielo y tierra dar licencia para semejantes negocios, que no son estas de las cosas que algunos autores gentiles dicen, de llamar las almas para hacerles preguntas, como hacía Empedocles y Apión Gramático, que llamó la sombra de Homero, y no osó decir lo que había respondido, que estas eran artes de la necromancia, de que dice Cicerón, que fingían cuerpos de aquellos que ya estaban quemados, y les daban alguna forma ó figura; porque el espíritu por sí era incapaz de ser visto, que todas eran artes del demonio, y acudía á lo que le pedían como poderoso, permitiéndoselo Dios, que sin esta permisión no podía hacerlo. Y que el venir de las almas de los muertos con dispensación de Dios, no se puede negar haber sucedido algunas veces; no porque anden vagando por el mundo, que sus lugares tienen señalados, ó en el cielo ó en el infierno, ó en el purgatorio. Y si he sido prolijo en este cuento contra mi condición y estilo, es porque cosas tan graves se han de decir con la sencillez y llaneza con que pasaron, sin dorarlo ni desdorarlo. Admiración me ha puesto el caso, dijo el ermitaño, y estoy determinado de apartarme de soledad, que aunque he pasado algún tiempo en ella, no he visto cosa que me perturbe, y aun con todo esto me he retirado de la soledad hacia el poblado, por los temores que pasaba entre los altos riscos de Sierra-Morena: pero dejemos ya esta materia, y volvamos á proseguir lo comenzado; que con la dulzura del estilo y gracia del contarlo, se olvidará la melancolía del sueño y de la verdad referida. Luégo se fué á Sevilla, donde ahora vive muy recogido.

DESCANSO I.

ORNANDO de nuevo á coser ó á anudar la conversación pasada, sentámonos al brasero, prosiguiendo mi comenzada relación, porque el ermitaño, hombre de muy buen discurso, me importunó de manera, que se echó de ver que gustaba mucho de oir los trances de mi vida, y mostrando mucha atención, que es lo que da nuevo ánimo á las conversaciones, proseguí lo que la noche antes había dejado por el sueño del ermitaño, y comencélo de muy buena gana, porque de la misma manera que quita el gusto de hablar la descortesía de que algunos ignorantes usan, en atajar lo que un hombre va diciendo, por encajar un disparate que se les ofrece fuera de propósito, así la atención da fuerzas y espíritu al que habla para no cesar en su materia ; yerro en que he visto caer á muchas personas, muy reprehensible en quien le tiene, porque arguye poco gusto ó mal entendimiento. El que no quiere oir lo que otro habla, bien puede apartarse y dar lugar á que oiga quien tiene gusto; que hay algunos de tan extraordinaria condición y natural, que, ó por deslucir lo que otro habla, ó por no entenderlo, que es lo más cierto, procuran atajarlo con poca razón y menos cortesía. El premio del que dice bien, es la atención que se le presta, y aunque no sea muy limado, es gran descortesía no dar aplauso á lo que dice, que al fin procura que parezca bien, y dice lo mejor que puede y sabe. Hay un género de gentes que hablan con intercadencia, ca-

reciendo de hebra y caudal para la materia que se trata: que después de haberles respondido, aunque se haya mudado el primer motivo, acuden con lo que se les ofrece fuera de la intención qne se lleva: este es un disparate y una inadvertencia que hace muy odioso al que la usa, y de quien se debe huir la conversación, porque son estorbo al que habla y á los que oyen: y cuando va con malicia de desdorar al que dice, que todo esto puede la envidia, es una malicia sin disculpa y merecedora de cualquier mala correspondencia, que no se halla sino en hombres de poca sustancia, así en ingenio, como en letras. Y extiéndese á tanto, que aun en los libros que se imprimen, no rehuye la infame y mal nacida envidia, de usar de libertades muy conocidas. Los libros que se han de dar á la estampa, han de llevar doctrina y gusto que enseñen y deleiten, y los que no tienen talento para esto, ya que no lo alcanzan, no se deslicen á echar pullas, con ofensa de los hombres de opinión, ó no escriban; que no ha de ser todo danza de espadas, que después de hechas no queda fruto ni memoria de cosa que se pegue al alma. Han de llevar los libros que se dan á la estampa, mucha pureza y castidad de lenguaje; pureza en la elección de las palabras y honestidad de conceptos, y castidad en no mezclar bastardías que salen de la materia, como maledicencias ó desestimación de lo que otros hacen, especialmente cuando son contra quien sabe decir, y sabe qué decir; y tan mal dichas, que van señalando con el dedo, con que descubren su ignorancia, y desacreditan sus escritos y manifiestan su envidia, y declaran su malicia. Tornando á la materia del hablar, digo que en las conversaciones hase de dar lugar á que hable el que habla, y él ha de ser tan remirado, que no se derrame, ni divierta, ni quiera hablárselo todo, que ha de dar lugar á la respuesta. Yo, como iba historiando mi vida, no advertí que podría el ermitaño cansarse de oirme hablar tan diversamente: pero sucedióme bien, que no solamente no se cansó, pero tornó á importunarme que prosiguiese en mi principal intento, que para eso me lo había rogado al principio, y tornando á hablar con él, proseguí diciendo.

DESCANSO II.

Luégo que por el pronóstico y significación de aquel cometa, ó por lo que la Majestad de Dios sabe y fué servido, murió el Rey Don Sebastián de Portugal, en aquella tan memorable batalla, donde se hallaron tres Reyes, y murieron todos tres, como sucedió al Cardenal Don Enrique, tío de Felipe II y lo llamó á la sucesión del Reino toda Castilla y Andalucía, se movió á ir sirviendo á su Rey con el amor y obediencia que siempre España ha tenido á sus legítimos Reyes. Víneme de Valladolid á Madrid, y siguiendo la variedad de mi condición y la opinión de todos, fuíme á Sevilla con intención de pasar á Italia, ya que no pudiese llegar á tiempo de embarcarme para África. Estuve gozando de la grandeza de aquella ciudad, llena de mil excelencias, tesorera y repartidora de la inmensa riqueza que envía el mar Océano, sin la que deja para sí en sus profundas arenas escondida para siempre. Sosegadas, ó por mejor decir, reducidas á mejor forma las cosas de Portugal, quedéme en Sevilla por algún tiempo, donde entre muchas cosas que me sucedieron, fué una dar en la valentía; que había entonces, y aun creo que ahora hay, una especie de gentes que, ni parecen cristianos, ni moros, ni gentiles; sino su religión es adorar en la

diosa valentía, porque les parece que estando en esta cofradía, los tendrán y respetarán por valientes, no cuanto á serlo, sino cuanto á parecerlo. Sucedióme pasando por la calle de Génova, topar con uno de estos, encontrándome con él, de suerte que por pasar yo por lo limpio le hice pasar por el lodo, volvióse á mí, y con gran superioridad me dijo: Señor marquesote, ¿no mira cómo va? Yo le dije: Perdone vuesa merced, que no lo hacía á sabiendas. Él replicó: Pues si lo hiciera á sabiendas, ¿no había de estar ya amortajado? Yo no llevaba espada, que iba como estudiante, profesión de que siempre heme preciado, y así usé de toda la humildad posible, y él de toda la soberbia que tienen los de su profesión. Díjele: No fué tan grave el delito, que merezca tan gran castigo como ese. Díjome entonces: No debe de saber el morlaco con quién se ha encontrado; pues estése quedo, que no quiero darle más castigo de ponerle cuarenta dedos en los carrillos, que por mi cuenta venían á ser ocho bofetadas; esperéle, y viniendo alzadas las manos para ejecutar el castigo, usé de una treta que siempre me ha salido bien. Y fué, que como venía tan atento á su negocio, yo hice el mío; y asiéndole la espada por la guarnición, con toda la presteza posible se la saqué de la vaina, con el mismo movimiento le puse los cinco dedos en la cara, y con la guarnición le herí en el carrillo izquierdo.

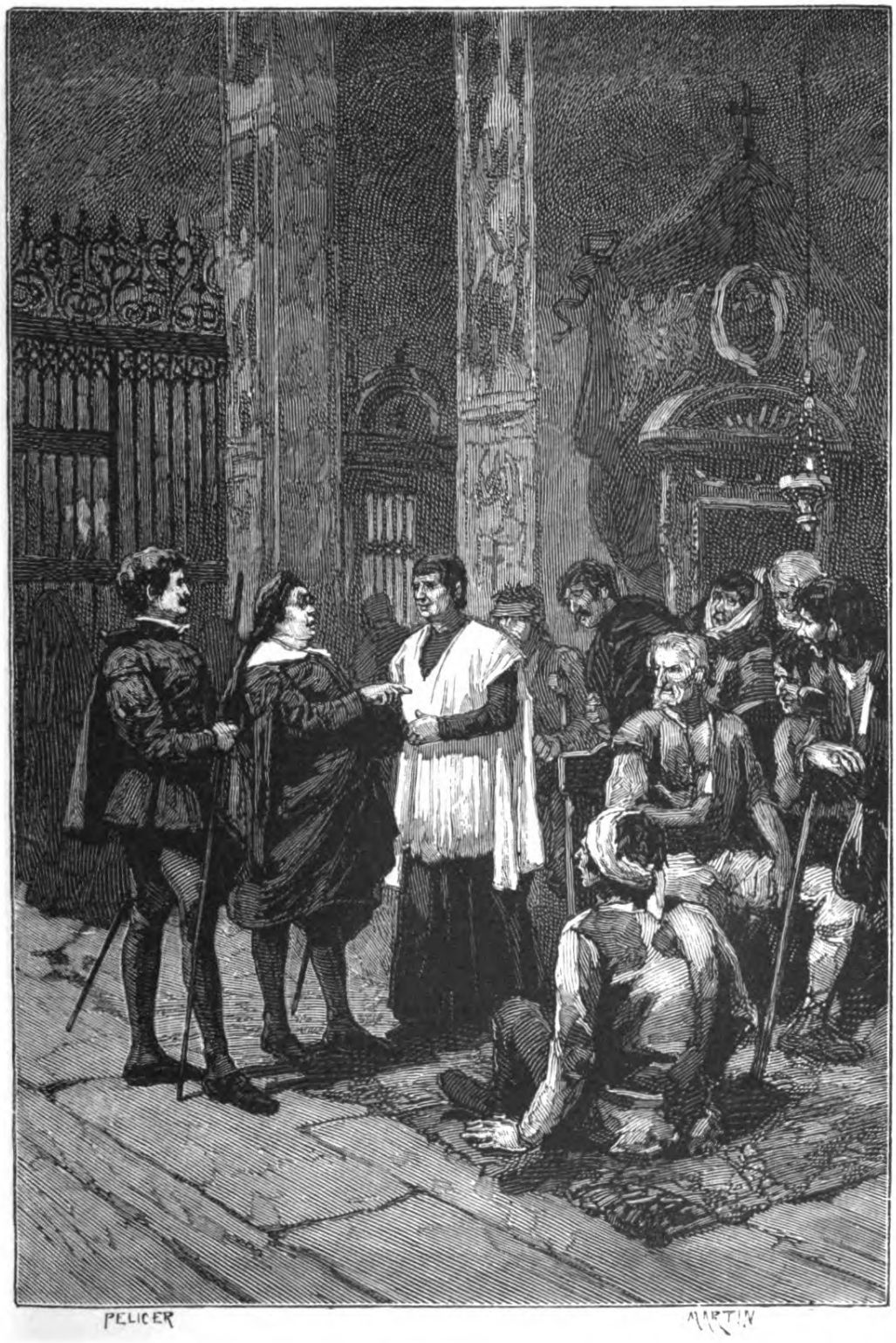
Él que se vió desarmado, dió á correr hacia gradas, y unos jubeteros comenzaron á decir: Víctor, víctor al escolar; pero dijéronme: Váyase de aquí, que éste va á llamar retraídos, y volverán presto. Fuíme hacia San Francisco, y el bellacón entró muy descolorido, sin espada, en el corral de los naranjos, la capa arrastrando, la cara llena de sangre, y preguntándole qué había sido, respondió, que lo cercaron treinta hombres, y abrazándose con él, le sacaron la espada, y habiéndole herido, á bocados se libró de ellos, y le había sacado las narices á uno de ellos de un bocado, y que iba por una espada y rodela para hacerlos pedazos á todos. Acudieron á donde había pasado el ruido, y todos los oficiales hablaron en favor mío, á lo cual dijo uno que iba entre ellos, hombre de menos que mediana estatura, zurdo y dobladillo de cuerpo á quien todos pareció que respetaban: Bien está, ese hombrecillo

debe de tener buen hígado y así es menester hacerlos amigos, porque el herido lo es de todos los honrados de la cofradía, y antes de dos horas estará con los muchos si lo saben: llamen á ese pobrete. Llamáronme unos oficiales, y trajeron al otro, que para que quisiese ser amigo, fué menester llevarlos todos á la taberna de Pinto, y gastar una hanega de lo de Cazalla: todos á una voz dijeron: Buen hijo es; bien merece entrar en la cofradía.

DESCANSO III.

Pasado esto, como el bellacón quedó mal contento buscó traza cómo vengarse, y hallóla muy buena. Como yo entré nuevo, y tenía poca experiencia de las cosas de Sevilla, recatéme poco, que en las repúblicas tan grandes es menester entrar con tiento, y el que no tiene conocimiento ni experiencia de ellas, hase de valer de quien tenga para no hallarse atajado. Púseme espada, y en las obligaciones en que se pone quien la ciñe, que con el desvanecimiento de la valentía, y con haber dado en poeta y músico, que cualquiera de las tres bastaba para derribar otro juicio mejor que el mío, comencé á alear más de lo que me estaba, y á tenerme por paseante y gran ventanero, y enamorar cuantas encontraba; de manera, que no había portugués más azucarado que yo, por donde halló mi contrario flaqueza en mí con la de una dama de buen talle, en cuya casa él entraba y era señor absoluto. Andando yo en la brama entre aquellos árboles de la alameda, sentíme llamar de una cierva, y acudiendo al bramido me dijo: ¿Es posible, señor galán, que tan al descuido viva vuesarcé, que

no ha echado de ver que le miran con más cuidado que el ordinario? Miréle el rostro y talle, y aunque le tenía extremado de bueno, con todo lo creí, porque yo estaba tan desvanecido, que por este camino creyera cualquier favor que se me diera. Prosiguió diciendo: ¡Que haya venido yo á tiempo que no mire la calidad de mi persona ni autoridad de mi marido! ¡Oh mal hayan los ojos que no se recatan, y mal hayan los piés que salen de los umbrales de su casa para ver sus desdichas! ¡que haya entregado mi libertad á quien no se la estimará! ¡que mire yo á quien ni me conoce ni conozco, y que haya de rogar á quien jamás admitió ruegos de nadie! Más quiero morir, que no rendirme á quien quizá se reirá y despreciará mis prendas. Y con eso fingió unas lágrimas tan tiernas, que me sacó de juicio. Y en habiendo hecho su embeleco, me dejó y volvió las espaldas con grandísimo donaire y garbo. Yo quedé helado y abrasado de su presteza en irse, y de sus palabras en rendirme. La criada me dijo: Buena tiene vuesa merced á mi señora, que estas eran sus melancolías; de aquí nacen sus malas condiciones, que no hay quien en casa se averigüe con ella. Sígala vuesa merced, y recátese no le vea su marido, que es un caballero muy principal, y no poco celoso, aunque jamás ha visto en mi señora ocasión para serlo. Seguíla espantado, y contento de parecerme que merecería yo mucho: estimándome interiormente en harto más de lo que fuera razón. Entré en su casa, que era en una calle angosta que iba á dar á la calle de las Armas, y luégo me favoreció haciendo ventana: y advirtióme que no diese muchos bordos, que ella me avisaría de lo que había de hacer. Anduve algunos días en pretensión, pareciendo que por su estimación no quería rendirse luégo. ¡Oh engaños del mundo, y qué fácilmente cree un hombre las cosas que van encaminadas á su gusto ó á su provecho! Si mirásemos y tanteásemos lo que mira á nuestro bien, como lo que mira á nuestro mal, no caeríamos en tantos daños y desventuras como suceden. En la apariencia del gusto nos arrojamos con la esperanza del bien, y en el mal no nos recatamos, siendo tan peligroso ó dudoso el fin de lo uno como de lo otro. Más seguros vamos por el camino del daño que yertos por el del provecho; porque lo uno nos pone en reca-



Vosotros algunos delincuentazos debéis de ser.

to, y lo otro en descuido. En el uno puede haber engaño, y en el otro está el desengaño claro, como me sucedió, que creyendo el engaño de aquella mujer, me ví en grande peligro; ¿pero á quién no engañará un rostro hermoso y un talle gallardo con palabras dulces y ojos bachilleres? Al fin yo perseveré hasta que me envió á decir con un papel amorosísimo que me llegase allá aquella noche. Púseme lo más galán que pude, cogí mi espada y una linterna grande, que podía servir de broquel, y fuíme derecho á su casa sin considerar otra cosa más que obedecer al gusto; hallé la puerta y sus brazos abiertos, recibióme con todas las caricias que yo podía desear de actos exteriores y sencillos, y palabras dobladas: cerró la puerta, luégo al punto llamaron á ella. Ella, sin preguntar quién llamaba, dijo: Amigo, mi marido llama, entraos en esta bodeguilla, que luégo se tornará á ir. Entréme con mi linterna encendida: cerraron la puerta de la bodeguilla con cerrojo, y dejáronme muy bien cerrado. El aposentillo estaba casi todo lleno de sarmientos y chamiza seca; había un pozo, que respondía á lo alto, con su cubo colgado: púseme á escuchar lo que hablaban, porque de haber cerrado la puerta sospeché no bien; preguntóle la señora al marido fingido: Ya tengo cerrado á este hombre, ¿qué se ha de hacer? Él respondió, aunque paso, en voz que le pude conocer que era mi contrario: Abrasarlo ó ahogarlo en el pozo, que éste es el que me sacó la espada de la vaina. Luégo se me representó la traza para salir salvo de su cautela; que el peligro, descubridor de grandes secretos, y el temor de la muerte levantan la imaginación á cosas nunca pensadas; tapé con una tabla el brocal del pozo: y de aquella chamiza y sarmientos secos llegué cantidad á la puerta de la bodeguilla, y con la linterna, que aún no había apagado, encendílos. La puertecilla estaba tan seca, que comenzó á arder con la ayuda de la leña, saliendo muchas llamaradas de la chamiza por debajo la puerta: metíme en el cubo del pozo, y asíme á la soga muy bien, que como estaba tapado el pozo iba seguro yo. Comenzó toda la gente á dar voces: Fuego, fuego, agua, saquen agua del pozo: tiraron de la soga para sacar agua, y como pesaba el cubo demasiadamente, por estar yo dentro, llegáronse muchos vecinos á tirar de la soga, y tanto y con tanta fuerza tiraron, que al fin me

subieron arriba. Asíme muy bien al brocal del pozo, yo debía de estar con el rostro pálido de la turbación, y con esto y hacerles un gesto de abominable demonio, desmayaron todos, diciendo que era un diablo lo que sacaron del pozo. Acabé de salir, y escabullíme entre la gente lo mejor que pude, y pude muy bien, porque como estaban turbados no me echaron de ver, dejándoles la casa encendida, y llevando mi persona libre, que vine á hallar la vida donde era tan fácil el perderla; como en un pozo, y encerrado en tanta estrecheza, como en una bodeguilla llena de curianas.

DESCANSO IV.

Mi enemigo tomó para vengarse de mí por instrumento una mujer hermosa que al fin todas tienen fuerza natural para mover corazones, tan bien como criaturas con afición y lágrimas; pero como nacieron para llorar, saben enternecer. Maldiga Dios sus determinaciones, que tan resueltas son para ejecutar cuanto se les pone en la testa, que por el mismo caso que no lo pueden con fuerza, lo haçen con astucia y embeleco. Tienen tan grande fuerza en decir lo que quieren, y nosotros tanta flaqueza en creerlas, que parece que para eso solo nacimos. Muchas he visto de muy justificada vida, pero aun en estas he hallado desigualdades de condiciones: y conocido algunas muy honradas de sus personas, que lo son por sólo decir mal de las que tienen alguna flaqueza. Y en resolución, pocas hay que se escapen de algún azar. Libréme del daño que pudiera suceder, ó en que ya me ví, pero no de las manos de un alguacil que se había llegado al ruido, y como me vió ir corriendo, asióme; mas yo con mucha presteza le dije: ¿Qué hace vuesa merced? ¿quiere que muramos ambos á las manos de ese demonio que está en esta casa? Huya y póngase en salvo, que viene matando á cuantos encuentra. Él me soltó y dió á correr, porque como había oído decir el demonio del pozo, como yo se lo afirmé, se confirmó en ello. Yo no paré hasta llegar á tomar descanso á la sombra de dos amigos, Hércules y César, que están en dos altísimas columnas, á la entrada del alameda que hizo aquel gran caballero D. Francisco Zapata, conde de Barajas, que tantas deshizo en Sevilla. Pero no acabaron aquí las de aquella noche, que estando descansando, sentí á las espaldas de la calle de la Garbancera, en un malvar muy alto que allí se hace, un ruído

muy grande, moviéndose las malvas sin ver quién las movía, que por ser de noche y estar solo en el lugar muy sujeto á melancolía, me causó alguna: mas llegándome cerca con la espada desenvainada, no ví cosa sino el movimiento de las malvas, y algún ruído entre unas piedras que había en el malvar, hasta que salieron fuera luchando una culebra y un gato: la culebra procurando ceñir al gato por el cuerpo, y el gato puesto sobre los piés, é hiriendo á la culebra con las uñas por entre las conchuelas, que duró algún espacio: pero la culebra no pudiendo resistir las uñas del gato, se tornó á sus malvas y el gato como diestro, dando un salto le cogió la delantera, y con el mismo movimiento, mascándole la cabeza, retiróse antes que la culebra le diese con todo el cuerpo; y lo hiciera si no se retirara, porque con el golpe dió en unas piedras con la parte del lomo, á donde tiene la fuerza, de que no pudo más moverse, y llegando el gato la acabó de matar. Dióme que considerar la destreza del gato, viendo cuán cierta tiene la herida más que los demás animales, por donde yo fuí aficionado desde allí á los gatos, habiendo sido siempre enemigo de ellos, porque aunque no tienen tanto conocimiento ni amor como los perros, son de gran seguridad contra las sabandijas que se aparecen en las casas. Yo me fuí á reposar aquella noche, admirado y corrido del doblez que tan pesadamente usó conmigo aquella mi enamorada que lo sea del diablo: y no del que salió del pozo; que la apacibilidad que promete el rostro de una mujer hermosa sea capaz de tan pesado engaño, y que con tanta facilidad se rinda á un mal consejo, es cosa que aún no acabo de creerla. Que se apiade un hombre á unas lágrimas de una mujer, es mucha nobleza; pero que ella las finja por mal fin, parece abominación. Rendirse á la hermosura es cosa natural; pero rendirse la hermosura al engaño es contra razón, y aun contra naturaleza. Y un ánimo como el del hombre, que hace cara á un ejército entero, se rinda á una mujer, que huye de un ratón, es cosa que espanta. Dios me libre de sus revueltas, y me guarde de sus dobleces, que aun sin gusto suelen tenerlos, por dar á entender que son queridas y desdeñosas; que las aman y que no las estiman; que las regalan, y que ellas hacen burla de quien las sirve.

DESCANSO V.

Yo no quedé tan seguro de lo pasado que no me fuera necesario vivir con mucho cuidado de las tretas de aquel valiente, porque si antes estaba sentido del despojo de la tajante hoja, después lo estuvo de haber salido tan á su costa la burla que pensó hacerme. Yo, para más seguridad mía, acudí á favorecerme de la casa de un gran caballero que está junto á *Omnium Sanctorum*, en la feria, que en todas mis travesuras y sucesos me fué amparo y refugio. Envióme á desafiar el valiente con un valiente amigo suyo. Estando yo en la dicha casa del señor Marqués de Algaba, don Luís de Guzmán y sus criados, que tenía muchos y muy honrados, me quitaron de la obligación, por ser mis amigos, que por la descortesía de haber perdido el respeto á la casa le enviaron á la suya sin narices, dejando la espada, broquel y daga para merienda de los mozos de cocina. Hizo de manera el malsín, mal fin le dé su suerte, que vino á saber un alcalde de la justicia, grande enemigo mío, si estaba engañado Dios lo sabe, que yo había pegado fuego á la casa de su dayfa, que por andar celoso injustamente de mí, por momentos me llevaba preso, y aunque yo procuré siempre vencerle en cortesía, y quitarle la ocasión

que lo traía con pecho vengatìvo, como debía de tener el ánimo poco noble, no hacía caso del buen término y humildad de que yo usaba con él, que los ánimos poco levantados en viéndose superiores á su enemigo procuran vengarse como pueden, sin mirar si les está bien ó mal. Mas los valerosos ánimos, con ser señores de la venganza, tienen por grandeza no hacer caso de ella. Este que digo, en viendo que pudo satisfacer á su bárbaro apetito, con la relación que le dió mi enemigo, luégo puso por obra la ejecución de sus malas entrañas, haciendo corchete y explorador á la misma parte, que tuvo harto cuidado de seguirme los pasos, de modo que yo lo vine á saber por medio de amigos suyos y míos. Sabido esto, que el alcalde de la justicia habiendo incriminado el delito, diciendo que era incendiario, como hombre que no tenía más de una oreja, y esa inficionada, no admitió advertencia ni consejo que se le daba. Dijo que me había de sacar de la iglesia en cualquiera que me hallase, porque el delito de incendiario era muy grave. No lo hiciera el que ahora está en el mismo oficio, que es justísimo juez, cristiano y discreto, y de gran consideración en cuanto dice y hace, no precipitado, ni arrojadizo, sino muy templado y considerado en todas sus acciones, Justino de Chaves, que hay algunos jueces, aunque pocos, que no quieren dejar delito para el tribunal de Dios, que parece que los elige el demonio para hacer por manos de ellos lo que no puede por las suyas, que se las tiene Dios atadas. En sabiendo que este juez andaba conmigo tan tirano, mudéme de traje con un vestido viejo y malo, para andar disfrazado: yo le traía junto á su persona una espía que me avisase de todo, porque yo no me apartaba de *Omnium Sanctorum*, donde el sacristán era mi amigo, con quien había tratado lo que había de hacer si viniese á sacarme. Vino á avisarme de esto el amigo, y que para esta empresa traía consigo al Toledanillo, corchete endiablado, y yo juré que le había de hacer una burla, que me había de llevar acuestas á mi casa. Luégo pareció venir con tanta priesa, que por poco no pudiera ejecutar mi traza. Dí al sacristán capa, ropilla y espada, quedándome en un jubón viejo y sucio, y atándome á la cabeza un lienzo muy roto y ensangrentado, echéme entre unos pobres muy asquerosos que estaban á la puerta

pidiendo limosna: llegó muy furioso á buscarme en la iglesia; el sacristán cerró la iglesia antes que llegase, y juró, y con verdad, que no había en toda ella retraído, ni otra gente, sino aquellos pobres que á nadie dejaban oir misa, y que si quería sacar algún retraído él se lo daría en las manos, echándolos de allí. Luégo él comenzó á echarlos, diciéndoles: Vosotros algunos delincuentazos debéis de ser. Y á mí, porque dijo el sacristán que estaba tullido, y que no podía menearme, le dijo al Toledanillo que me llevase de allí, habiéndole dicho el sacristán que yo tenía mucho dinero de que se podía aprovechar, con que le puso codicia de llevarme acuestas. Mientras que su amo andaba revolviendo los altares y coro, y esteras de la sacristía, yo le iba diciendo: En verdad, señor, que me huelgo que no entrásedes allá, porque aquel hombre que van á sacar tiene jurado de mataros, que sabiendo que sois muy hombre, él lo es tanto que tiene ya dos corchetes en sal, y lo mismo hará de vos si os coge: Bien voy aquí de esa manera, dijo el Toledanillo; y yo: Daos priesa antes que envíe por vos el teniente, y él lo hizo de muy buena gana, porque esta gente, ó porque no les va nada en ello, ó porque quieren guardar su vida huyen de semejantes peligros. El amo, como no halló la presa que buscaba, y porque el sacristán le dijo que se la daría pacíficamente, no llamó al Toledanillo. Él me llevó paseando por toda la alameda, y el barrio del Duque, hasta la calle de San Elóy, donde era mi posada; yo animábale diciendo que fuera de que se lo había de pagar muy bien hacía una obra de misericordia. Venían dos conocidos míos tras él pereciendo de risa, y él no osaba preguntarles de qué se reían, hasta que llegando á donde le pareció que ya estaba fuera de peligro preguntóles: ¿De qué se ríen voarcedes? Ellos le respondieron sonriendo: De la carga que lleváis, que es el que íbades á sacar de la iglesia. Él, sobresaltado, soltóme luégo en el suelo, y yo encarándome á él, le dije: Pues qué, ¿pensaba el ladrón, que había de cogerme el dinero? Agradezca que no le visité las tripas por el pescuezo cuando me traía acuestas hecho San Cristóbal. En este tiempo andaba el señor juez riñendo con el sacristán porque le diese el retraído. Él dijo: Yo ya cumplí mi palabra con dárselo al Toledanillo, que lo llevó acuestas. Riéronse tanto los circunstantes

con la burla hecha al Toledanillo, por ser tan bravo corchete que se olvidó el enojo del juez por lo que alcanzaba de la burla viendo la que se había hecho á su corchete: y él por no dar á entender su corrimiento disimuló, por la parte que le tocaba. Esto es para que los ministros de justicia entiendan, que ni todo ha de suceder como ellos quieren, ni los delincuentes lo han de remitir todo á las manos, como suelen en Sevilla, ni hacer resistencias, que si una vez sucede bien, treinta les sucede mal. Los jueces nunca pierden el respeto á los templos, porque les sucede lo que á los perros que andan buscando la vida, que si muchas veces comen, algunos los vienen á coger entre puertas. Debe proceder el juez con los delincuentes de manera que no parezca que la justicia y venganza se conforman para un fin, que se ha de averiguar las verdades oyendo ambas partes: ni ha de creer, que uno es malo porque se lo diga quien no es bueno. Juez apasionado no lo ha de ser en su negocio propio, porque la pasión hace mayores los delitos del enemigo. Como es dificultoso juzgar por malo aquello que nos deleita, así es imposible juzgar por bueno lo que aborrecemos: que mal podrá guardar la autoridad de la ley quien quiere hacerla de su condición en odio ó en amor. Muy confuso se halla un juez cuando le apelan la sentencia que dió con pasión, no siendo ya señor de ella. Los delincuentes han de usar de todos los medios humanos y divinos antes que hacer una resistencia, y quien la hace en confianza del favor que tiene, merece que le falte cuando lo ha menester, como sucede. No puede haber causa, si no es por salvar la vida que obligue á un hombre á tan bárbaro delito, que no se halla sino en hombres desconfiados de la vida y honra. La humildad con los ministros de justicia arguye valor y ánimo noble, en que consiste el fundamento de la paz y concordia. Y si á los tales que se persuade á que son poderosos para cuanto quieren los tratamos con soberbia, ¿cómo podremos conservarnos con ellos? Huir de ellos cuando nos siguen, no es falta de ánimo, sino reconocimiento de superioridad: y el que de ellos es bien considerado, huélgase de ver que el delincuente le tiene respeto en huir ó en retraerse, sin querer perseguirle ni apretarle más de lo que es justicia y razón. Yo no pude hacer buen amigo de este hombre, y así me deter-

miné, por no resistirme ni huir, de hacerle esta burla que se tuvo por acertada, tanto como reída, con que él me dejó, y el otro se sosegó en perseguirme. Yo para aquietarme de todo, determiné de arrimarme á algún favor poderoso, en cuya sombra pudiera descansar. Andaba entonces en Sevilla un gran Príncipe, de gallardísimo talle, muy gentil hombre de cuerpo, hermoso de rostro, con gran mansedumbre de condición y consumada bondad, más de ángel que de hombre, amiguísimo de hacer bien, amado y admirado en aquella república, por estas y otras muchas partes que en su persona resplandecían: sobrino del arzobispo que entonces era en Sevilla, que era Marqués de Denia. Yo me determiné de buscar modo como entrar en la gracia de este príncipe, y comunicándolo con cierto amigo, le dije: No es posible, sino que este gran señor me ha de recibir en su favor y gracia. ¿En qué lo echáis de ver? dijo mi amigo. Y respondí yo: En que yo le soy grandemente apasionado, y perpetuo historiador de sus admirables virtudes: y no es posible sino que la constelación que me obliga á este excesivo amor á él, le incline á serme agradecido. Sucedióme como me lo tenía imaginado, porque estando en el corral de los naranjos, y pasando por allí este gran Príncipe, me determiné á hablarle lo más cortesmente que yo pude y supe. Paró el coche, y oyóme con entrañas piadosísisimas, haciéndome la merced que yo deseaba y mandándome que le viese. Recibido en su gracia, no me sucedió cosa mal en Sevilla, ni mis émulos tuvieron brío ni atrevimiento más contra mí; que el favor de los Príncipes y grandes señores es poderoso para vivir con quietud en la República, quien quiere ampararse de su valor y reclinarse á su sombra. Y es cordura el hacerlo, aunque no sea más de por imitar sus nativas costumbres, que exceden con ventaja á las de la gente ordinaria; que como en las plantas, las más bien cultivadas dan mejor y más abundante fruto, así entre los hombres, los más bien instruídos dan mayor y más claro ejemplo de la vida y costumbres, como son los pirncipes y señores, criados desde su niñez, en costumbres loables, no derramados entre la ignorancia del libre vulgo; que entre los caballeros está, y se usa la verdadera cortesía: de ellos se aprende el buen trato y la crianza con lo que se debe dar á cada uno; en ellos se halla

la discreta disimulación y paciencia, y cuando há lugar el perderla, que como tratan siempre con gente que sabe todos saben. Los que huyen el trato de los caballeros, no pueden entrarse en la verdadera nobleza, que consiste en la práctica y no en la teórica, y con ella se aprende el respeto que se les ha de tener para tratar con la nobleza ignorada de todo el vulgo.

DESCANSO VI.

Estuve en Sevilla algún tiempo viviendo de noche y de día inquieto con pendencias y enemistades, efectos de la ociosidad, raíz de los vicios y sepulcro de las virtudes. Torné en mí, y halléme atrás de lo que había profesado, que en la ociosidad no solamente se olvida lo trabajado, pero se hace un durísimo hábito para volver á ello. El que pierde caminando la verdadera senda, cuanto más se aleja, tanto más dificultosamente vuelve á cobrarla: el que hace costumbre en la ociosidad, tarde ó nunca olvida los resabios que de ella se siguen. En cuatro cosas gasta la vida el ocioso, en dormir sin tiempo, en comer sin razón, en solicitar quietas, en murmurar de todos. Llórame el corazón gotas de sangre cuando veo prendas de valerosos capitanes y de doctísimos varones rendidas á un vicio tan poltrón como la ociosidad: quéjase el ocioso de su desdicha, y murmura de la dicha del que con gran diligencia ha vencido la fuerza de su fortuna; tiene envidia de lo que él pudiera haber granjeado con ella. El ocioso ni come con gusto, ni duerme con quietud, ni descansa con reposo, que la flojedad viene á ser verdugo y azote del dejamiento y pereza del ocioso. Determiné de apartarme de este vicio poltrón que en Sevilla me arrastraba, y para esto tuve

modo de pasar á Italia en servicio del duque de Medina-Sidonia, que en un galeón aragonés enviaba mucha parte de sus criados á Milán. Alcanzada esta buena gracia, detúveme en Sevilla hasta que fué tiempo de partir. En este espacio, vinieron algunos portugueses, de los que en África se habían hallado en aquel desdichado conflicto del rey Sebastián, muchos de los cuales rescató Felipe II. Trabé amistad con algunos de ellos, y como tienen tanta presteza en las agudezas del ingenio, pasé con ellos bonísimos ratos. Estaba un caballero portugués, amigo mío, haciéndose la barba con un mal oficial, que con mala mano y peor navaja le rapaba, de manera que le llevaba los cueros del rostro. Alzó el suyo el portugués, y le dijo: Señor barbero, si desfollades, desfollades dulcemente; mais si rapades, rapades muito mal. Estando un amigo mío y yo á la puerta de una Iglesia, que se llama *Omnium Sanctorum*, pasó un caballero portugués, con seis pajes y dos lacayos muy bien vestidos á la castellana, y quitándose la gorra á la Iglesia, quitámosela nosotros á él usando de cortesía. Volvió como afrentado, y me dijo: Ollai, senhor castillano, non vos tirei á vos á barreta, se naón á ó Santísimo Sacramento. Dije yo: Pues yo se la quité á vuesa merced. Compungido de esta respuesta, dijo el portugués: Ainda vos á tirei á vos, senhor castillano. Venía por la calle del Atambor un portugués con un castellano, y como el portugués iba enamorando las ventanas, no vió un hoyo donde metió los piés y se tendió de bruces. Dijo el castellano: Dios te ayude; y respondió el portugués: Ja naon pode. Estando jugando tres castellanos con un portugués á las primeras, los engañó agudísimamente, que habiéndole dado después de quinoleada la baraja cincuenta y cinco, dijo con desprecio del naipe entre sí, como lo pudiesen oir: Os anhos de Mafoma. Los demás, que estaban bien puestos, y lo vieron pasar, embidaron su resto: él quiso, y echando el uno cincuenta, y los demás lo que tenían, arrojó el portugués sus cincuenta y cinco puntos, y arrebatóles el resto; dijo el uno de ellos: ¿Cómo dijo vuesa merced que tenía los de Mahoma, que son cuarenta y ocho años, si tenía cincuenta y cinco? Respondió el portugués: Eu cudei, que Mafoma era más vello. (Yo pensé que Mahoma era más viejo.) Otros excelentísimos cuentos y agudezas pu-

diera traer, que por evitar prolijidad los dejo. Vino en este tiempo una grandísima peste en Sevilla; y mandóse por materia de estado que matasen todos los perros y gatos, porque no llevasen el daño de una casa á otra. Yo, procurando asentar mi vida, fuíme á Sanlúcar á casa del duque de Medina-Sidonia, y navegando por el río fué tanta la abundancia de gatos y perros que había ahogados en todas aquellas quince leguas, que algunas veces fué necesario detener el barco, ó echarlo por otra parte.

DESCANSO VII.

EMBARCÁMONOS en Sanlúcar, no con mucho tiempo. Pasamos á vista de Gibraltar por el estrecho, que lo era tanto por alguna parte, que con la mano parecía poderse alcanzar la una y otra parte. Vimos el Calpe tan memorable por la antigüedad, y más memorable por el hachero ó atalaya que entonces tenía, y muchos años después de tan increíble y perspicaz vista, que en todo el tiempo que él tuvo aquel oficio, la costa de Andalucía no ha recibido daño de las fronteras de Tetuán, porque en armando las galeotas en África, las veía desde el Peñón, y avisaba con los hachos ó humadas. Yo soy testigo, que estando una vez en el Peñón algunos caballeros de Ronda y de Gibraltar, dijo Martín López, que así se llamaba el hachero: Mañana al anochecer habrá rebato: porque se están armando galeotas en el río de Tetuán; que son más de veinte leguas, y yo creo que por mucho que se encarezcan las cosas que hizo con la vista de Lince, que fué hombre y no animal como algunos piensan, no sobrepujaron á las de Martín López; realmente lo temían más los corsarios, que al socorro que contra ellos venía. Quiero de paso declarar una opinión que anda derramada entre la gente, poco aficionada á leer y engañada en pensar, que lo que llaman columnas de Hércules, sean algunas que él mismo puso en el estrecho de Gibraltar. Con otro mayor deslumbramiento,

que dicen ser las que mandó poner en la alameda de Sevilla D. Francisco Zapata, primer conde de Barajas; pero la verdad es que estas dos columnas, son la una el Peñón de Gibraltar, tan alto, que se disminuyen á la vista los bajeles de alto bordo que pasan por allí. La otra columna es otro cerro muy alto en África, correspondientes el uno al otro. Dícelo así Pomponio Mela *de Situ orbis*. Volviendo al propósito, digo, que pasamos á la vista de Marbella, Málaga, Cartagena y Alicante, hasta que engolfándonos llegamos á las islas Baleares, donde no fuímos recibidos por la ruín fama que había de peste en poniente; de manera, que desde Mallorca nos asestaron tres ó cuatro piezas. Faltónos viento, y anduvimos dando bordos en aquella costa, hasta que vimos encender quince hachas, que nos pusieron en mucho cuidado, porque como en Argel se cundió la fama de la riqueza que llevaba el galeón de un tan grande príncipe, salieron en corso quince galeotas á buscarnos, que hicieron mucho daño á toda la costa, y lo pudieran hacer en nosotros, si el viento les favoreciera, permitiéndolo Dios. Con el aviso que nos dieron de las atalayas, engolfámonos, fortificando las obras muertas, y las demás partes que tenían necesidad, con sacas de lana y otras cosas que para el propósito se llevaron. Repartiéronse los lugares y puestos como les pareció á los capitanes y soldados viejos que el galeón llevaba. Puestos en orden aguardamos las galeotas, que ya se venían descubriendo con el suyo de media luna, que como al galeón le faltaba el viento, y ellos venían valerosamente batiendo los remos, llegaron tan cerca que nos podíamos cañonear.

Estando ya con determinación de morir ó echarlas á fondo, disparó nuestro galeón dos piezas tan venturosas, que desparecieron una de las quince galeotas, y en el mismo punto nos vino un viento en popa tan desatado que en un instante las perdimos de vista. Esforzóse el viento tan demasiadamente, que nos quebró el árbol de la mesana; rompiendo las velas y jarcias de lo demás con tanta furia, que nos puso en menos de doce horas sobre la ciudad de Frigus en Francia; y sobreviniendo otro viento contrario por proa anduvimos perdidos, volviendo hacia atrás con la misma priesa que habíamos caminado. El galeón era muy gran velero y fuerte, bastante

para no perdernos, y con sólo el trinquete de proa pudimos vandearnos, con la gran fortaleza del galeón. Y al tercero día de la borrasca comenzó la popa á desencajarse y á crugir, á modo de persona que se queja. Con esto comenzaron á desmayar los marineros, determinados de dejarnos y entrarse de secreto en el barcón que venía amarrado á la popa. Pero siendo sentidos de los soldados, que no venían mareados, se lo estorbaron. Viendo el peligro, todos determinamos de confesarnos y encomendarnos á Dios: pero llegando á hacerlo con dos frailes que venían en el galeón, estaban tan mareados, que nos daban con el vómito en las barbas y pecho, y como las ondas inclinaban el navío á una parte y á otra, caían los de una banda sobre los de la otra, y luégo aquellos sobre estos otros. Andaba una mona saltando de jarcia en jarcia, y de árbol en árbol, hablando en su lenguaje, hasta que pasando una furiosísima ola por encima del navío se la llevó, y nos dejó á todos bien refrescados. Anduvo la pobre mona pidiendo socorro muy grande rato sobre el agua, que al fin se la tragó. Llevaban los marineros un papagayo muy enjaulado en la gavia, que iba diciendo siempre: ¿Cómo estás, loro? como cautivo, perro, perro, perro; que nunca con más verdad lo dijo, que entonces. Apartónos Dios de resulta segunda vez junto á Mallorca á una isleta que llaman la Cabrera, y al revolver de una punta, yendo ya un poco consolados, nos arrojaron unas montañas de agua otra vez en alta mar, donde tornamos de nuevo á padecer la misma tormenta. Algunos de los marineros cargaron demasiadamente, y echáronse junto al fogón del navío por sosegar un poco: sopló tan recio el viento que les echó fuego encima, que tenían muy guardado, que á unos se les entró en la carne, y á otros les abrasó las barbas y rostro, quitándoles el sueño y adormecimiento del vino. Yo me ví en peligro de morir, porque el tiempo que quebró el árbol de la mesana, por temor del viento habíamos atado, mis camaradas y yo, el transportín al árbol y cuando se quebró arrojó el transportín en alto, y á cada uno por su parte. Yo quedé asido al borde del galeón, colgado de las manos por la parte de afuera, y si no me socorrieran presto, me fuera al profundo del agua: y si se rompiera cuatro dedos más abajo, con la coz nos echara hasta las nubes. Mareáron-

se los marineros, ó la mayor parte de ellos. Estábamos sin gobierno, aunque venía entre ellos un contramaestre muy alentado, con una barbaza que le llegaba hasta la cinta, de que se preciaba mucho, y subiendo por las jarcias hacia la gavia, á poner en cobro su papagayo, con la fuerza del viento se le desnudó la barbaza, que llevaba cogida, y asiéndose á un cordel de aquellos de las jarcias, quedó colgado de ella, como Absalón de los cabellos. Pero asiéndose, como gran marinero, al entena, lo sumergió tres veces por un lado por la mitad del navío, y pereciera si otro marinero no subiera por las mismas jarcias y le cortara la barbaza, que dejándola anudada donde se había asido, y ayudándole, bajó vivo, aunque muy corrido de verse sin su barba. Tornamos á proejar lo mejor que fué posible, quejándose siempre la popa, y al fin tomamos el puerto de la Cabrera, isleta despoblada, sin habitadores, ni comunicada sino es de Mallorca cuando traen mantenimientos para cuatro ó cinco personas que guardan aquel castillo fuerte y alto, más porque no ocupen aquella isla los turcos, que por la necesidad que hay de él. Había estado mareado todo este tiempo el mayordomo ó contador que gobernaba los criados del Duque, y volviendo en sí, fué luégo á visitar lo que venía á su cargo, y hallando de menos ciertos pilones de azúcar, como no parecieron, dijo: Yo sabré presto quién los comió, si están comidos; y fué así, porque el día siguiente comenzaron á dar á la banda todos, que no se daban mano á vaciar lo que habían henchido, que como habían metido tan abundantemente del azúcar, les corrompió el vientre en tanto extremo, que en quince días no volvieron en su primera figura. Al contramaestre no le vimos el rostro en muchos días, por verse desamparado de la barbaza, que debe ser en Grecia de mucha calidad una cola de frisón en la cara de un hombre. Al fin nos recibieron en aquella isleta, que por falta de comunicación no sabían que veníamos de tierra apestada, y aunque lo supieran nos recibieran por ver gente, que los tenían por fuerza sin ver ni hablar sino con aquellas sordas olas que están siempre batiendo los peñascos donde está el castillo edificado. Detuvímonos allí quince ó veinte días, ó más, haciendo árboles, reparando jarcias, remendando velas, padeciendo calor entre mayo y junio, sin

saber en toda la isleta dónde valerse contra la fuerza del calor, ni fuente donde refrescarnos, sino el algibe ó cisterna de donde bebían los pobres encerrados. Esta isleta es de seis ó siete leguas en circuito, toda de piedras, muy poca tierra, y esa sin árboles, sino unas matillas que no suben arriba de la cintura. Hay unas lagartijas grandes y negras, que no huyen de la gente, aves muy pocas, porque como no hay agua donde refrescarse no paran allí.

DESCANSO VIII.

Como el calor era tan grande, y yo he sido siempre fogoso, llamé á un amigo, y fuímonos saltando de peña en peña por buscar algún lugar que, ó por verde ó por húmedo, nos pudiese alentar ó aliviar de la navegación y trabajo pasado, de que salimos muy necesitados. Yendo saltando de una peña en otra, espantados de ver tan avarienta á la naturaleza en tener aquel sitio con tan cansada sequedad, trajo una bocanada de aire tan celestial olor de madres-selvas, que pareció que lo enviaba Dios para refrigerio y consuelo de nuestro cansancio. Volví el rostro hacia la parte de oriente, de donde venía la fragancia, y ví en medio de aquellas continuas peñas una frescura milagrosa de verde y florida, porque se vieron de lejos las flores de la madre-selva, tan grandes, apacibles y olorosas como las que hay en toda Andalucía. Llegamos, saltando de piedra en piedra como cabras, y hallamos una cueva, en cuya boca se criaban aquellas cordiales matas de celestial olor. Y aunque era de entrada angosta, allá abajo se extendía con mucho espacio, destilando de lo alto de la cueva por muchas partes un agua tan suave y fría, que nos obligó á enviar al galeón por sogas para bajar á recrearnos en ella. Bajamos, aunque con dificultad, y hallamos aba-

jo una estancia muy apacible y fresca, porque del agua que se destilaba se formaban diversas cosas, y hacían á naturaleza perfectísima con la variedad de tan extrañas figuras: había órganos, figuras de patriarcas, conejos y otras diversas cosas, que con la continuación de caer el agua se iban formando á maravilla: de esta destilación se venía á juntar un arroyuelo, que entre muy menuda y rubia arena convidaba á beber de él, lo cual hicimos con grandísimo gusto. El sitio era de gran deleite, porque si mirábamos arriba, veíamos la boca de la cueva cubierta de las flores de madre-selva que se descolgaban hacia abajo, esparciendo en la cueva una fragancia de más que humano olor. Si mirábamos abajo el sitio donde estábamos, veíamos el agua fresca, y aun fría, y el suelo con asientos donde podíamos descansar en tiempo de tan excesivo calor, con espacio para pasearnos. Enviamos por nuestra comida y una guitarra, con que nos entretuvimos con grandísimo contento, cantando y tañendo, como los hijos de Israel en su destierro. Fuímonos á la noche á dormir al castillo, aunque siempre quedaba guarda en el galeón. Dijimos al castellano cómo habíamos hallado aquella cueva, que era un hombre de horrible aspecto, ojos encarnizados, pocas palabras y sin risa, que dijeron haber sido cabeza de bandoleros, y por esto lo tenían en aquel castillo siendo guarda de él. Y respondiéndonos en lenguaje catalán muy cerrado: Mirad por vosotros, que también los turcos saben esa cueva: no fué parte esta advertencia para que dejásemos de ir cada día á visitar aquella regalada habitación, comiendo y sesteando en ella. Hicímoslo diez ó doce días arreo. Habiendo un día comido, y estando sesteando, vimos asomar por la boca de la cueva bonetes colorados y alquiceles blancos; pusímonos en pié, y al mismo punto que nos vieron, de que venían descuidados, dijo uno en lengua castellana, muy clara y bien pronunciada: Rendíos, perros. Quedaron mis compañeros absortos de ver en lengua castellana bonetes turcos; dijo el uno: Gente de nuestro galeón debe de ser, que nos quieren burlar. Habló otro turco, y dijo: Rendí presto que torco extar. Pusieron los tres compañeros mano á las espadas queriéndose defender. Yo les dije: ¿De qué sirve esa defensa si nos pueden dejar aquí anegados á pura piedra, cuánto más con

las escopetas que vemos? Y á ellos les dije: Yo me rindo al que habló español, y todos á todos; y vuesas mercedes pueden bajar á refrescarse, ó sino subirémosles agua, pues somos sus esclavos. Dijo el turco español: No es menester, que ya bajamos. Rogamos á Dios interiormente que lo supiesen en el galeón; obedeciendo á nuestra fortuna. Mis compañeros muy tristes, y yo muy en el caso, porque en todas las desdichas que á los hombres suceden no hay remedio más importante que la paciencia. Yo, aunque la tenía, fingiendo buen semblante, sentía lo que puede sentir el que habiendo sido siempre libre entraba en esclavitud. La fortuna se ha de vencer con buen ánimo: no hay más infeliz hombre que el que siempre ha sido dichoso, porque siente las desdichas con mayor aflicción. Decíales á mis compañeros que para estimar el bien era menester experimentar algún mal, y llevar este trabajo con paciencia para que fuese menor. Púseme á recibir con buen semblante á los turcos que iban bajando, y en llegando al que hablaba español, con mayor sumisión y humildad, llamándole caballero principal, dándole á entender que lo había conocido; de que él holgó mucho, y dijo á los turcos sus compañeros, que yo le conocía por noble y principal, porque él, como después supe, era de los moriscos más estimados del reino de Valencia, que se había ido á renegar, llevando muy gentil pella de plata y oro. Viendo que aprovechaba la lisonja de haberle llamado caballero y noble, proseguí diciéndole más y más vanidades, porque él venía por cabo de dos galeotas suyas, que de las quince habían quedado por falta de temporal, escondidas en una caleta, adonde aquel mismo día nos llevaron maniatados, sin tener remedio por entonces, y zongorrando con la guitarra, apartóme mi amo, y dijo de secreto: Prosigue en lo que has comenzado, que yo soy cabo de estas galeotas, y á mí me aprovechará para la reputación, y á ti dará buen tratamiento. Hícelo con mucho cuidado, diciendo, como el que no lo oyese, que era de muy principales parientes, nobles y caballeros. Fué tan poca nuestra suerte, que les vino luégo buen tiempo, y volviendo las proas hacia Argel, iban navegando con viento en popa sin tocar á los remos. Quitáronnos el traje español, y nos vistieron como miserables galeotes, y echados al remo los demás com-

pañeros, á mí me dejó el cabo para su servicio. Por no ir callados con el manso viento que nos guiaba, me preguntó mi amo cómo me llamaba, quién era, y qué profesión ú oficio tenía. Á lo primero le dije, que yo me llamaba Marcos de Obregón, hijo de montañeses del valle de Cayón.

Los demás por ir ocupados en oir cantar á un turquillo, que lo hacía graciosamente, no pudieron oir lo que tratábamos : y así le pregunté, antes de responderle, si era cristiano ó hijo de cristianos, porque su persona y talle, y la hermosura de un mocito hijo suyo, daban muestras de ser españoles. Él me respondió de muy buena gana ; lo uno, porque la tenía que tratar con cristianos, lo otro, porque los demás iban muy atentos al musiquillo, y así me dijo, que era bautizado, hijo de padres cristianos, y que su venida en Argel no fué por estar mal con la religión, que bien sabía que era la verdadera, en quien se había de salvar las almas, sino que yo, dijo, nací con ánimo y espíritu de español, y no pude sufrir los agravios que cada día recibía de gente muy inferior á mi persona, las supercherías que usaban con mi persona, con mi hacienda, que no era poca, siendo yo descendiente de muy antiguos cristianos, como los demás, que también se han pasado y pasan cada día, no solamente del reino de Valencia, de donde yo soy, sino del de Granada y de toda España. Lastimábame mucho, como los demás, de no ser recibido á las dignidades y oficios de Magistrados y de honras superiores, y ver que durase aquella infamia para siempre, y que para deshacer esta injuria, no bastase tener obras exteriores é interiores de cristiano. Que un hombre, que ni por nacimiento ni por partes heredadas ó adquiridas, se levantaba del suelo dos dedos, se atreviese á llamar con nombres infames á un hombre muy cristiano y muy caballero. Y sobre todo ver cuán lejos estaba el remedio de todas estas cosas. ¿Qué me podrás tú decir á esto? Lo uno, respondí yo, que la Iglesia ha considerado eso con mucho acuerdo; y lo otro quien tiene fe del bautismo, no se ha de rendir ni acobardar por ningún accidente y trabajo que le venga para apartarse de ella. Todo esto te confieso, dijo el turco, pero ¿qué paciencia humana podrá sufrir que un hombre bajo, sin partes ni nacimiento, que por ser muy obscuro su linaje, se ha olvidado

en la república su principio, y se ha perdido la memoria de sus pasados, se desvanezca, haciéndose superior á los hombres de mayores merecimientos y partes que las suyas? De esas cosas, respondí yo, como Dios es el verdadero juez, ya que consienta el agravio aquí, no negará el premio allá, si puede haber agravio, no digo en los estatutos pasados en las cosas de la Iglesia, que eso va muy justificado, sino en la intención dañada del que quiere infamar á los que ve que se van levantando y creciendo en las cosas superiores y de mayor estimación. Ellos, dijo el moro, como ni pueden llegar á igualar á los de tan grandes merecimientos, tomando ocasión de prevaricar los estatutos con su mala intención, no para fortificarlos, ni para servir á Dios ni á la Iglesia, sino para preciarse de cartas viejas como dicen : y pareciéndoles que es una grande hazaña levantar un testimonio, derraman una fama que lleva la envidia de lengua en lengua, hasta echar por el suelo aquello que va más encumbrado ; que como su origen fué siempre tan obscuro, que no se vió sujeto en él que lo ennobleciese, y á la pobreza nadie le tiene envidia, quédanse sin saber qué son, teniéndolos por cristianos viejos, por no ser conocidos, ni tener noticia que tal gente hubiese en el mundo. La Iglesia, dije yo, no hace los estatutos para que se quite la honra á los prójimos, sino para servirse la religión lo mejor que sea posible, conservándola en virtud y bondad conocida. Íbame á replicar mi amo, pero dejando el turquillo de cantar, díjome que callase, y tornóme á preguntar lo primero : respondíle á todo con brevedad, diciendo : Yo soy montañés de junto á Santander, del valle de Cayón, aunque nací en Andalucía ; llámome Marcos de Obregón; no tengo oficio ; porque en España los hidalgos no lo aprenden, que más quieren padecer necesidades ó servir, que ser oficiales, que la nobleza de las montañas fué ganada por armas, y conservada con servicios hechos á los Reyes, y no se han de manchar con hacer oficios bajos, que allá con lo poco que tienen se sustentan paseando lo peor que pueden, conservando las leyes de hidalguía, que es andar rotos y descosidos, con guantes y calzas atacadas. Yo haré, dijo mi amo, que sepáis oficio muy bien. Y respondió un compañero de los míos que estaba al remo : Eso á lo menos no lo haré yo, ni se ha

decir en España que un hidalgo de la casa de los Mantillas usó oficio en Argel. Pues, perro, dijo mi amo, ¿estás al remo y tratas de vanidades? Dadle á ese hidalgo cincuenta palos. Suplico á vuesa merced, dije yo, perdone su ignorancia y desvanecimiento, que ni él sabe más, ni es hidalgo, ni tiene más de ello que aquella estimación, no cuanto á hacer las obras de tal, sino cuanto á decir que lo es por comer sin trabajar. Y no es el primer vagamundo que ha habido en aquella casa, si es de ella; y á él le dije; Pues, bárbaro, ¿estamos en tiempo y estado que podamos rehusar lo que nos mandaren? Ahora es cuando hemos de aprender á ser humildes, que la obediencia nos ata la voluntad al gusto ageno. La voluntad subordinada no puede tener elección. En el punto que un hombre pierde la libertad, no es señor de sus acciones. Sólo un remedio puede haber para ser un poco libre, que es ejercitar la paciencia y humildad, y no esperar á hacer por fuerza lo que por fuerza se ha de hacer: Si desde luégo no se comienza á hacer hábito en la paciencia, harémoslo en el castigo. Que el obedecer al superior, es hacerlo esclavo nuestro. Como la humildad engendra amor, así la soberbia engendra odio. La estimación del esclavo ha de nacer del gusto del señor, y esta se adquiere con apacible humildad. Aquí somos esclavos, y si nos humilláremos á cumplir con nuestra obligación, nos tratarán como á libres y no como á esclavos. ¡Oh qué bién habláis! dijo nuestro amo, y cómo he gustado de encontrar contigo para que seas maestro de mi hijo, que hasta que encontrase un cristiano como tú no se lo he dado, porque por acá no hay quien sepa la doctrina, que entre cristianos se enseña á los de poca edad. Por cierto, dije yo, él es tan bella criatura, que quisiera yo valer y saber mucho, para hacerle grande hombre, pero fáltale una cosa para ser tan hermoso y gallardo. Estuvieron atentos á esto los demás moros, y preguntó el padre: ¿Pues qué le falta? Respondí yo: Lo que sobra á vuesa merced. ¿Qué me sobra á mí? dijo el padre. El bautismo, respondí yo, que no lo ha menester.

Fué á arrebatar un garrote para pegarme, y al mismo compás arrebaté yo al muchacho para reparar con él. Cayósele el palo de las manos, con que rieron todos, y al padre se le tem-

pló el enojo que pudiera tener descargando el palo en su hijo. Fingióse muy del enojado, por cumplir con los compañeros ó soldados, que realmente lo tenían por grande observador de la religión perruna ó turquesa. Aunque yo lo sentí, en lo poco que le comuniqué, inclinado á tornarse á la verdad católica. ¿Por qué, dijo, pensáis vosotros que vine yo de España á Argel sino para destruir todas estas costas, como lo he hecho siempre que he podido, y tengo de hacer mucho más mal de lo que he hecho? Como lo sintieron enojado quisieron echarme al remo; y él dijo: Dejadlo, que cada uno tiene obligación de volver por su religión, y éste cuando sea turco hará lo mismo que hace ahora. Sí haré, dije yo, pero no siendo moro, y para sosegar más su enojo mandóme que tomase la guitarra que sacamos de la cueva: hícelo acordándome del cantar de los hijos de Israel cuando iban en su cautiverio. Fueron con el viento en popa mientras yo cantaba en mi guitarra, muy alegres, sin alteración del mar, ni estorbo de enemigos, hasta que descubrieron las torres por la costa de Argel, y luégo la ciudad, que como los tenían perdidos, hicieron grandes alegrías en viendo que eran las galeotas del renegado. Llegaron al puerto, y fué tan grande el recibimiento por verle venir, y venir con presa, que le hicieron grandes algazaras, tocaron trompetas y jabebas, otros instrumentos que usan más para confusión y bulla que para apacibilidad de los oídos. Saliéronle á recibir su mujer y una hija, muy española en el talle y garbo, blanca y rubia, con bellos ojos verdes, que realmente parecía más nacida en Francia, que criada en Argel: algo aguileña, el rostro alegre y muy apacible, y en todas las demás partes muy hermosa. El renegado, que era hombre cuerdo, enseñaba á todos sus hijos la lengua española, en la cual le habló la hija con alguna terneza de lágrimas, que corrían por las rosadas mejillas, que como les habían dado malas nuevas, el gozo le sacó aquellas lágrimas del corazón. Yo les hice una humillación muy grande, primero á la hija que á la madre, que naturaleza me inclinó á ella con grande violencia; díjele á mi amo: Yo, señor, tengo por muy venturosa mi prisión, pues junto con haber topado con tan grande caballero, me ha traído á ser esclavo de tal hija y mujer, que más parecen ángeles que criaturas del suelo. ¡Ay! padre mío, dijo la

doncella, ¡y qué corteses son los españoles! Pueden, dijo el padre, enseñar cortesía á todas las naciones del mundo: y este esclavo es en mayor grado, porque es noble, hijodalgo montañés, y muy discreto. Y cómo lo parece, dijo la hija; pues ¿por qué lo trae con tan mal traje? Hágale vuesa merced que se vista á la española. Todo se hará, hija mía, respondió el padre; reposemos ahora el cansancio de la mar, ya que habemos venido libres y salvos.

DESCANSO IX.

Hallé un agradable albergue en hija y madre; pero mucho más en la hija, porque como había oido decir á su padre muchos bienes de España y los habitadores de ella, naturaleza la llevaba por este camino. Regalábame más que á los demás esclavos; pero servía con más gusto que ellos, así por lo que había visto, como porque no iba de mala gana á Argel, por ver un hermano mío que estaba cautivo en él; y fuí venturoso en que antes que preguntase por él supe que había incitado á otros esclavos para que tomando un barco, después de haber muerto á sus amos, se arrojasen á la fortuna, ó por mejor decir, á la voluntad de Dios, y no atreviéndose los demás, él puso en ejecución su intento, y sucedióle tan bien, que vino á España, y después murió sobre Jatelet, que si supieran ser mi hermano, quizá yo lo pasara mal. Yo serví á mis amos con el mayor gusto y diligencia que podía, y mi servicio les era más grato que el de los otros cautivos, porque hacía de la necesidad virtud: y como al principio les gané la voluntad, con facilidad los conservé después: tratábalos con mucho respeto y cortesía, martirizando mi voluntad, y forzándola á lo que no

era inclinado, que es á servir; que á los hombres naturalmente libres el tiempo y la necesidad les enseña lo que han de hacer. Sufría más de lo que mi condición me enseñaba, que el rendirse á la fuerza yo creo que es de ánimos valerosos y nobles. Poco valor y menos prudencia tiene el que no sabe obedecer al tiempo. Servir bien quien por fuerza ha de servir, es ganarle la fortuna por la mano; y obedecer mal al superior, es poner en duda el gusto y la vida. Y al fin vive con seguridad quien hace lo que puede sirviendo. Aunque yo me vía regalado de mis amos, no por eso dejaba de repartir el favor con los demás cautivos, y ellos conmigo su trabajo; y para sosegar la envidia se han de hacer estas diligencias y otras mayores. Que no hay gente que más se gobierne por ella que esclavos, perseguidores de sus iguales, y solapadores de la honra y hacienda de sus dueños. Pocos he visto de los que han pasado por este miserable estado, que no tengan algún resabio infame.

Junto con el buen tratamiento que se me hacía, eché de ver en mi ama la doncella, que siempre que pasaba por donde pudiese verla hacía cambio en el color del rostro y en el movimiento de las manos, que parecía alguna vez que tocaba tecla. Al principio atribuílo á la mucha honestidad suya; pero con su perseverancia, y con la experiencia que yo tenía de semejantes accidentes, que no era poca, le conocí la enfermedad. Mandábame un millón de cosas cada día, que ni á ella tocaba el mandarlas, ni á mí el hacerlas; pero yo confieso que me holgaba en el alma de servirla y de que me mandase muchas más: todas cuantas niñerías venían á mis manos, ó yo hacía, venían á parar en las suyas, diciendo que eran de España; tanto que una vez, parándosele el rostro como una amapola, me dijo, que cuando no hubiera venido de España otra cosa sino quien se las daba, bastaba para ella; y luégo echó á correr, y se escondió. Yo con estos favores enternecíame demasiadamente; pero miré el estado en que me vía, y que habiendo de buscar la libertad del cuerpo iba perdiendo la del alma, y que el menor daño que me podía suceder era quedarme por yerno en casa, volvía sobre mí, y me reprehendía conmigo á solas; pero cuanto más me contradecía hallaba en mí menos resistencia. Y el remedio de estas pasiones más

consiste en dejarlas estar que en escarbarlas, buscando el olvido ó camino para él. Echaba de ver que al tiempo que estas pasiones entran en un hombre le arrebatan de modo que le dejan incapaz para otra cosa. Y aunque me persuadía á que por entretenerme podía llevar aquella dulce carga, la experiencia me había enseñado que el amor es rey, que en dándole posesión se alza con la fortaleza; pero hacíame contradicción en mi propio pensar cómo podía ser desagradecido quien siempre se preció de lo contrario. Aunque para esto se me ponía por delante la sospecha que podían tener los padres si vían alguna demostración de buena correspondencia, apartábame de esto estar entre enemigos de la nación y de la fe; el acudir mal al amor que el padre me mostraba, que me había entregado su hija para que la enseñase, y sobre todo, y más que todo, no ser ella bautizada. Resolvíme al fin de que aunque me abrasase no había de mirarla con cuidado. La pobre doncella que sintió novedad en mí, llevólo con mucha melancolía de corazón, abatimiento de ojos, arcaduces y lumbreras del alma, color mudado de rostro, suspensión en las palabras y encogimiento en el trato. Preguntábanle qué tenía. Y respondía que era enfermedad que ni la había tenido, ni conocido, ni sabía decir qué fuese. Preguntábanle si quería alguna cosa. Respondía que era imposible lo que deseaba, que era solamente ver á España, y esto entre risa y tristeza, vino á ser melancolía de manera que hizo cama contra su voluntad, porque no podía ser visitada de quien ella quería, ni entraban allá sino es las mujeres solamente, y aquellos eunucos, gente vigilantísima, que como sea para quitar el gusto, sirven con gran cuidado, que estas doncellitas no tienen experiencia del mundo, ni saben gobernar sus pasiones y apetitos. En faltándoles aquello que miran con buenos ojos y mejor voluntad, les parece que les ha faltado el cielo y tierra, y se rinden á cualquier borrón por satisfacer á las ansias que padecen. Y así las que usan de ser miradas, es lo más sano ó casarlas, ó quitarles la ocasión de ver y ser vistas: más impresión hace la pasión en la sangre nueva que en los pechos que se han de guardar. Á los sembrados, si cuando están granados les falta el agua, no les hace mucha falta; pero si les falta cuando están tiernos, luégo se marchitan y paran amarillos; y todas las

cosas naturales van por este camino. Las doncellas ignorantes de querer y olvidar, con cualquiera disfavor se marchitan, como hizo esta doncellita á quien yo quería más de lo que ella pensaba.

DESCANSO X.

Al fin comenzaron á curar de melancolía á esta doncellita, aplicándole mil medicamentos que la echaban á perder, que como era tan amable por su hermosura y condición, súpose en todo Argel su enfermedad con mucho sentimiento de todos. Yo sabiendo la causa de su melancolía, tan bien como de mi pena y disimulación, pensando cómo podría verla y consolarla, propuse entre mí que había de decirle amores en presencia del padre y de la madre sin que lo sintiesen, y que ellos me habían de llevar para el mismo efecto. Y con esta seguridad dije á mi amo que yo había aprendido en España de un gran varón unas palabras que dichas al oído sanaban cualquiera melancolía por profunda que fuese; pero que se habían de recibir con grande fe, y decirse al oído, sin que nadie las oyese sino sola la persona paciente. El padre me dijo: Sana mi hija, y sea como fuere. La madre con las mismas ansias y deseo me pidió que luégo se las dijese. Entré adonde las mujeres estaban acompañando la enferma lo más limpio y aseado que pude, que la limpieza y curiosidad ayuda siempre á engendrar amor; y entrando el padre y la madre la dijeron: Hija, ten buen ánimo, y mucha fe con las palabras, que aquí viene Obregón á curarte de tu melancolía. Y mandando que todos se apartasen, yo me llegué con mucho res-

peto y cortesía al oído de la paciente, diciéndole el siguiente ensalmo: Señora mía, la disimulación de estos días no ha sido á causa de olvido, ni por tibieza de voluntad, sino recato y estimación de vuestra honra, que más os quiero que la vida que me sustenta; y con esto apartéme de ella: y luégo con un donaire celestial abrió aquellos divinos ojos, con que alentó los corazones de todos los circunstantes, diciendo: ¿Es posible que tan poderosas palabras son las de España? porque había seis días que no se le habían oído otras tantas. Pero todo esto vino á resultar en disgusto mío, porque á la fama de la cura, que se había divulgado, otras melancólicas de diversos accidentes quisieron que las curase, sin saber yo cómo lo podría hacer, ni el origen de sus enfermedades, más de lo dicho. Holgáronse todos, y alabaron la fuerza de las palabras, la cortesía y humildad con que yo las había dicho. La doncelluela quiso levantarse luégo por la fuerza del ensalmo, pero yo dije: Ya vuesa merced ha comenzado á convalecer, y no es bien que tan presto se gobierne como sana; estése queda, que yo volveré á decir estas palabras y otras de mayor excelencia cuando vuesa merced fuere servida, y el señor diere licencia. Así lo hice muchas veces hasta que se levantó, y á mí un testimonio, que fué decir que tenía gracia de curar melancolía. Holgáronse de verla sana, y yo mucho más que todos, como aquel que la amaba tiernamente. En ese mismo tiempo había estado enferma de melancolía una señora principal, moza y muy hermosa, casada con un caballero muy poderoso en el pueblo. Y habiendo estado enferma vino á quedar con tan grande melancolía que á nadie quería ver ni hablar. Pues como llegó á oídos del marido la salud que había cobrado la hija de mi amo, envióle á decir que le llevase allá aquel esclavo que curaba de melancolía. Mi amo por darle gusto me dijo: De buena ventura has de ser, porque me ha enviado á decir fulano, que es caballero de grandes partes, que vale mucho en Argel, y con el gran Turco, que te lleve á curar á su mujer de melancolía, que por ser gallarda y hermosa te holgarás de verla. Oh señor, dije yo, no me mande vuesa merced eso, que si una vez lo hice fué por ver á vuesa merced apasionado por la enfermedad de su hija; y bien sabe cuán mal se recibe por acá lo que se dice y hace en

virtud de la verdadera religión. Es por fuerza, dijo, el hacerlo, que importa mucho el tenerlo grato. Señor dije yo, vuesa merced me excuse con él, que no con todas personas hacen las palabras un mismo efecto, que es necesario tener con ellas tanta fe como tuvo su hija de vuesa merced, y esta señora no la ha de tener. Trájele otras muchas causas excusándome, por ver si podía escaparme. Él fué á hablar al caballero por disculpa, y cuanto más me excusaba, tanto más porfiaba en ello, hasta que dijo, si no quería ir, que me llevase arrastrando á palos. Pobre de mí, dije yo, ¿quién me hizo cirujano ó médico de melancolías? ¿qué sé yo de recetas y de ensalmos? ¿cómo podré salir ahora de este trance tan riguroso? que ó ella ha de quedar sin melancolía, ó yo tengo de padecerla toda mi vida. Decirle amores como á la otra, ni yo podré, ni ella me los entenderá, ni su enfermedad es de este género: pues decirle ol oído cosas de santos y de la verdadera religión será doblarle más la enfermedad, y á mí los palos, aunque Dios es poderoso para hacer pan de las piedras, y de los paganos cristianos. Al fin me resolví con un gentil ánimo, llevando á mi amo por lengua, y él á mí por escorzonera. Y para más acertar la cura cogí debajo de la saltambarca una guitarra; procurando con todas las fuerzas posibles salir con la cura, y para esto poner todos los medios necesarios, y así entrando con muy desenvuelto semblante, adelantándome, le dije: Vuesa merced, señora, sin duda sanará, porque las palabras que yo digo solamente son para curar á las muy hermosas, y vuesa merced es hermosísima. Tengo esperanza que saldrá bien con la salud, y yo con la cura. Recibió bien este ensalmo, que es eficacísimo con las mujeres. Y luégo le dije: Tenga vuesa merced grande fe en las palabras, y póngase en la imaginación que ya ha ahuyentado el mal. Hícele estar con gran fe suya, y suspensión de todos: llegándome á ella, que estaba con la imaginación muy en el caso, díjela al oído un grandísimo disparate que aprendí oyendo artes en Salamanca, y fué:

Barbara Cælarent darii ferio Baralipton,
Cælantes Dabitis Fapesmo frisesomorum.

Y luégo sacando la guitarra le canté mil disparates, que ni ella los entendía, ni yo se los declaraba. Fué tanta la fuerza

de imaginativa suya, que antes que de allí me saliese quedó riendo, y rogándome que volviese allá muchas veces, y que le diese aquellas palabras escritas en su lengua; yo dí gracias á Dios de verme libre de este trance, y busqué modo para no curar más. Pero como había cobrado fama, si algunas veces acudían, fingía que me daba mal de corazón, y así me escapaba. Mas réstame por decir los celos que tuvo mi ama la moza, que pensando le había dicho á la otra las mismas palabras que á ella, estaba llorando celos; apacigüéla en pudiéndola hablar, que como era doncella de pocos años y menos experiencia, todo lo creía: y queriéndola yo con todo el extremo del mundo, me pesaba que mis cosas le diesen un mínimo disgusto. Díjele un día que sus padres estaban fuera de casa, con la confianza que de mí hacían, y habiéndome dicho que podía hablar delante de las criadas, porque no entendían la lengua: Señora mía, ¿qué desdicha vuestra, y buena suerte mía hizo que siendo vos un ángel en hermosura, en años tierna y en cordura y madurez muy prudente, hayáis entregado vuestro gusto y voluntad á un hombre cargado de años, desnudo de partes y merecimientos? Que siendo digna de lo mejor y más granado del mundo, no recuséis de recibir en vuestro servicio á un hombre rendido y subordinado á cuantos daños la fortuna le quisiere hacer? Que una sabandija arrojada en la furia del mar maltratado de golpes de fortuna, en mísera esclavitud, haya hallado tan soberano albergue en vuestro sencillo pecho? Que el blanco donde todos tienen puestos los ojos y las entrañas haya recibido en las suyas á quien se contentara con ser perpetuamente su esclavo? Que por supuesto que nunca en mí ha habido imaginación de llegar á manchar á vuestra castidad, ni el deseo se extenderá á tal, con tan grandes y no merecidos favores me levanto á pensar que soy algo, no siendo capaz de que vuestros ojos se humillen á mirar mi persona. Encendido el rostro en un finísimo carmín, temblando las manos y encogiendo el cuerpo con la fuerza de la honestidad, me respondió de esta manera: Á lo primero os digo, señor mío, que no sé responder, porque ello se vino sin cuidado, ni elección, ni saber por qué, ni cómo. Á lo segundo, que no haber mirado en lo que por acá me podía estar bien, digo, que después que

supe de mi padre haber sido bautizada, luégo aborrecí lo que por esta parte me podía venir. Y si yo fuese tan dichosa que viniese á ser cristiana, no desearía más de esto, y lo que tengo presente; y sacando un lienzo como para limpiarse el rostro, se lo cubrió como reprehendiéndose de haber respondido con libertad. Quedóle como la azucena entre las rosas. y yo mudo con solamente mirar y contemplar aquella honestidad enamorada los efectos que hacía tan fuera del ordinario. Recogíme porque sentí venir por la calle sus padres, y tomando mi guitarra canté: «¡Ay bien logrados pensamientos míos!» Holgáronse mis amos de hallarme cantando, que como él tenía en el corazón las cosas de España, se regalaba con oir canciones españolas. Eché de ver de las palabras de la doncella, y de otros accidentes que yo había sentido, lo que yo me traía entre ojos, que me iban regalando para heredero de la hija y de las galeotas. Yo daba lección al hijo, y lo instruía lo mejor que podía en las costumbres cristianas, que el padre no lo rehusaba, aunque armaba contra cristianos, haciendo grandísimos daños en las costas de España y en las islas Baleares. Con esta ocasión gozaba algunos ratos de buena conversación con la hija, y con mucha cortesía y miramiento, sin que pudiese notarse cosa que no fuese muy honesta y limpia. Mas como estas cosas nunca se gozan y poseen sin azares y contradicciones, se entró el diablo en el corazón de una vieja, cautiva de muchos años, entresacada de dientes, de mala catatura, grande boca, labio caído á manera de oveja, muelas pocas ó ningunas, lagrimales llenos de alhorre, y contrahecha de cuerpo, y tan mal acondicionada que se andaba siempre quejando de los amos, diciendo que la mataban de hambre; y porque yo no la regalaba, y no le daba lo que no tenía, dió en poner mal nombre á la sencillez de la doncella, y la cortesía con que yo la trataba, por donde los padres la pusieron silencio en hablarme con harta reclusión y aprieto: que le pareció á aquella maldita vieja, que congraciándose con los amos por este camino, pasaría mejor vida que hasta entonces; pero no nos sucedió como pensaba, porque como el amor es tan grande escudriñador de secretos, á pocos lances dí alcance al chisme de la esclava, y al momento hice que lo supiese la hija, que como era tan querida

de sus padres creyeron cuanto dijo contra ella, de manera que nunca más entró donde estaban las mujeres, ni comió ni bebió á gusto en el tiempo que yo estuve allí; justo pago del chisme. Y si todos los que lo llevan fuesen mal recibidos, y peor pagados, vivirían las gentes en más paz y quietud. Que si los chismosos supiesen cuál dejan aquel á quien llevan la parlería, más querrían ser entonces mudos que habladores; y los que los oyen, si quieren estar en el caso, bien echarán de ver que no la traen por bien que quieren al que la oye, sino por querer mal á aquel de quien la dicen, y por vengar sus odios por manos agenas. El chisme es un congraciamiento, engendrado en pechos ruínes, que da pesadumbre al que le oye, y desacredita al que lo trae. Á todas las gentes del mundo es justo guardarles secreto, sino es al chismoso. Á tres personas ofende el chisme, al que lo dice, á quien se dice y de quien se dice. Éste lastimó á los padres, é hizo á la vieja odiosa, y atormentó á la pobre doncella, y á mí me privó por entonces del regalo que me hacían, y la estimación con que me trataban. El renegado era hombre cuerdo, y aunque usó con la hija de aquel rigor, conmigo disimuló sin darme á entender cosa de su enojo, hasta enterarse de la verdad del caso; pero hizo que me bajase á servicios viles, como era traer agua y otras cosas semejantes, más por ver mi sentimiento ó humildad que porque perseverase en ello.

Yo que le entendí muy bien, hice con grandísimo gusto y llaneza cuantas cosas me mandaba, malas ó buenas, procurando de desvelarlo del cuidado con que vivía; que para desarraigar del pecho una sospecha que se arremete á la honra, es menester usar de mil estratagemas, que ni lo parezcan ni se aparten mucho de la verdad. Mudar de alegría en el semblante, es novedad que se echa de ver. Hacer más servicios de los ordinarios, dan ocasión de averiguar la sospecha. El medio que se ha de guardar, con sola humildad y paciencia se adquiere, y aun ese no ha de exceder el trato ordinario. Hice todo cuanto se me mandaba, sin diferencia del gusto y pesadumbre con que antes lo haría. Iba con mucha humildad por agua á una fuente que llaman del Babasón, agua muy delgada y de grande estimación en aquella ciudad, de donde se proveen grandísima cantidad de jardines, viñas y olivares

de grande provecho y recreación. Contóme un turco, estando allí, que no se sabe de dónde nace ni por dónde viene aquella agua, porque habiéndola traído de lo alto de aquellos montes y sierras dos turcos y dos cautivos con inmenso riesgo, el Rey ó Virey que entonces era, les pagó su trabajo con darles garrote, porque en ningún tiempo revelasen el secreto con que pudieran quitarles el agua que provechosa es á la ciudad; que sitiada una fuerza, el mayor daño que pueden recibir para que se rinda ó se tome, es quitarle el agua. Y viven con tanto recato, que cualquiera Virey procura saber alguna nueva invención, para mayor fortificación de su ciudad: en tanto extremo, que el viernes, cuando van á sus mezquitas, dejan encerradas las mujeres y los esclavos con gran seguridad de traición, porque sólo los hombres van al templo, dejando bien cerradas sus casas y seguras sus mujeres. Y parece con sola esta relación que sería muy fácil hablar á la doncella estando encerrada por defuera, y entrando los cautivos á servir á las mujeres, también encerradas. Pero no es así, porque ellos van tan descuidados de daño secreto ó público, dejando tan fuerte guarda para la defensa de sus casas, que aunque el demonio pudiese dar lugar á la ejecución del deseo, sería más fácil saquear toda la ciudad que hacer traición en una casa particular. Porque dejan por guarda un género de hombres, que ni lo son para ese defecto, ni lo parecen en el rostro, que, ó por preciarse de fidelísimos, ó porque otros no hagan, lo que aunque no se parece se viene á parecer, de que ellos están privados, son tan vigilantes en la guarda de lo que se les encomienda, que por ningún camino admiten descuidos ni engaños. Y aunque quisiera valerme de él, por tener ya noticia y conocimiento de la invencible entereza de estos monstruos artificiales, no quise ponerme en probarlo, antes el mismo eunuco ó guardadamas me reprehendía porque no quería entrar á donde las mujeres estaban, como persona que ya estaba avisada del caso; á que yo le respondía, que yo no había de hacer lo que no se usaba en mi tierra, ni se permitía que los hombres se mezclasen con las mujeres. Y en resolución, yo me goberné con tanta fineza con esta espía, que no hallaron en qué tropezar, que era lo que mi amo deseaba; y el eunuco, por la mala condición que tenía, estuvo siempre

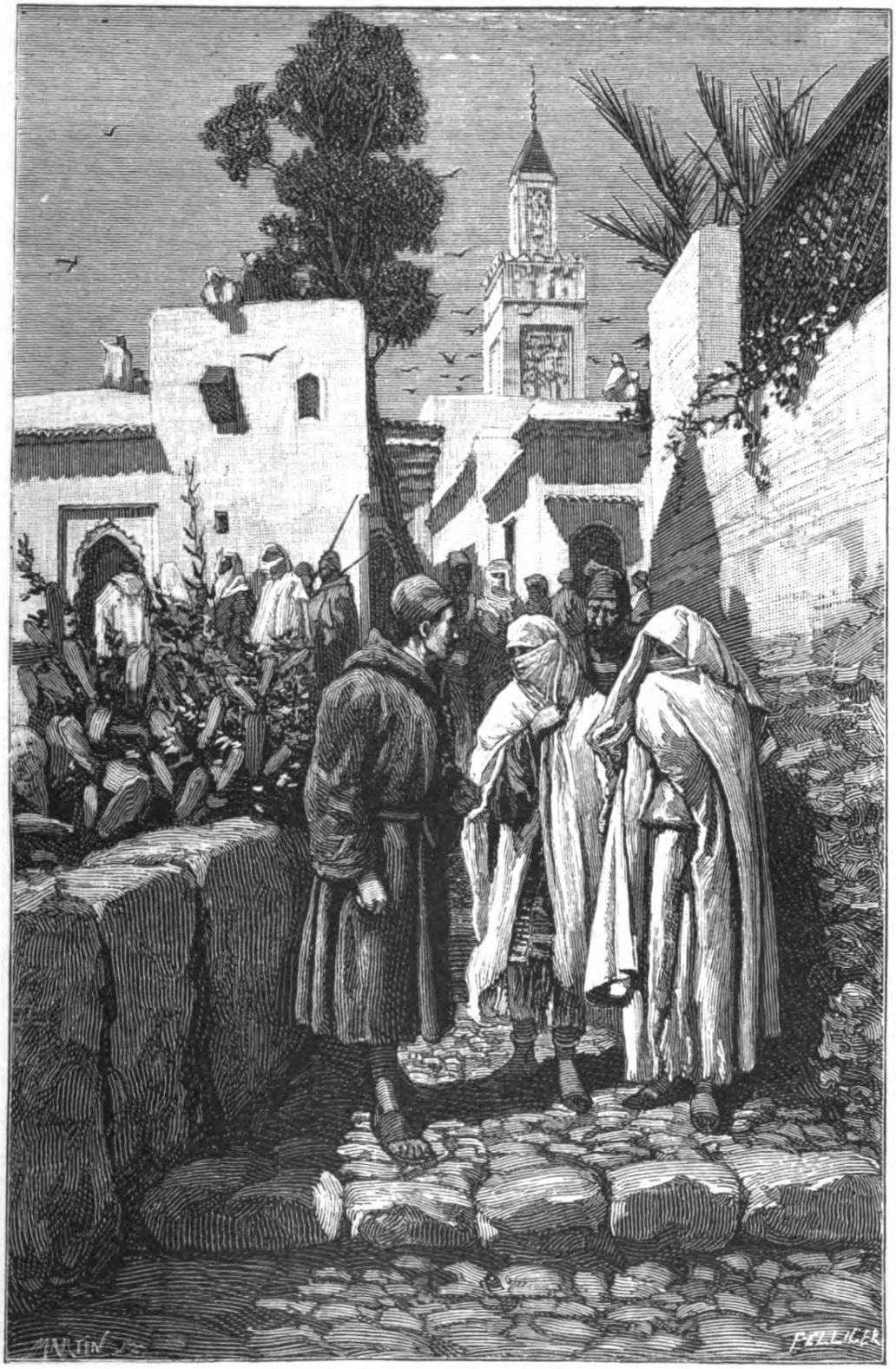
bien conmigo, que este género de gentes está en la república muy infamado de mal intencionado, no sé si con razón, porque la libertad de que usan en no disimular cosa, antes creo que les queda de ser siempre niños, más que ser mal intencionados. Esto se entiende acerca de los que no profesan la música, que en los que la profesan he visto muchos cuerdos y muy virtuosos, como fué Primo, racionero de Toledo; y como es Luís Onguero, capellán de Su Majestad, y otros de este modo y traza, que por evitar prolijidad callo.

DESCANSO XI.

Muy contento mi amo de la bondad de su hija, y satisfecho de mi fidelidad tornaron las cosas á su principio, y yo á la reputación y estimación en que me solían tener. La doncelluela realmente andaba un poco melancólica, la madre muy arrepentida de verla disgustada, de manera que la hija se retiraba de ella, haciéndose de la enojada y regalona. La madre andaba pensando cómo darle gusto, buscando modos para alegrarla y desenojarla, porque andaba con un ceñuelo que á todos nos traía suspensos, á mí de amor, y á los demás de temor no enfermase de aquella pesadumbre. Al fin, como procuraban volverla á su gusto y tenerla alegre, dijo la madre á mi amo que me mandase decirle aquellas palabras contra la melancolía, que no hallaba con qué alegrarla, sino con ellas. Mandómelo, y yo le dije: Sin duda esta tristeza debe de nacer de algún enojo, y así será menester decírselo muchas veces, para desarraigarle del pecho la ocasión de su mal, haciéndole algunas preguntas, con que respondiendo ella se sazonase mejor su pena. Y así fué, que me dejaron un grande rato hablar con ella, y decirle el ensalmo primero y otros mejores, á que ella respondía muy á propósito, quedando muy contenta de haberla dicho que la verdadera salud y contento y gusto del alma le había de venir del agua del bau-

tismo, que su padre había despreciado. Y después de bien instruída en esto me aparté de su persona, habiendo hablado, y ella respondido, media hora. Alegróse la madre de lo que veía, rogóme que le enseñase aquel ensalmo, á que yo le respondí: Señora, estas palabras no las puede decir sino quien hubiere estado en el estrecho de Gibraltar, en las islas de Riatán, en las columnas de Hércules, y en el Mongibelo de Sicilia, en la sima de Cabra, en la mina de Ronda y en el corral de la Pacheca, que de otra manera se verán visiones infernales que atemorizan á cualquiera persona.

Dije estos y otros muchos disparates, con que se le quitó la gana de saber el ensalmo. Yo, aunque tenía con esto algún entretenimiento, al fin andaba como hombre sin libertad en miserable esclavitud, entre enemigos de la verdadera religión, y sin esperanzas de libertad, por donde el amor se iba aumentando en la doncella y menguando en mí: como pasión que quiere pechos, y ánimos vagabundos y ociosos, desocupados de todo trabajo y virtud; ¿pues qué efecto puede hacer un amor holgazán en una alma trabajadora? ¿qué gusto puede tener quien vive sin él? ¿cómo puede hacer á su dama terrero, quien lo está hecho á los golpes de la fortuna? ¿cómo saldrán dulzuras de la boca por donde tantos tragos de amargura entran? Al fin, el amor quiere ser solo, y que acudan á él solo mozos, sin obligaciones, sin prudencia y sin necesidad, y aun en estos es vicio, y distraimiento para la quietud del cuerpo y del alma. Cuanto más en un hombre subordinado á tantos trabajos, mirado de tantos ojos, temeroso por tantos testigos. Yo andaba muy triste, aunque muy servicial á mi amo y á todas sus cosas, con tanta solicitud y amor que iban las obligaciones cada día creciendo con el amor de mis amos; pero pesábale de verme andar triste y sin gusto, que aunque no se parecía en el servicio echábase de ver en el rostro. Y así, llegándose el día de San Juan de junio, cuando los moros, ó por imitación de los cristianos, ó por mil yerros que en aquella secta se profesan, hacen grandísimas demostraciones de alegría, con invenciones nuevas á caballo y á pié, me dijo el renegado: Ven conmigo, no como esclavo, sino como amigo, que quiero que con libertad te alegres en estas fiestas que hoy se hacen al profeta Alí, que vosotros llamáis San Juan



Hasta que vi á mis señoras, respondi, no vi cosa, que aunque eran buenas, me lo pareciese.

Bautista, para que te diviertas viendo tan excelentes jinetes, tantas libreas, marlotas de seda hechas un ascua de oro, turbantes, cimitarras, gallardos hombres de á caballo vibrando las lanzas con los brazos desnudos y alheñados: mira la bizarría de las damas, tan adornadas de vestidos y pedrerías, cómo favorecen con mucha honestidad á los galanes, haciendo ventana, dándoles mangas y otros favores: mira las cuadrillas de grandes caballeros, que llevando por guía á su Virey, adornando toda la ribera, así del mar como de los ríos, cuán gallardamente juegan de lanzas, y después de arrojadas, con cuánta ligereza las cogen del suelo desde el caballo. Á todo esto yo estaba reventando con lágrimas, sin poderme contener ni disimular la pena y sentimiento que aquellas fiestas me causaban. Á que volviendo los ojos mi amo, y viéndome deshecho en lágrimas me dijo: Pues en el tiempo donde todo el mundo se alegra, no solamente entre moros, sino en toda la cristiandad, y en una mañana donde todos se salen de juicio por la abundancia de alegría, ¿estás limpiando lágrimas? Cuando parece que el mismo cielo da nuevas muestras de regocijo, ¿lo celebras tú con llanto? ¿Qué ves aquí que te pueda disgustar, ó que no te pueda dar mucho contento? La fiesta, respondí yo, es milagrosa de buena, y tan en extremo grado, que por alegrísima me hace acordar de muchas que he visto en la corte del mayor monarca del mundo, Rey de España. Acuérdome de la riqueza y bizarría, de las galas y vestidos, de las cadenas y joyas que esta mañana resplandecen en tan grandes príncipes y caballeros. Acuérdome de ver salir á un duque de Pastrana una mañana como esta á caballo, con un semblante más de ángel que de hombre, elevado en la silla, que parecía centauro, haciendo mil gallardías, y enamorando á cuantas personas le miraban: de aquel gran cortesano don Juan Gaviria, cansando caballos, arrastrando galas, haciendo cosas de muy valiente y alentado caballero. De una prenda suya que en tiernos años ha subido á la cumbre de lo que se puede desear, en razón de andar á caballo. De un don Luís de Guzmán, marqués de Algaba, que hacía temblar las plazas á donde se encontraba con la furia desenfrenada de los bramantes toros. De su tío el marqués de Ardales don Juan de Guzmán, ejemplo de la braveza

y gallardía de toda caballería. De un tan gran príncipe como don Pedro de Médicis, que con un garruchón en las manos ó tomaba un toro, ó lo rendía. Del conde de Villamediana don Juan de Tasis, padre é hijo, que entre los dos hacían pedazos un toro á cuchilladas. De tanto número de caballeros mozos que admiran con el atrevimiento, vencen con la presteza, enamoran con la cortesía, que como tras de esta mañana se sigue otro día la fiesta de los toros, acuérdome de todo en confuso. Fiesta que ninguna nación sino la española ha ejercitado, ni ejercita, porque todos tienen por excesiva temeridad atreverse á un animal tan feroz que ofendido se arroja contra mil hombres, contra caballos y lanzas, y garrochones, y cuanto más lastimado tanto más furioso. Que nunca la antigüedad tuvo fiesta de tanto peligro como esta; y son animosos y atrevidos los españoles, que aun heridos del toro se tornan al peligro tan manifiesto, así peones como jinetes. Si hubiese de contar las hazañas que en semejantes fiestas he visto, y traer á la memoria los ingenuos caballeros que igualan en todo á los nombrados, así en valor como en calidad, sería obscurecer esta fiesta, y cuantas en el mundo se hacen. Díjome aquí el ermitaño: ¿Pues cómo no hace vuesa merced mención de la que hizo en Valladolid don Felipe el Amado en el nacimiento del príncipe nuestro señor? Respondí yo: Porque no había de contar yo en profecía lo que aún no había pasado; pero esa fuera la más alegre y rica que los mortales han visto, y donde se muestra la grandeza y prosperidad de la monarquía española. Que si el otro emperador vicioso hacía cubrir con las limaduras de oro el suelo que pisaba, saliendo de su palacio con el oro que salió aquel día en la plaza, la podía cubrir toda como con cargas de arena. Y si para engrandecer la braveza de Roma, dicen que en la batalla de Canas, en la Pulla, se hincheron tres moyos de las sortijas de los nobles, con las cadenas, sortijas y botones de aquel día se podían llenar treinta fanegas, esto sin lo que quedaba en las casas particulares guardado. Estuvieron aquel día todos los embajadores de los reyes y repúblicas esperando la grandeza de España, y la flor de la caballería que los dejó suspensos, y en éxtasis de ver la gallardía con que se jugó de los garrochones, revolviendo los caballos, que aun-

que herir á espaldas vueltas es mucha gala, como lo usan en otras naciones en cazas de leones y otros animales, este día hubo quien esperó en la misma puerta del toril, cuando con más furia y velocidad sale el toro, y le mató cara á cara con el garrochón, que fué don Pedro de Barros; y aunque esto tiene mucha parte de atrevimiento y ventura, también la tiene de conocimiento y arte, que enseña la experiencia con gentil discurso. Al fin estas fiestas admiraron á los embajadores y al mundo: pero mucho más ver á un rey mozo, D. Felipe III el Amado, siendo cabeza de su cuadrilla, guiar con tan grande sazón, cordura y valor, y enmendar muchas veces los juegos de cañas que los muy experimentados caballeros erraban: porque fué tanta la abundancia de caballos y cuadrillas, que no pudieron caber en la plaza, y con esta confusión algunas veces se descuidaban en el juego, que con la anciana prudencia del mozo rey se tornaba á la primera perfección, que cierto parecía ir guiado de los ángeles; porque al fin fué el mejor hombre de á caballo que aquel día se mostró en la plaza. Después acá se han cultivado grandes caballeros muy mozos y muy acertados, como don Diego de Silva, caballero de mucho valor, presteza y donaire, atrevidísimo con el garrochón en las manos, y su valeroso hermano don Francisco de Silva, que pocos días há sirviendo á su rey, murió como valentísimo soldado, y con él muchas virtudes que le adornaban. El conde de Cantillana, que con grandísimo aliento derriba muerto á un toro con el garrochón, don Cristóbal de Gaviria, excelentísimo caballero, y otros muchos que por no salir de mi propósito callo. Proseguimos en ver en la fiesta de los turcos y moros algunos grandes jinetes; pero no tan grandes como don Luís de Godóy, ni como don Jorge Morejón, alcaide de Ronda, ni como el conde de Olivares mozo. Pero fué la fiesta alegrísima, que como gente que no ha de tener otra gloria sino la presente, la gozan con toda la libertad que se puede desear. Últimamente ví á mis amas, ya que la fiesta se iba acabando, que me pesó en el alma, no por verlas tarde, que la doncellita estaba hecha ojos, no hacia la fiesta, sino hacia su padre, que viéndole á él me veía á mí. No pude negar á la naturaleza el vigor y aliento que de semejantes encuentros recibe. Hice del ignorante en su vista, y

dije á mi amo que nos fuésemos, sabiendo lo que me había de responder, como lo hizo, diciendo: Esperemos á mi mujer é hija para acompañarlas. Bajaron de una ventana donde estaban, y fuímos acompañándolas, la hija temblándole las manos, y mudando el color del rostro, hablando con intercadencias. Díjole el padre: Ves aquí tu médico, háblale, y agradécele la salud que suele darte. Preguntóme la madre ¿qué me había parecido la fiesta? Hasta que ví á mis señoras, respondí, no ví cosa, que aunque eran buenas, me lo pareciese, porque la gracia, hermosura y talle de mi señora y de su hija, yo no la veo en Argel. Rióse el padre, y ellas quedaron muy contentas, que teniendo por este camino contenta á la madre, de buena gana me dejaba hablar con la hija. Pidióme la doncella un rosario en que iba rezando, díselo, y en pudiendo hablarla, le dije para qué era el rosario, y que si verdaderamente entregaba su voluntad á la Virgen, le abriría camino ancho y fácil para llegar á tanto bien como recibir la gracia del santo bautismo, que la doncella con grandes ansias deseaba, y que le había yo de pedir cuenta de aquel rosario, que le guardase muy bien, y le rezase cada día; y así lo prometió hacer.

DESCANSO XII.

En este tiempo sucedió un notable, y no usado hurto, delito castigadísimo entre aquella gente, de que se escandalizó toda la ciudad, y causó mucha turbación, por ser hecho al Rey ó Virey, y de moneda que tenía guardada para enviar al gran Señor. Y habiéndose hecho grandes diligencias, por ningún camino se pudo sospechar ni imaginar quién pudiese ser el autor, auunque un gran privado del Rey prometía grandísima cantidad de dineros, exenciones y libertades á quien lo descubriese. Dióse traza que de secreto y sin alboroto se fuesen escalando todas las casas, sin dejar salir á nadie de la ciudad, y no aprovechando cosa, me dijo mi amo: Si supieses algún secreto para descubrir este hurto, diciéndote quién lo hizo, sin que fuese por relación de ningún hombre, yo te daría libertad y dinero. ¿Ha de faltar, dije yo, modo para eso, con una carta echadiza, sin firma ó con ella? Esto es lo que voy obviando, dijo mi amo, porque yendo con firma matarán á quien la diere ó la firmare; y si va sin firma atormentarán á todo el pueblo para averiguar cuya es la letra, porque cualquier aviso ha de llegar primero á las manos del ladrón que á otra ninguna, porque es el mismo privado suyo; y si lo des-

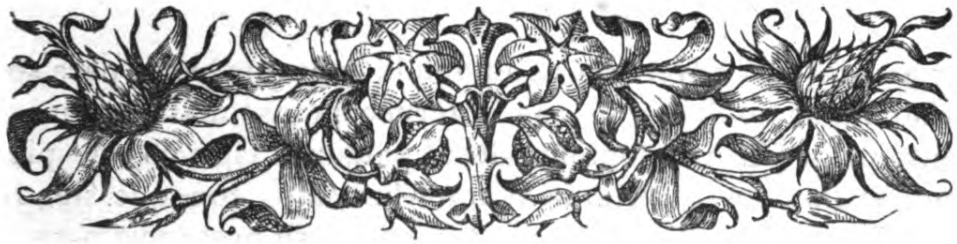
cubre algún hombre le darán garrote, y si esclavo le quemarán. Las premisas que yo tengo para esta verdad son grandes, y el conocimiento de la parte y de su crueldad es de muchos años, que aquí más tiemblan de Hazén su privado que del Rey; y así cualquiera modo de los ordinarios causará grandísimo daño en descubrirlo. Y pues siendo este el mayor enemigo que yo tengo, y aun toda la república, no lo descubro, ni quiero que tú lo descubras; muy excesivos daños se han de seguir de ello. Pues déjeme vuesa merced, dije yo, que ya tengo traza para vengar á vuesa merced y descubrir el hurto sin que nadie padezca, y deje de hacerlo como yo quisiere, con darme licencia para hacerlo á mi modo. Diómela, y tomando un tordo escogido, con todas las partes que ha de tener para buen hablador, encerrélo en un aposento en su jaula, donde no pudiese oir pájaros que le perturbasen, y toda una noche y el día le estuve enseñando á decir: Fulano hurtó el dinero: fulano hurtó el dinero. Díme tan buena maña, y él tenía tan buen natural, que dentro de quince días, en teniendo hambre, para pedir de comer decía: Fulano hurtó el dinero. De suerte se servía de lo que le había enseñado para todas sus hambres, ó sed, que se había olvidado de su canto natural. Aseguréme bien otros ocho días para que el tordo se asentase bien en lo aprendido, y yo en la traza que llevaba ordenada, que fué importantísima para librar á más de cien hombres que tenían presos sobre el hurto, inocentes de la maldad, y entre ellos á muchos cautivos españoles é italianos, y de otras naciones. Y así víendo que mi tordo había de ser libertador de tantos cristianos presos un viernes que había de ir el Rey á la mezquita, soltélo y díle libertad para que él la diese á los otros presos. Subióse á la torre con otros muchos tordos y entre las algarabías de los otros, él comenzó muy apriesa á decir: Hazén hurtó el dinero, sin dejar de decirlo todo el día muy apriesa, como se veía en la libertad que deseaba. Fué á oídos del Rey lo que en la torre decía el tordo. Espantóse, y cuando vino la hora de llegar á la mezquita, la primera cosa que oyó fué el nuevo canto de mi tordo, que muy á menudo decía: Hazén hurtó el dinero; Hazén hurtó el dinero. Asentóse luégo que pues había sido tan secreto, debía de tener algo de verdad, que como son agoreros en gran manera,

se le puso en los cascos que el gran Mahoma había enviado algún espíritu de los que tiene junto á sí á declarar aquel caso, porque no padeciesen tantos inocentes; pero por no arrojarse sin consejo á la averiguación del caso, llamó ciertos agoreros ó astrólogos, que ya sabían lo que se había cundido del tordo, y apretóles á que le dijesen lo que sentían. Echaron su juicio, y vino también con el del tordo, que prendió á su privado, y después de haber confesado en la tortura, y hallado todo el dinero, privó al privado de su privanza desapareciéndolo con mucha aceptación y gusto en toda la ciudad, que estaba mal con él, no porque supiese mal que á nadie hubiese hecho, que hasta esta maldad no se supo su malicia, sino por parecerles que todos los rigores que con ellos usaba el Virey eran por consejo del privado, que esta miseria padecen los que están en lugares supremos, que la envidia, ó los derriba, ó los desacredita, siendo así que los verdaderos privados en llegando á la grandeza que desean, con el amor y favor de sus reyes, luégo acuden á la conservación de lo que han alcanzado con acreditarse haciendo bien á la república. Si bien en las grandes monarquías no puede dilatarse fácilmente esta verdad hasta que llegue á los que pueden ser jueces de ello, para que la manifiesten sin que cualquiera se atreva á buscar autor á los daños, ó inconvenientes que ó por pecados de los hombres, ó por juicios de Dios secretos á nuestra capacidad suceden en la república. Un moderno estadista, alegando otros antiguos, dice que el príncipe no se ha de dar en presa á su privado, que es no hacer tanto caso de él que le fíe su conciencia y sus acciones. Doctrina contra la misma naturaraleza, porque si cualquiera hombre particular naturalmente desea, y tiene un amigo con quien, amándole, descanse y le descargue de algunos cuidados por la comunicación, ¿por qué ha de estar el príncipe privado de este bien que los demás tienen? El príncipe valeroso, prudente y justo necesariamente ha de tener junto á sí privados de irreprensible vida; porque si no lo fueren, ó los apartará de sí, ó le mancharán su buena reputación; pero que sea conocidamente, y con general aplauso recibida la opinión del príncipe por santa y justa, y que busquen en el privado qué reprehender, téngolo por de ánimos malcontentos, y aun mal intencionados, y que se reciba á

mal que el privado crezca y medre en bienes y haciendas que los otros no pueden alcanzar.

Considérese que en tan opulenta monarquía como la de España, de las migajas que se desperdician de la mesa del príncipe sobra no solamente para aumentar casas ya comenzadas y grandes, pero para levantarlas de muy profundas miserias á lugares altísimos. Los grandes monarcas, reyes y príncipes nacen subordinados al común orden de la naturaleza, y sujetos á las pasiones de amar y aborrecer, y han de tener amigos á quien naturalmente se inclinen, que las estrellas son poderosas para inclinar á un amigo más que á otro, que cuando estas amistades van por la sola elección, no tienen aquella sazón y gusto que las otras: y siendo superiores los príncipes, como lo son, no han de elegir el privado á gusto ageno, sino al suyo, y siéndolo, también lo será al gusto de los vasallos, cuyo bien pende del gusto bien ordenado del príncipe: y este se ha de seguir sin quebrarse la cabeza en condenar al uno ni al otro, ni juzgar si es malo ó bueno, siendo la norma por donde se han de regular los actos de la justicia, el gobierno de la república y la merced de los vasallos, el premio de los buenos y la virtud de los malos. Cuanto más que, pues tienen dos ángeles de guarda, y el corazón del rey está en manos del Señor, es de creer que los inclinarán al bien público y paz general. Que las cosas que la ocasión ofrece de sucesos de fortuna no vienen ni tienen dependencia de la voluntad y administración del privado, sino de los movedores del cielo, que son las causas segundas á quien la primera tiene dado su poder general, si no es cuando en su tribunal se ordena otra cosa. Bueno es que me confiese un hombre mal asentado peor sentido del buen modo de juzgar que comunicó treinta ó cuarenta años y al que, ó por sus méritos, ó por sus diligencias, ó por su ventura, llegó á ser privado, y que habiéndolo elevado de virtuoso, apacible y discreto, amigo de hacer bien, en viéndole privado, cuando más bien puede ejecutar su inclinación, vuelve la hoja á desdorar lo que antes doraba y adoraba; y venido á averiguar en qué funda su desestimación ó por mejor decir, su poca constancia en la amistad que antes le tenía, no sabrá responder, sino que es una especie de envidia fundada en el bien ageno, ó porque no

le reparte con él, ó porque le pesa que lo tenga, ó por mal entendimiento y peor voluntad. Los privados de los grandes monarcas no pueden tener la memoria de todos los conocidos, basta que la tengan de los que hacen diligencia para ello, que los que son de mi condición no tienen razón de quejarse del privado, pues ha de nacer su bien de su cuidado y diligencia; y no teniéndola, es la queja injustísima. Hay dos géneros de privados; unos que de principios humildes subieron á merecer entrarse en la voluntad del príncipe, y estos quieren todo el bien para sí. Otros que siendo grandes señores han sido muy aceptos y muy queridos de su rey, y estos como nacieron príncipes quieren repartir el bien con todos. Pero los unos y los otros se han de haber con su rey como la yedra con el árbol á quien se ase, que aunque siempre sube abrazada á él sin jamás dejarle, con todo eso nunca le estorba el fruto que naturalmente lleva: y así lo hacen los privados que comenzaron por grandes señores, que nunca le estorban al príncipe las acciones á que le obliga el lugar en que Dios le puso. Por donde yo creo, y por las razones dichas juzgo que parece que no se podrá engañar el rey en la elección del privado, pero podría engañarse el privado en la elección de los que le propusiere á su rey por capaces para la administración de los cargos ó gobiernos, por estar en su noticia por tales no siéndolo, engaño en que como hombre se puede caer, y así le importa para la conservación de su crédito y reputación vivir con cuidado, informándose de los que pueden ser jueces de ello, para que si la elección no saliere tan acertada como se desea, á lo menos se entienda que no fué acaso, ni por amistad ó antojo. Pero tornando á lo primero, digo, que es terrible caso que quieran los estadistas privar al príncipe de tan grande gusto como es la amistad del privado, á quien el príncipe naturalmente se inclina, siendo así que la voluntad está siempre obrando, y tiene un blanco adonde mira más que á otro, en todos los hombres del mundo, y adonde halla descanso y alivio.



DESCANSO XIII.

Ofrece la ocasión algunas veces cosas que divierten del intento principal, como me ha sucedido en este paréntesis, dejando mi historia y tratando cosas que no son de mi profesión, mas de conforme naturaleza las dicta y ofrece. Habiendo sucedido en mi buena suerte salir con lo que se pretendía por el lenguaje de mi tordo, mi amo cumplió su palabra después de haber cumplido el Virey la suya; y admirándose del secreto y prudencia con que el renegado se hubo en aquel caso, por donde excusó el daño de tanta gente como había presa, que si no fuera por la sagacidad suya pereciera él primero, si no fuera por aquel camino, y muchos de los presos sin culpa. Él me dió libertad con mucha voluntad, aunque contra la de su hija, que ya la ví muy inclinada á la verdadera religión, y al hermano, á quien yo había persuadido la misma verdad, de manera que ambos á dos tenían deseo del bautismo; aunque el padre no se daba por entendido, sí lo sospechaba, porque aunque callaba, sin duda lo deseaba. Llamábase el muchacho Mustafá, y la hermana Alima, aunque después que yo la pude comunicar y encaminarla á la verdad católica se llamó María. Tuve lugar de hablar con ella á solas con mucho gusto, pero no en cosas lascivas, que nunca tuve intento de ofenderla; y por último la aseguré viniendo á España, que por todos los caminos posibles la avisaría de

mi estado, y la advertiría de lo que le convenía hacer para ser cristiana como deseaba, que enterneciéndose más con su intento principal que conmigo destiló algunas lágrimas de piedad cristiana, y de rendida al amor honesto, con que siendo la última vez que la hablé, me despedí de su presencia para lo que era comunicarla más, y ella besando muchas veces el rosario que yo le había dado, dijo, que le guardaría para siempre. Díjome después mi amo con muchas muestras de amor: Obregón, yo no puedo dejar de cumplir la palabra que te dí, por haberlo tú merecido, y por la obligación que tengo de ser español, y por las reliquias que me quedaron del bautismo (y miró al rededor á ver si le escuchaba alguien) que tan en las entrañas tengo, que ninguno de cuantos ves en todo Argel (de los moros hablo) te guardara fe ni palabra, ni te agradeciera lo hecho. Y si el rey de Argel me agradeció y cumplió la promesa que había hecho á quien descubriese el hurto, es porque es hijo de padres cristianos, donde la verdad y la palabra inviolable se guardan. Y por acá esta bárbara nación dice que el guardar la palabra es de mercaderes, y no de caballeros. Y aunque yo te la cumplo, hágolo contra mi voluntad, porque al fin estando tú aquí tenía con quien descansar en las cosas que no pueden comunicarse. Pero ya que es fuerza y tú estás inclinado á no estar en Argel, como yo tenía trazado, yo mismo te quiero llevar á España en mis galeotas, y dejarte donde puedas con libertad acudir á tu religión. Ahora es el tiempo propio, en que salen todos en corso; yo habré de ir deshermanado de los demás, por dejarte en alguna de las islas más cercanas á España, que más á poniente no osaré, porque me traen muy sobre ojo por toda la costa, donde he hecho algunos daños muy notables: y si el galeón en que venías no tuviera ventura en venirle buen viento, todos veníades acá. Aprestóse mi amo para hacer su viaje, llevando algunos turcos muy valientes consigo, y muy acostumbrados á ser piratas; y escogiendo buen tiempo, puso la proa hacia las islas Baleares, dejando en las orillas á su mujer é hija muy llorosas, la una encomendándolo al gran profeta Mahoma, y la otra llamando muy á voces y muy desconsolada á la Virgen María, que como no había cerca quien pudiese reprehenderla, lo decía como lo sentía. Yo iba volviendo los ojos á la

ciudad, rogando á Dios que algún tiempo pudiese tornar á ella siendo de cristianos, que como yo dejaba lo mejor de mi persona en ella, iba, aunque libre, doliéndome de dejar entre aquella canalla una prenda que se pudiera desempeñar con la sangre del corazón, pues deseaba aprovecharse de la de Cristo, que aunque la supe dejar muy satisfecha y confiada de mi voluntad, llevaba entre mí una batalla que no me dejaba acudir á otra cosa sino al pensamiento que me aquejaba por cruel y desagradecido, me martirizaba por ausente, y me acusaba dejar un alma cristiana entre cuerpos moros; pero no sé qué confianza me aseguraba que la había de volver á ver cristiana. Al fin caminamos con felicísimo viento; y como mi amo me vía volver el rostro á la ciudad, decíame: Obregón, paréceme que vas mirando á Argel y echándola maldiciones por verla tan llena de cristianos cautivos, y por eso la llamas ladronera ó cueva de ladrones á esta ciudad, pues asegúrote que no es el mayor daño el que los corsarios hacen, que al fin van con su riesgo, y alguna vez van por lana y no vuelven trasquilados, ni por trasquilar. Que el mayor daño es que por ver que son en Argel bien recibidos, muchos de su voluntad se vienen de todas las fronteras de África con sus arcabuces, ó por necesidad de libertad, ó por la falta de regalos, ó por ser mal inclinados y tener el aparejo tan fácil, que es lastimosa cosa ver que por la ocasión dicha está llena esta ciudad de cristianos de poniente y de levante; que aunque voy á hacer mal por mi provecho, no puedo dejar de sentir el daño de la sangre bautizada que me tiene trabado el corazón. Otras veces, dije yo, he sentido á vuesa merced enternecerse en esta materia, como á hombre piadoso de corazón y de noble sangre; pero no le veo con mudanza de religión, ni con propósito de volverse á la inviolable fe de San Pedro que profesaron sus pasados. No quiero, respondió mi amo, decirte que el amor de la hacienda, la hidalguía de la libertad, ni la fuerza de mujer é hijos, ni los muchos daños que en mi propia patria he hecho me divierten de ello, sino preguntarte si alguna vez me has visto curioso en saber qué doctrina enseñabas á mis hijos: que por aquí verás cómo debe estar mi fe en mi pecho. Y asegúrote que de cuantos renegados has visto muy poderosos, ricos de esclavos y hacienda, ninguno deja

de saber que va engañado; que la libertad que tienen tan grande, y las honras y haciendas, en que son preferidos á los demás turcos y moros, los detienen, siendo señores, y mandando lo que quieren, y á quien quieren; pero saben bien la verdad. Y para prueba de esto en tanto que el tiempo refresca en nuestro favor, te quiero contar lo que sucedió poco tiempo há en Argel.

Hay aquí un turco muy poderoso en hacienda, y abundante en esclavos, venturoso en la mar, y experimentado en la tierra, llamado Mami Reis; es hombre de gentil determinación, de buen talle, liberal y bien quisto. Yendo éste en corso por la costa de Valencia anduvo algunos días sin poder encontrar presa en el agua, hasta tanto que los mantenimientos le faltaron; vista la necesidad saltaron en tierra él y sus compañeros con mucho riesgo y peligro de sus personas, porque encendiendo hachas por toda la costa los inquietaron de modo que se tornaron al agua, disparando algunas piezas contra la gente del socorro. Con la priesa que llevaban se dejaron en tierra al señor de la galeota y á otro soldado amigo suyo muy valiente, que viéndose perdidos se entraron en un molino, donde hallaron solamente una doncella hermosísima, que turbada no pudo huir con las demás gentes. Amenazáronla porque no diese voces, y en viendo la costa quieta hicieron la seña que tenían hacia las galeotas, y en viendo la primera noche vinieron al molino, y antes que tornase la gente del rebato cogieron al capitan y su compañero, llevándolos á su galeota juntamente con la cautiva doncella. La hermosura de ella era de manera que dijeron, y con verdad, que tal joya de talle y rostro no se había jamás visto en Argel. El capitán, dueño de las galeotas, dijo que estimaba en más aquella presa que si hubiera saqueado á toda Valencia. Ella iba acongojadísima y llorosa, y él diciéndola que no fuese desagradecida á su buena fortuna, pues iba á ser señora de toda aquella hacienda y otra mayor y de más importancia, y no á ser esclava como pensaba. Pero la hermosura y apacibilidad del rostro, acompañada con una mansa gravedad, era de modo que se puede decir que siendo de noche dió luz á toda la galeota, á quien todos se rindieron y humillaron como á cosa divina, admirándose que Valencia criase tan sobera-

nas prendas. Fuéla consolando por toda la navegación, que el turco sabe hablar un poco la lengua española, y es hombre de muy buena suerte y talle, muy venturoso en cuantas empresas ha acometido, muy rico en tierras, joyas y dineros, muy acepto á la voluntad de todos los reyes de Argel. Para abreviar, fuése á desembarcar, no á la ciudad, sino á una heredad suya de grande recreación de viñas y jardines muy regalados. Ella que se vió tan obedecida de esclavos y amigos del turco, parece que se fué ablandando y dejando la tristeza que le había causado el cautiverio. Vino andando el tiempo á querer bien á su amo, y á casarse con él, dejando su religión verdadera por la del marido, en que vivió con grandísimo gusto seis años ó siete, querida, servida, regalada, llena de joyas y perlas, y muy olvidada de haber sido cristiana. Por cuya contemplación se hicieron y hacían cada día alegrísimas fiestas de cañas y otras invenciones, porque su condición se parecía mucho á su cara, y la cara se aventajaba á todas las de Argel, de manera, que si no se casara luégo con ella, se la quitaran para enviarla al gran Turco. Pues viviendo con toda esta idolatría, siendo su gusto la norma con que todos vivían, había allí un esclavo de Menorca, hombre de suerte, que como los demás comunicaba con ella: vino su rescate, y el buen hombre fuése á despedir de ella, y preguntóle en qué lugar había de residir; él se lo dijo, y ella le mandó que viviese con cuidado para lo que sucediese. Él, que no era lerdo, la entendió, y yéndose á Menorca, vivió con él todo el tiempo que pasó, hasta que tuvo ella modo como escribirle una carta á Menorca, en que le decía que viniese con un bergantín, bien puesto, á la heredad de su marido, á media noche para tal día. Como llegó el tiempo en que todos salen de Argel en corso, su marido armó sus galeotas con trescientos esclavos, muy hombres de hechos, llevando vestidos á la española, y fué á su ventura, azotando las olas con mucha gallardía, mirándolo su mujer, y dándole mil favores desde una torre de su propia casa. El tiempo era muy caluroso, y el día que tenía concertado en la carta se acercaba. Fingióse muy afligida de la ausencia y del calor, y dijo á sus esclavos y gente que se quería ir á consolar á su heredad y jardines, y llevó consigo, como para estar muchos días, al-

gunos cofres, donde iban vestidos, joyas y dineros y toda la riqueza de oro y plata que había en su casa, donde estuvo algunos días regalándose á sí y á sus esclavos y mujeres, que si antes la querían mucho, entonces la adoraban. Llegó la noche que tenía concertada sin haberse descubierto á nadie, con tan grande sagacidad y secreto, que ni aun por el pensamiento se pudiera imaginar su determinación, y puesta á una ventana aguardó hasta las doce de la noche, sin dormir ni pegar sus ojos, que vió un bulto que venía de hacia la mar: hizo la seña que estaba concertada por la carta, y acudiendo bien á ella el hidalgo, dijo: Ea, que aquí está el bergantín. Entonces la determinada señora habló con toda la brevedad que pudo á sus esclavos, diciendo: Hermanos y amigos, comprados con la sangre de Jesucristo; mi determinación es ésta, el que quisiere libertad y vivir como cristiano, sígame hasta España. Respondió por todos un gran soldado cautivo, natural de Málaga: Señora, todos estamos determinados de obedecer vuestro mandamiento; pero mirad el peligro en que os ponéis y nos ponéis, que ya las torres dan aviso, y en amaneciendo cuajarán la mar de galeotas, y nos darán caza sin duda. Á que ella respondió: Quien me puso esto en el corazón me guiará á salvamento; y cuando no suceda, más quiero ser manjar de horribles monstruos marinos en los profundos abismos de las profundas cavernas del mar, muriendo cristiana, que ser reina de Argel contra la religión que profesaron nuestros pasados. Y sirviendo la hermosísima mujer de valeroso capitán, alentó á sus esclavos de manera que en un instante llevaron al bergantín los cofres y riquezas, dejando muertos á puñaladas á una negra y á dos turquillos que daban voces. Juntos los esclavos, que ya no lo eran, con los que venían en el bergantín, todos hombres honrados y de gran pecho, se conformaron de manera unos á otros, que el bergantín volaba con la fuerza de los remos y el viento que ayudaba.

En sabiéndose el caso en Argel que fué luégo, echaron tras ellos cuarenta ó cincuenta galeotas, llevando cada cual su centinela en la gavia y en la entena, que entendieron dar luégo con el bergantín; mas parece que Dios ó lo guió ó lo hizo invisible; pues fuera de la diligencia dicha, su marido

Mami Reis andaba por las islas, y ni los unos ni los otros dieron con el bergantín, hasta que al amanecer se hallaron entre las dos galeotas de su marido, que para la tierra adentro llevaba su gente vestida á la española. Ella con gran presteza y sagacidad mandó que los demás que iban en el bergantín con los esclavos se pusiesen como turcos, para que pudiesen huir dando á entender que huían de españoles. Fué gallarda y astuta la advertencia, porque viendo Mami Reis que huían de él se holgó, diciendo: Sin duda parecemos españoles, pues aquel bergantín de turcos se huye de nosotros, y con grande risa celebraron la huída del bergantín, que con esta traza se libraron, y llegaron á España, donde está muy rica y contenta haciendo grandes limosnas de la hacienda de su marido: y aunque en Argel sucedió otro caso semejante á este, fue con más poder y menos circunstancias. Ya sabes á qué propósito te he contado este caso, sucedido poco tiempo há, y sin duda yo creo que ninguno hay que no tenga estampada en el corazón la primera religión que profesó, digo de los bautizados, si bien esta mujer mostró más que todos aquel pecho varonil, y determinación cristiana. No me espanto, dije yo, que esa señora haya tenido tan grande valor en su determinación, que es propio de mujeres poner por obra lo que se les pone en la testa, ni que haya vencido en atrevimiento á los hombres, ni de que tuviese traza para ejecutar su intento, que todo eso es creíble en su natural inclinación. Lo que me admira es que haya tenido capacidad para guardar el secreto tanto tiempo, que es más dificultoso en las mujeres guardar el secreto que guardar la castidad; porque ninguna se escapa de tener una amiga con quien comunica lo pasado, presente y venidero. Que lo otro no fué más de encajarsele en la cabeza que lo había de hacer, porque carecía del discurso que había menester un caso tan arduo, importante y peligroso, que se atrevía á su marido, á los corsarios y á todo Argel, á todas las olas y borrascas del mar Mediterráneo, á las bestias marinas jamás vistas, ni conocidas en su elemento, ni fuera de él, y todo esto no fué tan grande hazaña como no revelar todo el secreto que tanto importaba. Todo eso, dijo mi amo, es verdad, pero una cosa me hace más contradicción, y es: ¿Cómo ésa, siendo doncella, no tuvo valor para huir del molino con

las demás cuando la cautivaron, y lo tuvo después para emprender un hecho tan heróico? Á eso, dije yo, es fácil la respuesta, porque cuando esa señora era doncella, con la frialdad natural que todas ordinariamente tienen, la trabó el temor los miembros y venas del cuerpo, de manera que no pudo huir, ni aun moverse de su lugar: pero después que se casó, y la abrigó la fuerza del calor del marido, mejoró su naturaleza y cobró espíritu para acometer esa empresa tan difícil y de todas las mujeres de que se hace mención en la antigüedad no se sabe que fuesen doncellas, ni aun se puede creer. ¿Pues las Amazonas, preguntó mi amo, no se dice que fuesen doncellas? Señor no, respondí yo, ni en tanto que lo eran salían á las batallas sino ejercitándose, no en ocio, ni en lanificio, sino en cazas de fieras, en andar á caballo usando de la lanza, arco y saeta; y para hacerse más fieras, se mantenían de tortugas y lagartos: y en siendo de edad para ello se mezclaban con los varones circunvecinos: y si del concúbito parían hijo varón, ó le mataban, ó le mancaban de manera que no quedase para ejercicio de hombre; y si parían hembra, porque no fuese impedimento para tirar el arco, le sacaban ó cortaban el pecho diestro, que eso quiere decir Amazonas, *Id est*, *sine ubere*, sin teta; pero ninguna de ellas por sí sola hizo tan grande hazaña como esta valenciana.

DESCANSO XIV.

Como los esclavos y compañeros iban dormitando, tuvimos lugar y espacio mi amo y yo para tratar esta materia y otras, con que se venció el sueño. Habiendo reposado un tanto, dentro de dos horas descubrimos las islas Baleares, Mallorca y Menorca, Ibiza y otras islas pequeñas; pero no nos acercamos á Mallorca, por el cuidado con que aquella isla vive, hasta ser de noche: y aunque aguardamos á esto, fué menester apresurarnos, porque si bien se parecieron presto, había bien que trabajar para llegar á ellas. Acercámonos á Mallorca por mejor, y para él fué peor, porque al despuntar de un risco estaba en él una centinela que dió aviso á las galeras de Génova, que andaban por coger á mi amo, y aunque se acercaba la noche, comenzaron á batir los remos con grande furia hacia nosotros. Mi amo viéndose perdido pasóse á la otra galeota, llevando consigo á la más granada gente que traía en ambas, y dióme á mí cargo de mirar por la que me dejaba con poca gente; confiándose que hablando yo español podría responder á propósito, y tener algún remedio la galeota. De suerte, que me dejó por estorbo para que hiciesen la presa en mí, y se pudiese librar. Sucedióle como él lo había pensado, porque como hombre astuto y muy práctico en toda la costa, no se hizo á la mar, sino á la isla, que como era casi de noche, de caleta en caleta se fué escondiendo, y en obscureciendo se hizo á la mar y se escapó. La galeota en que yo había quedado, como no llevaba gente que bogase, sino muy poca, y la más ruín, fuese quedando tanto, que las galeras pudieron tirar una pieza para que nos rindiéramos. Parámonos, y en llegando cerca yo, muy alentadamente, y

en bien claro español, dije: Rendidos somos. Pues á vos buscamos, dijeron las galeras, llamándome por mil nombres infames, que realmente como la galeota era aquella en que siempre andaba mi amo, y hablé tan claro español, que me tuvieron por el renegado, echaron al remo todos los turcos, canalla que hallaron conmigo, y á mí pensando que habían dado con lo que buscaban, me maniataron para llevarme á Génova y hacer en mí un gran castigo. Decíame el capitán de la capitana: Quante vòlte habete scampato la vita, can renegato, adeso non scamparate, se non impiccato? Señor, dije, mire V. S. que yo no soy el renegado que V. S. piensa, sino un pobre español esclavo suyo. Por la defensa cargaron sobre mí tantos palos que me obligaron á decir: Dicen que Génova es monte sin leña; pero harta ha habido para mí ahora. Riéronse dos músicos españoles que traía el general en su galera de mi respuesta, y más de la paciencia con que lo llevé: uno de los cuales conocía yo muy bien, y entre ellos, por lo que les declaró uno de los músicos, también hubo alguna risa. Yo me arrimé á un rincón maniatado, y dando gracias á Dios que tantas veces me veía ejercitado en trabajos y miserias; que las desdichas nos traen á la memoria las misericordias de Dios, y no los pecados porque las merecemos; que si quisiésemos advertir cuánto mayores son que los trabajos que Dios nos envía, nos consolaríamos, y no nos quejaríamos de los instrumentos que Dios toma para castigarnos, que son sus invenciones tan secretas y tan grandes que nos ponen en cuidado de considerar por dónde nos vino el daño, y no por donde lo teníamos merecido, y es tan piadoso en el castigo, que no quiere infamarnos por lo que merecemos, sino darnos en qué merecer por lo que sufrimos, y llevar en paciencia lo que no habemos pecado, que su misericordia á todo esto se extiende, que nos ejercita en lo que no pecamos para descuento de lo que merecemos en lo que pecamos, y luégo echamos la culpa á aquellos por cuya mano viene el justo castigo de Dios, que con lo que no habemos hecho nos castigó lo que habemos hecho, por estimar en tanto nuestra honra que no quiere muchas veces castigarnos por los mismos filos que nos matan interiormente, porque no nos desconsolemos, ni lo tengamos por ejecutor cruel. Acuérdome yo ahora de las desventuras que desde

niño me han seguido, y no me acuerdo de los delitos de mi juventud. Viéneme á la memoria cuánto bien he hecho á algunos hombres en esta vida, y que por estos mismos han venido muchos males, porque Dios toma semejantes instrumentos para confusión y castigo de pecados cometidos con ignorancia ó con malicia. Yo estoy ahora en fama de renegado, y maniatado, agraviado injustamente por un astuto y endiablado hombre, precito y descomulgado; y si quiero volver los ojos atrás veo que merezco estos y otros mayores castigos de la mano de Dios. Á esto llegó un bellaco de un cómitre, y dándome con un rebenque, me dijo: ¿Qué habla el perro entre dientes? Callé porque no segundase. El señor Marcelo Doria, que era general, movido á misericordia, dijo que hasta averiguar quién era no me tratasen mal. Yo como ví la puerta abierta á la piedad, dije: Suplico á vuesa excelencia, pues la defensa natural es concedida á todos, se me conceda á mí, que yo sé que en sabiendo vuestra excelencia lo que soy, no solamente no padeceré en manos de un tan gran príncipe, pero espero en Dios que me tiene de honrar más que merezco. Yo daré en Génova, y aun en esta galera, testigos que me conocieron en la corte del rey Católico en el tiempo que este renegado andaba haciendo mal en todas estas costas, y será uno de ellos el señor Julio Espínola, el embajador. Hízome desatar, y habló conmigo, preguntándome todo lo que deseaba saber del renegado: yo le dije la astucia con que se había escapado, con que satisfice algo de mi persona, y puso mucha culpa á los que no siguieron la empresa. Torneme á mi rinconcillo, aunque no maniatado, y púseme en cluquillas, las dos manos en el rostro, y los codos en las rodillas, porque no me conociese el músico, pensando en mil cosas. Yendo navegando hacia Génova, viendo que ya se habría dado noticia en Argel que las galeras de Génova corrían la costa, pasamos el golfo de León con una poca de borrasca, y habiéndolo atravesado de punta á punta, mandó el general á los músicos que cantasen, y tomando sus guitarras, lo primero que cantaron fué unas octavas mías que se glosaban:

El bien dudoso, el mal seguro y cierto.

Comenzó el tiple, que se llamaba Francisco de la Peña, á

hacer excelentísimos pasajes de garganta, que como la sonata era grave había lugar para hacerlos, y yo á dar un suspiro á cada cláusula que hacían. Cantaron todas las octavas, y al último pié que dijeron:

El bien dudoso, el mal seguro y cierto,

ya no pude contenerme, y con un movimiento natural inconsideradamente, dije: Todavía me dura esa desdicha. Como fué en alta voz, miró el Peña, que por venir yo tan disfrazado de cara y de vestido, y por ser él corto de vista, no me había conocido antes, y en viéndome, sin poder hablar palabra, humedecidos los ojos, me abrazó, y fué al general, diciendo: ¿Á quién piensa V. E. que traemos aquí? ¿Á quién? preguntó el general. Al autor, dijo Peña, de esta letra y sonata, y de cuanto le habemos cantado á V. E. ¿Qué decís? Llamadle acá. Lleguéme con harta vergüenza, pero con ánimo alentado, y preguntóme el general: ¿Cómo os llamáis? Marcos de Obregón, respondí yo: el Peña, hombre que siempre profesó verdad y virtud, llegó al general y le dijo: Fulano es su propio nombre, que por venir tan mal parado debe de disfrazarlo. Espantóse el general de ver un hombre de quien tenía tanta noticia en tan humilde traje, y rodeado de tantos trabajos y tan injustamente maniatado. Preguntóme la causa de ello, y yo con mucha paciencia y humildad le conté todo lo sucedido, porque el galeón del Duque de Medina había parado en el Final. Hízome mucha merced, particularmente trastejándome de vestidos. Y en llegando á Génova visité á Julio Espínola el embajador, cuya amistad yo había profesado en la corte de España, que certificado Marcelo Doria de esta verdad, ambos me hicieron merced de acomodarme de dinero y cabalgadura para Milán; pero primero quise ver aquella república tan rica de dineros y antigüedad, de nobles y antiquísimas casas, descendientes de emperadores y grandes señores, y de la mayor nobleza de Italia; como son Dorias, Espínolas, Adornos, de cuya notabilísima familia hay un ramo en Jerez de la Frontera, emparentado con grandes caballeros españoles, y señalado con el hábito de Calatrava y las demás órdenes: como don Agustín Adorno, caballero tan virtuoso como principal. Y como mi intento no era parar allí, dispúseme para proseguir mi viaje á Milán, para donde había salido de España.

RELACIÓN TERCERA

DE LA VIDA DEL ESCUDERO

MARCOS DE OBREGÓN

Yo que de cautivo, esclavo y maltratado, tan presto me ví con dineros y bien puesto de vestidos, deseaba ya ardentísimamente llegar á donde mis amigos me viesen libre, y supiesen los trabajos y favores de que la fortuna había usado conmigo. Y así en habiendo visto la grandeza de aquella república, y tomado el descanso que tan grande cansancio pedía, cogí mi cabalgadura y Victorino, ó mozo de mulas, y aviándome para Milán, subí por aquellas montañas de Génova, tan ásperas y encumbradas como las de Ronda. Y en habiendo pasado por San Pedro de Arenas, ya que anochecía, fué tan grande la piedra y agua que nos cogió que perdimos el camino en parte donde fuera fácil el despeñarnos hasta los profundos ríos, crecidos con la grande avenida yendo á dar á la furia del mar; porque los arroyos que se juntaron de la tormenta del granizo y agua eran bastantes para mucho más que esto. No veíamos luz sino por los ojos del caballo que nos guiaban, que es la peor bestia para caminar, del mundo, que en Italia se camina con ellos. Y con la poca gana que llevaba, se arrimaba á cualquier árbol que topábamos ó se arrojaba por donde se le antojaba. De suerte que yo me apeé, y en unos árboles que tenían grandes troncos y muchas ramas trabadas unas con otras, nos arrimamos hasta esperar que, ó la tempestad cesase, ó viésemos alguna claridad ó luz que nos guiase á salvamento. El Victorino, aunque práctico en la tierra, estaba tan turbado, que había perdido los memoriales, y yo las

esperanzas de poder movernos de allí hasta la mañana. Corría el agua de nosotros por la carne como de cueros de curtidura grandísimo rato con este trabajo; pero no pudimos gozar de la sombra de los acopados árboles, porque corría más agua de ellos que de nosotros, que todo lo rendía el tiempo insufrible y borrascoso. Estando en esta suspensión de ánimo congojoso, oímos decir cerca de nosotros: Guarda la vita. Como tan cerca sonó, miré por entre las ramas, y ví que á las espaldas de los árboles parecía una luz que salía de tres casas, donde el caballo debía de haber posado otras veces, y aunque por malos pasos, nos había guiado allí. El espacio era poco, y en un instante corriendo nos pusimos en las casas, de donde salieron con grande cuidado á ofrecernos alojamiento: y donde no pensamos hallar agua, hallamos muy gentiles capones, que todas las naciones extranjeras hacen esta ventaja á España en las posadas y regalo de los caminantes. Cenamos muy bien: yo pedí un jarro de agua, y trujéronmela de una fuente que nacía junto á las mismas casas, caliente baheando, hícela poner á una ventana, que aunque el tiempo no estaba tan frío, la borrasca y granizo lo había trocado, y en un instante se enfrió, y aun heló el jarro de agua, Bebílo, y el huésped trajo allí de las otras casas dos testigos, y viéndome beber otro jarro de agua fría, les dijo: Señores, para esto os he traído, porque si este señor español muriere de estos jarros de agua fría, no digan que yo le he muerto. Reíme, juzgando que lo decía por aborrecer el agua, ó por amar el vino, y no fué sino por la razón que el hostalero dijo después. Pregunté, como nuevo en Italia, por qué razón quería que no bebiese agua quien casi siempre la había bebido y bebía. Respondió que las aguas de España eran más delgadas y de más fácil digestión que las de Italia, que tienen más humedad. Y es de creer que, pues gente de tan gentil discurso como la italiana no osa beberla sola, halla en ella algún daño. Yo conocí un caballero italiano, que cuando vino á España no había bebido gota de agua, y estando en España no bebió gota de vino, que las aguas, ora sean de río, ora de fuente, toman la calidad buena ó mala de la tierra ó minerales por donde pasan. Las de España, por ser esta provincia tan favorecida del sol, y consumir las humedades con tanta violencia

son bonísimas, fuera de que ordinariamente pasan por minerales de oro, como se parece en las de Sierra-Bermeja, que la misma sierra está del mismo color, y son excelentísimas; ó pasan por minerales de plata, que son bonísimas, como las de Sierra-Morena, que se verifica en las de Guadalcanal; ó por minerales de hierro, como es en Vizcaya, que son saludables. Y en resolución, no hay agua en España que sea mala, sea de fuente ó sea de río, que de lagunas y lagos, ó encharcadas, ni las hay ni las beben: antes parece que para mayor grandeza de la misericordia de Dios, una laguna de más de una legua, que está cerca de Antequera, que todos los años se hace sal, tiene junto á sí la mejor y más sana agua que se conoce en lo descubierto, que se llama la fuente de la Piedra, porque la deshace. Y en Ronda, otra fuentecilla, que llaman de las Monjas, que nace mirando al Oriente, y en un cerro, en bebiéndola luégo deshace la piedra, y en el mismo día salen las arenas, y de esta se puede escribir un grandísimo volumen. Pero lo que el hostalero me dijo fué tan verdad, que en todo el tiempo que estuve en Lombardía, que fueron más de tres años, ni tuve salud, ni me faltó dolor de cabeza perpetuo, por el agua que bebía. Y verificóse el día siguiente, que yendo caminando, en todos los charquillos que se habían hecho del grande turbión de agua había animalejos, como sapillos, renacuajos y otras sabandijas, engendradas en tan poco espacio, que es causa de la mucha humedad maliciosa del terruño. Y en aquellos fosos de Milán se ven unas bolas de culebras en mucha cantidad, engendradas de la bascosidad y putrefacción del agua, y la humedad gruesa de la misma tierra.

DESCANSO I.

Pero ya, dejando esta materia, fuímos caminando por el Ginovesado mi mozo de mulas y yo, hasta que topamos con unos labradores, que preguntados por dónde tomaríamos el camino, que habíamos errado la noche antes, nos dijeron un disparate para engañarnos, y que anduviésemos perdidos más tiempo. El mozo entendió la burla, y dijo que nos engañaban. Pero yo, no tomándolo por burla, deshonrélos en mal lenguaje italiano, y ellos que eran muchos, cargáronse de piedras; yo me apeé, y dí una cuchillada á uno; el mozo cogió su caballo, y dejóme entre ellos, que como era de su nación no quiso ser testigo del caso, y ellos cargaron sobre mí, porque deslicé y caí en el suelo, y maniatándome, dieron conmigo en el lugar más cercano que era muy grande y muy poblado. Representaron la sangre del herido, y echáronme una cadena y grillos muy pesada. Esta vez no me quise quejar de mi mucha desdicha, sino de mi poca consideración que estando en tierra no conocida, quise hacer lo que no hiciera en la mía: que los españoles en estando fuera de su natural se persuaden á entender que son señores absolutos. Yo que no tenía de quién, ni á quién quejarme, volví contra mí las piedras que los contrarios podían tirarme: víme cargado de los hierros que no tuve en Argel, siendo enemigos de la fe y de los que la profesan, sin poder volver los ojos á quien me mirase de buena gana. Que por la misma razón que pensamos ser

señores del mundo, somos aborrecidos de todos. Quien va á tierras agenas tiene obligación de entrar en ellas con grande tiento, que ni las leyes son las mismas, ni las costumbres semejantes, ni las amistades se guardan donde no hay conocimiento. Y es averiguada cosa que aunque los reinos y repúblicas se guarden el respeto y amistad que profesan entre sí, no corre lo mismo en los particulares, que ordinariamente se desdoran, y tienen enemistades unos con otros: y tanto más, cuanto más se ven, sin razón ó con ella, supeditados. Eché de ver que la paciencia es virtud corriente para todas las cosas del mundo, pero más para tratar con gentes no comunicadas. Tiene el forastero necesidad de ser muy afable y comedido con crianza, y ha de perder de su derecho en las cosas, que donde está no sabe si son buenas ó malas: con semblante alegre, cólera enfrenada, viene fácilmente en el conocimiento de lo que ignoramos en las tierras cuyas costumbres no han venido á nuestra noticia. Yo me ví afligidísimo, sin ver á quién poder dar parte de mis trabajos. Llamábanme de marrano muy cerca de mí, y la más honrada sentencia era que me habían de dar garrote de secreto. El carcelero parecía hombre corriente, pero no hallaba por dónde entrarle para consolarme con él. Estuve pensando qùé modo tendría, y acordéme que esta nación es codiciosa sobremanera, y que por allí podría echar algún cartabón para mi remedio. Llevaba en la faldriquera algunos escudos que saqué de Génova. Andaban allí dos niños del carcelero muy graciosos, y acordándome cuán buen rostro muestran los padres á quien hace bien á sus hijos, dí á cada niño un escudo: aquí abrió los ojos el padre agradeciéndolo mucho, y aun muchísimo, que me dió buena esperanza de salir con lo que había pensado. Díjome: V. S. debe ser muy rico. ¿En qué lo echáis de ver? pregunté yo. En la liberalidad, respondió, con que habéis dado á esos niños moneda que aun los hombres mal conocemos por acá. Pues si esto estimáis siendo tan poco, ¿qué haréis cuando sepáis lo demás? y sacando dineros, díselos á él, y díjele: Porque me parecéis hombre de buen discurso os quiero decir quién soy, que de esta niñería no tenéis que hacer caso. Yo he alcanzado lo que todos los filósofos andan buscando y no acaban de dar con ello, pero primero me ha-

béis de hacer juramento de en ningún tiempo descubrirme. Él lo hizo solemnísimamente, y con grandes ansias me preguntó, qué era lo que quería decirle, y le respondí: Sé hacer la piedra filosofal que convierte el hierro en oro, y con esto nunca me falta lo que he menester: pero no he osado comunicarlo con nadie en Génova, porque la república no me estorbase mi viaje, que lo hicieran sin duda, porque como esta divina invención es tan apetecida y deseada de todos, todos andan tras de ella: y si saben alguno que lo sabe, ó los reyes ó las repúblicas los detienen contra su voluntad, porque ejercite el arte para ellos á su costa, que en habiendo mucha cantidad de oro en el mundo será estimado en poco. Señor, dijo el carcelero, muchas veces he oído tratar de esta materia; pero nunca he visto ni oído decir que lo haya nadie alcanzado en nuestros tiempos, que aunque V. S. me ve en este oficio, que por estar quieto y mantener mis hijos ejercito, ya he estado en España sirviendo á un embajador en Génova, y por lo dicho me recogí á este pueblo donde nací. Huélgome de eso, dije yo, porque siendo, como sois, discreto, y habiendo oído tratar de la materia, daréis crédito á lo que veréis con vuestros ojos. Si yo pudiese, dijo, aprender eso, sería un valiente hombre, que mandaría á todo mi lugar, y enviaría libre á V. S. adonde fuese servido. Á lo primero, dije yo, os respondo que consiste el hacerlo en dar un punto que es menester gran cuidado para acertarlo, y así no me atrevo á enseñároslo; pero dejaréos con tanto oro, que no hayáis menester á nadie vos ni vuestros hijos. Y á lo segundo, que no quiero que hagáis por mí cosa que en algún tiempo pueda haceros daño, que la misma arte química me dará modo para librarme, y esto os lo enseñaré facilísimamente, que lo veréis aunque estéis ciego, como sin culpa vuestra y sin consentimiento vuestro me libro, y vos quedáis sin calumnia, y con riqueza y gusto.

Echóse á mis piés con grandes ceremonias, quitándome la cadena y grillos, contradeciéndoselo yo con grandes veras, y pensando adelante toda la noche, para más asegurado en la materia, por hacer mejor mi negocio, le dije: Sabed que el no haber acertado á dar el punto á la transmutación de los metales nace de no haber entendido á los grandes filósofos

que tratan de esta materia sutilísimamente, como son Arnaldo de Villanueva, Raimundo Lulio, y Gebot, moro de nación, y otros muchos autores, que la escriben en cifras, por no hacerlas comunes á los ignorantes, que yo por enterarme en la verdad de ello he pasado á Fez en África, á Constantinopla y Alemania, y con la comunicación de grandes filósofos he venido á descubrir la verdad, que consiste en reducir á la primera materia un metal tan intratable y recio como el hierro, que puesto en aquel principio suyo, y en aquella simiente de que fué hecho, aplicándole las mismas cosas y los mismos simples que la naturaleza aplica al oro, cuando se forma ó se va formando, viene á transformarae en la misma substancia de él. Que de la propía manera que todas las criaturas van imitando, en cuanto les es posible, á la más perfecta de su género, así el hierro y los demás metales van imitando á la más perfecta de ellas que es el oro, y dándole tales cualidades que la naturaleza con la generación del padre universal, que es el sol, viene á mudar su naturaleza en la del oro, y esto se hace mediante ciertas sales fortísimas y corrosivas, mirando los aspectos de los planetas, en que yo estoy muy diestro y enterado. Y para que veáis alguna semejanza que os persuada de esta verdad, dejad esta noche un callo de herradura que haya sido muy pisado y lleno del orín que recibe en los muladares, y hecho pedacicos muy menudos, ó limándolo, ponedlo en una redoma con fuego lento, en muy fuerte vinagre, y veréis lo que resulte. Hízolo puntualmente, y dióme en que reposase aquella noche muy á mi gusto, donde pensé muy bien la traza que llevaba ordenada para librarme de la prisión.

DESCANSO II.

A la mañana vino el carcelero muy contento, diciendo que descubría que se iba el hierro convirtiendo en un color rubio, como de oro, que la codicia lo iba llevando á la perdición. Ahí conoceréis, dije yo, que os voy tratando verdad; díle dineros para que me trajese ciertas cosas, ó ciertos simples corrosivos y venenosos, que no los digo porque mi intento no es enseñar á hacer mal, y con otras cosas que les junté hice unos polvos que muchas veces rociaba con agua fuerte, y enjugándose, tornaba á rociarlos, quedando con un color rubio muy apacible. Hechos los polvos, y perfeccionados como yo los había menester, á dos bellacones que estaban sentenciados á galeras les dije: las galeras están en Génova, que es acercarse vuestro martirio; si os atrevéis á ponerme en una noche en tierra del Rey, yo os sacaré de aquí con mucho silencio, y sin ruido de dentro ni de fuera. Ellos respondieron con grande determinación: y aun á los hombros sacaremos á V. S. y antes que amanezca estará entre soldados españoles. Pues estad, les dije, mañana en la noche atentos, y en viéndome con las llaves en la mano acudid á vuestro remedio y el mío. Alegráronse los pobres, y con grandes ansias deseaban ya que llegase la hora. Por la mañana dije al carcelero que trajese unos crisoles, y cuantos callos de herradura pudiese hallar, que todos los había de convertir en oro, y que á

la noche cuando toda la cárcel estuviese en silencio encendiese lumbre de carbón, sin que hubiese ningún testigo que nos pudiese denunciar. Él lo tuvo tan en cuidado que no dejó herrador, ni muladar que no anduviese, y en llegando la noche me mostró tantos callos de herradura, que vendidos á libras podían aprovecharle mucho; encerró su gente, y los demás presos, y los dos que me habían de ayudar se hicieron dormidos: encendió su brasero, y puesto en silencio todo, saqué mis polvos y mostréselos, y pareciéronle del mismo oro. Pues mirad, le dije, qué cordial olor tienen, y echéselos en la mano, él los llegó á oler, y yo con mucha presteza le dí una palmada en la parte baja de la mano, y saltaron en los ojos, cayendo él de la otra parte sin sentido, ni sin poder hablar; cogíle las llaves, y los bellacones que vieron el caso acudieron luégo; abríles las puertas quedándose el pobre hombre sin sentido, y sin que nadie nos viese salimos de la cárcel y del pueblo, y á la mañana habiendo pasado arboledas, sierras y barrancos dificultosos, me hallé en Alejandría de la Palla entre soldados españoles, que metían la guarda á don Rodrigo de Toledo, gobernador de ella. Á los buenos galeotes les pareció que les había venido del cielo la libertad, y fuéronse á buscar su vida. Yo me holgué en el alma de haber salido bien con mi intento, que aunque fué á costa del pobre carcelero, por la libertad todo se puede hacer. Yo fuí esta vez como el demonio, que tienta á los hombres por la parte que más flaca siente en ellos: que él por la codicia, y yo por la libertad nos concertamos muy bien, que es tan superior la codicia en los pechos adonde se halla, que son muchos, que los rinde á cualquier flaqueza. Los bienes que por merecimientos, ruegos y comodidades no se alcanzan, en acometiéndoles por la codicia se rinden al gusto de ambas partes: los males que por violencia y estratagemas no se pueden hacer, en mostrando la codicia su amarillo rostro se ablanda la dureza de los pechos de hierro. ¡Qué de fortalezas se han rendido, qué de lealtades se han quebrantado, qué de clausuras se han rompido, que de castidades se han corrompido, acometidas por la codicia! Todos los vicios que á los hombres traen arrastrados dejan alguna consideración para lo venidero, sino la lujuria y la codicia, que cogen y ciegan todas las potencias del discurso;

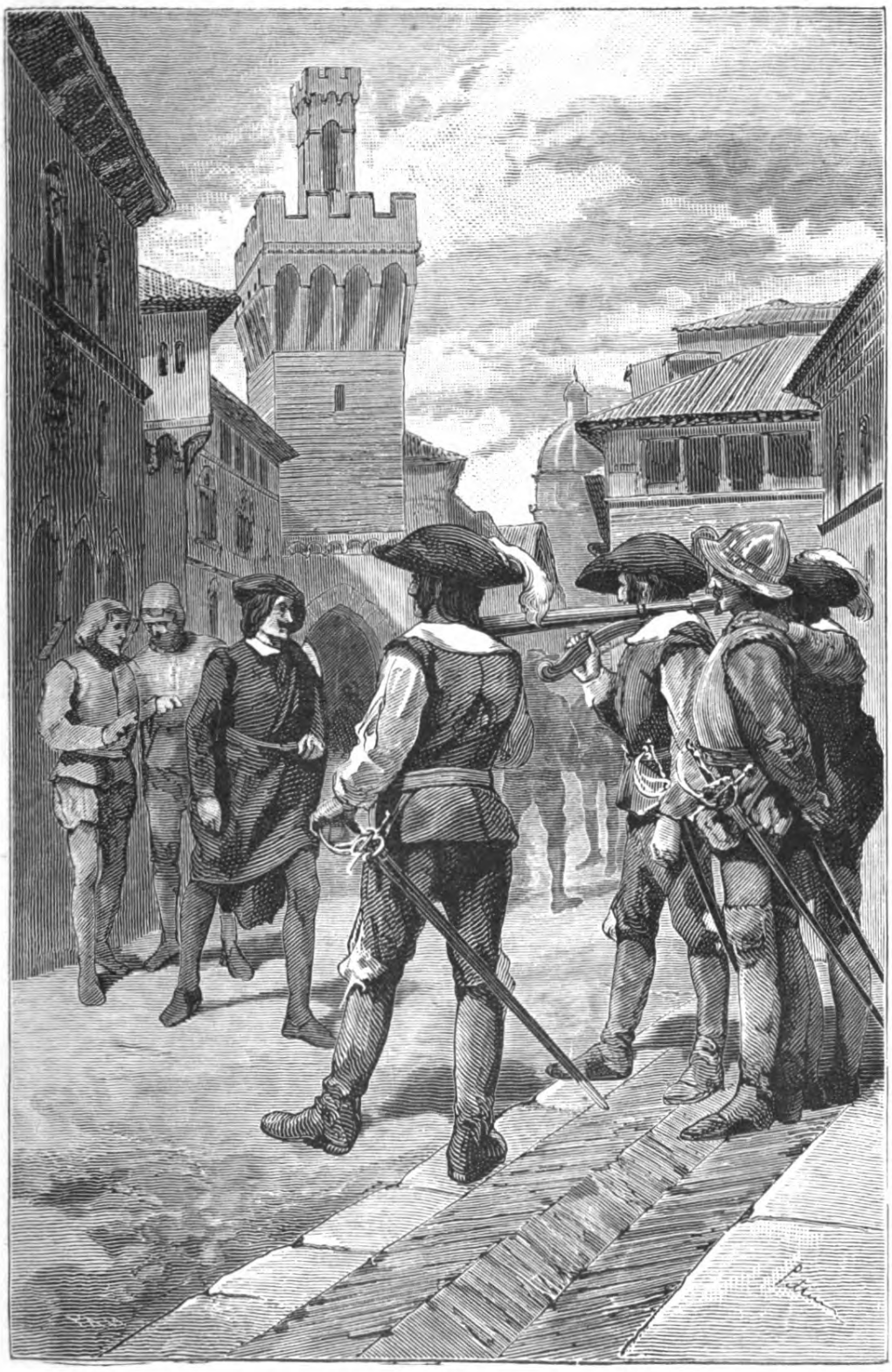
más fácil es de enfrenar la furia de un loco por castigo, que reducir á razón la sed de un codicioso por consejo. Son los codiciosos como la esponja, que aunque chupa toda el agua de que es capaz, ni está harta, ni se aprovecha de ella, y son tan furiosos en sus actos como la culebra hambrienta, que á todo acomete aunque sea un sapo que la hinche de ponzoña; que ni miran si es lícito ó contra razón, que como sea engordar á todo acometen, y creo es así, que tienen el castigo por sombra de su desatinada hambre. Como este miserable de carcelero, que por donde pensó ver su casa llena de oro quedó sin ojos para verlo. Dios mire por los codiciosos, y los reduzca á la medicina que conserva la vida y aquieta la conciencia.

DESCANSO III.

PARTÍME para Milán, temiendo por el gran deseo que llevaba de llegar, alguna desgracia, que los desdichados han de vivir siempre con cuidado de lo que puede y suele suceder. Hay un río que pasa por la ciudad de Alejandría, que se llama Eltanar, donde ví unas aceñas movedizas de madera, que deben de tener en el fundamento algunas ruedas para moverse, que no reparé en preguntarlo porque no hacía á mi propósito, y habiendo esperado el barco para pasar el Pó, río caudalosísimo, después de haberse sorbido el Eltanar entramos en él con unas pobres peregrinas, y al medio del río sucedió, que por la corriente de Eltanar venía una aceña ó molino de aquellos, que le debía de haber faltado el fundamento, y encontróse de manera con nuestro barco que dió con él patas arriba.

El caballo, como son atrevidas estas bestias para cortar el agua, se arrojó á ella, yo me así luégo de la cola, y las peregrinas de mí, y el Venturino de la postrera de ellas, y cayendo y levantando, y á veces topando con los piés en la arena, llegamos á la orilla, donde el caballo nos roció por la puerta falsa que debía de venir acebadado; pero no por eso me desasí hasta verme ya pisar las orillas. Hallamos allí que habían pasado en otro barco algunas gentes de diversas naciones, franceses, alemanes, italianos y españoles, y para entendernos hablamos todos en latín; pero era la pronunciación tan diversa la una de la otra, que hablando en muy

gentil lenguaje latino no nos entendíamos los unos á los otros, que me dió mucho que pensar que aun en una misma lengua, y que corre por toda Europa, dure el castigo de la torre de Babilonia. Llegamos á Pavía, insigne universidad; regalóme el castellano, que era entonces, aunque como mi deseo me llevaba á Milán, no paré hasta verme en aquella maravillosa población donde tan grandes santos ha habido, y continúan siempre los prelados de aquel excelentísimo templo. El que entonces le gobernaba era el santísimo cardenal Carlos Borromeo, que ahora dicen San Carlos, que fué su vida de manera que á pocos años de su muerte le canonizaron. Llegué á tiempo que se celebraron las exequias de la santísima reina doña Ana de Austria, y habiendo buscado á quién cometer la traza, historias y versos de la vida ejemplar de tan gran señora, pudiendo cometerles á muy grandes ingenios, tuvo por bien el magistrado de Milán de cometerlas al autor de este libro, no por mejor, sino por más deseoso de servir á su rey, y de aprender en cosas tan graves y de tan graves ingenios, y ofreciéndoles, y dando noticias de Aníbal de Tolentino, excelentísimo sujeto, que lo hiciera mejor que otro en toda la Europa: al fin por más cercano le mandaron al autor que la hiciese. Oíle un sermón en estas exequias al bienaventurado San Carlos, que fué como su vida. Hallé á mis amigos muy contentos, y admirados de la brevedad con que había conseguido libertad, y deseosos de saber cómo había sucedido, me forzaban á que lo contase, y refiriese una y muchas veces; que realmente los trabajos contados en la prosperidad, ó habiendo salido de ellos tienen su gusto particular, que las desventuras todo lo que tienen de males presentes tienen de bienes pasados; son los trabajos como las servas ó nísperos, que cuando están en su fuerza son ásperos al gusto, pero después de pasada su sazón, lo que tenían de ásperos tienen de suaves podridos; son como el que se va anegando en un río, que va siempre sacando la cabeza y haciendo todas las diligencias posibles para escaparse, pero después de salido bebe de aquella misma agua que le quiso ahogar. Espina el erizo de la avellana, pero después se halla gusto en rumiándola. Holgué grandemente de ver la grandeza, fertilidad y abundancia de Milán, que en esto creo que pocas ciudades se le igualan en Europa, aunque la mucha



..... me hallé en Alejandria de la Palla
entre soldados españoles.

humedad que tiene, ó por aquellos cuatro ríos hechos á mano, por donde le entra tanta abundancia de provisión, ó por ser el sitio naturalmente húmedo, yo me hallé siempre con grandísimos dolores de cabeza, que aunque yo nací sujeto á ellos, en esta república los sentí mayores. Que siempre me han perseguido tres cosas: ignorancia, envidia y corrimientos; pero los de aquí me duraron hasta volver á España. Pasé en Milán tres años, como hombre que está en la cama, contando las vigas del techo trescientas veces, sin hacer cosa que importase, lo uno por estar siempre indispuesto, lo otro por lo poco que entre soldados se ejercitan los actos de ingenio. Dióme gana de ver á Turín, y por mis pecados fué por el mes de diciembre, tiempo en que no hay caminos, sino ríos en vez de ellos, que como hacía buen tiempo cuando salí, engañéme, pensando que fuera todo de aquella manera; y en llegando á Bufalores, comenzó á desgajarse el cielo, no con lluvia, sino con acequias de agua tan continua que se perdió el tiento á los caminos.

Llegué á Turín, y por haber experimentado los arroyos á la venida, estúveme dos meses allí, en compañía de otro español; pero fueron tan grandes las nieblas que se topaban los hombres por la calle sin verse, nacidas de la vecindad, según dicen allí, del Pó, que pasa por junto á la ciudad: fuera de que por medio de ella van muchos arroyos de agua. Mas veo que en España Guadalquivir pasa por Sevilla, más caudaloso que el Pó y algunas veces tan crecido, que baña á la mayor parte de la ciudad, y todo el campo de Tablada está hecho un mar navegable, y no he visto tales nieblas. Y Granada tiene dos ríos que la bañan, y muchos más arroyos por las calles, y no parece esta escuridad ó niebla: pero dejando esto posamos el otro español y yo en una hostería, donde me ví en el mayor peligro, y en la mejor ocasión de ser dichosísimo que he tenido ni tendré en mi vida. Que estando comiendo mucha gente, esperando mi compañero y yo que acabasen para sentarnos, un viejo de hasta cincuenta años de edad, de propósito dió en tratar de la religión nueva, de la religión reformada, repitiendo esto muchas veces: y aunque era natural de Ginebra, hablaba en buen italiano, que por ver españoles le pareció alzar la voz más de lo que había menester. Y tras un brindis y otro decían heregías muy dignas

de gente llena de vino. Mi compañero decíame que callase, y ellos brindando por la salud de sus fautores, tornaban una vez y otra á decir de la religión nueva y de la religión reformada, de suerte que me obligaron á preguntar qué religión era aquella, y quién la había reformado. Respondiéronme que era la religión de Jesucristo, y que la había reformado Martín Lutero y Juan Calvino. Antes de oir más palabras les dije: Buena andaría la religión reformada por dos tan grandes hereges. Alborotóse la hostería, y cargaron tantas cuchilladas sobre mí y sobre el otro español, que si no cogemos una escalera nos hacen pedazos. La huéspeda atajó el negocio con decirles que mirasen lo que hacían, que estábamos depositados allí por el Duque. Sosegóse el alboroto, porque hasta entonces aún no habían negado la obediencia al Duque de Saboya, aunque la tenían negada á la Iglesia romana. En sosegándose el rumor me dijo aquel viejo: ¿Por qué llamáis hereges á dos varones tan santos y que tanta gente llevaron tras su opinión? Respondí yo: ¿Por qué llamáis vosotros santos y reformadores de la ley de Jesucristo á dos hombres que en todo y por todo, en vida y costumbres fueron contra la doctrina de Jesucristo y sus Evangelios, que fueron hombres libres, viciosos, deslenguados, embusteros, engañadores, alborotadores de las repúblicas, enemigos de la general quietud? Quiso tornarse á alborotar el viejo, y como le habían puesto por delante el temor y respeto del Duque, cesó con decir: Muchos son los llamados y pocos los escogidos, y esos somos nosotros. Respondíle yo: Mejor dijérades, muchos son los escogidos y pocos los llamados, porque no vienen á manos del Papa. ¡Extraño caso! que hay gentes tan fuera del orden natural, que por sola libertad y poltronería se desvíen de la misma verdad que interiormente saben y conocen. Y que tengan hombres poderosos que favorezcan sus errores, de suerte que unos y otros siguen su mal intento. Los poderosos con decir que siguen doctrina de hombres sabios, y los otros con decir que tienen arrimo en príncipes poderosos, como si fuese disculpa para la ejecución de tantos vicios y abominaciones como cometen á sombra de la libertad con que sus maestros les hacen vivir, en cuyas arrastradas opiniones hay cosas tan ridículas que se echa de ver que adrede quieren errar.

DESCANSO IV.

Volvíme de Turín á Milán, porque aunque tuve intento de pasar á Flandes no hallé comodidad, fuera de saber que la gente de Flandes venía marchando hacia Lombardía, y por haber estado ya en Flandes con la misma gente en el asalto general de Maestric donde me sucedió una cosa muy graciosa, que pudiera ser muy desgraciada y fué : que en el saco de la ciudad cogí al más lucido cuartago de todos los que había en una casa principal, y subiendo sobre él en cerro, como en tiempo de bulla no se miraban mucho las cosas, al tiempo que salía de la ciudad iban tras mí más de trescientos cuartagos, porque la que yo había tomado era una yegua sazonada, y si no me arrojo de ella al suelo me dieran muchas manotadas los galanes que la seguían.

Al fin volví hacia Milán, porque el compañero pasó hacia Flandes, y buscando en qué caminar topé con una carroza, donde por fuerza hube de ir, en compañía de cuatro ginebreses, tan grandes herejes como los otros. Determinando de callar á cualquier cosa que oyese decir, por donde les granjeé la voluntad de manera, que siendo muy enemigos de españoles, me regalaron por todo el camino, diciéndome mil veces que era muy buen compañero, que realmente, como no les traten de religión son sencillos, y gente afable para tratar, y muy amigos de dar gusto. Fuéronme festejando por el camino, y entre dos brazos del Tesino se apartaron hacia

unas arboledas y sierra, donde dijeron que iban á ver un grande nigromántico para preguntarle ciertos secretos de mucha importancia. Yo, como era mozo y amigo de novedades, holguéme por ver aquella que tanto lo era para mí. Anduvimos un rato por aquella arboleda hasta llegar al pié de la sierra, donde se descubrió una boca de cueva con una puerta de tosca madera, cerrada por de dentro. Llamaron, y respondieron de dentro con una voz crespa, baja, y con un género de gravedad. Abrióse la puerta y representóse la figura del nigromántico con una ropa de color pardo, con muchas manchas, mapas pintados en ella, culebras, signos celestes, un bonete en la cabeza largo, y aforrado en pellejo de lobo, y otras cosas que hacían su persona horrible, como también lo era el lugar y casa donde habitaba. Hablaron aquellos caballeros de Ginebra, informándole de su venida, y como certificados de su gran fama venían á consultarle un negocio grave. Él aunque en el principio comenzó á negárselo, al fin acabaron con él con ruegos y presentes que le dieron, que lo ablandan todo, á que se inclinase á admitir su petición. Mientras hablaban con él, yo miré el cuerpo de la cueva, que estaba llena de cosas que ponían temor y espanto, como era cabezas de demonios, de leones y tigres, faunos y centauros, y otras cosas de este modo, para poner horror á los que entrasen, unas pintadas y otras de bulto, con que daba á entender que tenía trato y amistad con algún demonio. Hablóles muy gran rato, diciéndoles de su gran poder, y mostró muchas joyas de diversas gentes y de grandes señores, que le habían dado por los muchos secretos que les había revelado. Llegados al caso, como yo miraba más al artificio con que tenía adornada su cueva, preguntóles cómo no llegaba yo á la conversación. Respondieron ellos que era español. Díjoles el nigromántico: No quisiera mostrar mis secretos delante de españoles, porque son incrédulos y agudos de ingenio. Á lo cual respondieron ellos: Bien podéis hacer en su presencia cualquiera cosa, porque aunque español, es hombre de bien y buen compañero. Resolvióse á hacerlo, y llamó á un ayudante tan fiero y espantable, que me pareció que era algún demonio. Entramos más adentro, donde tenía el familiar, que era un aposentillo más oscuro que el cuerpo de la casa, que

estaba cercado con unas barandillas, y dentro estaba uno como facistol, y sobre él un grande globo de vidrio con un abecedario de letras grandes escrito al rededor, y en medio del globo puesto el familiar, que era un hombrecito de color de hierro, con el brazo derecho levantado en derecho hacia las letras, que todo realmente ponía espanto. Habló con el familiar con una arenga muy larga, proponiéndole la antigua amistad que habían profesado tantos años, para obligarle á que con facilidad respondiese á lo que le quería preguntar; y poniéndose unos guantes muy anchos, después de puesta la demanda, alzó la mano derecha, diciéndole: Ea, presto. El familiar se resolvió, y señaló una letra. Quitóse el guante el nigromántico, y escribió aquella letra que había señalado el familiar. Tornó á ponerse el guante, y alzando la mano otra vez, le dijo: Adelante. El familiar movióse, señalando otra letra, y de esta manera fué preguntándole hasta haber escrito diez ó doce letras, en que iba respondiendo á la pregunta muy á gusto de los ginebreses. Yo como eché de ver que para escribir cualquiera letra se quitaba el guante, diciendo qué podía ser; y aunque sospeché que se habían de alborotar todos, determinadamente yendo á señalar otra vez con el guante, se lo arrebaté por el dedo demostrador, y hallando una dureza muy grande en el dedo, primero le pregunté al nigromántico: ¿Esta no es calamita ó piedra imán? Quedó suspenso y corrido, y volviéndose á los otros, les dijo: Bien decía yo, que los españoles eran agudos, y que no quería hacer cosa delante de ellos. El secreto del caso era, que aquel familiarillo era hecho de alguna cosa muy ligera, y el bracillo era de acero tocado á aquella piedra imán que era tan fina como el nigromante diestro en señalar la letra que había menester, con que atraía al familiar corriendo á mostrarla. Quedaron los ginebreses admirados, así de la sutileza con que aquél engañaba á las gentes, como de la mía en haber conocido su embeleco. Y aunque los sentí al principio pesarosos de que no hubiese cumplido el pronóstico con la respuesta del familiar, que ellos tenían por demonio, después tuvieron en mucho el desengaño, y rogóles el nigromante que me pidiesen que no le descornase la flor, porque con aquello ganaba su vida sin hacer mal á nadie, y tenía reputación de

grande hombre. La invención cierto era ingeniosísima, muy conforme á la filosofía natural, y podía sufrirse como por juego de masecoral: pero cosas tan repugnantes á la verdad y del trato común, engaños tan conocidos, no es razón que permanezcan, ni se permitan. Fuímonos, dejando muy desconsolado al embustero, y escandalizados los ginebreses del caso me reprehendieron el haberlo afrentado, y desanimádolo para proseguir en su embeleco. Yo les dije: ¿No os habéis holgado de ver este secreto descubierto? Respondiéronme que sí. Yo les dije: Pues de la misma manera se holgarán todos los que lo supieren, porque menos importa quedar éste sin opinión y sin oficio, que permitir un engaño tan extendido y pernicioso como éste. Y yo, para decir la verdad, siempre he estado y estoy mal con estas gentes, como son: nigrománticos, judiciarios y otros semejantes: aunque estos judiciarios tengo por los peores, por estar más bien recibidos en la república, y decir menos verdad. Que aunque los que tratan de la verdadera astrología de movimientos, estos son doctos que saben las matemáticas con fundamento, como es Clavijo Romano, el doctor Arias de Loyola y el doctor Sedillo, españoles, grandes varones de su facultad; que esos otros son embusteros, gente de poca sustancia, de que podía traer muchos cuentos, porque de cien cosas que dicen yerran las noventa, y cuando aciertan alguna es por yerro. Válense de mujercillas que les vienen á preguntar, como gitanas, la buena ventura, y al fin es gente ridícula, que acaban tan miserablemente como los alquimistas, porque quieren dar alcance á los secretos que Dios tiene reservados para sí. En estas conversaciones y otras semejantes llegamos á Bufalora, pueblo del Estado de Milán, donde los ginebreses se apartaron y yo proseguí mi viaje.

DESCANSO V.

Vuelto á Milán, como aquella república es tan abundante de todas las cosas, eslo también de hombres muy doctos en las buenas letras y en el ejercicio de la música, en que era muy sabio don Antonio de Londoña, presidente de aquel magistrado, en cuya casa había siempre junta de excelentísimos músicos, como de voces y habilidades, donde se hacía mención de todos los hombres eminentes en la facultad. Tañíanse vihuelas de arco con grande destreza, tecla, arpa, vihuela de mano, por excelentísimos hombres en todos los instrumentos. Movíanse cuestiones acerca del uso de esta ciencia, pero no se ponía en el extremo que estos días se ha puesto en casa del maestro Clavijo, donde ha habido juntas de lo más granado y purificado de este divino aunque mal premiado ejercicio. Juntábanse en el jardín de su casa el licenciado Gaspar de Torres, que en la verdad de herir la cuerda con aire y ciencia, acompañando la vihuela con gallardísimos pasajes de voz y garganta, llegó al extremo que se puede llegar. Y otros muchos sujetos muy dignos de hacer mención de ellos. Pero llegado á oir al mismo maestro Clavijo en

la tecla, á su hija doña Bernardina en el arpa, y á Lucas de Matos en la vihuela de siete órdenes, imitándose los unos á los otros con gravísimos y no usados movimientos, es lo mejor que yo he oído en mi vida. Pero la niña, que ahora es monja en Santo Domingo el Real, es monstruo de naturaleza en la tecla y arpa. Mas volviendo á lo dicho, un día acabando de cantar y tañer, y quedando todos suspensos, preguntó uno, que cómo la música no hacía ahora el mismo efecto que solía hacer antiguamente, suspendiendo los ánimos, y convirtiéndolos á transformarse en los mismos conceptos que iban cantando, como fué lo de Alejandro Magno, que estándole cantando las guerras de Troya, con grande ímpetu se levantó, y puso mano á su espada, echando cuchilladas al aire, como si se hallara en ella presente. Dije yo á esto : Lo mismo se puede hacer ahora y se hace. Replicóme diciendo : Que después que se perdió el género enarmónico no se podía hacer. Dije yo : Con el género enarmónico me parece que era imposible hacerse, porque como la excelencia de ese género consiste en la división de semitonos y diesis, no puede la voz humana obedecer á tantos semitonos y diesis como aquel género tiene. Y así aquel príncipe de la música, el abad Salinas, que lo resucitó solamente, lo dejó en un instrumento de tecla, pareciéndole que la voz humana con gran trabajo y dificultad podía obedecerlo. Yo le ví tañer el instrumento de tecla que dejó en Salamanca, en que hacía milagros con las manos, pero no le ví reducirlo á que voces humanas lo ejecutasen, habiendo en el coro de Salamanca en aquel tiempo grandes cantores de voces y habilidad, y siendo maestro aquel gran compositor Juan Navarro. Y que se pueda hacer y se hace con el género diatónico y cromático, como haya las mismas circunstancias y requisitos que el caso quiere, sucederá cada día lo mismo. Y en las sonatas españolas, que tan divino aire y novedad tienen, se ve cada día ese milagro. Los requisitos son que la letra tenga conceptos excelentes y muy agudos, como el lenguaje de la misma casta. Lo segundo, que la música sea tan hija de los mismos conceptos, que los vaya desentrañando. Lo tercero es, que quien la canta tenga espíritu y disposición, aire y gallardía para ejecutarlo. Lo cuarto, que el que la oye tenga el ánimo y gusto dispuesto para aquella ma-

teria. Que de esta manera hará la música milagros. Yo soy testigo que estan cantando dos músicos con grande excelencia una noche una canción que dice:

Rompe las venas del ardiente pecho,

fué tanta la pasión y accidente que le dió á un caballero que los había llevado á cantar, que estando la señora á la ventana y muy de secreto, sacó la daga y dijo: Véis aquí el instrumento, rompedme el pecho y las entrañas; quedando admirados músicos y autor de la letra y sonata, porque concurrieron allí todos los requisitos necesarios para hacer aquel efecto. No les pareció mal á los presentes, porque todos eran doctísimos en la facultad. En estos y otros ejercicios se pasaba la vida entre poetas de poesía, y entre soldados de armas, donde se ejercitaba no solamente la pica y arcabuz, sino también el juego de la espada y daga, broquel y rodela, que había valerosos hombres diestros y animosos, donde se hacía mención de Carranza, aunque hubo quien daba la ventaja á don Luís Pacheco de Narváez. Porque en la verdadera filosofía y matemática de este arte, y en la demostración para la ejecución de las heridas, excede á los pasados y presentes. En estos y otros ejercicios loables se pasa la vida en Lombardía, aunque yo traía siempre tan quebrada la salud, por causa de las muchas humedades, que determiné volverme á España después de haber visto á Venecia, y hubo buena ocasión, porque entonces iba la infantería y caballería del Estado de Milán á recibir á la señora Emperatriz á tierra de los venecianos, para traerla á embarcar á Génova. Salió aquella gallardísima gente del Estado hasta llegar á Crema, donde recibieron á la Cesárea Majestad como á tan gran señora se debía. En llegando allí para proseguir mi intento, pasé de la otra parte del río en la cabalgadura que hasta allí había traído de balde, diciéndole al mozo de mulas que yo le pagaría el resto del camino hasta llegar á Venecia; pero él lo hizo tan bien, que en la primera posada me dejó plantado sin hablar palabra, que era un pueblecillo pequeño, donde no hallé cabalgadura, ni aun persona que me respondiese palabra buena, por ser español, y por ir en traje de soldado: de manera que

ni la humildad, ni el término apacible, ni la paciencia, me aprovecharon para dejar de ir á pié y sin compañía, por tierra no conocida, y madrastra de españoles. Iba caminando por unos llanos, y aun de mala gana me decían si erraba el camino. Y habiendo andado todo el día bien desconsolado, sin saber dónde había de ir á parar, ya que se ponía el sol, ví venir atravesando el camino un caballero con un halcón en la mano, y como me vió, paróse en el camino hasta que pudiese emparejar con él, que estuve buen rato, porque iba despeado, tanto como triste y afligido. En llegando á él, mostrando alguna compasión, me preguntó si era soldado, respondíle que sí, y díjome que estaba lejos de allí el alojamiento donde yo podía llegar aquella noche; que le siguiese hasta una casería suya, donde me albergaría hasta la mañana. Seguíle, aunque con alguna sospecha, pero acordándome que la gente principal siempre es acompañada de buen término, verdad y misericordia, quitóseme el recelo que podía tener con otra compañía.

DESCANSO VI.

Entramos por unos jardines muy grandes que estaban cerca de su casería, aunque mal cultivados y llenos de yerba que la misma naturaleza criaba acaso, llegamos á la casería, donde salieron á recibirle unos criados llenos de silencio y melancolía. Entramos en una casa, aunque de grande edificio, muy desordenada de cosa que pudiese dar gusto, sino con unas colgaduras negras y viejas, los sirvientes mustios, mudos y callados, y todo lo de la casa lleno de luto y tristeza. Yo estaba suspenso y embelesado de ver un aplauso tan lleno de horror y desconsuelo, y no seguro, sino sospechoso de algún daño mío. El caballero tenía un semblante de hombre que traía quebradas las alas del corazón, y no mandaba cosa á los criados de palabra, sino con sólo el semblante, aunque furioso, macilento. Llamóme á cenar, de que yo tenía muy gentil gana; como dije, estaba algo sospechoso, por mi poca suerte, de alguna novedad. Cené con tanto silencio como el caballero que estaba frontero de mí, que nunca más bien me supo el callar, porque saqué el vientre de mal año á costa de la suspensión con que el caballero cenó. Yo no osaba preguntarle cosa, porque el verdadero camino para conservarse los hombres es transformarse en el humor de aquellos con quien tratan, y como no podemos saber los secretos del corazón

ageno, habemos de aguardar á que por alguna parte rompa el silencio; que es yerro escudriñar las cosas de que no nos dan parte, especialmente con personas poderosas, cuya voluntad se gobierna con el poder y el apetito. Al fin acabada la cena, y echados de allí los criados, con una voz baja, que parecía salirle de las entrañas, me dijo de esta manera: ¡Dichosos aquellos que nacen sin obligaciones, porque pasarán con suerte mala ó buena, sin darles cuidado mirar por las agenas y desvelarse en pensar qué dirán de la suya! El pobre soldado en cumpliendo con hacer lo que le toca se va á descansar á su lecho. El oficial y todos los demás de este género en habiendo acabado su ministerio hallan descanso en la ociosidad. Mas ¡ay de aquel que mirado de muchos ojos, respetado de muchas gentes, rendido al parecer de muchos juicios, sujeto al murmurar de muchas lenguas, no puede acudir á la sombra de sus obligaciones! Yo he querido, señor soldado, descansar con vos en daros parte de mis lamentables desdichas, no porque me faltara con quien descansar, sino porque las desventuras no se han de comunicar con testigos tan cercanos que cada día puedan renovarlas. Que hace mal pecho y cría mala intención representarse á los ojos el testigo de los daños propios. Y asegúroos que ninguno de estos sirvientes sabe la causa de mis infelicidades, que aunque los véis andar tan amedrentados, no saben más de lo que leen en el sobre escrito de mi rostro. Yo soy un caballero que tengo algunos vasallos y hacienda para poder pasar y vivir con descanso, si la hacienda lo puede dar, con las obligaciones que trae consigo: nací inclinado, no á las cortes ni bullicio popular, que culpa la vida y entretiene el tiempo, sino á la soledad, usando ejercicios del campo, como es la agricultura, huertas y jardines, pesca y caza de montería y volatería, en que he gastado algunos años y toda mi renta con mucho gusto, y algunas buenas obras usadas con caminantes. Pasé mucha parte de mi juventud sin matrimonio, teniéndolo por pesada carga y ocupación excesiva para la ejecución de mis ejercicios; pero como las mudanzas en el mundo son forzosas, y el cielo tiene dispuestas nuestras vidas con diversos accidentes, de bien en mal, y de mal en peor, ó al contrario; sucedió un día que yendo á caza con un halcón en una mano y un corazón en otra para

cebarlo, me arrebataron el mío de improviso, dejándome en él una idea que ni se ha borrado, ni se borrará para siempre jamás. Fué de esta manera, que pasando á la vista de Crema salió por un callejón de unas huertas uno de los más bellos rostros, y de mayor majestad que en persona mortal jamás se ha visto: quise seguirla, al mismo punto se tornó á encerrar en las huertas. Yo admirado de tan extraordinaria y no vista belleza, informéme con gran cuidado de su estado, nacimiento y bondad, y después de averiguado todo, hallé que era doncella honesta, hija de muy humildes padres. Parecióme que no sería dificultoso el rendirla á fuerza de presentes, promesas y dádivas, que suelen rendir á las peñas más encumbradas. Visitéla por medio de algunas señoras, que no rehusan de usar de este ministerio para acudir á hacer amistades á quien las obliga con regalos. Íbanse en una carroza en achaque de ver las huertas, y con darle muchas baterías, nunca pudieron darle asalto á la fuerza de su honesta castidad. Vine á extremo que no pudiendo sufrir la violencia de mi estrella me fuí en la carroza con las dueñas, en su mismo traje, que en las barbas, había poca diferencia de mí á ellas, por ser mozo y lampiño, y fué para acabarme de matar. Porque en viéndome en la compañía de ellas y cerca de su persona, de nuevo me abrasé con el encanto de sus dulcísimas palabras, pronunciadas en mi favor, en que dijo: Quien trae tal dueña consigo, tan apacible y hermosa, otras fuerzas sabrán conquistar de más excelencia que esta triste y humilde sabandija. Estas palabras, y ver en aquel pobre traje tanta limpieza y aseo, tanta gallardía acompañada de vergonzosa gravedad, con esta tan honrada resistencia, con otras mil cosas que en ella resplandecían, me forzaron á acudir al último remedio, que fué pedirla para mi esposa, y para atajar discursos de historia tan lamentable, recibíla por mi mujer, y recogíme con ella á esta casería, donde viví con ella con tanto amor y gusto de su parte y de la mía, que no sufría una hora de división.

El día que iba á cazar, á la vuelta la hallaba llorosa, y con unas ansias y desconsuelos que me regalaba el alma, y me obligaban de nuevo á quererla como cosa divina: seis años que pasé en este gusto, bien pudieran ser envidiados de todos

los pasados y presentes; que fueron tales, qué sólo un desagradecimiento de un pecho bajo y mal nacido pudiera atajar tan bien fundados principios. Estaba cerca de aquí un hombrecico, aunque sin calidad, de buenas partes, no consumadas, sino apuntadas, porque sabía un poco de música, y otro poco de poesía: preciábase de ser hombre de hecho, y en el pueblo donde vivía no era estimado, ni hacían caso de su persona. Trújele para guarda de la mía y para comunicación de algunos ratos desocupados en que me hacía compañía. Adornéle de vestidos, dábale mi mesa, era el segundo poseedor de mi hacienda, y en resolución levantéle del polvo de la tierra á ser hombre principal, igual con mi persona: antes y después de descansado, siempre que yo iba á caza iba en un rocín conmigo, y si se cansaba, tornábase á la casería; esto era después de cansado, en el cual tiempo él tenía lugar de hablar con mi esposa, de que yo jamás tuve sospecha, porque él era un hombre pequeño de cuerpo, falto de facciones, dientes anchos, manos gruesas, falto de virtudes morales, inclinado á la detracción y cizaña; aunque después no le dejaba volverse de la caza hasta que yo tornase, mas por cumplir con el mundo que por mala satisfacción que de él tuviese. Después de esta privación, aparecíase todas las noches que yo venía una fantasma en los jardines que alborotaba los perros y espantaba á los criados. Yo, aunque venía cansado, levantábame á mirar todos los rincones de los jardines antes de volver á mi cama, por si topaba la fantasma. Y en saliendo de mi cama, mi esposa se encerraba por de dentro. Duró esta fantasma muchos días y algunos meses, pero notaba que los pocos días que me dejaba en la caza no había fantasma á la noche, ni yo podía imaginar dónde se recogía, hasta que una noche, habiendo venido de cazar, le dije á un criado que se estuviese á la puerta del jardín, y tuviese gran cuenta con aquella visión. Encerréme en mi aposento con mi esposa, esperando si tornaba como las demás noches, cuando comenzaron los perros á hacerse pedazos ladrando, porque la fantasma era tan grande que llegaba á la ventana y tejados: levantéme con toda la priesa que pude, y encontrando al criado que había dejado á la puerta del jardín, me dijo: No se canse vuesa merced, que la fantasma es Cornelio, su gran privado, que hace este em-

beleco porque mientras vuesa merced sale, él está con mi señora haciendo traición á vuesa merced; el cómo, y por dónde entra yo no lo sé, si no es que algún demonio le ayude; pero sé que es verdad, y há muchos días que pasa. Fué tan encendido el furor que se me esparció por las entrañas, que arrebatándole por el cuello del jubón le dí de puñaladas, diciéndole: Porque no lo digáis á otro, y porque á mí me lo decís después de hecho; echéle en una bodeguilla, y cerré la puerta con la llave maestra de la casa y del jardín, y sosegándome contra mi condición, abrasado el pecho y las entrañas de celos y deshonra fuíme paso entre paso para llegar más quieto: llamé á la puerta donde estaba mi esposa, y mostrando mucho temor, preguntó si era yo la fantasma; mas al fin en conociéndome abrió la puerta, y viéndome mudado el color, que por más que disimulé me lo conoció, me dijo: Señor mío, ¿qué mudanza de rostro es esa? Maldiga Dios la fantasma y quien la inventó, que tan inquieto os trae y me trae. Disimulé lo mejor que pude, diciendo que era nada, y acostándome en mi cama, ella con sus acostumbradas caricias procuró aquietarme con que yo puse en duda su daño y el mío. Dormí poco y mal con la batalla sangrienta que traía en mi pecho. Levantéme en siendo de día, llamé los criados de caza, y á Cornelio, con el mejor semblante que pude; fuímos al campo, y en todo el día no hallé cosa de volatería para las aves, ni caza para los perros. Túvelo por mal agüero, y allá á la tarde el traidor de Cornelio fingióse malo, por tornarse á la casería; enviéle, y mandéle que dijese á mi esposa que tenía una garza echada tres leguas de allí, y no podía aquella noche irla á acompañar; pero que en amaneciendo había de dar sobre la garza. Él fué muy contento con este recado, y yo quedé con una grande máquina de pensamientos sobre la determinación que había de tomar.

DESCANSO VII.

Siendo ya bien tarde, que quería anochecer, envié los criados á parar la garza, y siendo de noche, víneme con todo el silencio que pude á la casería, y entrando por una puerta falsa del jardín con la llave maestra, fuíme derecho al aposento de Cornelio, y abriéndolo, no lo hallé dentro, sino el aposento con luz encendida. Tomé la luz, y fuí por una sala que estaba pegada á su aposento, buscándole si parecía por allí: anduve toda la sala, y fuí al remate de ella, que iba á dar á otra sala baja en cuyo alto estaba la estancia mía y de mi esposa: ví una escalera arrimada á la pared que llegaba hasta mi estancia, y en el remate de la escalera abierto un boquerón por donde cabía un hombre muy bien, que estaba tapado con un lienzo del Ticiano, del adulterio de Venus y Marte. Hasta entonces no había creído mi daño. Aparté la escalera de allí con intención que no tuviese por dónde bajar, y como un trueno acudí á mi estancia, y llamando para cogerlos descuidados, mi esposa me vino á abrir la puerta, y él fué muy de priesa á poner los piés en la escalera, y poniéndolos en el aire, dió con su persona abajo, quebrándose ambas piernas por las rodillas. Torné á cerrar la puerta de mi estancia, y fuí á recibir al caído, que iba arrastrando con las manos como toro español desjarretadas las piernas, y díjele:

Ah traidor, ingrato á los bienes recibidos, este es el pago que llevan los falsos desconocidos; y arrimándolo á un madero de la escalera, después de haberle dado muchas puñaladas, le dí garrote, y con la misma furia subiendo á dar de puñaladas á mi esposa, se me cayó la daga de las manos, y todas cuantas veces intenté hacerlo me hallé incapaz de mover el brazo para herir aquel cuerpo que tan superior había sido á mis fuerzas. Al fin bajéla abajo, y poniéndola junto á su amante, ya que no pude hacerla otro daño, maniatéla de piés y manos, y á él saquéle el corazón, y púselo entre los dos para que ella viese todos los días el corazón donde tan á su gusto había vivido. Y al otro criado muerto lo traje arrastrando, y le dije: Véis aquí el testigo de vuestro delito. Torné á quererla matar, y se me tornaron á desjarretar los brazos, y al fin determiné de matarla con hambre y sed, dándole cada día media libra de pan, y muy poca agua. Hoy hace quince días que no ha visto luz, ni oído palabra de mi boca, ni ella me la ha hablado, con darle yo esa miseria con mis propias manos. Y á mí no me parecen quince días, sino quince mil años, y en cada día he pasado quince mil muertes. Este es el miserable estado en que me hallo, desamparado de todo aquello que me puede dar consuelo, y tan rematado, que quisiera que Dios me hubiera hecho un hombre desechado del mundo, desnudo de obligaciones, para irme donde jamás hubiesen habitado gentes. Y pues os he hecho y dado parte de lo que nadie sabrá de mi boca, también quiero que veáis por vuestros ojos lo que tienen tan sin luz á los míos, y tan sin esperanza de volverla á ver. Y tomando una vela con un candelero me dijo que le siguiese, y pasando por un pedazo de jardín, abrió la puerta donde estaban encerradas todas sus desdichas. Representóseme luégo uno de los más horrendos espectáculos que los ojos humanos han visto. Un hombre arrastrado con muchas puñaladas en el cuerpo, otro despedazado, por el costado abierto, y el corazón puesto en un escalón, junto á uno de los más bellos rostros que naturaleza ha criado. Y para mayor ocasión de dolor sucedió, que en abriendo la puerta se entraron tras él algunos perros, que en viendo á la desdichada de su esposa llegaron á lamerle las manos y rostro, y hacerle tantas caricias que á mí se me enternecieron

los ojos y al marido las entrañas y el alma. Viendo la ocasión de su terneza, le dije: Señor, yo no os he hablado palabra, ni replicado cosa que me habéis dicho, por no haber visto en vuestra pasión puerta abierta, ni por haberme vos dado licencia. Pues ahora, dijo el caballero, os la doy para que digáis todo cuanto os pareciere. Y desechado todo el temor por su terneza, le dije estas palabras: Vos, señor, me habéis confesado que la primera idea que se os entró en el alma del amor de vuestra esposa, ni se ha borrado ni se borrará para siempre jamás. También me habéis dicho que este negocio, falso ó verdadero, nadie lo ha sabido sino estos dos que ya no pueden publicarlo, y la honra ó infamia de los hombres no consiste en lo que ellos saben de sí propios, sino en lo que el vulgo sabe y dice; porque si lo que los hombres saben de sí mismos entendiesen que lo sabe el mundo como ellos lo saben, muchos ó todos se irían adonde gentes no los viesen. Vos habéis atajado con la muerte de estos lo que se podría decir. Tenéis á vuestra esposa viva, y quizás sin culpa, pues en cuantas veces la habéis querido matar no habéis podido. No os digo más sino que miréis la terneza que han causado las caricias y blandura que estos perros están usando con ella. Antes que el marido respondiese palabra, ella alentándose, y sacando una voz cansada del profundo pecho, como si saliera de algún sepulcro, dijo: Señor soldado, no gastéis palabras en vano, porque ni yo estoy para vivir, ni por cuanto cubre el sol querría tornar á ver su luz. Pero por si alguna vez espantado de tan horrible caso os viniere á la memoria el referirlo, sepáis la verdad, porque ni condenéis la crueldad de mi esposo, ni divulguéis la infamia que yo merezco. Estos dos hombres han merecido justamente las muertes recibidas. Aquél arrastrado, porque dijo lo que no vió, ni pudo ver. Y éste despedazado no por lo que hizo, sino por lo que intentó hacer como traidor, desagradecido al mucho bien que mi esposo y señor le había hecho, que procedió con tantas diligencias que yo entendí que tenía pacto con algún demonio, porque le veía en mi propia estancia sin saber por dónde había entrado, mas de que lo ví salir por debajo de una tabla de pintura, y preguntándole qué quería, me respondía: que venía á entretenerme por la ausencia de mi esposo y señor. Yo no le dije

palabra mala por sus pretensiones: lo uno, porque yo jamás la he dicho á nadie; lo otro, porque después que vió mi entereza no dijo más palabra deshonesta. Y, si me culpare mi esposo y señor porque no le avisé de ello, diré que aun viéndole con enojos muy livianos me despulsaba hasta verle fuera de ellos, cuanto más decirle una cosa que tan al alma le había de llegar, y no tenía reino, ni imperio el mundo por quien yo manchase mi honra y el lecho de mi esposo y señor: y por la piedad que en vos he conocido, y por la verdad que os he dicho, os suplico que le roguéis que no me alargue la vida, sino que me abrevie la muerte, para que vaya presto á presentar este martirio en la presencia de Dios.

Desde el punto que comenzó á hablar la desdichada, tanto como hermosa, fueron tantas las lágrimas que derramó el marido, que viendo la ocasión, le dije: ¿qué os parece de esto, señor caballero? Á lo cual sollozando me respondió: que de la misma manera que os dí licencia para hablar, os la doy para que hagáis lo que os pareciere que me está bien. Al punto cogí mi daga y corté las ligaduras de aquellos hermosos, aunque debilitados miembros, que lo estaban tanto, que sin poder tenerse, se cayó sobre mi pecho, y después se asentó en el suelo, como á descansar del gran martirio que había pasado. El marido se arrojó de rodillas ante ella, y besándole las manos y piés le dijo: Esposa y señora mía, pues no tengo que perdonaros, os pido perdón con toda humildad del mundo. No pudo responder, porque con el descanso le dió un desmayo, tal que yo entendí que quedaba muerta, y levantándose el marido con mucha priesa, trujo muchas cosas confortativas, con que la que había quedado como azucena volvió en un instante á estar como una rosa, que abriendo unos suavísimos ojos zarcos y verdes, dijo al marido: ¿por qué, señor mío, me habéis querido tornar á esta desdichada vida? Porque no se acabase la mía, respondió él: y cogiéndola entre los dos la llevamos á su estancia, donde fueron tan grandes los regalos y beneficios que se le hicieron, que al fin la reservaron de la muerte. De todo esto que aquella noche pasó, ningún criado fué testigo. Á la mañana le pedí licencia para irme, para seguir mi viaje; no me dejó ir en veinte días, que lo hube bien menester para el cansancio del camino, y para el horror que había

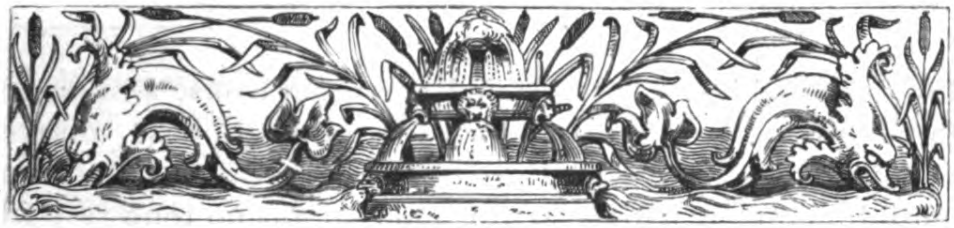
concebido de tan triste historia y espantoso espectáculo. Que de arrebatarse de su pasión, sin hacer reflexión en considerar si pudiera ser falso, hizo aquellos homicidios, y llevaba camino de acabar con la inocente é inculpable mujer, con que viviera inquietísimo, si viviera, y ella quedara infamada de lo que no había cometido; que el caballero se engañase con tantas apariencias de verdad, lastimado de la honra y de los celos, raíz de tantos y tan exorbitantes males, no es maravilla; pero que sea tanta la insistencia ó pertinacia de un pecho doblado y lleno de cautelas, que por llevar su intención al cabo, lo que había de gastar con inquietud, lo gaste en estratagema, trazas y bullicios, en ofender la honra agena, y poner en peligro su vida, cosa es que espanta, que parecen estos hombres cautelosos hechos de diferente masa que los otros. Mas parece que anduvo muy arrebatado en dar puñaladas al que le dió la nueva, y que pudiera con aquella revelación averiguar la verdad sin precipitarse. Mas la misma naturaleza, que la razón, le llevó á hacer aquel castigo justo por muchas causas. La primera y principal, porque es maldad de perversa intención, y entendimiento corrupto, y de conciencia derramada, decir un hombre las faltas agenas de que no ha sido testigo. Lo otro, porque dar malas nuevas á nadie de lo que le ha de pesar, parece que es tener gusto de los males del amigo á quien lo dice. Lo tercero, porque chismosos y congraciadores con su cizaña tienen destruída la mitad del mundo. Hay también que notar aquí el gran sufrimiento de aquella tan hermosa como agraviada mujer, que cuantos golpes le dió la fortuna, viéndose ya á la puerta de la muerte, ni perdió la paciencia á sus desdichas, ni el respeto á su marido. Ojalá todas supiesen cuánto les importa saber tenerla para conservar la paz de su casa y el amor de sus maridos; que les parece que es menos honra no dar tantas yoces como ellos siendo más poderosos. Yo había quedado tan escandalizado y sin gusto de lo que había oído y visto, que aunque me rogaron encarecidísimamente que me quedase allí por toda la vida, ó por algún tiempo, no pudo acabarse conmigo; pero negúeselo dándoles á entender que iba muy contento de la obligación en que me había echado, loando mucho al caballero el valor que había mostrado en reparar su honra, y á ella la entereza y conser-

vación de su reputación. Dentro de los días que allí estuve eché de ver la razón que tenía el marído de estar muy enamorado de aquel apacible y divino semblante, tan lleno de gravedad honesta, que cierto en la hermosura del rostro, gallardía del cuerpo, mansedumbre de condición y suavidad de costumbres, era un retrato de doña Antonia de Calatayud. Yo para asegurarme del todo del temor que pudiera haber concebido, y dejarlos gustosos, les dí palabra de volver á su servicio, ó á su casa en acabando mis negocios en Venecia, y con esta condición me dejaron ir, que como yo tenía algún temor de algún daño de su parte, ellos lo tenían de mí porque no revelase lo que había visto; que todo este artificio han menester los que son testigos de daños agenos, y no les ha de parecer que son señores de las personas cuyos secretos saben. Que se ven grandes daños y se han visto en esta máquina sobre las personas que han revelado secretos. Al fin yo me despedí de ellos con mucho beneplácito suyo, y regalo que me hicieron. Cogí mi camino encomendándome á Dios, espantado de tan nuevo suceso, y lleno de tantas desdichas; pero muy contento de verme libre de tan intrincado laberinto, y loando mucho en mí la honra y estimación de las mujeres italianas principales, y el recato con que se guardan y las guardan. Habíame apartado ya cosa de una milla de los jardines volviendo atrás muchas veces la cabeza hasta que los perdí de vista, que me pareció que estaba ya cien leguas de ellos; cuando ví venir dos hombres á caballo á toda priesa hacia mí; miré si en todo aquel llano había alguna población ó casa adonde recogerme y ampararme, y víme tan solo, que no pude tener recurso para huir, porque yo entendí realmente que ellos se habían arrepentido en dejarme venir, habiendo sido testigo de todo lo pasado. Yo comencé á llamar á Dios en mi favor, porque cuanto más andaban los caballos más crecía mi temor. Al fin ya que llegaron cerca de mí, parecióme esperar su determinación. Llegaron con el peor término del mundo, y dijeron: téngase, señor soldado. Yo respondí: tenido soy para lo que vuesas mercedes mandaren.

Eran dos hombres con dos escopetas, y unos cuchillazos de monte con que desollaban los animales; las caras tostadas, las palabras desapacibles, como dichas á español que iba solo,

y á pié. Porque preguntándoles qué era lo que mandaban, respondieron con el peor modo del mundo: No le mandamos nada, que atrás viene quien se lo mandará; con que me hicieron temblar y confirmar mi temor. Pero señores, les dije, ¿qué ofensa hice yo al señor Aurelio, para que de este modo me traten? Él se lo dirá, respondieron. Yo dije: Déjenme seguir mi camino, señores. Y dijo el uno: estése quedo, sino arrojaréle dos balas en el cuerpo. Yo eché de ver que no se podían llevar por humildad, y hice una cuenta entre mí: si estos vienen á matarme poco ha de aprovecharme la humildad, porque aquí no hay segundo lance para la disimulación; y si no vienen á matarme, no quiero que me tengan por cobarde. Y así en diciendo de las dos balas, poniendo mano á la espada de él, dije: pues si me tirare, aciértemе; sino por vida del rey de España que les tengo de desjarretar los caballos, y hacer pedazos las personas. Bravata de español, dijo el uno de ellos. En esto llegaba ya el caballero en un gentil portante, y como vió la espada desenvainada, preguntando qué era, le respondí: no sé yo en qué se puede fundar una cosa tan injusta como querer dar la muerte á quien ha querido dar la vida. No entiendo ese lenguaje, dijo el caballero. Los criados se sangraron en salud, diciendo: señor, como nos enviásteis á detenerlo, que él quería pasar adelante, entonces le amenazamos con una pistola, y él á nosotros con decir que nos haría pedazos á nosotros y á los caballos. Á lo cual respondió el caballero: yo no os envié á detenerlo para hacerle mal, sino para hacerle bien, que no me espanto que á dos hombres que yendo á caballo, y bien puestos queriendo tratar mal á un hombre de á pié, solo y honrado, se les atreva á eso y á mucho más. Apeaos vos del caballo, y dadle esa escopeta al soldado español, y suba en el caballo, y acompañadle hasta Venecia; y si os enviare luégo, volveos, y sino esperadle, y díjome á mí: señor soldado, la confusión, causada por mis trabajos, hizo que me descuidase de mi obligación, y mi esposa con su angélica condición, enamorada de vuestra piedad y olvidada de mi rigor, os envía en esta bolsita cien escudos para vuestro camino, y esta joya de su misma persona, que es una cruz de oro, esmeraldas y rubíes; y queda con esperanza de tornar á ver quien reparó tanto derramamiento de

sangre. Arrojéme á sus piés, agradeciéndole tanto bien y honra, y subí en mi caballo, llevado por el mozo de mulas que me había querido matar. Llegué á Venecia tan rico, á mi parecer, que la podía comprar toda. Díjele á mi mozo de mulas que me llevase á una muy gentil posada, como práctico en la ciudad, y entrando en ella, no ví la hora de echarlo de mí, porque yo lo traía de tan buena gana conmigo como él venía: reposé aquella noche, y á la mañana despedílo.



DESCANSO VIII.

MIRÉ con grande admiración la grandeza de aquella república, que siendo tan rica y de tanta estimación, que se persuaden á que tienen más razón de desvanecerse que todas las naciones del mundo, no lo parecen en el trato de sus personas, porque andan tan desautorizados, que quien no los conociere, no los estimará en lo que son. Y para la vanidad suya pasó un cuento gracioso entre un noble veneciano y un portugués, gente idólatra de sí propia, que no estima en nada el resto del mundo; y fué, que yendo yo á pasar por una puentecilla, que llaman del Bragadín, me detuve, porque venía un magnífico detrás de mí; túvele respeto, porque ellos quieren que se le tengan; y de la otra parte de la puente venía un portugués, de razonable talle, mirando hacia el horizonte, con unos guantes de nutria en las manos, y unas botas arrugadas en las piernas, muy tieso; de suerte que llegando al medio de la puentecilla el magnífico entendió que el portugués le hiciera la cortesía que era de razón por estar en su tierra, y el portugués quería lo mismo estando en el agua. Sucedió, que llegando al medio de la puente ambos con mucha majestad chocaron; y por no caer en el agua, el portugués apretó, y el magnífico no osó ladear; cayeron los dos, el magnífico de espaldas, que era delgado de piernas y el portugués de pechos, que por poco no dieron ambos en la mar. Levantóse el portugués de presto, limpióse el polvo con los guantes de nutria, y el magnífico las calzas de lacre, limpián-

dose las espaldas; y después de limpios paráronse á mirar el uno al otro, y habiéndose estado un rato suspenso, dijo el magnífico al portugués: ¿É vu sabi che mi sono veneciano, gentil huomo patricio? Y el portugués al mismo tono respondió, ó preguntó: É vos sabedes que eu saon portugues fidalgo evorense? El veneciano con mucho desprecio le dijo: Ande el bordel, beco cornuto. Y el portugués, dando con el pié, le respondió: Tiraivos la, patife. Fué cada uno su camino, volviendo el rostro atrás, el magnífico, señalando con el dedo al portugués, diciendo con mucha risa: No va il, pazzon. Y el portugués al mismo modo, decía: Ollay, ó parvo. De suerte, que yo no pude averiguar cuál fué más fantástico y loco de los dos, aunque está la presunción por el portugués, por haberse atrevido en tierra agena, y donde tan poco amados son los españoles; que alabando á los venecianos su ciudad dicen, que no hay en ella calor ni frío, lodo ni polvo, moscas ni aun mosquitos, pulgas ni piojos, ni aun españoles. Son tan estadistas, que para lo que aman y han menester, no hay encarecimiento en el mundo de que no usen: y para lo que aborrecen no hay palabras tan obscenas de que no se aprovechen.

Llegó un noble de aquellos á comprar un poco de pescado, y con grandes caricias y amores le preguntó el pescador, sin conocerlo, cómo estaba su mujer é hijos; y á él le dijo que era muy hombre de bien; pero en no queriendo darle el pescado al precio que él quería, le dijo que era un cornudo, y su mujer una putana, y sus hijos unos bardajes. Ví otras cosas allí muy de notar, en razón á la superioridad que les parece que pueden tener por su antigüedad y gobierno. Fuíme á mi posada á la hora de comer y apenas hube llegado cuando habiendo comenzado la comida, me dijeron que me buscaba una señora principal en una silla, diciendo: ¿Dónde está aquí un soldado español? Ví que no había otro sino yo, levantéme y fuí á ver lo que me mandaba; ví salir una mujer de la silla, de muy gentil talle y muy hermosa, y no menos bien aderezada, que con muy grandes caricias, palabras dulces y regaladas, me dió la bien venida, de que yo quedé dudoso y confuso, entendiendo que realmente me hablaba por otro, y así le dije: Señora, no me hallo digno de tan grande y autorizada

visita como esta; suplícoos que advirtáis bien si soy á quien buscáis. Ella respondió con alegre semblante, echándome los brazos al cuello: Señor soldado, bien sé á quién busco, y á quién he hallado. Yo soy la señora Camila, hermana del señor Aurelio, de cuyas manos recibí anoche una carta, en que me manda que os hospede y regale, no como segunda persona, sino como á la suya misma, todo el tiempo que gustáredes estar en Venecia. Yo respondí: Bien creo que de un tan excelente caballero me ha de venir todo el bien del mundo, y comenzando por tan gallarda y discreta señora, habrá de suceder todo bien. Ea, pues, dijo ella, seguidme, que aunque toda esta mañana no he podido dar con vuestra posada dejé mandado en la mía que os tuviesen aderezada la comida, como para tal persona. Y rehusándolo yo, por tener ya hecho el gasto, dijo: que había de hacer por fuerza el mandamiento de su hermano: y así pagando lo que debía en la hostería me llevó consigo no dudando yo en lo que decía; pero fuí imaginando si acaso sería traza de su hermano, para ejecutar en Venecia lo que no había hecho en su casería. Mas ella me llevó con tanta blandura y amor á su casa, que se me quitó cualquiera imaginación y sospecha. Entramos en una sala muy bien aderezada, donde hallé puesta la mesa con muchos y muy escogidos mantenimientos, en que me entregué tan de buena gana como lo había menester; porque fuera de ser muy á gusto la comida la partía y repartía la señora Camila con aquellas argentadas manos, no cesando de encarecer la voluntad y fuerza con que el señor Aurelio, su hermano, se lo había mandado. Después de haber comido sacó una carta firmada de Aurelio, en que decía estas palabras: «Con cuidado me dejó un soldado español, huésped mío, cuyas acciones descubrían ser hombre principal; no le regalé como quisiera, si bien vuestra hermana y mi esposa le envió al camino una bolsilla de ámbar con cien escudos, y de su persona una cruz de oro, rubíes y esmeraldas, que no pudo más por ahora: buscadle, dándole el hospedaje y regalos que á mi propia persona, sin dejarle gastar cosa alguna en todo el tiempo que estuviere en Venecia: y si hubiere de volver acá dadle lo necesario para el camino.» Yo, con las señas de la carta, acabé de enterarme en creer que era verdad cuanto la señora Camila me decía, y los

Camila, y respondióme que no había tal mujer en aquella casa. Repliquéle, y tornóme á responder lo mismo. Pero otro sirviente, que debía de estar hablado, acudió, y preguntóme qué le quería, que estaba en cierta visita de una señora enferma. Fingí que me sosegaba con eso, y preguntándole al otro sirviente á solas si era aquella casa suya, me respondió que no sabía más que había alquilado aquella sala para un gran caballero español. Callé, y fuíme á la primera posada á preguntar si conocían aquella señora que me había venido á buscar, ó si sabían dónde vivía, y respondióme uno muy presto: Quien os podrá decir su casa mejor que nadie es el que vino aquí con vos, que es con quien enviásteis el caballo, porque él venía con ella mostrándole vuestro alojamiento; y esa que vos tenéis por gran señora es una ramera que vive de hacer estafas y engaños. Sin replicar más palabras me salí desesperado de verme despojado de mis dineros, joyas y papeles con la bellaquería del que había venido conmigo, que le había dado las señas de lo que traía, por donde fingió la carta que me mostró: pero visto que ella misma me había avisado del engaño que me había de hacer, reportéme, y fuí á ver si podía reparar el daño á la posada donde ella me había llevado. Y preguntándole al mozo que había vuelto por ella si había venido la señora Camila, me respondió: Señor, aquí vino ahora, y como no os halló se tornó á la enferma, pero mirad si la queréis algo, que yo la iré á llamar. Quiérola, respondí yo, para que me dé unos papeles en que están las señas de mi persona, porque tengo aquí una póliza de doscientos escudos que cobrar de un cambio, y sin este papel que digo no se pueden cobrar. Dijo el sirviente: Pues yo iré en un instante á avisarle de eso. Mientras él iba yo fingí la póliza con las señas que en el pasaporte que traía de Milán venían. Apenas acabé de escribir la póliza, cuando vino mi señora doña Camila desalada, pensando coger los doscientos escudos con todos los demás: y es de creer que habría visto ya papel de las señas él, pues estaba en su poder, y tendría otra llave del cofrecito. Díjole mi recado, y saqué la póliza del seno, y en mostrándosela envió á una criada por el cofrecillo; torné de muerto á vivo, y díjele á la señora que me buscase un caballero á quien diese poder para cobrar aquella póliza, por-

que no quería que el embajador de España me la viese, porque me conocía. Ella me trujo luégo un rufianazo suyo, muy bien puesto, diciendo que era un caballero muy principal. Díjele que trujese un escribano para darle el poder; y la señora Camila, para más favorecerme, dijo que quería que fuese de su mano. Fueron por él, y entretanto yo cogí mi cofrecillo, y fuí á buscar un barco en que acogerme. Dejélo concertado, y volví á la posada, donde hallé á la señora, y al rufo, y al escribano; díles el poder y la póliza, y el papel de las señas, con que quedaron muy contentos, y yo mucho más: y porque ya era de noche, les supliqué que se cobrasen muy de mañana aquellos doscientos escudos, porque quería hacer un gran servicio á la señora Camila. Fuí á pagar al escribano, y no me lo consintió. Fuéronse, y yo torné á suplicarles que fuese luégo por la mañana la cobranza con mucho encarecimiento: diéronme la palabra que á las ocho estaría cobrado.

Al salir de la calle asoméme, para en saliendo ellos salir también yo. Volvió el gayán la cabeza, riéndose de la burla que me hacía, y como me vieron, torné de nuevo á encomendarles la brevedad de la cobranza, de que ellos se rieron mucho, porque como antes le había dado el cofrecillo con sencillez, creyeron que todo fuera así. En trasponiendo la calle cogí mi cofrecito debajo de la capa, y fuíme á mi embarcación; no había andado treinta pasos cuando me encontró aquel sirviente que andaba en favor de la señora Camila, y preguntándome que á dónde iba con tal priesa, respondíle que iba á llevar aquel cofrecillo á la señora, que se acababa de apartar de mí por aquella calle abajo; y señaléle una calle por donde, aunque anduviera toda la noche, no toparía con ella. Dijo: pues yo iré á avisarla de ello, vuélvase á la posada. Él fué por su calle, y yo derecho al barco que me estaba aguardando, con tan buenos alientos, que amanecimos treinta leguas de Venecia, y contando á los pasajeros algo de lo que me había pasado, dieron en quién podía ser por el modo del engaño y el artificio de que usó; pero cuando supieron que había gastado en regalarme su dinero, holgaron de saberlo para publicarlo en Venecia. No supe si echaría la culpa á mi facilidad en creer, ó la fuerza de su engaño en decir,

porque aunque es verdad que es dificultoso librarse de una cautela engendrada de una verdad clara y evidente, con todo eso arguye liviandad el arrojarse luégo á creerla; pero es tan poderoso el embeleco de una mujer hermosa y bien hablada, que con menos circunstancias me pudiera engañar. La facilidad en creer es de pechos sencillos, pero sin experiencia, especialmente si la persuasión va encaminada á provecho nuestro, que en tal caso fácilmente nos dejamos engañar. Yo me ví rematado y perdido, no sintiendo tanto el agravio de la persona como la falta del dinero, que tanta me había de hacer; y así no fué el ingenio quien me dió la traza, sino la necesidad, por verme pobre y en tierra agena, y que ningún camino lícito y fácil podía deshacer mi agravio, sino por otro engaño semejante ó peor. Mas Dios me libre de una mentira con tantas apariencias de verdad, que es menester ayuda del cielo para conocerla, y no rendirse á darle crédito. Aunque mirándolo bien, ¿qué conocimiento, ó qué prendas de amistad ó amor habían precedido entre aquella mujer y yo para que tan fácilmente gastase conmigo su hacienda, y para que yo me persuadiese á que había sencillez en aquel trato? La resolución de esto es, que yo tengo por sospechosos ofrecimientos y caricias de gente no conocida. Y es yerro sujetarse á obligaciones cuyo principio no tiene fundamento; y así es lo más cierto en semejantes ofrecimientos agradecer sin aceptar, que el mayor contrario que un engaño tiene es no rechazarlo con darlo á entender, sino en entendiéndolo, echarlo á buena parte, que el trato apacible señorea todo lo que quiere. Y dos cosas hallo que granjean la voluntad general y encubren las faltas de quien las usa, que son cortesía y liberalidad, que ser un hombre pródigo de buenas cortesías y palabras amorosas, y no miserable de su hacienda, siempre engendra buena sangre y mucho amor en los que le tratan.

DESCANSO X.

Yo no me arrojé tanto á la navegación por saber qué viaje había de llevar, como por huir de aquella embustera y su traga sangre: y así me fué forzoso alargar mi viaje más de lo que convenía para disponer mi camino para donde mejor me estuviera. Topéme entre los pasajeros uno que dijo que iba huyendo porque le habían levantado un testimonio muy pesado, y que había puesto agua en medio en tanto que ó se averiguaba la verdad, ó se deshacía el mal nombre que había cobrado. Tengo, le dije, por yerro notable volver el rostro y dejar las espaldas que reciban los agravios y heridas, cuyos golpes han de dejar cardenales irreparables. Que en tanto que parece la presencia del agraviado, cada uno quiere más poner duda en el caso, que no arrojarse á manchar la reputación agena. Y para la averiguación de los delitos, el mayor y más evidente testigo es huir el rostro. En poco estima su opinión quien no teme las heridas de la lengua ausente. No hay hombre tan ajustado que no tenga algún émulo, y por no dar lugar á las asechanzas de éste no se ha de apartar de su vista, que los mal intencionados de cualquiera átomo toman ocasión para emponzoñar las intenciones del mundo, contra quien desean ver fuera de él. Con estas y otras cosas que le dije le persuadí á que se volviese á Venecia, que me importó algo; porque desembarcando en el primer pueblo que vimos, por ir costeando, me hallé cerca de Lombardía, de donde yo tomé la derrota de Génova, y él la de Venecia, que por el buen consejo dejé de rodar más de doscientas leguas que hay

por agua desde Venecia á Génova, adonde pensé hallar á don Fernando de Toledo, el tío; pero habiendo pasado adelante, me dí aquella noche, aunque borrascosa, tan buena priesa, que le alcancé en Saona al tiempo que se quería partir. Fuí recibido alegremente, que lo había muy bien menester por la melancolía que traía conmigo, nacida de una perpetua enfermedad de corrimientos, que siempre me han traído corrido, á las partes hipocondríacas. Venimos la vuelta de España dejando á la mano derecha la costa del Piamonte y Francia, poco seguro entonces por las compañías que andaban de gente perdida, gobernada por su antojo y voluntad, fuera de la de su rey. No tomábamos puerto para lo necesario sino en las riberas que más cómodas parecían para asentar el rancho, dejando á buen recaudo once falúas en que veníamos. Comíamos, y buscábamos agua y leña.

Yo había sacado de Génova una bota de diez azumbres de muy gentil vino griego, que me hizo gran compañía y amistad hasta llegar á las pomas de Marsella, que son unos montones muy altos y pelados, sin yerba, ni cosa verde, estériles de árboles, y de todo lo demás que puede dar gusto á la vista. Pues llegando á este paso, porque no fuese sin trabajo la jornada, siendo mi falúa la postrera, encalló muy cerca de estas pomas, en una que del batidero de las olas tenía hecho un poyo ó bancal bien largo. Así como encalló dijo el arraez: Perdidos somos. Yo como sabía nadar, y ví cerca donde podía ampararme, quitéme, y arrojé una saltambarca que traía, y púseme al cuello como tahalí la bota, que ya llevaba poca substancia, y á cuatro ó seis brazas llegué al poyo de la poma; entretanto desencalló la falúa, y fuéronse los marineros no haciendo más caso de mí que de un atún: y aunque les dí voces, ó no las oyeron por el ruido de las olas, ó no las quisieron oir por no ir contra su natural costumbre, que es ser impíos, sin amor y cortesía, tan fuera de lo que es humanidad como bestias marinas agenas de caridad. Yo me hallé perdido y sin esperanza de consuelo, sino era de Dios y del ángel bendito de la guarda; considerando qué había de ser de mí sino era que acaso pasaba por allí algún bajel ó barco que me socorriera en tan apretada necesidad. Estuve desde las ocho de la mañana hasta las dos de la tarde espe-

rando si pasaba quien me pudiera socorrer, teniendo confianza que aquel gran caballero se había de compadecer de mi trabajo; pero los marineros fueron tan crueles bestias que le dijeron que me había ahogado. Yo de cuando en cuando me alentaba con mi bota, hasta tomar determinación en lo que había de hacer. Resolvíme de entregarme á la tiranía del mar, bestia insaciable y fiera cruel, y para esto desnudéme de un coleto de muy gentil cordobán, y con la punta de la daga, y dos docenas de agujetas que traigo siempre que camino, cogílo por la delantera, falda, brahones y cuello tan estrechamente, que pude hincharlo sin que el viento se saliese. Vacié la bota del santo licor que había quedado, y hinchándola muy bien, hizo contrapeso al coleto. Hice la misma diligencia con las botas enceradas, que asidas de las ligas, ayudaban también á sustentar. Descalcéme los valones, porque el agua se había de colar por las faltriqueras, y quedéme con sólo el jubón y camisa, porque siendo de gamuza no se rendiría tan presto á la humedad. Y puesto de esta manera, y acordándome que los caminos guiados por Dios son los acertados, le dije de esta manera: Inmenso Dios, principio, medio y fin sin fin de todas las cosas visibles é invisibles, en cuya majestad viven y se conservan los ángeles y los hombres, universal fabricador de cielos y elementos, á ti que tantas maravillas has usado en este con tus criaturas, y que al bienaventurado Raymundo, estribando en sólo su manto, por tantas leguas de agua guiaste á salvamento, y en este mismo lugar á los marineros que se iban tragando las indomables olas, con sólo un ruego de tu siervo Francisco de Paula, aquietándolas, libraste de la muerte que ya tenían tragada: por el nacimiento, muerte y resurrección de tu sacrificado Hijo, Redentor nuestro, te suplico que no permitas que yo muera fuera de mi elemento. Y luégo dije al santo ángel de mi guarda: Ángel mío, á quien Dios puso para guarda de este cuerpo y alma, suplícote por el que te crió y me crió, que me guíes y ampares en este trabajo. Y dichas estas palabras, y asido muy bien de mi barco, me arrojé con muy gentil brazo sobre el coleto y la bota, comenzando á usar de mis cuatro remos valerosísimamente, no de manera que me cansase, porque como llevaba el barco de viento, iba braceando poco á poco de modo que no se rindie-

se la fuerza al cansancio. No osaba imaginar en la profundidad de agua que llevaba debajo de mí, por no desalentarme ni osaba pararme, porque bien sabía yo que mientras el cuerpo hace movimiento no le acometen los hambrientos animales marinos: y si alguna vez sentía flaqueza en los remos, tendíalos sobre el agua: fiando lo demás del barco, que alguna vez me consolaba con la fragancia que salía de la bota, que iba muy cerca de las narices: comenzaba á rezar, pero dejábalo, porque me faltaba la respiración, que para semejante conflicto es muy necesaria. Anduve una hora, ya descansando, ya navegando, hasta que comenzó á refrescar un viento que venía de África, y me traía hacia la tierra, que me era forzoso resistirlo, porque no diese conmigo en una poma de las que tengo dichas, y me hiciese pedazos. Pero estando en este último peligro descubrí una caleta, con que respiré con nuevo aliento, y caminando ó navegando hacia ella, el mismo viento meridional me ayudó milagrosamente. Ya que llegaba tan cerca que descubrí muy bien toda la caleta, ví á la orilla de ella un hombre merendando, que me dió nueva fuerza con verle, y que comía. Pero de la misma manera que yo me alegré y esforcé con verle, él se espantó de mí, entendiendo que fuese alguna ballena ó monstruo marino. Vino una ola tan grande, que me llevó tan cerca de la caleta que hice pié, y al mismo punto el hombre espantado echó á huir á la tierra adentro. Y un lebrel que con él estaba saltó al agua contra mí, y lo pasara mal si no fuera por la daga, que siempre me acompañó, porque picándole con ella saltó en tierra, y fuése huyendo tras su amo. En las caletas siempre está sosegada el agua, y como yo hacía pié salí á tierra, hinqué las rodillas ambas en ella, dando gracias á la primera causa: pero puestos los ojos en la merienda que el otro había dejado, miréme con mi bota y coleto, cosidos con el jubon y las botas enceradas, que también hacían su figura, y no me espanté que me tuviera por cosa mala. Arremetí con un pedazo de pan y otro de queso, que había dejado con un jarro de vino, y sacando el vientre de mal año, juraré que en mi vida comí cosa que más bien me supiese. Pero estando con el jarro en la boca, vinieron diez ó doce hombres, *cum fustibus et armis*, que los había movido el huidor, á matar la ballena, y como

no la hallaron, preguntáronle al buen hombre que dónde estaba, y á mí si la había visto. Él quedó confuso; yo respondí en italiano, que no osé en español, que allí no había llegado ballena, ni otra cosa que pudiese parecerlo, sino yo del modo que me veían, y que aquel hombre había huído por dejarme la merienda. Riéronse de él, diéronle matraca, llamándole borracho y otras cosas en lengua francesa, con que rieron harto, y á mí me tuvieron lástima de verme tan mojado y desnudo. En el mismo tiempo venía una falúa con doce remos, por mandado del maestre de campo á buscarme, porque les dijo que había de ahorcar al arraez si no me llevaban vivo ó muerto.

Híceles señas con la bota, que era la mayor que yo podía dar para mi conocimiento y su gusto, y luégo dieron la vuelta á la caleta, adonde me hallaron puesto el sol, más afligido que perro manteado, temblando y encogido. Echáronme en la falúa, todos admirados de verme vivo habiendo pasado tal trabajo en tantos años de edad, que ya tenía cerca de cincuenta. Lleváronme á Marsella, donde aquel gran caballero, amado y conocido de todo el mundo, me acarició y regaló, aunque como aquel trabajo me cogió en años crecidos, siempre me duró, y todos los inviernos me resiento de aquella humedad y frialdad. Parecí yo en esto á un escarabajo que estando en compañía de un caracol, recogido por miedo del agua, confiado en sus alillas se determinó de volar á buscar lo enjuto, y levantándose, dijo el caracol: Allá lo veréis, y le dió una gota gruesa, y le arrojó en el arroyo de la creciente: confiando yo en que sabía nadar y los otros no, arrojéme al charco de los atunes, como dice D. Luis de Góngora, donde me pudiera suceder lo que al escarabajo, si Dios no lo remediara, que para una bestia tan cruel y desleal como el mar no aprovecha saber nadar: que echarse un hombre en el mar es echarse un mosquito en la laguna Urbión. Los animales de la tierra están enseñados á tratar con un elemento fiel, amigable, suave y apacible, que donde quiera da acogida, y sustenta al cansado; pero el mar ingrato, tragador de los bienes de la tierra, sepultura perpetua de lo que en él se esconde, que se sale á la tierra á ver si puede llevarse adentro lo que está en la orilla; hambriento animal de todo lo que

puede alcanzar, asolador de ciudades, islas y montañas, envidioso enemigo de la quietud, verdugo de vivos y despreciador de muertos, y tan avariento que estando lleno de agua y de peces mueren en él de sed y de hambre, ¿qué puede hacer, sino destruir á quien de él se fiare? y así parece que con sola la mano de Dios puede hacerse lo que estos días pasados sucedió en la toma de la Mámora á don Lorenzo y al capitán Juan Gutiérrez; á éste que nadando, y sin ayuda, y con muchos años acuestas, quitó á cinco moros un barco en que iban, y á D. Lorenzo, que habiendo nadado toda la noche, azotado de las levantadas olas, llegando al barco donde pudiera descansar de tan inmenso trabajo, alentándose con fuerzas sobrenaturales, dijo: que no quería entrar en el barco porque recogiesen á otros que venían atrás más necesitados que él, y pasó adelante. Caso es pocas veces ó nunca visto. Yo llevé mi trabajo, y una reprehensión por el atrevimiento, porque la confianza me pudo costar la vida; que yo realmente por mostrar que sabía nadar y que tenía ánimo desvanecido para atreverme, fué causa de arrojarme tan sin consideración, aunque de las cosas tan arrebatadas da poco lugar el discurso; pero mejor fuera aguardar la fortuna de todos que anticiparme con la mía, que tan poco favorable me ha sido, que cuando la vanidad engendra el atrevimiento ha de ser en los que tienen experiencia en su buena fortuna; ¿pero de qué importancia me podía ser á mí cobrar fama de nadador, no siendo renacuajo ni delfín, ni habiendo de ser marinero? ella fué vanidad, temeridad y disparate.

DESCANSO XI.

Llegamos á España, desembarcamos en Barcelona, ciudad hermosa en tierra y en mar, abundante de mantenimiento y regalos, que con oir hablar en lengua española parecían suaves y sustanciosos: y aunque los vecinos tienen nombre de ser un poco ásperos, ví que á quien procede bien le son apacibles, liberales, acariciadores de los forasteros, que en todas las repúblicas del mundo quieren que el forastero con el buen proceder obligue á la amistad. Si el que no es natural parece humilde, y vive sin perjuicio de los naturales, tiene granjeada la voluntad de todos porque junto su buen término con la soledad que padece, engendra piedad y amor en los pechos naturales. Todos los animales de una misma especie se llevan bien unos con otros, aunque no sean conocidos, sino con los hombres y los perros, que teniendo mil buenas propiedades con que suelen admirar, tienen esta propiedad bajísima, que todos muerden al pobre forastero y le matan si pueden. Y esto mismo corre por los hombres si el advenedizo no es como debe ser, entrando en jurisdicción agena; y lo que más ofende á los naturales es solicitarles las mujeres, que en lo que más se ha de remirar el huésped es en esto, que basta teniendo agrado para llevarse los ojos de la voluntad de todos tras de sí. Muchos se quejan de pueblos donde han es-

tado fuera de su patria, mas no dicen la ocasión que dieron para ello: alaban sus tierras de madres de forasteros, y no miran por qué camino les han obligado para tratarlos bien. Yo sé decir, que en toda la Corona de Aragón hallé padre y madre, y en Andalucía grandes amigos, si no son de la gente perdida, que solamente tratan de hacer mal: estos en todo el mundo son enemigos de la quietud, revoltosos, inquietos, levantados y soberbios, enemigos del amor y la paz. Mucho me divierto para llegar á Madrid que tan deseado lo tenía. Llegué y hallé muchos amigos deseosos de verme: hice asiento con un gran príncipe muy amigo de música y poesía, que aunque siempre huí del escuderaje, me fué forzoso acudir á él. Entré en su gracia muy de improviso, fuí muy privado y favorecido suyo, y como yo venía harto de pasar trabajos, viéndome con demasiado regalo acometióme la poltronería, y engordé tanto, que comenzó la gota á martirizarme. Dí en tener pajarillos, y entre ellos en regalar á uno muy superior á los demás en su armonía, aunque su consonancia muy concertada. Hacíale abrigar en mi aposento de noche, donde una de ellas sentí toda la noche crugir cañamones, contra la costumbre de los pájaros. En amaneciendo fuí á mirar mi pájaro y hallé en compañía suya un ratoncillo, que de lo mucho que había metido de los cañamones hizo tanta barriga, que no pudo tornar á salir. Dije entre mí: Este ratoncillo, por haber comido tanto, ha buscado su muerte. Yo voy por el mismo camino, que si un ratón con sola una noche de regalo ha engordado tanto, yo que todos los días como y ceno mucho, y muy regaladamente, ¿qué fin pienso tener sino la enfermedad que he cogido, y alguna apoplegía, que me acabe presto? Quitéme las cenas, que con esto y el ejercicio me he conservado, que realmente esto de comer á costa agena engorda demasiadamente, porque se come sin miedo, y quien no se va á la mano en esto está muy peligroso para una enfermedad. Han de comer los hombres mantenimiento de que sus estómagos sean capaces, porque si no, ó sera forzoso vomitar la comida, ó poner en peligro la vida, como la perdió el ratón. Fuera de que los demás miembros del cuerpo tienen envidia al estómago, porque todos han de trabajar para que él solo engorde cuando si no pueden llevarlo acuestas le dejan caer, y dan con

él en la sepultura. Yo ví que iba camino de esto, y retiréme á comer poco, y cenar nada, que aunque al principio se lleve mal, con la costumbre se puede alcanzar todo. Miren los que engordan mucho el peligro en que se ponen, que ni la edad es siempre una, ni los mantenimientos de una calidad, ni los que los dan de una misma intención, ni el tiempo corre de la misma manera. El que nació gordo, que siempre sea gordo no es maravilla, que ya están enseñados sus miembros á sufrirle y traerle acuestas; pero el que nace flaco y delgado, y en breve engorda, en sospecha pone su duración y su vida. Como puse enmienda en mi comer y beber de noche, fuése consumiendo la gordura un poco, y yo sintiéndome más agil para cualquiera cosa. Que ciertamente la poltronería manca y tulle los hombres. Con esto me torné inquieto que fué causa que el príncipe á quien servía, con la ayuda de los congraciadores, se entibió en favorecerme, y yo con servirle, que los señores son hombres sujetos no sólo á las estrellas, pero también á sus pasiones y apetitos; y cuanto más superiores son, tanto más presto se cansan de las acciones de sus criados, que quien los sirve es necesario que renuncie su voluntad, y se ajuste con la del príncipe; y es razón que quien se dispone á servir sacrifique su gusto á quien le da su hacienda, porque todos quieren ser bien servidos; aunque he visto muchos señores de tan piadosa condición, que llevan con mucho valor y paciencia los descuidos de los criados; pero lo contrario es lo más ordinario.

DESCANSO XII.

Con este poco caso que mi amo hacía de mí tenía libertad para pasearme de noche, no para cosas ilícitas, porque ni yo tenía edad para eso, ni mis trabajos me habían dejado tan holgado que pudiese acudir á cosas de mal ejemplo, ni es razón que en ninguna edad se hagan, sino á tomar un poco el fresco, que las noches de verano en Madrid son para esto aparejadas. Íbamos todas las noches con amigos, con nuestros rosarios rezando; no hacia el Prado, por huir el mucho concurso de la gente, sino á calles solas, que por mucho que lo sean, siempre hay la gente que basta para compañía. Alejámonos una noche hasta llegar cerca de Leganitos; díjome mi amigo: parad aquí, que váis cansado, al fin sois ya viejo. Piquéme, y díjele: ¿queréis que corramos una apuesta, y veremos quién está más viejo? Rióse, y dijo que sí. Pusímonos en orden para la carrera, y aun en esta sencillez halló el demonio en qué perseguirme. Estaba un mozo á la puerta de su casa, que así lo entendimos, y dímosle que nos tuviese las capas y las espadas en tanto que pasábamos la carrera: apenas comenzamos á correr cuando dijo una mujer: ¡Ay que me han muerto! por una gran cuchillada que le dieron en el rostro, y apenas dió ella el grito cuando se aparecieron dos ó tres alguaciles, y como íbamos corriendo asieron de mí, que

iba delantero en la carrera, y luégo del otro, que hay muchos tribunales en Madrid, y en cada uno más varas que días tiene el año, y con cada vara cinco ó seis vagamundos, que han de comer y beber y vestir de su ministerio. Asiéronnos como á hombres que iban huyendo por delito. Pidiéronnos las espadas, señalamos la casa donde las dejamos, el mozo se había acogido con ellas y las capas, porque no vivía allí. Como nos cogieron en la mentira, que no habíamos dicho, lleváronnos á la mujer herida, y con el coraje que tenía de su agravio, dijo que quien se la había dado echó á huir: y como nosotros íbamos corriendo, aunque no huyendo, asentóseles á los alguaciles que sin duda éramos nosotros. Lleváronnos á la cárcel de la villa sin espadas ni capas, donde yo entré con toda la vergüenza del mundo, que no la tuve para desafiar al otro con mis años, y la tuve para entrar en la cárcel sin capa. El alboroto fué mucho, el delito sonó malísimamente; porque dos hombres, no niños, ni de la primera tijera, acometieron una hazaña como aquella contra una mujer miserable. Y el mismo que lo había hecho, como después con buenos indicios averigüé, vino tras nosotros; y los alguaciles, que si fueran como deben, no se precipitaran á hacer un borrón tan infame, y si pusieran los ojos en la justicia, y no en el provecho, averiguaran el caso, como á ellos les valiera algo la prisión, y á mí no me pusieran en el mal nombre. Si ellos tuvieran consideración, miraran que dos hombres que iban sin capas, sin espadas, sin sombrero, sin daga, ni cuchillo, ni otra cosa ofensiva, corriendo parejas, no habían de salir de su casa para una cosa como aquella tan desapercibidos, no pareciendo en toda la calle instrumento con que se pudiera haber hecho. No preguntaron palabra á nadie en toda la calle para averiguar la verdad, como lo hacen siempre. Y dado que los alguaciles quisieran justificar la causa, la priesa que les daban los ayudantes no les dejaran hacer cosa buena, por no hacer novedad en su costumbre. Al fin nos echaron grillos, y fué la causa el teniente, que informado de los alguaciles como quisieron, vino á la cárcel con intento de darnos la turtura: mas como oyó las razones que arriba dije, y como apartándonos halló que concertábamos en el dicho, estuvo perplejo, y no se determinó á cosa. Echáronnos grillos, que estuvimos dos ó tres

días con ellos. Fuése siguiendo la causa, y como no se halló el delincuente, por el indicio de ir corriendo cuando se dió la cuchillada, nos olvidamos allá tres meses; echáronnos en un calabozo, donde estaba un preso antiguo, bermejo, de mala digestión, con unos bigotazos que le llegaban á las orejas, con que se preciaba mucho, porque eran tan gordos y fornidos, que parecían cabos de cirio amarillo Éste tenía de suerte supeditada la cárcel, que no se hacía entre los presos más de lo que él quería. La gente menuda temblaba de él, y le servían con mucha puntualidad, y otros no osaban hacer un mandado, porque él no gustaba de ello, y si lo hacían, torciéndose el bigote, decía: pues por vida del rey, si me enojo, que al pícaro y á ellos les dé mil palos. De manera que el rato que estaba fuera del calabozo no se podía vivir, que realmente era marcial, y ocasionadísimo para que se perdieran todos con él. Estuvo dos ó tres días enfermo, y no saliendo del calabozo, gozamos de paz y quietud, que todos se holgaban de ello, mas en saliendo tornó á su ruín costumbre. Yo me ví tan rematado, que me determiné de hacer que en muchos días no saliese del calabozo, y comunicándolo con mi compañero, dijo: mirad lo que hacéis, no sea la prisión más larga de lo que pensamos. Y preguntándome cómo había de hacer para que no saliese fuera, respondíle: cortándole un bigote. No os pongáis en ese peligro, dijo él, por amor de Dios. Yo no os pido, le dije, consejo, sino ayuda. Él tenía costumbre siempre de dormir boca arriba soplando, por no extragar la grandeza de sus bigotes. Hice amolar muy bien unas tijeras largas, y dejélo acostar á él y á todos los demás del calabozo antes que nosotros, que nos traía tan sujetos, que en acostándose no se había de mover nadie. Cogí al primer sueño las tijeras, y alumbrándome mi compañero, díle una gentil tijerada, con tanta sutileza, que le llevó todo el bigote, y él no despertó, y de todos los presos nadie lo sintió sino mi compañero, que le dió tanta tentación de risa, que por poco reventara que, como le quedó el otro tan grande, parecía toro de Hércules con un cuerno menos. Dormimos aquella noche, y yo me hice el enfermo, quejándome de la mala cama; pero levantéme casi junto á él, ó primero, con mi rosario en la mano rezando, por verle cómo llevaba el

negocio. En subiendo arriba, miráronle todos espantados, sin decirle palabra; pero él dijo en saliendo: hola, pícaros, dad acá aguamanos. Vino un pícaro con un jarro calderesco, echóle agua, y lavóse las manos. Luégo acudió al rostro, y levantándolo, tomó el bigote intacto con la mano derecha, luégo volvió á tomar agua, y fué á asir al otro con la izquierda cuatro ó cinco veces, y como se halló sin él, fué tan grande su coraje, que sin hablar palabra metió el otro bigote en la boca, y se lo comió, entrándose en el calabozo. Yo dije, como él lo pudiese oir: eso ha sido muy gran bellaquería, la mayor del mundo, el que á un hombre tan honrado hayan ofendido en lo que más se miraba y estimaba.

Estas y otras cosas le dije, con que le pude quitar la sospecha que pudiera tener de mí; pero mirando lo que es razón, digo, que un hombre que está en superior grado, se estime y haga respetar, vaya enhorabuena: mas que un desdichado que está en medio de su infelicidad, en el cieno de la tierra que es la cárcel, siendo soberbio, merece que una hormiga se le atreva. ¿Qué tiene que ver prisión con soberbia? ¿Necesidad con valentía? ¿hambre con desvanecimiento? La cárcel se hizo para sujetar cóleras y malas condiciones, y no para inventar agravios; aunque hay algunos bárbaros tan remontados, que ó por desesperación, ó porque los tengan por valientes, siendo acá unas ovejas, se hacen en la prisión leones, en lugar á donde con mayor humildad y ansias de corazón se ha de clamar á la misericordia, sea justa ó injusta la prisión. Él se acabó de quitar la barba azafranada. Y como una desdicha sigue á otra, en este trabajo le llamaron á visita para ver su negocio. Dijo un procurador: está en el noviciado, que se ha entrado fraile motilón. Tráiganle, dijo el teniente. Subió por fuerza, y con toda la vergüenza y humildad del mundo, porque debía de tener la valentía en los bigotes, como Sansón en el cabello. Así como entró, fué la risa en la sala tan grande, que el teniente le dijo: bien parecéis así, y bien habéis hecho, porque no tengan que rapar en las galeras. Á que él respondió: vuesa merced habla como juez, que nadie se me atreviera á decir eso. Leyéronle su causa, que era sobre haber dado una puñalada á una miserable en la casa pública, delante de diez ó doce testigos; y nombrándolos, dijo el agresor: Mire

vuesa merced ¿qué testigos son los que juran contra un hombre tan principal como yo? Cuatro corchetes y cuatro sellencas. Dijo el teniente: ¿pues queríades que estuviesen para testigos en esa casa el prior de Atocha, ó algún fraile descalzo? No argüís bien. Tornáronle á encerrar en el calabozo, y de allí adelante le llamaban el padre fráy Rapado. Á nosotros nos echaron libres, pero gastados. No quiero yo alabar lo que hice, porque bien sé que no se han de hacer males, aunque de ellos resulten bienes; pero también sé que es menester que perezca uno, porque no perezcan todos. Quitar de entre nosotros á quien nos escandaliza, permitido es. El que se estima estímese, mas no ha de ser con superioridad impertinente: los fanfarrones con tiranía tienen á todo el mundo por contrario. Los hombres ocasionados á los muy humildes, hacen salir con reveses que no pensamos. Yo he visto siempre que estos habladores soberbios, que quieren supeditar á otros, en hablándoles recio un hombre callado y llano, se rinden á callar. Que son como las ruedas del coche, que mientras van por piedras, van haciendo ruido, mas en llegando á lo llano, luégo van con mucho silencio. Á este desatinado desvanecido fué necesario por algún camino humillarlo, y ninguno pudo ser más á propósito, que privarlo de tan inmenso cuidado, como traía con aquellos rabos de zorro.

DESCANSO XIII.

Salimos de la cárcel al cabo de tres meses, porque dimos muy gentiles descargos; pero tan gastados, que no teníamos tras que parar, porque para poder caminar al día siguiente, yo fuí á vender unas botas escuderiles, y mi compañero una maleta ratonada, que es muy de escuderos, por no tener un cofre, guardar los pedazos de pan en semejantes alacenas, receptáculo de ratones. Estando vendiendo nuestras prendas, envió Dios á un hidalgo muy bien puesto, y doliéndose mucho del testimonio que nos habían levantado, dijo: Que cierto gran caballero que había sabido nuestra desgracia, le enviaba á que supiese lo que se había gastado en nuestra prisión, y que movido por entrañas de misericordia, le había dado en doblones lo que dijésemos que nos habia hecho de daño. Yo conocíle, pero antes de declararme, le dije: Señor, esta obra de Dios viene, que sabe nuestra necesidad, que es tanta, que vendemos nuestro ajuar para comer hoy. Lo que nos cuesta serán cien escudos, poco más ó menos; y en diciendo esto, sacó cincuenta doblones, y nos los dió. En viéndolos en mi mano, le dije: Esto es cuanto á la costa, pero

cuanto al gusto que vuesa merced recibió de la venganza, y el disgusto que nosotros pasamos, ¿qué satisfacción puede haber? Que bien le conocí aquella noche que nos fué siguiendo hasta la cárcel. Respondió cuerdamente: El prenderos fué desdicha vuestra, el pagar es obligación mía. Como yo no os dí la desdicha, no puedo satisfacerla; y si todos los desdichados tuviesen recurso á satisfacción, no serían desdichados. Yo como no tuve ventura para no padecer, tengo piedad para compadecerme; otro pudiera ser que no mirara lo uno ni lo otro. Muchas desdichas suceden á los hombres por secretos juicios de Dios, de que no podemos pedirle cuenta. Las desdichas no están en nuestra mano, ni estuvo en la mano mía hacer que fuésedes aquella noche corriendo, que eso fué voluntad vuestra. Y os sé decir, que me pesó en el alma del hecho, no por la cuchillada, sino por vuestro trabajo. La desdicha fué, que la cara de la otra, y la carrera de vuestros piés cayeron en un día: habéis sido tan prudente en esta desdicha, que os he tenido envidia; que quien se acuerda pacientemente en la adversidad, es señor de sus acciones, y las desdichas le acometen con temor. Y si como puedo satisfaceros el daño, pudiera poneros la fortuna debajo de vuestros piés, yo os hiciera felicísimos, pero ya que en esto no lo fuísteis, fuísteislo en cortar el bigote al otro, saliendo bien de ello. Que como vos, por discurso bueno habéis echado de ver mi travesura, yo por vuestro disimulo conocí la vuestra. Aunque el hidalgo habló tan bien, yo estaba contento y alborozado con ver en mis manos aquel metal tan semejante á la luz del sol, que no supe replicarle, sino agradecerle y estimar su cordura, igual con su piedad. Yo me hallé tan harto de trabajos y desventuras, que determiné de dejar la corte después de haber andado algunos días de mala ventura, sirviendo del escuderaje, que tan forzoso me ha sido, aborreciéndolo como á una culebra.

Fuíme á despedir de un caballero amigo, que no había visto muchos días hacía, y hallándole muy melancólico y desgraciado, le pregunté qué tenía. Respondióme, que ni podía dormir, ni comer, ni tomar descanso en cosa. Pues si hacéis, dije, lo que yo os enseñaré, sanaréis de estas tres cosas. ¿Cómo si lo haré, respondió, aunque cueste todo mi mayorazgo? Pues

levantaos mañana en amaneciendo, que yo os llevaré donde cojáis una yerba que os sane de todos esos males. Levantóse ó hícele levantar de mañana, y mandó poner el coche; yo le dije, que no haría la yerba provecho sino iba á pié, y dejando el coche lo llevé hacia San Bernardino, convento de los Recoletos Franciscanos, diciendo, que estaba la yerba allí, y que la había de coger con sus manos. Hícele andar de manera que iba carleando como podenco con sed, y tanto, que de cansado se sentó en el camino. Preguntéle si descansaba. Respondió que sí. Pues sabéis por que habéis descansado? porque os cansasteis: y en las sillas de vuestra casa no descansáis, porque no os cansáis. Hícele llegar á San Bernardino, y volver á su casa á pié, con muy buena gana de comer. Comió y bebió con gana, y luégo se acostó, y durmió muy bien. Díjele luégo: Quien no se cansa, no puede descansar; y quien no tiene hambre, no puede comer; quien no tiene falta de sueño, no puede dormir, no se queje quien no hace ejercicio de males y enfermedades, que le vengan, que la poltronería es el mayor enemigo que tiene el cuerpo humano. El ejercicio á pié restaura los daños causados de la ociosidad. Los caballos más ejercitados son de más dura y brío. El pescado del mar Océano, es mejor que del Mediterráneo, porque está más azotado por aquellas cavernas hondas de las olas más continuas y furiosas: los hombres trabajados están más enjutos, y para más que los holgados; y así son todas las cosas, que un hombre que trabaja más que otro es más poderoso, entiéndese con igual capacidad. Holgóse mucho, y de allí en adelante dió en hacer ejercicio á pié por la mañana y por la tarde, con que se halló muy bien y con muy entera salud, y agradecióme la estratagema de que usé para quitarle de la ociosidad que le tenía impedido, sin gusto y sin salud, é hízome un grande regalo. Anduve por Madrid algunos días, donde fuí ayo y escudero del doctor Sagredo, y su mujer doña Mergelina de Aybar, hasta que los dejé ó me dejaron.

DESCANSO XIV.

Acabada mi última relación, el ermitaño, dando grandes muestras de admirarse de lo que había oído, dijo que ya se podía pasar por la puente, quizá cansado de haber escuchado tanto tiempo: despedíme de él, y pasando la puente, ví tantos árboles arrancados de raíz, como había traído Manzanares; algunas ballenas destripadas, de las que solían alancear, muchos animales ahogados, otros muchos mirando aquellos, admirándose del diluvio y tempestad tan arrebatada y repentina. Todas las huertas anegadas, las isletas cubiertas de arbolillos, que casi había llegado hasta la ermita de San Isidro Labrador; y con la arena y árboles hechas algunas represas, que hasta ahora dejaron el río dividido por muchas partes.

Determiné de quitarme de tanto ruido como el de la corte, y buscar quietud en tierra más templada que es Castilla, yéndome al Andalucía, donde los gentiles pusieron la quietud de las almas bienaventuradas, á su modo de creer, diciendo, que en pasando el río Leteo, que aun todavía conserva el nombre de Guadalete, se olvidaban de las cosas de la tierra, y todo lo demás pasado; que la excelencia del temple, abundancia de regalos, apacibilidad de cielo y tierra, les hizo dar en este error, que los más templados son más aparejados para la conservación de los viejos, y como me hallé con dinerillo, compré una mula, que me la dieron barata, por tener esparavanes en los piés, y un ojo pasado por agua; pero ca-

minaba razonablemente, con que fuí mi camino encomendándome á Dios y al bendito ángel de la guarda. Iba solo, porque por no caminar á gusto ageno, se puede un hombre ir á pié, que es cansada cosa haber de parar yo donde el otro quisiere, y no cuando yo fuere cansado, ó se me antojare parar. Al fin, como me ví con dinero, quise caminar á mi modo. Hacía muy grande calor, y habiendo salido muy de mañana para hacer medio día en la venta de Darazután, fué tan excesivo el fuego que entró con el día, saliendo de aquellas matas unas exhalaciones abochornadas, que me abrasaban el rostro, y me quedara mil veces si hallara lugar aparejado para ello. Ví la venta desde lejos, aunque se parece poco por los chaparros y arbolillos que la encubren; me parecía que al mismo paso que yo llevaba, ella se alejaba de mis ojos, y la sed se me aumentaba en la boca: no creí que pudiera llegar á ella, hasta que oí música de guitarras y voces que salían de la misma venta: Ahora, dije, no me puedo engañar, y entrando, hallé mucha gente que iba y venía, haciendo medio día. Alentéme con ver una tinaja de agua, de que siempre he sido muy apasionado: refresqué, y púseme á oir la música, que siendo ella de suyo manjar tan sabroso al oído, es de creer que en aquella soledad, llena de matas y apartada de poblado, parecería mucho mejor su melodía que en los palacios reales, donde hay otras cosas que entretienen. Como el calor estaba en su punto, y la venta muy llena de gente, fué menester la suspensión que la música pone para poder llevar la fiesta con algún descanso; que esta facultad, no solamente alienta el sentido exterior, pero aún las pasiones del alma mitiga y suspende; y es tan señora, que no á todos se da por grandes ingenios que tengan, sino á aquellos á quien naturaleza cría con inclinación aplicada para ello; pero los que nacen con ella, son aptos para todas las demás ciencias, y así habían de enseñar á los niños esta facultad primero que otra, por dos razones; la una, porque descubran el talento que tienen, la otra, por ocuparlos en cosa tan virtuosa, que arrebata todas las acciones de los niños con su dulzura.

Aunque un autor moderno inadvertidamente dice que los griegos no enseñaban á los mozos el primer tono, como si

no fuera el más grave que muchos de los otros, fué por ignorar la facultad, que quiso decir que no les enseñaban música lasciva, que como por el oído entran en el alma las especies, si es honesta y grave, la suben á la contemplación del Sumo Hacedor; si es deshonesta con demasiada alegría, la ponen en pensamientos lascivos. Y es tan juez el oído de esta facultad, qué me acuerdo que un mozo que cantaba con mucha alegría, vino á ensordecer, y pidiéndole después que cantase, teniendo la voz tan buena como antes, hacía tan grandes disparates, que se reían todos de oirle cantar, que realmente el oído es la clavija de la voz humana. Estos músicos cantaron con tanta gracia, que después de haber comido, se pasó la siesta alegremente. Sacó uno de ellos un demostrador para ver qué hora era, encareciendo mucho la invención de los relojes, al cual dije, que lo mismo que él había hecho con el demostrador, se podía hacer con hincar una paja ó un palillo en el suelo, mirando los dedos de sombra que hacía; y con una vasija de agua, faltando el sol, haciéndole un muy sutil agujerito, y señalando las horas con lo que va menguando, y otras invencciones que se pueden hacer. Pasóse lo demás que restaba para caminar en alabar cada uno su profesión, y las invenciones á que más está inclinado, tomando ocasión de la invención de los relojes. Tratóse de la astrología, de la música, de la invención de la memoria artificial, porque se halló un caballero, oidor de Sevilla, que hacía milagros con ella. Dijo un escudero viejo que estaba en un rincón espulgándose: Todas cuantas invenciones han dicho vuesas mercedes no tienen que ver con la invención de la aguja. Riéronse todos, y él, corrido, con mucha cólera dijo: Si no les parece que es así, háganme merced de echar un remiendo con un pedazo de astrología. Á lo cual dijo el licenciado Villaseñor: Cada uno alaba aquello de que se halla más capaz: este señor escudero puede hablar de esta materia, porque usa más del ministerio del agujero. Yo no soy sastre, respondió, sino un escudero tan calificado y tan antiguo, que todos mis antepasados, desde Nuño Rasura y Laín Calvo, han servido á los condes de Lemos. Y si ahora voy á pié, es porque tengo mis caballos dándoles verde en las puentes de Eume. Y con esto echó sobre la guarnición de la espada unas calzas viejas, y

Y aunque los vecinos tienen nombre de ser un poco ásperos
vi que á quien procede bien le son apacibles, liberales,
acariciadores de los forasteros.

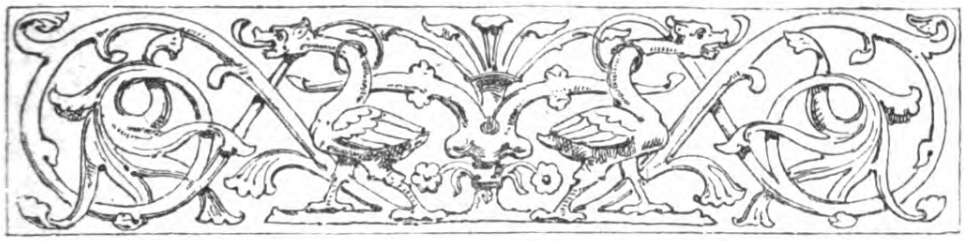
poniéndoselas al hombro, cogió las del martillado. Bien es, dije yo, que cada uno se precie de lo que profesó. Que en Madrid había un verdugo, que mostrándole á un muchacho suyo, en una horca que tenía en su casa, cómo ahorcaría á un hombre suavemente, y no pegándosele al muchacho la profesión, y aborreciéndola, le dijo el verdugo: ¡Oh! llévete el diablo, que no te se puede pegar cosa buena; pues yo te pondré con un zapatero y morderás el zumaque. Ya que nos queríamos partir dijo el oidor: Cierto, que me dijeron ayer que buscaba cabalgadura para venir este camino Marcos de Obregón, hombre de buen gusto y partes, á quien yo deseo conocer. Así es, dije yo, yo le ví buscar en qué venir. ¿Conócelo vuesa merced? preguntó el oidor D. Hernando de Villaseñor. Yo respondí: Sí señor y es grande amigo mío. Subimos á caballo ó á mula, y fuéme preguntando si sabía algunas cosas del Sr. Marcos de Obregón. Yo le dije unas redondillas muy nuevas, tanto que no habían pasado de mis manos á segunda persona, y en oyéndolas despacio, me las repitió luégo el oidor de memoria. Él se admiró de las coplas, y yo mucho más de su memoria. Fuíle diciendo muchas cosas, y él refiriéndomelas luégo. Confesóme que era memoria artificial, pero que para aprenderla era necesario tenerla muy buena, que sin la natural se aprendía con mucho trabajo y dificultad. Yo le dije: Por cierto la memoria es cosa que parece divina, pues las cosas pasadas las tiene presentes, pero yo la tengo por verdugo de los hombres desdichados, porque siempre les está representando los malos sucesos, los agravios pasados, las desdichas presentes, las sospechas de lo venidero y la desconfianza que tienen en todas las cosas; y siendo la vida, como es, breve, se les abrevia más con la continua representación de las infelicidades: y así, á estos tales, mejor les sería el arte de olvidar que el de acordarse. ¿Cuántas vidas habrá costado la memoria de las ofensas, que si no se acordaran no se vengaran? ¿cuántos borrones se han hallado en muchas mujeres por la memoria de los favores y disfavores? Tener buena memoria natural es excelentísima cosa; pero gastar el tiempo en buscar dos ó tres mil lugares, pudiéndolo gastar en actos de entendimiento, no lo tengo por muy acertado, porque para la memoria sirve la estampa, las

imágenes, los colosos, estatuas, escrituras, edificios, piedras, señales de peñascos, ríos, fuentes, árboles y otras cosas sin número; y para el entendimiento sola la naturaleza lo da y lo enriquece con la lección de los autores graves y comunicación de amigos doctos. He visto muchos autores que escriben de esta memoria artificial, y no he visto de estos obras en que se hayan esmerado y dejado por ellas nombres de sus grandes ingenios, que aunque Cicerón, Quintiliano y Aristóteles tocan algo de esta materia; pero no hacen libros de ella, como cosa inferior al entendimiento. Y así D. Lorenzo Ramírez de Prado, caballero muy docto en las buenas letras, así de poesía como de filosofía, tiene muy sujeta la memoria artificial que hace milagros con ella; pero no por principal objeto, sino por curiosidad, porque á quien le sobran tantas partes, no le faltase esta. Y la historia que cuentan de aquel gran poéta lírico Simónides, que habiendo caído una casa sobre muchos convidados, y estando de suerte desfigurados que nadie les conoció, él dijo en qué lugar estaba cada uno, nombrándoles por sus nombres. Yo entiendo que fué acto de memoria natural y no artificial, porque un hombre que iba á comer y brindar al banquete con la libertad que entonces se usaba, no se había de parar muy despacio á poner imágenes y figuras en lugares imaginados, naturales y artificiales, ni acordarse cargando la imaginación de más carga de la que el vino les ponía en tiempo que tan pocos aguados se usaban, y habiendo sido aquel mismo día, yo creo que sin artificio se hizo.

El autor de este libro, habiendo salido de casa de sus padres niño estudiante, volviendo con canas á ella, conoció y nombró por sus nombres á todos los que había dejado niños, hallándolos con barbas y canas, y ningún nombre ni costumbres dejó de decir de cuantos venían admirados de verle. ¿Y no se dice por cosa de admiración, que Cinea embajador del rey Pirro, en dos días que estuvo en Roma, conoció y nombró por sus nombres á todos los moradores della? Mitrídates, rey de Ponto, negociaba con veinte y dos naciones, que tenía sujetas, en el propio lenguaje de ellas. Julio César en un mismo tiempo leía, escribía, dictaba y oía cosas importantísimas, y por eso se hace particular mención dellas, que hombres

ordinarios hay algunos que hacen milagros con la memoria natural. En Gibraltar había un conocedor de D. Francisco de Ahumada Mendoza, llamado Alonso Mateos, que á treinta mil vacas que había en la Sauceda, las conocía á ellas y á sus dueños, y las nombraba por sus nombres, dando á cada uno la que era suya. Y á todos los bandoleros que venían de diversas partes, de una vez los conocía y sabía los nombres. Todo esto he traído para que no parezca memoria artificial la de Simónides, y para que sepan que con sólo ejercitarla se aumenta y crece, como se ve en estos conocedores, que siendo hombres toscos, muchos hacen lo mismo que el dicho. Y en Madrid anda un gentil hombre, llamado D. Luís Ramírez, que cualquiera comedia que ve representar, va á su casa y la escribe toda, sin faltarle letra, ni errar verso: pero hay diversas maneras de memoria, unas que se acuerdan de las palabras, y otras que se acuerdan de las cosas; como es Pedro Mantuano, que de infinitas historias que ha leído, no solamente no se le han olvidado, pero en cualquiera tiempo que le pidan, ó que se ofrezca tratar de alguna de ellas, las tiene tan presentes como cuando las iba leyendo, y los nombres propios contenidos en ellas; y de los versos todos los que ve á segunda no se le olvida ninguno. Á todo esto el oidor estuvo callando y loando mucho la que yo había mostrado; y así dijo, que la artificial, más era para una ostentación, que para estar siempre cansándose en ella y con ella. Y tornando á mis alabanzas, sin conocerme, dijo que deseaba mucho conocer á Marcos de Obregón, lo uno porque eran vecinos en los pueblos, porque él era de Cañete la Real, y Obregón natural de Ronda: y preguntóme qué traza de hombre tenía, qué trato, y qué proceder; y le respondí: La proporción y traza de su persona es de la misma manera que la mía, y el trato y proceder el mismo que el mío, que como somos tan grandes amigos, yo le sigo á él y él á mí. Por cierto si él tiene, dijo el oidor, semejanza á la apacibilidad que vos habéis mostrado, con mucha razón tiene el nombre que le da el mundo. El oidor por todo el camino me fué regalando: de manera, que descubrió la nobleza heredada y adquirida en aquel viaje, en su ánimo, bondad y liberalidad. Íbamos por toda Sierra-Morena, mirando cosas extraordinarias, que como es tan

grande, ancha y larga, que atraviesa á toda España, Francia é Italia, hasta que se va á entrar en la mar por el canal de Constantinopla, aunque con diversos nombres, había mucho que ver y notar en ella. Topamos en un arenalillo una culebra con dos cabezas, de que se admiró el oidor, diciendo que lo había oído decir, y hasta entonces no lo había creído. Ni aun ahora lo creo, dije yo, que un cuerpo tenga dos cabezas: y noté que no se movía bien, ni huía de las bestias. Díjele á un mozo de mulas que le diese con la vara, y él lo hizo así; y en dándole vomitó un sapón que había ya tragado, hasta la cabeza que estaba por tragar, con que se deshizo el engaño que deben tener muchos. Así deben ser, dijo el oidor, muchas cosas que nos dicen que nunca las vemos, como es lo de la salamandra. Yó estaba, le dije, incrédulo en eso, hasta que á dos personas de crédito y bondad les oí decir que junto á Cuenca, en un pueblecito que se dice Alcantuz, habiéndose caído un horno de vidrio, hallaron pegada al mismo mortero donde baten las llamas del fuego una salamandra; y por ser persona de crédito lo creí, y no se han engañado los que lo traen siempre por comparación.



DESCANSO XV.

Como el hombre naturalmente es animal sociable, que apetece la compañía, el oidor se halló tan bien con la mía, que no se sufrió un punto de división en todo el camino que pudimos ir juntos. Tenía y tiene muy gallardo entendimiento, con que movía de lo que se ofrecía á la vista muy gentiles cuestiones, á que yo le respondía lo mejor que pude y supe. Y si algún hombre de traza se nos juntaba de su misma profesión, le sacaba preguntas, ó daba ocasión que se las hiciesen; á que respondía gallardemente. Pegósenos un clérigo de un pueblecito de por allí cerca, y yendo caminando, iba rezando sus horas en voz que lo pudiesen oir los alcornoques y robles, de suerte que nos interrumpía la conversación, y él cumplía mal con su obligación. Preguntóle el oidor: ¿No se podría dejar eso para la noche, para que se hiciese con el silencio y devoción que se requiere? Oh señor, respondió el clérigo, diónos la Iglesia esta pensión, que aun caminando habemos de rezar: ¿por qué no ordenará que yendo un clérigo cansado, y pensando en sus negocios, y en el fin que han de tener, no rezara caminando? Respondió el oidor: Porque la Iglesia no cría á los clérigos para correos, sino para rezadores. Bien respondido está, dijo el clérigo. Y quedó con esto muy satisfecho: topamos un muchacho medio rapado, que por andar no tanto como las cabalgaduras, en alcanzándole

preguntó el oidor: ¿Á dónde vas, mozo? Él respondió: Á la vejez. Oidor: No digo sino ¿qué camino llevas? Muchacho: El camino me lleva á mí, que yo no lo llevo á él. Oidor: ¿De qué tierra eres? Muchacho: De Santa María de todo el mundo. Oidor: No te digo sino ¿en qué tierra naciste? Muchacho: Yo no nací en ninguna tierra, sino en un pajar. Oidor: Bien juegas del vocablo. Muchacho: Pues siempre pierdo por bien que juego. Oidor: Este muchacho no debe de ser parido como los otros. Muchacho: No, porque nunca me he empreñado. Oidor: Quiero decir, pues no dices dónde naciste, no debiste salir de madre. Muchacho: ¿Pues soy yo río para salir de madre? Oidor: Á fe que no tenéis la lengua muy ruda. Muchacho: Si fuera ruda no la trujera tan cerca de las narices. Oidor: ¿Tienes padre? Muchacho: Antes por no tener muchos vengo huyendo, porque me metieron fraile, y había tantos padres, que no podía sufrirlos. Oidor: ¿Y es mejor andar como correo? Muchacho: Por huir de la correa bien puede ser un hombre correo. Reímonos mucho con el muchacho, y en llegando cerca de una ventilla que está junto á un arroyo algo profúndo, entre dos cerros, nos dijo el mozo de mulas: Aquí habemos de parar, porque nos darán buen recaudo, y la ventera es muy hermosa y aseada, y si pasamos adelante habemos de caminar de noche más de tres horas. Él hizo fuerza, prometiéndonos camas, que á lo que pareció, la ventera era su conocida más de lo que fuera razón. Entramos en la venta, y luégo se presentó la huéspeda muy boquifruncida, vestida de un colorado oscuro, y una ropa encima de lienzo blanco, llena de picaduras, y preguntóme el mozo de mulas: ¿Qué le parece á vuesa merced? Yo le respondí: Paréceme asadura con redaño. Y dijo el oidor: Está vestida de virgen y mártir. Bien dice vuesa merced, dije yo, mas está la castidad por defuera, y lo mártir por dedentro, y como hay muchas matas por aquí, está muy rota la castidad. Cada uno habla como quien es, dijo la ventera. Volví la hoja, porque la ví corrida del apodo, y el mozo de mulas enojado; y le dije: La verdad es que vuesa merced está muy deseada y hermosa, que tiene cara, no para aquí, sino para estar muy bien empleada. Quedó muy contenta, que era fácil de condición, y sacónos muy buenas perdices, con que cenamos. Ella

muy contenta, después de haberle dicho que lo hacía como cortesana, nos dijo: Camas habrá para vuesas mercedes, aunque para el friecillo que por aquí hace hay pocas mantas. Dijo el muchacho frailesco: De esas no faltarán, que con las que ha echado el mozo de mulas se puede abrigar Burgos y Segovia. No se burle conmigo, dijo el mozo de mulas, que le haré ver estrellas á mediodía. ¿Pues sois vos la Epifanía? dijo el muchacho. Respondióle el otro: Soy la puta que os parió. Y aun por eso, dijo el muchacko, salí tan grande bellaco.

Dijéronse muy graciosas cosas el muchacho y el mozo de mulas, con que se pasó buen rato. El oidor preguntó al muchacho: Dí por tu vida ¿de dónde eres? Yo, señor, respondió soy andaluz de junto á Úbeda, de un pueblo que se llama la Torre Pero Gil, inclinado á travesuras; y como por ser pequeño el pueblo no podía ejecutarlas, hurté á mi padre cuatro reales, y fuíme á Úbeda, donde mirando las casas de Cobos estaban jugando turrón, y con la codicia del comerlo púseme á jugar los cuatro reales, y habiéndolos perdido, sin probar el turrón, arriméme á un poste de aquellos soportales, que están allí cerca, y estúveme hasta que ya era de noche desconsoladísimo: llegó un viejo, preguntóme: ¿Qué hacéis aquí, gentil hombre? Respondí: Tengo este poste que no se caiga, ¿por qué lo pregunta? Porque si no tenéis, dijo, donde dormir, allí hay un banco de un tundidor, y os podéis acostar en aquella borra. Y esa borra, dije yo, ¿podrá borrar mis borrones y desdichas? ¿Pues tan temprano os quejáis de ella? dijo el buen hombre. ¿No quiere que me queje, respondí yo, si desde que salí de la casa de mi padre todo ha sido infelicidades? ¿De dónde sois? preguntó. De muchas leguas de aquí, respondí yo. Mirad, hijo, dijo; para los hombres se hicieron los trabajos, y quien no tiene ánimo para resistirlos en ellos perece; que comenzando tan temprano á sentirlos se os harán más fáciles cuando seais hombre: los que se andan ovachones no tienen experiencia de cosas, y así nunca estiman el bien, que el trabajo habilita á un hombre, y le hace capaz para todas las cosas: yo salí de la casa de mis padres de vuestra edad, y por mi virtud he llegado á tener un oficio de almotacen de esta ciudad. Bien adelante ha pasado, dije yo, no se deshaga de él; pero quien no tiene blanca, ¿cómo podrá pasar tan

adelante? Si sois de tantas leguas, dijo, como decís, no es maravilla haber gastado, y pasado trabajos. ¿Dónde es vuestra tierra? En la Torre Pero Gil, respondí; rióse y díjele: ¿Parécele que para contar trabajos es poco tiempo? Así como salí, que fué de noche, me colé en una viña, donde metí tanta uva llena de rocío, que si no buscara por donde salir, reventara, y no pudiera llegar á Úbeda, y ya que llegué con este trabajo me sucedió jugar cuatro reales que traía, y quedarme sin dineros y con hambre y mucha sed, sin posada y cama. Pues id, dijo, allí, y la hallaréis. Fuí y acomodando la borra, tendíme sobre ella; parece que descansé un poco, y á media noche fué tan grande la mudanza de la serenidad en borrasca y viento, que pensé no llegar á la mañana, porque el aire furioso entraba en el banco, haciendo polvo de la borra para los ojos, y charco de agua para todo el cuerpo: y sobre todo los cochinos que andaban paseándose y buscando la vida por aquellas calles, acudieron á los bancos de tundidores á repararse de la tempestad, y pensando que estaba solo el mío, entraron gruñendo una docena de ellos, hocicando en la borra que aínas me borraran toda la cara; pero sufrílos y halaguélos, por el abrigo que me causaban, y aunque con ofensa de las dos ventanas, llegué á la mañana no muy limpio ni oloroso, pero con algunos palos, porque el mozo del tundidor antes de amanecer llegó á echar los cochinos con una varilla de fresno de tres dedos de gordo, y pensando que daba en ellos, pegaba también en mis espaldas, con que se me quitó el sueño y la pereza. Pasé mi trabajo, aunque él no se me pasó, porque donde quiera que iba, ó me buscaba el mal, ó yo lo buscaba á él: que los muchachos mal inclinados, en tanto son buenos, en cuanto la fuerza les hace que no sean malos. Fuíme de Úbeda á Cordoba, donde topé un fraile mozo que iba á estudiar á Alcalá, y diciéndome si quería acompañarle le dije: Que de muy buena gana, porque comía y bebía muy bien de limosna, que por los pueblos y ventas le daban. Agradóle tanto mi bachillería, que me alabó mucho en un monasterio de su orden, donde me dieron el hábito con mucho gusto. La tentación de hambre que pasan los novicios, aunque la oía decir, no la creía hasta que la experimenté, que cuando acabábamos de comer, cogíale al refitolero un panecillo para

comer entre día, pero á la segunda vez que lo hice me lo cogieron, tratándome mal. Usé una traza muy buena, que hinqué cinco ó seis clavos por la parte de abajo en las tablas de mi cama, y en cogiendo el panecillo iba corriendo y espetábale en un clavo de aquellos; venían tras de mí, y como no lo hallaban, echaban la culpa á otro.

Pasé de esta manera algunos días, con que almorzaba y merendaba á mi gusto, y otros por mi culpa lo padecían: y estuviera hasta hoy secreto, si no fuera por una travesura que hice contra el maestro de novicios, que habiéndole enviado un tabaque ó canastillo de unas tortas hermosísimas de bizcochos, le cogí dos en volviendo la cabeza, y fingiendo que iba á otra cosa, fuí en un instante y espetélas en los clavos: volví muy mesurado, púseme á leer, echó menos las tortas y fué de presto á mi cama: miróme todo el cuerpo y los librillos, y no hallando lo que buscaba, quiso ver si estaba debajo de la cama, metiendo la mitad del cuerpo, y al fin dijo: Aquí no hay nada, vamos á otra parte: estaba yo ya muy seguro y muy contento; pero al tiempo que fué á sacar la cabeza de debajo de la cama, topó con el colodrillo de un clavo de aquellos, y como se lastimó, miró lo que era, y halló en los clavos sus tortas y mis panecillos. Asiéronme, poniéndome el cuerpo como tablilla de pintor; mire vuesa merced si es mejor la correa que el correo. Dejáronme aquella noche, á su parecer, que no podría volver sobre mí; pero yo cogí mi hatillo, y aviándome hacia el camino, enviaron tras mí dos mozos que servían al monasterio como donados, y por saber la tierra mejor que yo, cogiéronme la delantera tan de mañana, que cuando salí los ví de lejos puestos en lugar que no tenía remedio sino que me habían de coger, pero como la necesidad es tan grande trazadora de remedios, hallélo en un colmenar que estaba junto al camino; y así como los ví entréme en el colmenar, derribando más de veinte colmenas, y poniéndome entre ellas, sin hacer movimiento poco ni mucho, porque las abejas no acometen sino á quien lo hace, y entrando ellos á acometer, las abejas, por defender su jurisdicción, los recibieron con sus armas al tiempo del asalto de las murallas, y como ellos se defendieron con las manos, cuanto más jugaban de ellas, tanto mayor número de abejas

acudía. Alborotado el ejército y puesto en arma, desampararon las tiendas de la retaguardia, y viniendo á socorrer la vanguardia; fué tan grande el concurso, que les hacían sombra á los pobres verdugos. Yo, vista la batalla que por mí se había trabado, y viendo la seguridad con que podía escabullirme, con el mayor silencio que pude, me salí á gatas del real por entre unas jaras, que para encubrirme estaban más espesas que las abejas para mis contrarios, que entrándoseles por las muñecas y pescuezo, no les daban lugar á la defensa. Aunque lo primero que hicieron fué cargar tan increíble número á la frente y ojos, que un momento los cegaron de manera que cuando quisieron salir ya no acertaron, ni veían por dónde. Acudió el dueño del colmenar á sosegar sus soldados, armado con sus armas defensivas, y halló de suerte á los miserables mozos, aporreados y llenos de chichones, que en lugar de reñirles el daño hecho en su real, hubo de sacarlos muy lejos de la gente alterada y colérica, porque no los acabasen de matar. Seis días há que vengo huyendo de los azotes que me habían de pegar si me cogieran. Entretuvo el muchacho toda la gente de la venta con sus sucesos con gusto y risa. Yo le dije: Al fin hallaste misericordia en las abejas, que á haber sido sin daño de tercero, fuera el más feliz suceso del mundo: pero como tenemos más obligación á nosotros propios naturalmente que á los otros, buscamos remedio para nuestros daños en los agenos, aunque ha de procurar un hombre su bien sin mal del prójimo, porque lo demás es contra caridad. Dijo el muchacho: Sea como fuere, que siempre oí decir que tiene un hombre obligación de guardarse á sí propio: que un cordero mató á un lobo por huir de él en una trampa que había puesto el pastor muy encubierta de yerba, con una culebra muerta puesta encima. Vió el lobo que venía muy determinado á cogerlo, y corriendo el cordero hacia donde estaba su pastor, cuando llegó á la trampa, vió la culebra, y espantóse de ella, dió en la trampa, y quebróse las piernas. Y si un cordero sabe defenderse con daño ageno, ¿por qué no lo hará un hombre? Con esto se fué cada uno á su cama, espantados de la bachillería del muchacho.

DESCANSO XVI.

Salimos de la venta, y aunque gustáramos llevar al muchacho con nosotros, él andaba tan poco, que el oidor le dió dineros para que se fuese á su espacio. Ya que había salido á puerto de claridad ó de seguridad, y admirándome de la diversidad de los ingenios, dije: ¡Cuán pocas esperanzas se pueden tener de estos muchachos que muestran en sus principios agudeza y bachillería, que no les queda profundidad para las cosas de veras y de substancia! El entendimiento capaz de las cosas, nunca anda vacilando ni variando en cosas de poco momento: que á los principios, para conmigo, da mayores esperanzas el que comienza más callado que no el que descubre con locuacidad todo cuanto tiene en el alma. Que siendo el entendimiento la más principal parte de ella, y no siendo ella habladora, tampoco lo será el buen entendimiento. Cuando un hombre está ya sazonado, y habilitado el ingenio en las veras, y con la experiencia, bien enterado en la verdad, que sea locuaz, tiene caudal para serlo; pero que no teniendo esta capacidad bien fundada sea hablador y atrevido, ni creo en él, ni en quien hiciere mucho caso de él: pero con todo eso, estos que hablan mucho son para la soledad del camino de provecho, porque si los oyen entretienen y si no los oyen, dan lugar á que mientras hablan piense cada uno en su negocio. El oidor disputó un rato muy doctamente

del entendimiento, la memoria y la imaginativa, que no es para este lugar, y todo el camino me fué preguntando por cosas de Marcos de Obregón con grande afición. Llegamos á Córdoba, donde fué forzoso el apartarnos, y me rogó encarecidamente al separarnos que le dijese el deseo que tenía de conocerlo, y que si algún tiempo fuése á Sevilla, fuése derecho á su casa. Y con esto llegando á la puente del Guadalquivir, dividímonos cada uno por su camino, y en habiéndonos apartado cosa de cien pasos, yo le dije recio, que lo pudiese oir: Señor oidor, yo soy Marcos de Obregón; y picando con toda la priesa posible, cogí el camino de Málaga ó de Gibraltar, que á uno de estos lugares era mi viaje. El oidor quiso volver á llamarme, y como yo me dí priesa, fué diciendo á sus criados: No en balde me hallaba yo tan bien con la compañía de este hombre, que cierto le he cobrado un amor, sin saber quién era, que haría cualquier cosa por él. Yo me avié á una de estas ciudades, de cuya templanza yo tenía satisfacción que para la vejez son apacibles, por el poco frío que hace en ellas; y por la variedad que tienen consigo los puertos de mar, por la cercanía y correspondencia que tienen con África, fuera de tener lugares acomodados para la soledad. Llegué á Málaga en tiempo que había llegado el mismo día el bergantín del Peñón, de que era capitán Juan de Loja, muy valiente soldado, que había recibido y dado muchas heridas á moros y turcos, y traía una presa muy apacible. Fuíle á ver por ser muy amigo mío, y dándonos los parabienes cada uno de la venida del otro, me dijo que había topado con un barco muy trabajado de una borrasca, y había cogido en él una doncella turca y un gentil hombre, que debían de ser hermanos, ella muy hermosa, y él mozo de gallardo talle y algo españolados, tanto que se habían espantado por ser nacidos en África, é hijos de infieles. Roguéle que me los mostrase, por tenerlos muy guardados, para hacer un presente de ellos. Él me dijo: Antes, pues habéis estado en Argel, quiero que sin veros los oigáis hablar, por ver si tratan verdad. Entró donde estaban, quedándome yo á la puerta, y díjoles: Contadme la verdad de vuestra historia, ya que es forzoso vuestro cautiverio, para que conforme á esto os haga el tratamiento que merecen vuestras personas. Estaba el

mozo muy triste, y la doncella deshecha en lágrimas, suspiros y sollozos; consolándolos su amo, el mozo dijo de esta manera: Que la privación de la preciosa libertad nos traiga tristes y afligidos, la misma naturaleza lo pide; que carezcamos de nuestra tierra, padres y regalos que poseímos, por fuerza se ha de sentir; que dejásemos hacienda, esclavos y grandeza de nuestra voluntad, soledad nos causa; pero que no consigamos el intento á que venimos, nos arranca el corazón del pecho.

Mi hermana y yo, que lo somos cierto, nacimos en Argel, somos hijos de un español que del reino de Valencia se pasó á Argel. Casóse con nuestra madre, que es turca de nación. Es nuestro padre corsario que trae por la mar dos galeotas suyas, con que ha hecho mucho mal á cristianos. Entre los cautivos que robó en España, vino uno á quien nuestro padre nos dió para maestro de la lengua y letras españolas, que como nos encarecía tanto las cosas de su tierra, nos encendía en amor y deseo de ver y haber lo que tanto estimaba: este esclavo español se dió tan buena priesa en la doctrina que nos enseñó, que dentro de pocos días teníamos aborrecida la que habíamos mamado en la leche, y abrazada en el corazón la del bautismo. Si yo nombraba á Jesús, mi hermana á su madre María: no teníamos otra comunicación sino esta. Hicimos voto en voz de vivir y morir en la religión cristiana. Diónos palabra este esclavo de buscar modo como nos bautizásemos. Han pasado ocho años que fué á su tierra, y al cabo de estos nos dijeron que en saliendo de Argel lo habían cautivado las galeras de Génova, y le habían muerto entendiendo que era nuestro padre. Desconfiados ya de su aviso ó venida, determinamos de buscar por otra parte remedio. En este tiempo, como ya mi hermana tenía edad para tomar estado, y yo era el mayorazgo de aquella hacienda, concertó nuestro padre con un turco muy rico, que tenía hijo é hija de nuestra edad, de trocar y casar hijo con hija, é hija con hijo, y había sido este deseo general en todo Argel, porque aunque tenía mi hermana y yo libertad con riqueza, nunca nos vió nadie con resabios de tales, que si bien éramos estimados, ella por su mucha hermosura, y yo por sucesión de mi hacienda, nunca nos empeció que olvidásemos

la libertad cristiana que nos enseñó nuestro maestro, y por brevedad de nuestras desdichas, viendo tan cerca nuestros casamientos por donde habíamos de borrar de nuestra alma los ardientes deseos que conservábamos en el pecho; mi hermana y yo aguardamos á que nuestro padre hiciese una jornada hacia levante para traer alguna presa con que enriquecer más nuestro nuevo estado, y en echando las galeotas al agua, nos fuímos á una heredad, y comunicando el caso con cuatro esclavos españoles, dos turcos, y seis italianos prácticos en toda la costa de España; y estando mi madre segura y descuidada, por estar mi hermana en mi compañía, cogimos al anochecer un barco, y con todo el silencio del mundo, batiendo los remos fuertemente, nos dimos tan buena priesa, que al amanecer descubrimos la costa de Valencia; pero yendo con esta buena suerte, nos vino un viento de hacia levante que nos hizo bajar la vela, y nos echó hacia poniente con tanta furia, que no fuímos señores del barco, porque venían sobre nosotros tan levantados montes y breñas de agua, que mil veces nos vimos debajo de las olas sumergidos; y como yo y mis criados llevábamos el cuidado puesto más en salvar á mi hermana que á nosotros propios, una vez esperando un peñasco de agua que venía á tragarnos, tendióse ella de bruces sobre el suelo del barco, y á cuatro que se pusieron á resistir la fuerza porque no llegase á ella, se les sorbió la ola, y nunca más parecieron. Rendímonos á lo que el cielo ordenase después de haber atado á mi hermana, de suerte que no se la llevasen las olas aunque padeciese naufragios el barco, y á los que llevaban los remos en las manos, se los arrancó de ellas el soberbio viento, dejándoles los brazos mancos. Yo visto que sólo Dios podía socorrernos, mandéles que no hiciesen defensa, porque el barco sobre aquellas poderosas olas, andaba como cáscara de nuez, siempre encima, aunque una vez, viendo que se volvia boca arriba, yo me abracé con mi hermana, que me valió la vida, porque á los demás que iban sueltos los voló, sino fueron á dos que se asieron á los dos bordes del barco. Vino á sosegarse un poco el viento, pero las olas movidas del levante inexorable quedaron por dos días en su fuerza, andando sin gobierno cinco ó seis días, sin poder comer lo poco que nos había quedado: como no

tenía remos, ni quien los gobernase, acordéme que aquel nuestro ayo ó esclavo nos dijo, que los que se encomendaban á Dios, tomando el sagrado bautismo, habían de pasar los trabajos con mucha paciencia y esperanza; y consolámonos con esto. Mi hermana vuelta en sí comenzó con muchas veras á rezar con un rosario que le había dejado Marcos de Obregón, que así se llamaba nuestro maestro, y en esto descubrimos vuestro barco, no con intento de ponernos en defensa, que aquellos dos turcos que vuestro valeroso brazo mató, los traíamos ya con celo de bautizarse: llegamos á tierra de cristianos, donde suplicamos á Dios nos dé paciencia y nos cumpla nuestro deseo. Acabó su razonamiento, y la hermana no el llanto que había comenzado desde el principio del cuento. El capitán, piadoso y enternecido, les dijo: Si lo que habéis contado con tanta terneza es verdad, yo os daré libertad y todas las joyas que tengo vuestras, y les dijo: ¿Conoceréis á Marcos de Obregón si lo véis? Respondió la doncella: ¿Cómo lo habemos de ver si es muerto? Dijo el capitán: Salid á fuera, y mirad si es alguno de los hombres que estan ahí. Alborotáronse confusos entre esperanza y temor, y la doncella con mayor turbación, porque el amor hizo memoria de lo pasado, y la religión le facilitó su ardiente deseo de ver á quien los había enseñado; salieron afuera, y en viéndome se arrojaron á mis piés, llamándome padre, maestro y señor; quedé en éxtasis por algún espacio sin poder hacer otra acción sino admirarme, afirmando que cuanto habían contado era verdad: en sosegándose de la súbita alteración, lloré tiernamente con ellos, que también el contento tiene sus lágrimas piadosas, como el pesar congojosas: el capitán quedó espantado del caso, y habiéndoles consolado con sus palabras y mi presencia, les dijo: No quiera Dios que yo cautive á cristianos; libertad tenéis, y vuestras joyas, de que yo he sido no poseedor, sino depositario véislas aquí (entre las cuales ví un rosario que yo le había dado á la doncella), usad de la libertad cristiana, pues tan venturosos habéis sido en llegar á ejecutar vuestro soberano intento. La alegría que yo sentí en ver aquellas dos prendas, que en mis trabajos y cautiverio me alentaron y consolaron, me volvió, si puede decirse, á la mocedad pasada: que el pecho con alegría entretiene

la vida; y la alegría fundada en bien, engendra paz en el alma. Hablé grandes ratos con ellos de mis trabajos y sus consuelos, que siendo pasados, bien pueden traerse á la memoria, pues causan, á la medida del pasado mal, la presente alegría. Los virtuosos mozos cobraron tanta en verme, que se les borró del rostro la tristeza del trabajo pasado. Dímos orden en su vida con ayudarles á cumplir lo que tanto deseaban; y fué la mudanza de sus acciones exteriores tan conocida, que nos dió ejemplo de vida á todos. Aviáronse á Valencia á conocer los parientes de su padre, donde vivieron con tanto consuelo del alma, que tuve nueva que acabaron sus vidas con grande ejemplo de virtud cristiana.

DESCANSO XVII.

Parecióme que para la quietud que yo deseaba, el bullicio de Málaga, y las ocasiones de la tierra y mar, con el apacible trato de la gente, siendo yo conocido en ella, no se podía hallar á la medida de mi deseo, y la ejecución del intento principal; fuíme á la Sauceda de Ronda, donde hay lugares y soledades tan remotas, que puede un hombre vivir muchos años sin ser visto ni encontrado si él no quiere. Púsome en camino un buen hombre, y porque no pasase sin trabajo, llegando á la Sabinilla, se desembarcaron dos bergantines de turcos, saltaron en tierra, y cogieron pescadores y vaqueros, cuantos hallaron por allí; porque aunque habían hecho ahumadas, no las echamos de ver hasta que dimos en manos de los moros, que nos maniataron y llevaron á los bergantines; pero de verse tan señores de la tierra, descuidáronse, hinchando las panzas de vino de lo que hallaron en una hacienda de pesca: de manera, que todos, ó la mayor parte se emborracharon; dan sobre ellos la gente de Estepona y Casares, y los demás que vivían cerca viniendo al rebato, cautivando y matando, se escaparon muy pocos. Los que estábamos en los bergantines maniatados, pedimos á los guardas, que si querían vivir nos desatasen y echasen en tierra; lo cual hicieron, y les valió para poderse aviar, porque desatando á un vaquero con los dientes, hombre de fuerza y ánimo, cogió un remo

como si fuera una vara de medir, y jugando de él, hizo que nos desatasen á todos y nos echasen en tierra. Afligíme de nuevo, acordándome de mis trabajos de mar y tierra, que aunque han sido muchos, siempre hallé piedad y misericordia en ellos como en este, que viéndome un hombre anciano en edad, aunque robusto y fuerte en las acciones de hombre de valor vecino de la villa de Casares, que decían ser un Abraham en piedad, porque su casa y hacienda era siempre para hospedar peregrinos y caminantes; llegóse á mí, y dijo: Aunque siempre la piedad me llama á semejantes cosas, ahora parece que me hace más fuerza que otras veces, viéndoos afligido y con edad; idos conmigo á mi casa, que aunque es pobre de hacienda, es abundantísima de voluntad, y nadie hay en ella que no se incline á piedad tan entrañablemente como yo: no solamente mi mujer é hijos, pero criados y esclavos, que tanto tiene el hospedaje de bueno, cuanto tiene de concordia y amor de todos. ¿Cómo es el nombre, pregunté yo, de quien tanta piedad usa conmigo? que fuera de la caridad, que tanto resplandece en vuestra persona, hay en mí otra fuerza superior que me abrasa el pecho en amaros. Yo, respondió, soy un hombre no conocido por partes que en mí resplandezcan, contento con el estado en que Dios me puso, pobre bien intencionado, sin envidia al bien ageno, ni de las grandezas que suelen estimarse; trato con los mayores con sencillez y humildad, con los iguales como hermano, con todos los sujetos como padre. Alégrome cuando hallo mis vaquillas cabales, castro mis colmenas, hablando con las abejas como si fueran personas que me entendiesen; no me pongo á juzgar lo que otros hacen, porque todo me parece bueno; si oigo decir mal de una persona, mudo conversación en materia que les pueda divertir; hago el bien que puedo con lo poco que tengo, que es más de lo que yo merezco, que con esto paso una vida quieta, y sin enemistades que destruyen la vida. Dichoso vos, dije yo, que sin andar contemporizando las pompas y soberbias del mundo, habéis alcanzado lo que todos desean poseer. ¿Pues cómo habéis caminado á tan quieta vida? Respondió: No desprecio de lo propio, no envidio lo ageno, no confío en lo dudoso, no repararo en recibir lo que viene sin alteración de ánimo.

Quien tal estado alcanza, dije yo, bien es que publique su nombre. No es mi nombre, dijo, de los conocidos por el mundo, sino á la manera de mi persona, llámome Pedro Jiménez Espinel. Dióme una aldabada en el corazón, pero soseguéme, prosiguiendo en la conversación para entretener el camino hasta llegar al lugar; y preguntéle: ¿Y con esa vida tan segura tenéis alguna pesadumbre, que os inquiete? Por Dios, señor, respondió, si no es cuando no hallo la hacienda bien hecha, ó la comida por enderezar, no tengo pesadumbre, y esa con leer el Memorial de la vida cristiana de fráy Luís de Granada, se me quita como por la mano. ¡Cuántos filósofos, dije yo, han procurado esa sencillez y no la poseyeron con cuantas observaciones han tenido en los preceptos de filosofía moral y natural! No me espanto, dijo el buen hombre, que como la mucha ciencia engendra en los hombres algún desvanecimiento, sin humildad no se puede alcanzar esta vida, que como yo soy ignorante, abracéme desde mi niñez con la virtud de paciencia y humildad que conocí en mis padres, y héme hallado bien con ella; pero pues habéis andado por el mundo, podrá ser que hayáis conocido por allá un sobrino mío, que há muchos años no sabemos de él, que según nos han dicho, anda en Italia, y á cuantos hospedo en mi casa, fuera de ser la obra buena, en parte lo hago por saber de mi sobrino. ¿Cómo se llama? pregunté, y respondióme con mi propio nombre. Sí le conozco, dije, y es el mayor amigo que tengo en el mundo. Él es vivo, y está en España, y bien cerca de aquí; donde sin andar mucho le podréis ver y hablar. Holguéme en el alma de conocer mi sangre, y tan bien fundada en las virtudes morales cristianas, que pudiera yo imitarle si fuera tan puesto en la verdad de las cosas como era de razón. Él se holgó de las nuevas que le dí, aunque por entonces no me dí á conocer hasta que hube mudado estado. Que realmente la carne y sangre, y tan cercana como esa, tiene algo de estorbo para la ejecución de los intentos buenos que apetecen soledad. De todos los valerosos hombres en religión tenemos noticia que han huído á los desiertos de la compañía de parientes y amigos que pueden ser impedimento para los buenos fines. Los actos del alma en la soledad están más desembarazados y libres. Obras de

ingenio no quieren compañía. El vicio tiene menos fuerza cuando las ocasiones son menos. Las más excelentes obras de varones señalados se han fraguado en las soledades. Y quien quisiere adelantarse en cosas de virtud, ora sea en ejercitarla, ora sea en escribir de ella, se hallará más fácil y pronto para semejantes acciones. Y aunque la soledad por sí no es buena, no está solo quien tiene á Dios por compañero.

DESCANSO XVIII.

Y para cortar razones, llegué á la Sauceda, donde lo primero que encontré fueron tres vaqueros con muy largas escopetas, que me dijeron: Apéese del macho. Yo les repliqué: Mejor me hallo á caballo que á pié. Pues si tan bien se halla, dijeron ellos, cómprenoslo. Eso sería, dije yo, quedar sin macho y sin los dineros que no tengo. ¿Quién son vuesas mercedes, que me venden el macho que yo compré en Madrid? Después lo sabrá, respondieron, y ahora apéese. Cierto, dije yo, que me huelgo, porque no he visto más mala bestia en mi vida, maliciosa, ciega y llena de esparavanes, y con más años acuestas que una palma vieja, tropieza cada momento, y se arroja en el suelo sin pedir licencia; sólo una cosa tiene buena, que si le ponen un alcalí de cebada no se moverá hasta tener sed. Pues con todas estas faltas lo queremos, dijeron. Al fin me bajé de ella, y rindiéndoles las faldriqueras, como no hallaron substancia en ellas, dijeron que habían de desollar al macho, y meterme en el pellejo si no les daba dineros. ¿Pues soy yo cofre, les dije, que me quieren aforrar del pellejo del macho? ¿ó quieren abrigarme por el frío que me ha causado el temor de ver las escopetas? Con el buen ánimo que conocieron en mí, se desenconaron del ruín que ellos tenían; y porque al mismo tiempo venían otros cinco ó seis furiosos por asir á un hombre que se defendía de ellos valerosamente, dando y recibiendo heridas, á los cuales

mandó su caudillo que no le matasen, porque tan valiente hombre sería bueno para su compañía; mas él, con valeroso pecho, dijo que no quería sino que le matasen si pudiesen. ¿Por qué? preguntó su cabeza, aquietándoles y sosegando á él. Porque á quien tal desdicha como á mí le ha sucedido, no há menester vivir. Miré al hombre, y pareciéndome que era el doctor Sagredo, á quien yo había comunicado en Madrid, aunque con traje diferente, porque él era médico, y allí venía como soldado desgarrado, pero siempre hombre muy de hecho, y así no me determiné en que fuese él mismo. Sosegáronse, y él con grandes ansias reprehendía la piedad de los salteadores porque no le mataron, y con ardientes suspiros clamaba al cielo, diciendo: ¡Oh rigores de las estrellas, desdichas entrañables solamente mías, mudanzas de fortuna, planetas verdugos de mi quietud y sosiego, que habiéndome librado de tan inmensos peligros por mares y tierras no conocidas, me viniese á tragar la furia del mar mi dulce compañía, mi regalada esposa, después de haberme seguido y acompañado en tan importunos trabajos, y que fuese yo tan para poco que no me arrojase en las levantadas olas para acompañar en la muerte á quien me acompañó en la vida! Tantas ternezas dijo, que movió á compasión á la más mala canalla que había en el mundo en aquel tiempo, que en hábito de vaqueros andaban trescientos hombres robando y salteando á quien no se defendía, y matando á quien se defendía. Juntáronse á consejo cosa de ciento que se hallaron allí con el caudillo, para tratar de cierta sospecha que traían de que Su Majestad quería remediar aquel fuego que se iba encendiendo con tan exorbitantes daños como se descubrían en toda la Andalucía á cada momento, y juntamente sentenciar qué habían de hacer de muchos que tenían en cuevas presos. Y entretanto nos pusieron al doctor Sagredo y á mí con otros dos en una cueva, fácil para entrar, y para salir imposible, aunque tenía bastante claridad, que por entre la espesura de los encumbrados árboles entraba en la cueva. Y viéndome en aquella aflicción, por no estar en triste silencio, le pregunté: Señor, ya que estamos en un trabajo, y padeciendo un mismo agravio, os suplico me digáis si sois el doctor Sagredo. Alborotóse, y replicóme: ¿Quién sóis vos que

me lo preguntáis, y dónde me conocisteis? Yo soy, le respondí, Marcos de Obregón. No lo acabé de pronunciar, cuando echándome los brazos el cuello, me dijo: ¡Ay padre de mi alma! ya murió vuestra querida y regalada; ya murió mi amada esposa; ya murió doña Mergelina de Aybar; ya murió todo mi bien y mi compañía. Ya no soy el doctor Sagredo, sino una sombra del que solía, hasta que llegue la disolución de este miserable cuerpo. ¡Ay mi consejero leal, y cuán mal me aproveché de vuestra doctrina para verme ahora en la soledad que me aflige y atormenta el alma, si no es que el inmenso Dios, tras tantos infortunios, sea servido de ponerme en esta mazmorra con vuestra compañía para que muera con algún alivio y refrigerio, que después que de ella me aparté, se apartó de mí todo lo que podía estarme bien! ¿Pues cómo y cuándo, dije yo, y dónde murió aquella prenda tan amada vuestra, y alabada por su hermosura de todo el mundo? Ninguna fuerza pudiera haber tan grande para mí en lo descubierto como la vuestra para contar desdichas, y que tanto me atormentan la memoria. Pero pues no sabemos el fin que nos está guardado en esta esquiva prisión, y estando tan cierto que renovar mis desventuras á quien las ha de sentir, y no burlarse de ellas, puede aligerar tan pesada carga, tomaré el principio de lo que lo fué de mi total ruina

DESCANSO XIX.

Luégo que, por mi desgracia, salí de aquella reina del mundo, Madrid, ó madre universal, en el primer pueblo á donde llegué ví tocar cajas que hacían gente por mandado de Felipe II, para ir á descubrir el estrecho de Magallanes; y como yo nací más inclinado á las armas que á los libros, dí con ellos á un lado; y con el ánimo alterado, arrimándome á un capitán amigo mío, eché mi caudal en armas y en vestidos de soldado, que no le parecieron mal á doña Mergelina, que con ver que ella gustaba de ello me incliné más á seguir aquel modo de vida, llevándola en mi compañía, por quererlo ella, y por desearlo yo, que muchos hombres casados fueron á la misma jornada, porque la intención de Su Majestad era poblar aquel estrecho de vasallos suyos, y pluguiera á Dios me lo estorbara, que yo tenía mi voluntad tan subordinada á la suya, que sin su beneplácito no me arrojara tan inconsideradamente á profesión tan llena de miserias y necesidades. Embarcámonos en Sanlúcar, que voy abreviando, y llegando al golfo de las Yeguas fué tan desatada y terrible la tormenta que nos sobrevino, que por poco no quedara tabla en qué salvarnos; pero por la prudencia de Diego Flores de Valdés, general de la flota, volviendo las espaldas á la tormenta, tornamos á invernar á Cádiz primera

vez, de donde salimos, y con grandes incomodidades llegamos á la costa del Brasil, invernando segunda vez en San Sebastián, á la boca del río Ganero, muy ancho y extendido puerto. Estuvimos allí algún espacio, admirándonos de ver aquellos indios desnudos, y tanta abundancia de ellos, que bastara para poblar otro mundo. Solían desaparecerse algunos de ellos, sin saber qué se hacían, y un valeroso mancebo, mestizo portugués é indio, determinóse de buscar el fin de tantas personas como faltaban, y embrazando una rodela de punta de diamante, y una muy gentil espada, se fué por la orilla del ancho mar: vió de lejos un monstruo marino que estaba esperando algún indio para cogerle, y que llegando cerca, puesto en piés el monstruo, porque antes estaba de rodillas, era tan grande, que el portugués no le llegaba al medio cuerpo, y cuando el monstruo le vió cerca, cerró con él pensando llevarle adentro, como hacía con los demás. Pero el valeroso mozo, poniendo la rodela adelante, y jugando la espada, defendióse lo mejor que pudo, aunque las conchas de la bestia marina eran tan duras que no le pudo herir por alguna parte. Los golpes que el monstruo le daba eran tan pesados que no los osaba esperar, hasta que dió en ponerle delante la punta del diamante, apuntando á las coyunturas de los brazos, por donde el monstruo recibió tanto daño que se iba desangrando: y habiendo durado esta pesca grande rato, al fin cayeron ambos muertos. Fueron á buscar al animoso mozo, y hallaron uno caído á una parte, y otro á otra. El capitán Juan Gutiérrez de Sama y yo vimos el cuerpo del espantable monstruo, y otros muchos españoles, con grande admiración. El mar por allí tiene muchos bajíos y muchas islas; en una de ellas vimos una serpiente de las que por acá nos pintan para espantarnos, que tenía el hocico á manera de galgo, largo, y con muchos dientes agudísimos; alas grandes de carne, como las de los murciélagos; el cuerpo y pecho grandes, la cola como una viga pequeña enroscada, dos piés ó manos con uñas, el aspecto terrible. Encaramos cuatro escopetas hacia ella, porque estaba en una fuente que por el remanente íbamos á buscar para beber. Yo fuí de parecer que cuando la matásemos ella mataría á alguno de nosotros, y así la dejamos, porque ella en viéndonos se entró por la es-

pesura del monte, dejando un rastro muy ancho como de una viga. Mas como no me importaba, ni importa para mi discurso, no digo muchas monstruosidades que vimos. Seguimos desde allí el camino ó viaje del estrecho, por el mes de enero ó febrero, cuando allá comienza el verano, con muchos vientos contrarios, oponiéndonos á recias corrientes, que ó por cerros altísimos, y canales que hay debajo del agua, ó por vientos furiosos que la mueven, nos hacían tantas contradicciones, que muchas naos padecieron tormentas, y algunas naufragio, sin poderse socorrer unas á otras. Entre las que padecieron naufragio fué la que llevaba mi esposa y á mí, que aunque soltaron pieza, ó no nos oyeron, ó no pudieron socorrernos, sino fué una que iba á vista de la nuestra, que compadecidos los marineros, contra su costumbre, de nosotros, acudieron á tan buen tiempo que pudo salvarse la ropa y las personas antes que del todo se hundiese. Los soldados y marineros, después de haberse anegado nuestro navío, y pasado al otro, acudieron á regalar á la mal malograda de mi esposa, que aunque era tan varonil, el temor de la tragada muerte la tenía turbada, y así fué parecer de todos que no siguiésemos la armada hasta ver que la gente hubiese respirado del trabajo pasado. Descubrióse una isla despoblada, adonde con algún trabajo pudimos arribar. Reparámonos del cansancio y trabajo, hicimos agua, que la hallamos muy buena, y algunas frutillas con que nos refrescamos, y dentro de quince días nos hicimos á la vela siguiendo la flota, que no pudimos alcanzar. Llegamos á vista del estrecho, después de haber andado perdidos mucho tiempo. Descubriéronse grandes y altas sierras, con muchos árboles frutales y infinita caza, según supimos de pobladores que dejó allí la armada, aunque ni saltamos en tierra, ni nuestra cabeza lo consintió por volver á seguir la flota.

DESCANSO XX.

Estando esperando viento para volver la proa, vimos venir muchísimas aves en aquella parte del estrecho, donde había unos hombrezuelos pequeños de estatura, porque en la otra son altísimos y membrudos, que casi las aves se señorean de la tierra, de manera que los hombrecitos huían de ellas; nos vino un viento tan poderoso, que nos hizo pasar el estrecho sin poderle resistir, con grandes daños del navío, porque siendo la orilla muy llena de bajíos, íbamos casi arrastrando por la arena las áncoras, fuera de no estar el estrecho llano como el de Gibraltar, haciendo combas y senos, y topando en las áncoras que había dejado la arena por allí. La presteza del viento fué tanta y tan sin pensar, que no tuvieron los marineros traza para defender al navío. Pasamos de la otra parte con todos estos peligros de golpes que el navío daba, y duró tanto, que nos rompió las velas mayores, aunque las demás se amainaron, dejaron el trinquete de proa para que la inmensa furia del aire nos llevase adonde quisiese, sin poder dar bordo ni ver lugar adonde pudiésemos tener recurso ni socorro. Al fin anduvimos seis meses perdidos, faltando ya todo lo necesario para conservar la vida, arrojados y sacudidos de las olas por tan inmensos mares, de nadie conocidos y navegados, perdida la esperanza y el gobierno sin saber hacia donde caminábamos, dispuestos cada día para ser manjar de monstruos espantables, fuera de nuestro elemento, y

acabadas ya comida y bebida, de suerte que no había quedado cuero de maleta que no hubiese sido dulcísimo mantenimiento de su dueño, si se las dejaban comer á solas, con un temor horrible de imaginar la sepultura que teníamos abierta en las no habitadas cavernas del profundo mar, ó en las hambrientas entrañas de sus indomables bestias. Creyendo que ya todo el mundo hubiese tornado á ser agua otra vez por el diluvio general, comenzaron todos á decir en un grito: ¡Tierra, tierra, tierra! porque descubrimos una isla de tan altos riscos cercada, y ellos adornados de tan levantados árboles, que parecía alguna cosa encantada, y apenas la descubrimos, cuando en un instante se desapareció, no por arte mágica sino por la fuerza de una corriente que nos arrebató el navío contra nuestra voluntad, sin ser poderosos para resistirlo, hasta que la misma corriente nos echó á un lado, entre unos remolinos tan furiosos, que tuvimos por cierto que se tragara el navío, y á nosotros con él; pero volviendo en sí los marineros, y no habiendo perdido el tiento donde se descubrió la isla, parecióles que dando bordos con el trinquete, llevando siempre á vista la corriente, sin acercarnos á ella podíamos tornar á cobrar la isla; pero yo fuí de opinión y parecer que amainasen el trinquete, y con los dos barcos que iban amarrados en la popa, llevásemos el navío á jorro; porque si la corriente arrebatase uno de los barcos, sería fácil de volver al navío; mas si arrebatase el navío, tornaríamos á perder el tiento, y aun las vidas; y encomendándonos todos al bendito ángel de la guarda, con grandísimas plegarias y oraciones, y bogando los barcos aquellos que más robustos ó menos flacos habían quedado por la falta de los mantenimientos, remudando de cuando en cuando porque todos se alentasen con la esperanza de ir á buscar tierra, pusimos en la guía ó en lo más alto del árbol mayor un hombre muy bien atado que fuese descubriendo con grande vigilancia, y avisando lo que pareciese que se descubría; y al cabo de dos días al punto que nos parecía que habíamos perdido el camino de nuestra salud, tornamos á ver aquellas altísimas y tajadas peñas, más empinadas que el Calpe de Gibraltar, pero llenas de tan próceros y vistosos ramos, que alentó de manera á todos mis compañeros, que fué menester quitarles los remos de las manos; porque con las ansias y encendidos deseos que tenían de llegar

á tierra, por poco dieran otra vez con el navío en la corriente, y con las personas en la última miseria de desesperación. Pero dándoles una grande voz, les dije: Compañeros, ya que Dios os ofrece, tras de tantas desventuras, hambres y trabajos, ocasión en que se conozca cuánto puede la industria junta con el valor de los pechos, que tanto tiempo han estado firmes, siendo terreno de increíbles golpes de fortuna, si ahora nos faltase la cordura y sufrimiento para con prudencia considerar cuánto más cercanos estamos de la muerte que en todo el tiempo que nos ha traído la fortuna jugando nuestras vidas, no sería ya culpa suya sino nuestra, precipitarnos en tan evidente peligro como el que habemos tocado con las manos y visto con los ojos. Y siguiendo mi parecer en lo que tanto nos importaba, fuímos acercándonos á la isla con tanto tiento, que aunque diéramos en la corriente con alguno de los barcos, con la mucha atención que todos los marineros de conocimiento llevaban, no se recibiera daño que no fuera fácil de reparar. Caminamos tanto y tan atentamente, que veníamos á hallarnos menos de media legua de la isla, y muy cercanos á la corriente, que al parecer de los más experimentados, comenzaba sobre la isla muy poco trecho, y se extendía por ambos lados, de manera que dejaba la entrada imposible y la isla inaccesible, como le dimos el nombre. Y aunque la corriente no era tan extendida como en lo que por nuestro daño habíamos visto; era mucho más furiosa, por ser en aquella parte más angosta.

Al fin estando suspensos, y sin consejo sobre lo que se había de hacer, yo dije resueltamente: ¿Allí hay tierra y riscos? pues aquí ha de haber lo uno y lo otro. Y determinadamente hice arrojar el áncora, y á poco trecho aferró de suerte, que todos quedamos muy contentos y con esperanza de salvamento. Hecho esto, pedí todos los cabos, sogas y maromas, de que había abundancia, también como de pólvora, porque no se había ofrecido lance en que gastar lo uno y lo otro, y atadas fuertemente una soga con otra vino á ser tanta la cantidad que podía el barco llegar á la isla, y echando en él cincuenta compañeros, y los más fuertes que me pareció, con sus arcabuces, frascos y frasquillos, bien llenos de pólvora, y yo por cabo de ellos, aviando en el navío, que aunque nos arrebatase la corriente, fuesen dándonos cabo, y alargando

con mucho tiento las maromas, hasta ver en qué parábamos; nos dejamos llegar, guiándonos el bendito ángel de la guarda, y arrebatándonos la corriente, sin recibir el barco otra alteración sino ir con mucha furia. Á poco trecho nos hallamos en un abrigo, ó seno que hacía la isla por aquella parte, tan sosegado, que si era grandísima la furia de la corriente, no era menos mansa y quieta la playa ó puerto adonde nos arrojó. Con este infeliz, y no pensado suceso, fuímos bogando, arrimados al levantado risco para buscar alguna entrada, y luégo vimos á la puerta que hacía el encorvado abrigo, un ídolo de espantable grandeza, y más admirable hechura, y de novedad nunca vista ni imaginada: por su grandeza era como de una torre de las ordinarias; sustentábase sobre dos piés tan grandes, como lo había menester la arquitectura del cuerpo: tenía un solo brazo que le salía de ambos hombros, y éste tan largo, que le pasaba de la rodilla gran trecho: en la mano tenía un sol ó rayos de él, la cabeza proporcionada con lo demás, con solo un ojo, de cuyo párpado bajo le salía la nariz con solo una ventana: una oreja sola, y esa en el colodrillo: tenía la boca abierta, con dos dientes muy agudos, que parecía amenazar con ellos: una barba salida hacia fuera con cerdas muy gruesas: cabello poco y descompuesto. Pero aunque pudiera espantarnos esta visión para no pasar adelante, como íbamos buscando la vida, y se había de hallar en tierra, caminamos hacia el ídolo, por donde estaba la pequeña entrada para la isla, de nadie jamás vista ni comunicada, y al punto que llegamos el barco á la entrada, salieron los dos altísimos gigantes, de la misma hechura que tengo pintado el ídolo, y cogiendo el barco cada uno de su lado, fué tanto el espanto nuestro y la violencia suya, que sin podernos valer, nos vaciaron en una cueva que estaba al pié del ídolo: y á un pobre compañero que tuvo ánimo para disparar el arcabuz, cogió un gigante de aquellos, ciñéndolo con la mano por medio del cuerpo, y lo arrojó tan lejos, que le vimos ir por encima del agua grande trecho, hasta que cayó en el mar. Yo tuve advertencia de amarrar el barco á un tronco de un árbol que estaba cerca de la entrada, antes que llegásemos á ella, que después nos fué de mucha importancia, no previniendo el daño que nos había de venir, sino porque el barco no se fuése hacia la corriente.

DESCANSO XXI.

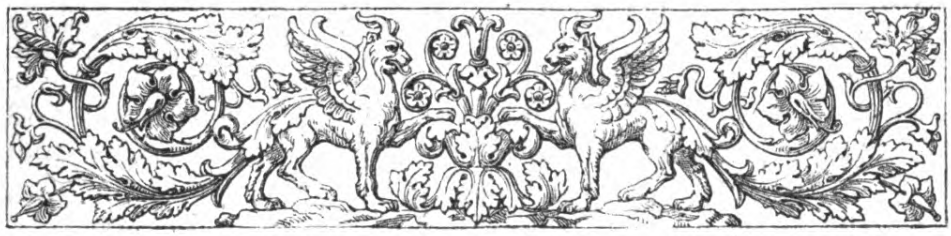
Los gigantes, así como nos echaron en la cueva, taparon la boca, dejando caer un troncón de un árbol, que estaba en la puente superior pendiendo, á manera de puerta levadiza, que hizo con el encaje y golpe temblar, no sólo la cueva y el ídolo; pero por un resquicio ó ventana que salía á la mar, la violencia del viento movido levantó tan grandes olas en ella que sentimos nuestro barco dar muy grandes golpes, por la grandeza y pesadumbre suya, porque no creo que me engaño en decir que tenía el tronco treinta varas de circunferencia, y de alto más de sesenta; era de una materia tan maciza y pesada como la más dura piedra del mundo. Los gigantes con el gran servicio que habían hecho á su ídolo, comenzaron á bailar y danzar, y hacer sones descompuestos y desconcertados en unos tamboriles roncos y melancólicos, que más parecía ruido hecho en bóveda, que són para bailar. En tanto que

ellos estaban atentos á sus juegos, y entretenidos á costa de nuestras vidas, nosotros llorábamos la desventura nuestra y la fuerza del hado que con tal violencia nos había tratado y traído á punto que ya que nos parecía haber hallado algún alivio á tan continuos é incesables trabajos, nos había puesto á morir de hambre y sed entre cuerpos muertos, de los que sacrificaban á su insaciable ídolo; pero como no se ha de perder el camino en cualquiera adversidad, si los trabajos son la piedra de toque del valor y del ingenio, luégo se me representó el modo de podernos valer en tan apretado paso, adonde el ánimo, el ingenio y la presteza habían de concurrir juntos en un instante. Y como estaban contentos y divertidos en sus fiestas, y realmente era gente sencilla, y les pareció que con aquel lance y con tenernos encerrados en tan obscura sepultura, no habría más memoria de nosotros; pudimos, aunque con trabajo, venir á la ejecución de mi intento, que fué de este modo: Tomé las cuerdas que me parecieron necesarias, y con los huesos blancos de aquellos muertos que había más descarnados, tomando los más pequeños, hice una escala con que pudiésemos llegar al resquicio que tengo dicho, que no pudo hacerse sin mucha dificultad, porque como todo era peña viva, no dió lugar á que se pudiesen hacer agujeros para subir á poner la escala; mas como la necesidad es tan grande maestra, y no iba menos que la vida en hallar modo para poner la escala, tomé un hueso de un espinazo bien descarnado, por el agujero metí una cuerda, y juntando los dos cabos que se quedaban debajo, con la mayor fuerza que se pudo probamos todos á tirar el hueso hacia la ventana ó resquicio; y un mozo recio, criado en las montañas de Ronda, tuvo tan buen modo, traza y fuerza, que acertó á colar el hueso por el resquicio, de manera que quedó atravesado ó encallado; entonces atando la escala á un cabo de aquellos, y tirando por el otro, llegó la escala á lo alto, y teniendo mis compañeros del cabo que había quedado abajo, yo subí con mucho tiento por la escala, y la aseguré de manera, que todos pudimos subir al resquicio y bajar al barco.

Hallada esta ingeniosa traza, tomé la pólvora de todos los frasquitos, y mientras mis compañeros subían y bajaban al

barco, hice una mina debajo los piés del ídolo, que había muchos huesos donde hacerla, y dejándola bien tapada, con menos de un palmo de cuerda encendida, subíme por la escala y salté en el barco, y desviándonos con los remos adonde no nos pudiera el daño alcanzar, apenas nos pusimos á mirar lo que pasaba, cuando dió la mina tan espantable trueno que alborotó las aguas, y resonó el ruido por la mayor parte de la isla, y el ídolo dió tan increíble caída sobre los danzantes, que hizo pedazos docena y media de ellos. Los demás, viendo que aquel en quien tenían confianza, les había muerto los compañeros, dieron á huir, metiéndose la isla adentro, y dejando desamparado todo el sitio que nosotros habíamos menester; entramos dentro, dejando el barco bien amarrado, y todos á un tiempo nos arrojamos y besamos la tierra, dando inmensas gracias al Fabricador de ella por habernos dejado pisar nuestro elemento. Y aunque nos espantó el estrago que había hecho el ídolo, y nos pudiera detener el espectáculo que teníamos delante de los ojos, viendo cubierto el suelo de aquellos exorbitantes monstruos, como vimos la tierra escombrada de ellos, y la hambre y sed hallaron en qué ejercitar su oficio, arremetimos á unos árboles frutales excelentísimos, y á una alegrísima fuente que nacía al pié de un peñasco, muy cercada de ojos más claros que los de la cara. Yo fuí á la mano á los compañeros, estorbándoles que no encharcasen en fruta y agua, porque no se corrompiesen, y lo que buscábamos para la vida, nos acarrease la muerte: y mirando á un lado y otro, vimos un gigante de aquellos sobre quien había caído el ídolo, vivo, pero quebrado, y las piernas de suerte que no podía menearse, y haciéndole señas que nos dijese dónde había mantenimiento, nos señaló con la nariz, que no podía con otra cosa, una cueva que tenía la entrada llena de árboles muy verdes y muy espesos, tanto que la hacían dificultosa, á lo menos para los naturales, que para nosotros no, y supimos después, que nadie podía entrar allí sino cuando se hubiesen de sacar mantenimientos para la república ó el común, so pena de no comer de ellos en cierta cantidad de tiempo. Al fin, entramos en la cueva muy ancha y clara por de dentro y con muchos apartamientos, donde había cecinas de pescado y carne suavísimas, muchos tasajos bien

curados, y una fruta más gorda y más sabrosa que avellanas, de que usaban en lugar de pan, y otros muchos mantenimientos de que cargamos el barco, y hinchendo una docena de cueros de agua dulce y fría, enviamos á los compañeros que ya nos tenían por muertos, con que todos se alentaron comiendo y bebiendo del mantenimiento y agua fría dulcísima, y tornaron dando orden, que dejando en el navío alguna guarda para las mujeres de los que ya habían estado en la isla, los demás en los barcos viniesen á ella, usando siempre de los cabos y sogas, que de otro modo no podía ser; y bien llenos los estómagos de comida, y los frascos de pólvora y cuerdas, se pasaron á nuestra compañía.



DESCANSO XXII.

INTERRUMPIERON la relación que iba dando el doctor Sagredo unos portugueses que venían de la Vendeja con cuatro cargas de lienzo, por una senda, á su parecer, segura de los salteadores, por ser muy nueva; y como ellos la sabían mejor que los portugueses, dieron con ellos á la boca de nuestra cueva; de manera, que turbados del no pensado encuentro, se arrodillaron, diciendo: Por as chagas de Deus naon nos matades como á patifes, nen tomedes venganza en nosas patuvisadas, que fez á santa Forneira á os castelhanos. Sosegaos, mentecatos, dijo el caudillo, que no queremos sino que nos vendáis el lienzo á como os ha costado. De muito boa vountade, dijeron ellos, y sacando el libro de caja, donde venían escritos los precios, cada salteador pidió lo que había menester; y mandando el caudillo que pagasen el dinero antes de tomar el lienzo, de que yo me admiré, que usase de tanta piedad con los portugueses. Tomaron su dinero, y desenfardelando para medir el lienzo, y tomando la vara para medir, dijo el caudillo á los portugueses: Aquí tenemos nuestro contraste y medida, como república libre; y no medimos con las varas que por allá se usan, sino con las que acá tenemos; y pidiendo la vara para medir el lienzo, le trujeron una pica de veinte y cinco palmos, con que ellos midieron, y dieron á cada uno las varas que habían pedido, que les debió de salir á cuartillo por vara, con que ellos quedaron riéndose y con-

tentos, y los portugueses callaron, y se fueron descargados del peso que traían. Reímonos nosotros, sino fué el doctor Sagredo que prosiguió su cuento, diciendo: Antes que la fortuna diese vuelta á la rueda de nuestra prosperidad, nos dimos tan buena maña, que dejamos con el saco la cueva casi vacía, nuestro navío lleno, no sólo de frutas secas y frescas, pero de mucho pescado seco, carne, cecina y muchas botas de agua, y otros licores que bebían aquellos gigantes de mucho gusto y substancia; pero no fué tan seguro que á los fines no nos sobresaltasen los gigantes, porque como hallamos la tierra sin contradicción, y el cansancio y trabajo de la mar pedían reposo en tierra, tomámoslo de manera, que nos dormimos en los descansos frescos de aquella cueva, que ella era de manera apacible por las salas y remansos que tenía llenos de comida, y á trechos unas fuentecillas heladas, que aunque estuviéramos muy descansados, nos obligara á sentar allí nuestros tabernáculos. Duramos dos días en este regalo y fresco, hasta que al tercero, estando hasta como entre las doce y la una sesteando, sentimos tan gran ruido y alboroto de gente y tamboriles, que recordámos todos, diciendo: Arma, arma, porque venía toda la isla llena de gigantes sobre nosotros, y acudiendo á los arcabuces, no hallamos cuerda encendida, ni fuego en qué encenderla, ni hombre que hubiese sacado del navío pedernal, eslabón y yesca; comenzaron á decir: Perdidos somos; pero yo, antes de que el temor tomase posesión de los corazones con la imposibilidad de la defensa por verse encerrados, y no poderse aprovechar de los arcabuces, dí orden que la mayor parte de ellos quitasen de aquellos maderos que dividían un apartamiento de otro, y lo pusiesen á manera de trampa, en que tropezasen; después de haber rompido la dificultad de los árboles, que como arriba dije, hacían la entrada muy dificultosa á los gigantes, y los demás tomamos unos palos muy secos, cada uno dos, que eran unos de moral, y otros de yedra, y de cañaleja, ó como más á mano se hallaban, y fregando el uno con el otro fuertemente, á poco espacio vinieron á humear, sacando lumbre, y nosotros á encender las cuerdas y aprovecharnos de los arcabuces, y tuvimos demasiado tiempo para todo, porque su intento no fué venir sobre nosotros, que ya nos tenían por

más que muertos, sino á ver el estrago que su ídolo había hecho, que los que habían escapado de él habían ido á dar cuenta á su gobernador, que llamaban todos Hazmur, y trayéndolo con mucha majestad sobre cuatro muy grandes vigas, en una silla hecha de mimbres á manera de cesto, le mostraron hecho pedazos á aquel en quien adoraban, y los que él con su caída había despedazado y destripado, y no supiera que estábamos allí, si el mismo gigante, derrengado, que nos mostró la cueva, no se lo dijera, lo cual sabido, arremetieron á la boca de la cueva, tirando peñascos, desgajando y arrancando de los árboles que les estorbaban á la entrada, aunque el que llegaba primero, ó tropezaba y caía en las trampas ó lo derribábamos con las balas, porque aunque hubo opiniones que les tirásemos á el ojo que tenían solo, porque sin él no podían atinar á la boca de la cueva, la mía fué que cebando los arcabuces con dos balas, se les tirase á las piernas, porque el tiro del ojo no era tan cierto como estotro, y todos caían, sirviéndonos de saetera y de trinchera, así los maderos que habíamos puestó, como los árboles espesos que estaban á la entrada, y aunque las muchas piedras ó peñas que arrojaban pudieran hacer gran daño en nosotros, como perdían la fuerza de los árboles cuando llegaban á las trampas hacían muy poco, ó ninguno; fuéles tan mal, que admirado su gobernador de tan grande novedad, mandó que se retirasen del mal que hacían y que recibían de la cueva, pareciéndole que, pues el ídolo había caído con tan grande espanto, y los que tenían por muertos herían á los vivos, debía de haber alguna fuerza superior que causaba tan grande daño en ellos. Al punto obedecieron y se sosegaron con caída de algunos de ellos, y ningún daño nuestro, y haciendo demostraciones de paz y amistad, el gobernador, mirando al cielo y alzando hacia él la mano, nos dió seguro que podíamos manifestarnos libremente, y estar sin recelo hablándole y dando razón de quién éramos y de nuestra venida allí, y fué el mejor tiempo del mundo, porque si mas tardaran, se nos acabara la munición, y con grande ánimo salimos muy en orden hechas tres hileras y las cajas sonando en sus puestos con gentil correspondencia y aire. Fué tanto el gusto de aquella sencilla gente, á lo menos de los que no estababan heridos, que en oyendo el són y

orden de las cajas, se les cayeron las duras armas de las manos, mirando con admiración grande y alegría á su señor, que siempre se había estado en la silla en hombros de los que le habían traído acuestas, y él quedó como suspenso y admirado de ver en tan pequeña gente dos brazos y dos piernas, y las demás partes del cuerpo dobladas, y mucho más del ánimo y traza con que procedíamos; y haciendo alto en la boca de la cueva, nos paramos á ver aquella espantosa gente llena de pieles de animales, y de plumas de muchos colores, y la gravedad de su gobernador, respetado, temido y obedecido en sus mandamientos. Habiendo considerado el modo con que podíamos hablar en nuestra defensa con las señas más naturales y semejantes á la verdad que pudimos declarar lo que sentíamos; dejadas prolijidades y señas, y las demás dificultades que por entonces se allanaron, el gobernador nos preguntó tres cosas: si éramos hijos de la mar; y si lo éramos, cómo éramos tan pequeños; y siendo tan pequeños, cómo habíamos osado entrar entre gente tan grande como la suya. Á lo primero respondimos que no éramos hijos de la mar, sino del Dios verdadero, superior al suyo, y como tal los había castigado, porque viniendo maltratados del mar á pedirles hospedaje, nos habían querido matar. Á lo demás respondimos que la grandeza no consiste en la altura del cuerpo, sino en la virtud y valor del ánimo, y con él osamos entrar en su tierra y pasar todas las aguas del furioso mar; y que los hijos del Dios, fabricador del cielo y de la tierra, no temían los peligros que les podían suceder de las manos de los hombres, especialmente si no adoraban aquel que era Señor universal sobre todas las dignidades del cielo y de la tierra, y Criador del mismo sol á quien ellos adoraban. Aquí mudó la conversación, como oyó decir que el sol tenía superior, y preguntó á qué fin había sido nuestra venida. Respondimos la verdad, refiriendo algunos de nuestros trabajos, y acordándole la obligación que tenían unas criaturas á otras, en razón de ser hijos de Dios, á socorrerse y ampararse en las necesidades y desventuras, y que esto le pedíamos como á hombre que tenía lugar supremo, y le había puesto Dios para juzgar las causas de premio y de castigo. Dió muestras de admirarse de nuestra respuesta, y la suya fué que le había parecido

muy bien lo que le habíamos dicho; pero que él no podía, sin avisar al rey de la isla de tan grande novedad, recibirnos y ampararnos, porque tenía pena de la vida si lo contrario hiciese; y suplicándole nos concediese licencia para enviar al navío cuatro compañeros, que para todos, ni la quiso dar, ni nosotros desamparar la puerta de la cueva, diciendo que iba por mantenimiento de los de nuestra tierra, y con la mayor diligencia que pudieron entraron en el barco, haciendo señas al navío que tirase de los cabos. Entre tanto el gobernador despachó un correo al rey de la isla á darle noticia de lo que pasaba.

El correo era un perro de que usaban para las diligencias importantes, que metiéndole en la boca un cañuto atravesado, y dentro unas hojas de árbol muy anchas con las cifras de lo que avisaban, bien arrolladas las hojas, las ponían en el cañuto, y al perro le ponían un barboquejo bien apretado para que no se le cayese el cañuto, ni se parase á comer y beber; de suerte que sólo le quedaba la boca libre para carlear ó resollar, y no para otra cosa, y en teniéndolo bien puesto, le despachaban con cuatro palos, con que lo hacían llegar más presto á su querencia, que debían ser cuatro leguas; y en viéndolo venir le salían á recibir al camino, y regalándolo con comida y bebida, hacían con otro perro lo mismo; de manera que la estafeta podía caminar cien leguas cada día; pero tenía pena de sacrificarle al ídolo el que le estorbase el viaje al perro, ó le estorbase que no llegase á su manida, ó mansión, ó descansare donde había siempre perros de las ventas más vecinas, á quien trataban mal, porque volviesen con más amor á sus querencias. Mientras mis compañeros fueron al navío, el gobernador mandó que no les dejasen entrar en la cueva sin ver lo que llevaban, ni nosotros salir de ella; con pena que si alguno saliese le matasen, y estaba nuestro remedio en la venida de los compañeros, porque habían ido por pólvora y balas, que nos había quedado muy poco de ambas cosas, lo cual aseguraron con mandar el gobernador que no se quitasen seis guardas de junto á la boca de la cueva de noche, porque de día todos lo podían ver. Fuénos forzoso cuando los compañeros venían, decirles que se tornasen al barco, hasta que diésemos traza para que pudiesen entrar, y

pensando cómo quitaríamos las guardas de noche, díjele, que en oyendo algún movimiento ó ruido, entrasen con toda la priesa que pudiesen; y para esto de día, cuando las guardas se quitaron de su puesto, estando la gente descuidada, derramé por el suelo, donde se sentaban, pólvora revuelta con algunas chinas menudas, é hice desde allí hasta nuestro puesto, una reguerita de la misma pólvora. En llegando la noche, se pusieron los seis guardas en su lugar, y estando los unos sentados, y los otros tendidos sin calzones, porque no los usaban, dimos fuego á la reguerita, y llegando en un instante á la pólvora que tenían debajo les abrasó aquella parte de manera, que con las chinas y la pólvora, muchos días no se podían sentar. Ellos y los demás, con su sencillez, entendieron que el fuego había salido de la tierra, y fueron todos temerosos y admirados á contarlo á su gobernador, y entonces los compañeros con otros dos que habían quedado en el navío, entraron con mucha priesa, trayendo seis costalillos de pólvora y balas, con que nos animamos y pusimos en defensa para lo que nos pudiera suceder. Pasamos la noche con cuidado, haciendo centinelas, y atrincherándonos de nuevo con los maderos; pero como ellos no entendieron que el daño era de la parte de dentro, no hicieron diligencia con nosotros. Á la mañana, al tiempo que el sol salía, se pusieron todos mirándolo, y ¡con una música de aullidos y cañas, le hicieron la salva con muy pocas palabras y muchas veces repetidas.

DESCANSO XXIII.

Volvió el perro ó correo con su cañuto en la boca, en que venía escrito con sus señas que no nos dejasen en la isla, porque gente que tenía los miembros doblados también tendrían la intención doblada: y para la conservación de la paz que siempre habían profesado, no podían sustentarla si forasteros se apoderaban de su tierra, que si en su república había alguna alteración teniendo quien les acudiese sería el daño mayor. Que en tanto se conserva la paz, en cuanto los inquietos no tienen quien los favorezca, y que no habiendo obediencia de los inferiores á los superiores no puede haber paz. Que si los alborotadores de ella no tuviesen quien se les allegase, vivirían en quietud y sosiego. Que los animales de una misma especie tienen paz unos con otros; pero si son de diferente especie, nunca tienen paz, y así haríamos nosotros con ellos. Que lo que habían siempre guardado para sí, sin comunicación agena, no era bien que forasteros entrasen á gozarlo. Que no podía haber buena amistad con gente de diversas costumbres para vivir en paz. Y que habiéndose de administrar justicia con igualdad, habíamos de ser tan favorecidos como los naturales, y luégo entrarían las enemistades á inquietar la paz. Así mandaba que no nos admitiesen en la isla, pero que nos dejasen ir con seguridad. Esta respuesta nos la dieron para la salida, pero con tanta priesa que no nos consintieron estar medio día en la isla.

Salimos con más priesa de la que nos dieron, adivinando lo que nos había de suceder; porque apenas estuvimos en el barco cuando entraron en su cueva, y como la hallaron sin mantenimientos, acudieron á la orilla del mar, arrojando piedras y peñascos sobre nosotros, tan espesos, que si el barco no fuera tirado y ayudado del navío, nos hundieran mil veces. Llegamos, y hallé á mi esposa y á las demás mujeres del navío tan deseosas de vernos como si hubiera muchos años que estábamos ausentes. Y sosegados en nuestro navío como los marineros se habían refrescado, no habían estado ociosos, hallámosles velas remendadas, jarcias, y obras muertas reducidas á mejor estado, y todo cuanto era necesario reparado, y con el viento que á los marineros les pareció salimos de aquella isla inaccesible, y con el mantenimiento que bastó para dar una vuelta al mundo, que para no ser prolijo, al cabo de un año, con hartos trabajos, nos vinimos á hallar cerca del estrecho de Gibraltar, donde fué mi mayor desdicha y desventura; porque como nuestro navío venía maltratado de tan continuos movimientos y trabajos como había sufrido, llegó un navío de infieles, y á vista de Gibraltar nos cañonearon á su salvo, de suerte que nos hubimos de rendir, y matando algunos de los compañeros, lo primero que hicieron fué entrar dentro y llevarse á mi esposa y un pajecillo que nos servía, con otras mujeres de los compañeros, y como fué á vista de Gibraltar, y la gente tiene valor y piedad, acudieron con toda la presteza posible á nuestro socorro en diez ó doce barcos, llevando por cabeza á don Juan Serrano y don Francisco su hermano, que dió una cuchillada á un valeroso caudillo, como la de don Félix Arias, que le cortó el casco de hierro y le abrió la cabeza, de que cayó muerto en el agua, que nos importó la vida; pero á mi esposa la muerte porque los enemigos se retiraron del daño que nos iban haciendo, recogiéndose á su navio con las mujeres. El que había robado á doña Mergelina, enamorado de su hermosura, quiso forzarla, y huyendo de él, delante de mis ojos, asióse con las jarcias y cayó en la mar, sin ser socorrida de los herejes. Llegó la noche, y la gente de Gibraltar, llenos de piedad y misericordia, nos echaron en tierra, y nos albergaron con regalados alojamientos en casa de don Fran-

cisco Ahumada y Mendoza, y estos tornaron á ver si podían destruir aquellos enemigos de la fe y de la corona de España. Partíme ayer de Gibraltar, deseando más la muerte que la vida, aunque no tan de espacio como va esta. Acabó su relación el doctor Sagredo, y haciendo las exequias de su mujer con lágrimas, los dos que estaban con nosotros quisieron consolarle, ayudándole á llevar su pena muy pesadamente, porque querían por fuerza que se alegrase; ignorancia de gente que sabe poco, que mucho más se consuela un desconsolado en decirle que tiene razón de estarlo, que no con querer que con la reciente pasión muestre contento; que quieren forzar al paciente á que dance y baile el cuerpo, teniéndolo casi sin alma, con razones bárbaras y consuelos tan pesados como ellos, que es como hacer que un río vuelva su corriente atrás. Las aflicciones de los atribulados y tristes se han de aligerar con darles á entender con el semblante, que les alcanza parte de su tristeza, que les sobra la ocasión para estar tristes, que teniendo quien los ayude á sentir, ya que del todo no se consuelen, á lo menos vase templando la pasión. Á dos géneros de gente no tengo por acertado que se oponga nadie, siendo fresco el accidente, á los coléricos y á los tristes, que es venir á ser muy mayor el daño en ambas personas. Á un cierto juez, no muy sabio, acabando de cenar se le antojó de azotar á un hombre honrado, y habiendo mandado encender hachas para la fiesta, como la ciudad se alterase, y diesen voces sobre el caso, él se encendía más, de modo que llamó al verdugo con gran determinación de hacerlo, por la contradicción que le hacían. Estando ya del todo perdido llegó un hombre de buen discurso, y dijo: Bueno es que teniendo tanta razón el señor corregidor, le vayan á la mano. Castíguelo vuesa merced, que todos se holgarán de ello; pero porque estos no le pongan en la residencia esta determinación, llame vuesa merced un escribano, y haga un poco de información. Satisfízole al juez esto, y al segundo testigo que tomó se le fué la pasión y alteración del celebro, que estas dos pasiones no admiten contradicción, sino templanza.

DESCANSO XXIV.

Como los vaqueros ó bandoleros andaban con la sospecha dicha, ni querían soltar á los que tenían en cuevas, ni dejar pasar á los que iban siguiendo su viaje, porque no hallasen testigos tan cercanos, pareciéndoles que no tenían bien averiguados sus delitos. Hallaron un pajecico muy hermoso, que venía solo, y habiéndolo asido cerca de nuestra cueva, le quisieron atormentar porque dijese con quién venía y por qué se había adelantado de la compañía, creyendo que lo habían echado para descubrir tierra, y que los amos serían ó gente rica, ó que viniesen á hacerles daño, que después no pudieron excusar. Negando el paje lo que le pedían, le mandaron que se desnudase, para forzarle á confesar la verdad. Él, con mucha desenvoltura y gracia, les preguntó quién era el caudillo ó cabeza de aquella compañía. Díjole Roque Amador, que así se llamaba: Yo soy; ¿por qué lo preguntáis? Pregúntolo, dijo el paje, porque tengo tan grandes informaciones de vuestra justicia y gobierno, que no habéis jamás hecho injuria á quien os trata verdad, y con esta confianza os diré quién soy. Como aquellos bandoleros ó vaqueros tenían aquella Sauceda por defensa y sagrado, vivían como gente que no habían de morir, sujetos á todos los vicios del mundo, rapiñas, homicidios, hurtos, lujurias, juegos, insultos gravísimos; y como por ser grande, que tiene aquella dehesa

diez y seis leguas de travesía, y por algunas partes tan espesa de árboles y matas, que se pierden los animales por no acertar á sus habitaciones, no tenían temor de Dios ni de la justicia, andaban sin orden y razón, y cada uno siguiendo su antojo, si no era cuando se juntaban á repartir los despojos de los pobres caminantes, que entonces había mucha cuenta y razón. Llegó un bellaconazo en camisa y zaragüelles, después que había jugado lo demás, y renegando de su suerte, con mucha furia hizo suspender el tormento del paje, diciendo: ¡Maldiga Dios á quien inventó el juego y á quien me enseñó á jugar! ¡Que unas manos que saben derribar un toro, no sepan hacer una suerte! Mas deben estar descomulgadas, pues echan contra mí treinta pintas en favor de un medio gallina, ó medio liebre. ¿Hay alguien que se quiera matar conmigo? ¿Hay algún diablo con sus piés de águila que se me ponga delante, para que ya que no me ayude á jugar, me ayude á matar? ¡Que no llegue blanca á mis garras que no me la agarren luégo! ¡Ni me basta usar de trampas, ni aprovecharme de fullerías, para que no vaya todo con el diablo! Voto á tal, que tengo de ir á jugarme á las galeras! Quizá por aquí, ó me llevará el diablo, ó tendré más ventura. Mas alzábame con la zurda siempre que yo tomaba el naipe, que tengo hechos mil juramentos de nunca parar á momo, y me los pone siempre el diablo delante. Y con el barato que yo le dí ha entrado en vuelta para desollarme cerrado; mas púsose al lado otro tan grande gallina como él, que desea siempre que yo pierda. ¿De qué se ríen? ¿soy yo algún cornudo? Mienten cuantos se ríen. Ríense, dijo el caudillo, de los disparates que decís. Callad, y pues sabéis que sois desgraciado, no juguéis ni digáis blasfemias, que os haré dar tres tratos de de cuerda. Harto mejor será, dijo él, darme tres escudos para probar la mano y dar de comer á mi moza, que le he jugado cuanto trujo á mi poder. Vicio endemoniado, más que todos los que ejercitan los hombres, que el jugador nunca está quieto: si pierde, por desquitarse; si gana, por ganar más. Este acarrea la infamia, la poca estimación de la buena reputación, la miseria que padecen mujer é hijos, ser miserable en lo necesario por guardar el dinero para el juego, y envejecerse en él más presto de lo que había de ser; y

cuando mucho granjea, es alcanzar que los tahures conocidos vayan á jugar á su casa, donde, si los puede acarrear, sufre desvergüenzas de tonos que le abrasan el alma: que como la mayor parte de ellos son hombres sin obligaciones, se arrojan á decir cualquiera libertad, y en no sufriéndolas por callar, no vuelven á darle el provecho; pero son tan grandes poltrones los que dan en esto (trato de la gente ordinaria, y que por comer y beber viciosamente echan la honra á las espaldas), que los caballeros y los que tienen renta y hacienda segura, el tiempo que han de estar ociosos después de haber cumplido con sus obligaciones jueguen, no es culpable, porque evitan cosas de más daño y escándalo; pero el que tiene cuatro reales para mantener su casa juegue ciento, ¿cómo se puede llevar sin que lo paguen las joyas y vestidos de la pobre mujer, y la desnudez y el hambre de sus hijos, y dar en otras cosas peores como este desventurado, aborrecido aun de aquellos que le acompañaban en sus delitos, robos, homicidios y fuerzas?

Acabó éste sus quejas, y llegándose la noche, con que se dejó por entonces la averiguación del paje, le pusieron en un apartamiento dentro de nuestra cueva, porque no fuese á dar soplo á los que pensaban venir con él, mandándonos que no hablásemos con él palabra, ni le aconsejásemos cosa, so pena que nos matarían. El paje estuvo toda la noche suspirando, y si alguna vez se dormía recordaba con grandísimas ansías, y nosotros no teníamos osadía para preguntarle de qué se quejaba, ó qué tenía. Como ellos andaban de paso sobre la sospecha, que no les importaba menos que la vida, recogíanse de noche adonde no los pudiesen hallar, que había bien donde hacerlo; y de cualquiera ruido de personas ó animales se recelaban y recataban. En amaneciendo fueron á visitar las cuevas, donde tenían presos ó recogidos á los pasajeros, y viniendo á la nuestra nos hallaron como nos habían dejado, sin haber hablado palabra con el paje, á quien llamaron primero que á nadie, queriéndole apretar á que dijese lo que le habían preguntado. El paje con mucha cortesía y donaire, dijo: Sr. Roque Amador, ayer pregunté cuál era la cabeza y caudillo de esta compañía, porque siéndolo vos, tendría mi partido seguro, por el buen nombre que tenéis. Que no es

hazaña para vos, atormentar una sabandija tan sola y miserable como yo, ni manchar vuestra opinión, empleando vuestro valor en lo que más os puede desdorar, que aumentar vuestro nombre. Si rigiendo y gobernando gente tan desgobernada, cobrasteis la fama que tenéis en toda la Andalucía, ¿qué parecería ahora, si aniquilaseis este crédito, con abatiros á una presa tan humilde un águila tan valerosa? Más gloria es conservar la ya adquirida y granjeada con valor propio, que no ponerse en duda, y aventurar lo que ya es vuestro. Vos os habéis preciado siempre de justicia y de verdad con misericordia, no será justo ahora que conmigo solo os falte. Estábamos en la cueva muy atentos, oyendo la retórica con que el paje hablaba: y el Roque Amador, movido de las buenas palabras del paje, aseguróle que no recibiría daño ninguno diciendo la verdad. Yo estaba confuso, porque me parecía conocer la voz y habla del paje; pero no dí en quién pudiese ser. Habiendo hablado con aquella blandura Roque, dijo el paje: Pues si alguna compasión ha llegado á vuestro piadoso pecho de mi tristeza y soledad, dadme palabra por vos y por vuestros compañeros de guardar, como naturalmente debéis, mi persona sin agravio ni en secreto, ni en público. Á esto dijo aquel picaronazo: Ea, sor paje, desnúdese, que aquí no entendemos de rotrónicas ni ataugias, sino de meter un poco de plomo en el cuerpo de quien no trae dineros. Dijo el paje con donaire: Si es tan pesado como vos, el diablo podrá digerillo, que ya yo me acuerdo haberos visto á vos ó á otro que se os parecía asaeteado en Sierra-Morena. Rióse Roque, y le dijo: Óyete, bestia, que el paje habla muy bien: y á vos os digo, gentil hombre, que os doy palabra, por mí y por mis compañeros no solamente de no agraviaros, mas de favoreceros y ayudaros en todo lo posible. Pues con esa confianza, respondió el paje, hablaré como con un pecho lleno de valor, misericordia y verdad. Y estando nosotros muy atentos á lo que pasaba, habló el paje de esta manera: Si yo no me consolara con saber que no soy la primera persona que ha padecido desventuras y trabajos, y desgracias sin gracia, con la que resplandece en vos, me animara en contar mis desdichas: pero como la fortuna tiene siempre cuidado de señalar caídos y derribar levantados, no

siendo yo la primera que ha sufrido sus encuentros y mudanzas, me animo á hablar con libertad. Sabed que yo no soy hombre, sino mujer desventurada, que después de haber seguido á mi marido por tierra y mar, con increíbles daños de hacienda y persona, y habiendo navegado hasta todo lo descubierto y mucho más, padeciendo grandes naufragios por regiones no conocidas, por misericordias que Dios usó con nosotros, nos venimos á hallar en el estrecho de Gibraltar, donde viendo nuestra salvación cierta á vista de tierra, bien deseada, nos acometió un navío de infieles, viniendo el nuestro desmantelado y casi sin gente, y los mantenimientos tan gastados, que á su salvo cogieron las mujeres, asiéndome á mí primero y á un pajecillo que me servía, matando á todos los que se defendieron, y á mi marido con ellos. El capitán del navío, enamorado de mí, quiso por buenas palabras inclinarme á su gusto, y á que ofendiese la pureza y castidad que debía á mi muerto esposo: no le respondí mal, porque no quisiese usar de la fuerza, que sin defensa podía. Yo, llamando al paje debajo de cubierta le puse mis vestidos, y vestíme los suyos, que son los que traigo puestos. Tenía el muchacho muy buen rostro, y en saliendo fuera quiso el capitán acometerle, pensando que fuese yo, pero dando á huir el paje con los vestidos y las jarcias del navío, enfrascándose cayó en el mar, y hundiéndose luégo no pareció más. Sobre la desdicha de la pérdida de mi marido y la pérdida del paje, yo me había tiznado el rostro, porque se quedase con la fe de lo que había visto, y no me conociese.

La piadosa gente de Gibraltar, con el valor que siempre ha profesado, acudieron á nuestra defensa, y habiendo estado en ella dos días con sus noches, no se apartaron hasta rendirlos y dar libertad á los que habían prendido, y queriendo hacer lo mismo de ellos, después de tenerlos en los barcos, diciéndoles que se diesen á prisión para traerlos á la ciudad, dieron fuego al navío, y desde allí abrasados bajaron derechos al infierno. En Gibraltar, informándome del camino que había de llevar para Madrid, me dijeron que había de pasar por la Sauceda, y llegando á Ronda me encaminarían en él. Estábamos los cuatro, y particularmente el doctor Sagredo y yo, como atónitos, y sospechando que fuese sueño ó ilusión de

algún encantamiento, ni determinados de creerlo, ni resueltos de desconfiar en la verdad. El Roque Amador, con gran piedad de lágrimas que al fin de su cuento derramó la bella mujer, la consoló y ofreció encaminarla con mucha seguridad, y darle dinero para su viaje, preguntándole cómo se llamaba, porque historia tan extraña no se quedase sin memoria: ella respondió, diciéndole la verdad como en todo: Llámome doña Mergelina de Aybar, y el malogrado de mi marido, que no era soldado sino maestro, se llamaba el doctor Sagredo. El doctor Sagredo, que se oyó nombrar de su mujer, medio ahogándose con la súbita alteración y gusto, dijo: Vivo es, y en su compañía dormisteis esta noche. Roque Amador, espantado del caso, mandó sacar los que estábamos en la cueva, y preguntándole cuál era de aquellos el que había hablado. Ella retirándose atrás como espantada, respondió: Si no es alguna sombra fantástica de causas superiores, este es mi marido, y este es Marcos de Obregón, á quien tuve por mi padre y consejero en Madrid. Pues todos tres os podéis ir en buena hora, y aunque no sea dinero ganado en buena guerra, véis aquí parto con los tres algo de lo que á otros se les ha cogido, que el haber detenido á todos estos presos, no ha sido por hacerles mal, sino porque nuestros contrarios no se encontrasen con ellos, y aviándonos á todos los demás, y rogándonos que no dijesen de haberlos encontrado. Doña Mergelina, con muestras de grande agradecimiento, dijo al caudillo: No tengo con qué serviros el bien que de vuestras manos me ha venido, sino con deciros lo que oí en Gibraltar, á quien no os quiere mal; que el licenciado Valladares trae orden de dar gran premio, y perdonar cualesquiera delitos á quien os entregare en sus manos: y junto con esto vinieron á ella los pregones y bandos que mandó echar aquel gran juez: con que juntando á cabildo á sus compañeros, les hizo una grande oración, que tenía entendimiento para ello, y la conclusión fué que todos pensasen aquella noche lo que podían hacer para su defensa, tomando el consejo que mejor pareciese. Fueron á sus alojamientos, y mientras ellos pensaban aquella noche lo que les había encargado el Roque Amador, como astuto se acogió á Gibraltar, y en el barco de la vez se pasó en Africa, dejándolos á todos

suspensos y engañados. Como quedaron sin cabeza y sin gobierno dispararon, huyendo por diversas partes, cesando los insultos que antes hacían; aunque prendió con grandes astucias el juez á doscientos de ellos, de que hizo ejemplar justicia: nosotros venimos seguros á Madrid sin tropezón ninguno, pareciéndome, como es verdad, que en ella hay gente que profesa tanta virtud, que quien la imitare hará mucho.

DESCANSO ÚLTIMO, Y EPÍLOGO.

Ya cansado de tantos golpes de fortuna, por mar y por tierra, y viendo lo poco que me había durado la mocedad, determiné de asegurar la vida y prevenir la muerte, que es el paradero de todas las cosas; que si esta es buena, corrige y suelda todos los descuidos cometidos en la juventud. Escribíla en lenguaje fácil y claro, por no poner en cuidado al lector para entenderlo. Dijo muy bien el maestro Valdivieso, con la gallardía y claredad de su ingenio, á un poeta que se precia de escribir muy obscuro; que si el fin de la historia y poesía es deleitar enseñando, y enseñar deleitando, ¿cómo puede enseñar y deleitar lo que no se entiende, ó á lo menos ha de poner en mucho cuidado al lector para entenderlo?

Si se hallaren algunas inadvertencias, atribúyase á mi poca erudición, y no á mi buen deseo, que advirtiéndome de ellas, con mucha humildad recibiré la corrección de cualquiera que con buena intención me quisiere enmendar, que quien ha querido enseñar á tener paciencia, mal cumpliría con sus preceptos si le faltase para oir y recibir la corrección fraternal, que sin ella, ni opusiera el pecho á las olas y crueldades del furioso tridente, ni ablandara la inclemencia de los salteadores, ni redujera á buen término los impíos y continuos trabajos de la esclavitud, ni atrajera á mi favor la grandeza elevada de los poderosos, ni gozara de la gran cortesía de los

príncipes, ni sujetara á tantos y tan inmensos torbellinos como trae consigo la fragilidad humana, sin la divina virtud de la paciencia; que cuando no haya hecho otro efecto en mí sino librarme del pernicioso vicio de la ociosidad, que tan extendida he visto por todos los estados de los hombres, me bastara tener y haber sacado gran fruto de mis trabajos; y si la juventud advirtiese bien los hijos que va criando la ociosidad, tomando ejemplo en los daños agenos, ni rehusarían los peligros de la soldadesca, ni vendrían á miserable servidumbre, ni se sujetarían á las necesidades que ven padecer y traer arrastrados á varones de buenos nacimientos, rendidos á mil bajezas, que pudieran remediar á su salvo con buen tiempo: de criar los hijos consintiéndolos andar ociosos, vienen los padres á ver exorbitantes delitos que no pueden remediarse sino con mucha infamia, ó con más hacienda de la que poseen. La ocupación es la grande maestra de la paciencia, virtud en que habíamos de estar siempre pensando con grande vigilancia para resistir las tentaciones que nos atormentan dentro y fuera. Al fin con ella se alcanzan todas las cosas de que los hombres son capaces. Que aunque haya calidad, bienes temporales y abundancia de humanos favores, sin esta virtud no se puede llegar al colmo de lo que se desea; y si á la paciencia se allega la perseverancia, todo lo facilita y todo lo enseña: al pobre, á que pase su vida con quietud y mejore su estado: al rico, á que conserve lo adquirido sin apetecer lo ageno: al gran caballero, á que no se contente con la sangre que de sus pasados heredó, sino pasar adelante: al pródigo, á que se ajuste con lo que tiene y puede tener: al miserable y avariento, á que entienda que no nació para sí solo: al valiente y arrojadizo, á que refrene los ímpetus que tanto mal acarrean: al cobarde, á que se tenga por virtud en él lo que es falta de ánimo: al que se ve en trabajo, á que los lleve con aliento y suavidad. ¿Qué no hace la virtud de la paciencia? ¿qué furias del mundo no sujeta? ¿qué premios no alcanza? Pero si un flemático sabe airarse y ejecutar con vehemencia los ímpetus de la cólera, ¿por qué un colérico no sabrá templarse y perseverar en los actos de paciencia? Tenemos ejemplos presentes y vivos de esta verdad muchos, y para imitar. Mas con uno solo se verá lo que puede la exce-

lente virtud de la paciencia. ¿Quién pensara que de tan gran cólera, con sangre, riqueza y juventud, como la que tuvo en sus primeros años el duque de Osuna D. Pedro Girón, vinieran tan admirables virtudes como las que tienen espantado el mundo? ¡Que habiendo sido un furioso rayo de cólera, impacientísimo en los tiernos años de su mocedad, sujetase con grande paciencia su robusta condición á servir en Flandes con tantas ventajas que templase la furia de los amotinados, y pusiese su valeroso pecho á recibir los mosquetazos con que querían escalar y saquear su casa! ¿Qué paciencia no tuvo, con templanza y justicia, gobernando á Sicilia? ¿Y qué valor, sin ella, bastara para la ejecución de sus soberanos intentos, echando por mar y tierra tan poderosas armadas, que ha enfrenado la potencia de los turcos, haciendo temblar á los demás enemigos, con que ha sido amado y temido de las gentes á quien ha gobernado y gobierna? Preguntando Don Francisco de Quevedo, caballero de gallardísimo entendimiento, cómo se hacía respetar con tanta mansedumbre á este gran principe, respondió que con la paciencia, que aunque en la gente humilde y ordinaria engendra algún menosprecio, en los príncipes y gobernadores engendra temor, amor y respeto; pero esto quédese para grandes historias, que no puede caber en tan pequeño discurso. Jorge de Tobar, á quien yo conocí en sus primeros años por hombre que tuvo bríos y valor para en cosas honradas perder la paciencia, con ella misma adquirió grandes virtudes morales, que le pusieron en lugares dignos de tan grande sujeto como ha parecido, usando de gran verdad, valor y entereza en los actos de la justicia distributiva; pero ¿qué excelencias no se hallaran en la divina virtud de la paciencia? ¡Oh virtud venida del cielo! Dios nos la dé por su misericordia, y á mí para que, imitando la virtud de mis compañeros en este recogimiento, sepa asegurar la vida y prevenir la muerte. Y para la ejecución del buen intento, si yo supiera aprovecharme de él, me puso Dios por vecina á una tan grande señora como doña Juana de Córdoba Aragón y Córdoba, duquesa de Sesa, cuya virtud cristiana, valor propio y heredado, y cortesía general puede servir de norma y dechado á cualquiera que deseare perfección cristiana, en cuya disciplina se criaron tales hijos como

Don Luís Fernández de Córdoba, duque de Sesa, caballero adornado de muy superiores partes, muy dado á la lección de las buenas letras, gran favorecedor de ellas y de los que las profesan.

FIN.

302583260T